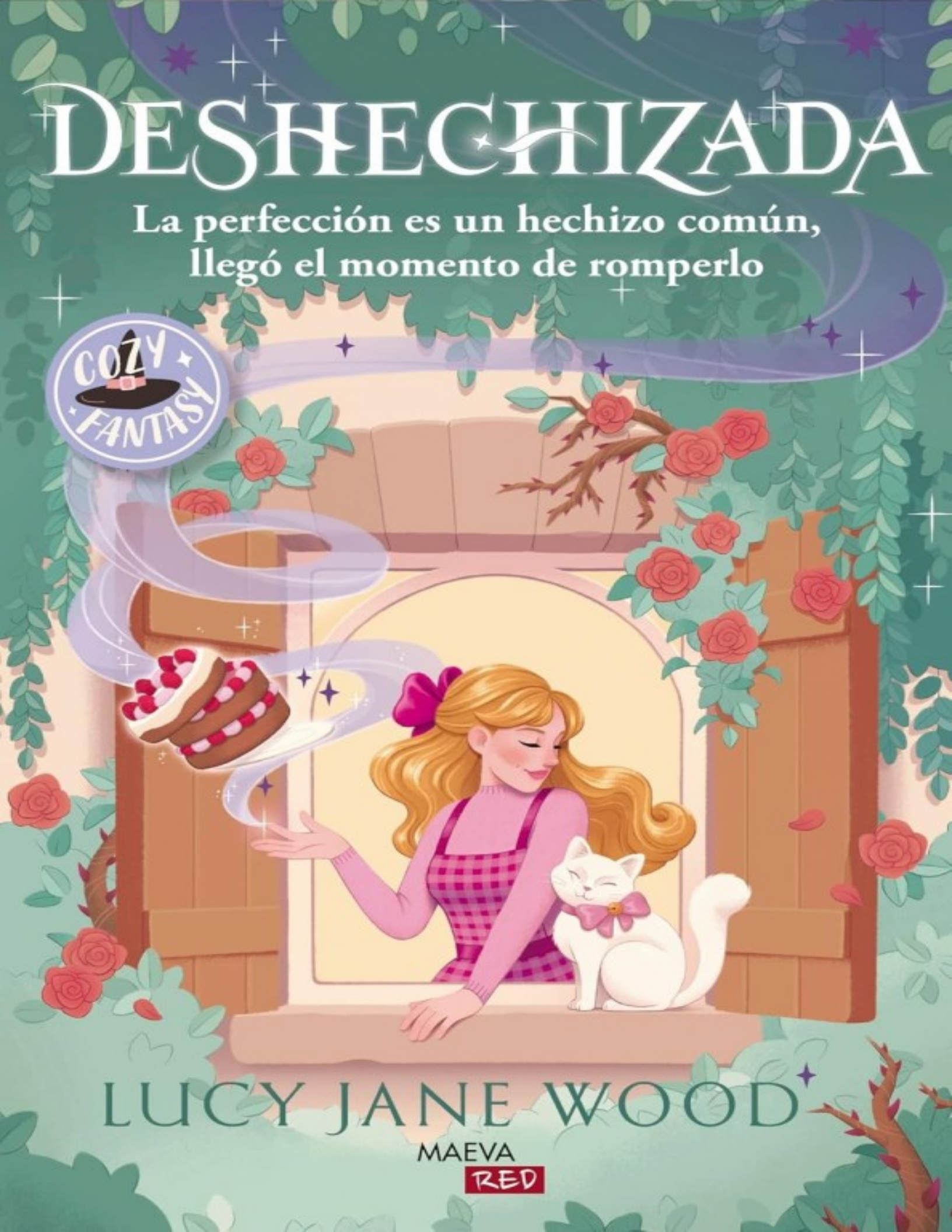
DESHECHIZADA

La perfección es un hechizo común,
llegó el momento de romperlo

COZY FANTASY



LUCY JANE WOOD

MAEVA
RED

Si tienes un club de lectura o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás guías de lectura de algunos de nuestros títulos http://www.maeva.es/guias-lectura

Índice

Cubierta
Nota de la autora
Capítulo 1. Azúcar y brujería
Capítulo 2. Las rosas son rojas
Capítulo 3. Se levanta el telón
Capítulo 4. Charla de chicas
Capítulo 5. Un pacto perfecto
Capítulo 6. La extraviada
Capítulo 7. Maeve
Capítulo 8. Cambio de planes
Capítulo 9. Caramelo salado
Capítulo 10. La práctica de magia
Capítulo 11. Imagen perfecta
Capítulo 12. Dulce karma
Capítulo 13. Una llegada inesperada
Capítulo 14. El acuerdo Bancroft
Capítulo 15. Secretos en plata
Capítulo 16. Más brillante
Capítulo 17. La confesión de Maeve
Capítulo 18. Escenas familiares
Capítulo 19. Un mal día
Capítulo 20. No la abras
Capítulo 21. Hora de irse
Capítulo 22. Dulce hogar
Capítulo 23. El baile de Samhain

Capítulo 24. Serpientes
Capítulo 25. Magia encendida
Capítulo 26. La cosa más rara del mundo
Capítulo 27. Llamada entrante
Capítulo 28. Caos y desenfreno
Capítulo 29. El error
Capítulo 30. Desenvaina tu espada
Capítulo 31. Un nuevo hogar
Capítulo 32. Sol de invierno
Agradecimientos
Créditos

Para las mujeres que facilitan la vida a los demás.
Merecéis la misma magia que dais.

Nota de la autora

La historia de *Deshechizada* tiene lugar antes de las aventuras de Belle en *Reembrujada*, pero ambos son relatos independientes que transcurren en el mundo de Selcouth.



Capítulo 1

AZÚCAR Y BRUJERÍA

La promesa y el poder de darse un pequeño capricho son quizá el concepto más mágico que la mente proyecta. El potencial que contienen, mientras revolotea a nuestro alrededor, apenas fuera de nuestro alcance, es un don que puede llevarnos a cosas maravillosas. Es un ardid bien intencionado y una plegaria silenciosa. Es una taza de café suave y caliente entre unas manos congeladas, a cambio de un madrugón antes del amanecer. Es la paleta salpicada de colores radiantes de las flores del supermercado tras completar una lista de tareas, una malla de naranjas, una hogaza de pan. O la valiosa media hora que nos prometemos reservar para la paz y el descanso, para la lectura y la evasión, en mitad del caos, en la que cualquier interrupción estará prohibida, aovillados bajo una manta que mantendrá alejado al resto del mundo. Un pequeño capricho lo puede cambiar todo.

Cada pacto insignificante al que se llega en estas negociaciones encierra una magia igual de atractiva, pero seguro que la mayoría coincide en que no hay mejor capricho que un dulce. Y los mejores siempre se encontraban en la pastelería Celestial. Todos los que la

conocían se sobornaban a sí mismos con una visita. Si lograban superar las tareas del día, las exigencias de su vida cotidiana, entonces la recompensa era seguir el aroma a azúcar y canela tostadas que serpenteaba por la calle hasta llegar al toldo de rayas blancas y rosas. Un encanto etéreo parecía flotar por el aire de Celeste, como lo llamaban los clientes habituales. La atracción irresistible que producían los tonos rosados del lugar, tan bonito en la esquina de Maple Row, en Londres, podía explicarse con los dulces de su interior, aunque quizá también tuviera algo que ver con la propietaria.

Cuando Annie Wildwood se mudó y pintó de rosa el local, la pastelería pareció salir de la nada de la noche a la mañana, ya que apareció un buen día en una nube de luz primaveral a juego con el color de la pastelería y una nebulosa de glaseado de azúcar. En menos de una semana, se corrió la voz de que Celeste y su encantadora propietaria tenían algo especial. Mágico, incluso. Que Annie fuera en realidad una bruja era casi un detalle anecdótico. Todo estaba elaborado con amor, por supuesto, pero también era cierto que, a lo largo de sus treinta y dos años, Annie había descubierto que el azúcar y la brujería formaban una combinación deliciosamente atractiva.

—Me temo que Joe se acaba de llevar el último profiterol —dijo Annie, a la vez que señalaba al anciano que salía de la tienda, que se despedía con un guiño hacia el resto de clientes, sintiéndose afortunado—. Pero el petisú de caramelo que me queda lleva tu nombre, Olive.

—Me vale, corazón —respondió la mujer, mientras arrugaba los ojos cansados. Con el pelo rubio recogido en un moño despeinado

hecho a toda prisa, se giró hacia la fila de compradores que esperaba tras ella con una sonrisa engreída por haber llegado antes que ellos. Sin embargo, tampoco les preocupaba demasiado, porque, de algún modo, los clientes de Celeste siempre conseguían la última unidad de su dulce favorito, como si se les atendiera en el momento perfecto.

Aprovechando que Olive estaba rebuscando en su monedero, Annie agitó los dedos en dirección al último petisú, cuya cobertura de chocolate blanco brillaba como el mármol. Un toque de chispas rosadas de *Proprius Minutia* flotó por el aire y el nombre «Olive» comenzó a delinearse sobre el glaseado con una delicada caligrafía. Desde que había abierto la pastelería hacía cinco años, Annie no había tardado en darse cuenta de que los clientes estaban demasiado preocupados por el motivo de aquel caprichito como para darse cuenta de que algo tan insignificante como aquella magia se ponía en marcha en el lugar. Los hechizos no eran tan difíciles de ocultar en el mundo no brujo como se podría pensar.

A decir verdad, Annie ya no tenía tiempo de personalizar los bollos a mano. Desde que se hablaba de Celeste en todas partes, apenas tenía un segundo libre para las florituras en las que tanto ahínco había puesto en un principio, pero los pequeños detalles aún marcaban la diferencia. Y no era de las que escatimaban en esas cosas. Annie quería que todos los clientes de Celeste se sintieran especiales.

—¿Has tenido un buen día? —dijo Annie sin girarse mientras levantaba la tapa de cristal y tomaba con las pinzas el petisú, del que surgía una gota de crema esponjosa por un lado de la masa. La luz de última hora de la tarde se filtraba a través del escaparate del

establecimiento y sumía el local en un tono amelocotonado. El principio del otoño típico de septiembre había traído consigo una alfombra anaranjada que se extendía por la acera en el exterior y, al abrir la puerta, los crujidos de las hojas se unieron a las conversaciones de la ajetreada cafetería movidas por una ráfaga de aire.

—Caótico pero tranquilo. —Olive se encogió de hombros—. Últimamente todos los días son iguales. —Su sonrisa se apagó y se convirtió en un gesto cohibido por la confesión, y el brillo en sus ojos también se atenuó.

Annie titubeó al sentir en los huesos que la mujer la necesitaba, como solía ocurrir a menudo. Era una sensación que tiraba de ella, como si una enredadera se le enroscara en torno a las costillas. Añadió al pedido un poco de *crumble* de manzana con canela y lo metió todo en una pequeña caja envuelta con una cinta. Olive la agarró por el asa con cuidado, como si la dulzura que contenía fuera medicinal. Le quedaba todavía por atender a una fila de clientes pacientes que llegaba casi hasta la puerta, a pesar de que ya se intuía en el aire la llegada de la hora del cierre. Pero Annie podía sacar algo de tiempo libre tras servirlos a todos.

—¿Te apetece tomarte un té, Ol? Ya casi he terminado —propuso Annie, inclinada sobre el mostrador—. Puedes ayudarme a terminar con las sobras del pan de plátano.

A Olive la idea pareció encantarle, pero luego titubeó.

—Sé que estás ocupada. No creo que quieras cambiar tus emocionantes planes vespertinos por mi culpa.

—¿De dónde te has sacado que tengo «emocionantes planes vespertinos»? Creo que no pasará nada si los aplazo —contestó

Annie, para desestimar despreocupada la sugerencia. Ignoró la punzada en el pecho, el deseo de volver a casa tras llevar de pie desde primera hora de la mañana.

Cuando Celeste por fin se despejó, Annie aprovechó la oportunidad y le dio la vuelta al cartel rosa para que pasara de «Abierto» a «Cerrado» antes de que alguien pegase la nariz a la puerta con una mirada suplicante. Había enviado a sus compañeras, Faye y Pari, a casa hacía horas (a pesar de sus protestas), ya que no deseaba que gastasen sus tardes en la pastelería. Annie sabía lo valiosos que deberían ser esos momentos y no quería arrebatárselos, sobre todo porque podía apañárselas sin problema ella sola.

Por fin, armada con dos tenedores y varias rebanadas de pan especiado con nueces que sabía a las tardes de los domingos de octubre, se sentó con Olive junto al escaparate justo cuando empezaban a titilar las primeras estrellas en el exterior.

—Cuéntame.

El pan de plátano veteado no había sido una elección al azar; Annie lo había seleccionado en especial. La poción reconfortante (manzanilla, la ligereza de una pluma, un suspiro de aliento de mariposa, todo mezclado en el sentido de las agujas del reloj) que había añadido al sirope de caramelo salado le aportaría a Olive una chispa de consuelo que la acompañaría durante las próximas noches. Annie escuchó cómo había cambiado su vida, lo atareada y a la vez vacía que se había vuelto desde la pérdida de su marido, que había sido su primer amor. Le sirvió té y alivio entremezclados y le habló de su sueño de encontrar un amor como ese. Cuando Olive terminó, tras una hora solo para ella, lejos de los niños, algo nada

habitual, se notaba más liviana, como si le hubiera desaparecido de los hombros el peso de sus problemas. Los apliques perlados del local derramaban su luz sobre las baldosas blancas y negras y un puñado de migas salpicaba el mantel de borde ondulado.

Reuniones como aquella eran una constante en la vida de Annie. Es más, parecía que las atraía, aunque fuera de forma inconsciente. Y, lo más importante, nunca las rechazaba. En Celeste no solo se atendía al público con una sonrisa, sino que se ofrecía un trato genuino de amistad. Se aseguraba de recordar todos los detalles del día a día de cada cliente, desde las citas médicas de sus hijos o la redecoración de sus casas hasta los resultados de los exámenes. Annie siempre sabía qué decir para hacerlos sentir mejor. Ningún detalle era insignificante y ningún sabor demasiado complejo como para rechazar una petición. Todos le ablandaban y le llenaban el corazón.

Los días en Celeste empezaban muy pronto y terminaban incluso más tarde. Los resultados de su duro trabajo, porque no había tenido otra opción que hacer que la pastelería funcionara cuando había abierto sus puertas por primera vez, se encontraban tras el escaparate para cautivar a todos. Un mosaico compuesto de *macarons* de colores pastel que salían de la cocina tras haber pasado del bol al horno y del horno a la bandeja antes del alba. Rollos de canela enroscados como una girándula de fuegos artificiales. Una vidriera de tartaletas inmaculadas con frutas glaseadas. Un chocolate tan cremoso que evocaba un tapiz de hilos de seda. Delicados cruasanes en forma de caracola y esponjosos panes de chocolate impregnados de la sensación y el color de la hora dorada. La pericia con todo lo relacionado con el azúcar o la

magia y el gusto por la repostería de Annie eran algo digno de admiración. Desde que era niña, sabía a ciencia cierta lo importante que era darse un capricho; la manera en la que mejoraba el ánimo más sombrío, iluminaba los días más oscuros y aportaba una chispa de esperanza a un corazón pesaroso.

—Entonces, ¿quién es el afortunado caballero de esta noche? —preguntó Olive con una expresión cómplice en el rostro mientras tomaba el abrigo de tartán y metía un juguete extraviado en el bolso siempre a rebosar.

—No sé de qué estás hablando. —Annie fingió inocencia mientras retiraba los platos vacíos y se desataba el delantal rosa con volantes, manchado de harina. La mayoría de las cosas en su vida eran de alguna tonalidad de rosa y pocas veces optaba por otro color.

—Eres como un reloj. Es jueves, ¿no? Y los jueves toca noche de cita. —Olive movió un dedo en el aire, confiada—. Los viernes son para tus chicas. Los lunes organizas el Club de la Tarta aquí, hasta altas horas de la noche, para alegrarles a todos el inicio de semana. Los martes se los dedicas a tus estudios y los miércoles, a los planes espontáneos. No estoy segura de si deberías llamarlos así si los planeas con antelación, pero… —Olive negó con la cabeza antes de soltar una carcajada—. Eres increíble, Annie. No sé cómo encuentras tiempo para dormir.

—Ya me conoces —replicó la chica, y se encogió alegre de hombros—. Me gusta ser organizada.

Olive se echó a reír.

—Una cosa es ser organizada y otra lo que tú eres, señorita. ¿Qué hay de malo en dejarse llevar?

Annie intentó no tomárselo como un desaire, aunque siempre se lo parecía cuando alguien recalcaba su necesidad de reflexionar sobre cualquier cosa con antelación.

—Todo sale mucho mejor si se remata con un lazo bien puesto, ¿no crees? —Con las manos en las caderas, hizo un gesto con la cabeza hacia la pequeña caja que Olive tenía en la mano, la que contenía un petisú y un poco de *crumble*. La luz incidió en la cinta rosa oscuro justo en ese momento, como si guiñara un ojo. Solo faltó que a la vez sonara un agudo clin. Annie tomó nota mental de añadir un tintineo mágico a su lista de poderes cuando tuviera un momento libre. Sería un detalle curioso.

Olive chasqueó la lengua.

—Pórtate bien con este, ¿quieres? Todos son víctimas indefensas en cuanto te ven. Lo he presenciado de primera mano más veces de las que recuerdo. Me siento mal por ellos. Pobrecillos.

Annie puso los ojos en blanco con cariño.

—Doy lo que recibo, eso es todo.

—Es el champú que usas, creo. Deberías decirme de qué marca es la próxima vez —musitó Olive al girarse para marcharse. *Splendor Coma* era un hechizo que Annie había perfeccionado ante el tocador desde el primer día, desde la tarde en la que había adquirido sus poderes con quince años, antes de que su madre pasara a lecciones más importantes. La cantidad perfecta de volumen, con una descarga controlada de brillo. Una fragancia melosa, mezcla de coco dulce y vainilla fresca, flotaba por el aire con cada movimiento. Incluso bajo la llovizna suave de Londres, su pelo estaba siempre perfecto.

Annie mantuvo la puerta abierta mientras Olive se marchaba, aferrada a la pequeña caja. Una niebla húmeda se extendía por la primera hora de la noche, cubriendo la calle empedrada de una lluvia brumosa que se volvía efervescente al entrar en contacto con el aire frío.

—Cada vez que necesites hablar, Ol, aquí me tienes.

Olive hizo una pausa durante un segundo para agarrarla de la mano.

—Eres una auténtica joya, Annie. ¿Qué haríamos sin ti? —Le apretó los dedos con firmeza, sincera—. Nos vemos la semana que viene, corazón.

Annie cerró el pestillo de latón y, con un profundo suspiro, apoyó la frente contra la puerta principal. La conversación con Olive había sido dura. Su corazón roto, su pérdida y su tristeza se le aferraban a las yemas de los dedos y vibraban contra su magia como si fueran fuerzas opuestas. Annie solo se permitió un segundo de calma para asimilarlo.

Miró el reloj de pared en una esquina de la cafetería y se limpió una mancha traviesa de chocolate del dorso de la mano en el dobladillo del delantal que seguía colgado, suelto, en torno a su cintura. Iba un poco justa de tiempo, dado que aún tenía que cerrar, acicalarse y encaminarse hacia el restaurante… Sus labios se contrajeron en una ligera mueca mientras repasaba la lista de cosas por hacer esa noche, pero, en un abrir y cerrar de ojos, volvió a sonreír. Por suerte, su especialización en Encantamientos siempre le había sido útil a la hora de usar la magia transformativa.

Aceleró de camino a la trastienda tras correr las cortinas onduladas de la cafetería por el riel de latón. Cuando Annie pasó a

su lado con un suave ademán de la mano, se produjo una cascada de magia rosa, y un par de tazas, platos y bandejas que habían dejado atrás los clientes cruzaron el aire. Se hundieron en el fregadero, lleno de agua caliente, antes de contonearse como un perro mojado y revolotear hasta los estantes de madera. Las sillas se colocaron sobre la mesa mientras los manteles se sacudían para desprenderse de las migas. Una fregona se escurrió dentro de un cubo con jabón y se deslizó por el suelo como un bailarín de salón, dejando a su paso una capa de espuma y burbujas. Esa era otra razón por la que solía ser más fácil cerrar sin Faye y Pari: la magia de Annie, entusiasta y rápida, le echaba una mano cuando estaba sola.

La pequeña trastienda de la pastelería hacía las veces de almacén, sala de personal y vestuario, todo en uno, para su equipo de tres. En algún momento, Faye había cubierto aquel lugar con montones interminables de revistas de música y cintas caseras grabadas de la radio. También había sido el cementerio impresionante y extenso de los proyectos de manualidades de Pari, cada uno de los cuales le había obsesionado por completo antes de acabar totalmente olvidado tres semanas después. Se había pasado septiembre haciendo animales de arcilla diminutos que en ese momento ocupaban cada recoveco posible como caramelos de tonos pastel. Era acogedor, dispar y caótico, como la combinación de sus tres personalidades. No obstante, Annie no pudo evitar lanzar un ápice de magia a la habitación para tratar de ordenarla al menos un poco mientras se abría paso entre los sillones, lo que colocó las cintas en orden alfabético y clasificó los conejos en miniatura por colores.

Su propio rincón estaba en una esquina, separado del resto. Tras el precioso biombo antiguo, Annie se agarró la barbilla, pensativa. Paseó la mirada por la ropa en el burro que tenía delante y desprendió su magia por la fila de vestidos, todos recién planchados y ahuecados para ese propósito concreto. Faye y Pari siempre se reían con cariño de su vestidor improvisado.

—No confiaría en nadie más que en Annie Wildwood para mantener seda rosa y organza *vintage* al lado de los tarros de chocolate negro —había comentado Pari hacía poco.

El vestido rosa de esa noche era de un tono algo más suave que el resto. Tenía cuatro, todos alineados en perchas cubiertas de terciopelo, ordenados de más claro a más oscuro en el burro, con unos zapatos de tacón situados justo debajo de cada uno. Había añadido a cada par un pequeño encantamiento, *Calceus Commodus*, para volverlos más cómodos: cuanto más alto era el tacón, más entumecía el hechizo los dedos de los pies. Estaba orgullosa de su trabajo. Se necesitaba talento e ingenio para mantener activa la magia gradual. Sin embargo, era esencial. ¿Quién podía permitirse que un dolor de pies estropeara un conjunto perfecto?

Con un movimiento rápido de muñeca, invocó su magia y las manchas de nata montada, mantequilla y de una mezcla diversa de cremas desaparecieron, lo que dejó a Annie más inmaculada de lo que ya estaba, si es que era posible. El vestido rosa pálido, que tenía un volante sobre la falda, se deslizó desde su percha al maniquí para añadirle todos los accesorios necesarios. Satisfecha con sus elecciones, otro gesto sutil de magia intercambió el peto rosa fucsia de Celeste por el conjunto nocturno del maniquí. Las cintas del delantal se anudaron para colgarse en la puerta y la cuchara de

madera que en algún momento se había metido en el bolsillo trasero voló de vuelta a la cocina como un avión de papel.

Annie se miró en el precioso espejo dorado, herencia de su madre. De inmediato se imaginó a Cressida Wildwood mirándose en él y los recuerdos de su infancia brotaron del cristal. Su madre siempre se añadía un toque de laca o admiraba algún accesorio lujoso mientras Annie permanecía en el umbral de la puerta, pasando desapercibida. Muchas noches, cuando se suponía que debería haber estado dormida, había observado en secreto, anhelante, cómo sus padres se arreglaban para salir. Durante años se había preguntado adónde irían cada noche, tan misteriosos y glamurosos, una vez su madre anunciaba que ya estaba lista y su padre, orgulloso, la rodeaba con el brazo. Annie ya era partícipe de aquel secreto, por lo que el espejo era un recordatorio de lo lejos que había llegado y todo lo que había dejado atrás.

Se pasó las manos por el pelo, aunque no lo necesitara, comprobó las pulseras, que repiquetearon entre sí, y practicó a toda prisa su sonrisa. Parecía sincera. Destellos de una magia tenue aparecieron por su piel como purpurina. Andrómeda Wildwood adoraba la magia. No solo le resultaba útil en múltiples ocasiones a lo largo del día, entretejida con cada elemento de su vida como un hilo dorado, sino que realzaba su aspecto. Ser una bruja la hacía parecer divertida y optimista, cualidades que Annie deseaba reflejar a ojos de los demás.

Tardó un segundo en recomponerse y le lanzó una última mirada al espejo para comprobar que todo estaba en su sitio. Así era. Como siempre. El corazón se le aceleró un poco, como si quisiera llamar su atención, recordarle que seguía latiendo.

Entonces, susurró entre dientes:

—Perfecto.



Capítulo 2

LAS ROSAS SON ROJAS

El restaurante tenía demasiada luz cenital y no el suficiente pan crujiente con mantequilla para el gusto de Annie. Cualquier lugar donde no se tomaran en serio la calidad de su pan no estaba hecho para ella. Su mente vagó, anhelante, hacia las hogazas con romero de Celeste, cuya corteza dorada estaba salpicada de escamas de una sal especial, invento suyo creado a partir de cuarzo cargado, una piedra brillante y translúcida que aportaba una chispa de buena fortuna. Comer pan siempre era una gran idea, pero, si además traía buena suerte, mejor todavía.

Por desgracia, la suya parecía haberse agotado rápido aquella noche. Annie se encontraba sentada frente a Cedric Reuben y el exceso de laca de su pelo. Se había pasado la mitad de la velada sin poder apartar los ojos de él, de un rubio pálido, tan brillante que parecía hecho de plástico, como si fuera un muñeco. Literalmente reflejaba la luz de las velas. Annie se preguntó si sonaría hueco al golpearlo con los nudillos y tuvo que hacer un gran esfuerzo para resistir las ganas de averiguarlo. Había escuchado, paciente, cómo hablaba largo y tendido de su padre famoso y de sus exnovias,

todas supermodelos. El chico había hecho pausas demasiado largas para escuchar cómo se reía de sus chistes y había tratado en profundidad el tema de los fondos de cobertura, pero Annie entendió que no se refería a la cobertura de chocolate. Llegados a ese punto, hasta su terca positividad comenzaba a menguar. No le había hecho ni una sola pregunta más allá de algún «Sí, ¿y tú?» poco entusiasta de vez en cuando. Annie había asentido y sonreído durante la mayor parte de la conversación.

En realidad, daba igual. Nunca le habría contado a Cedric nada cercano a la verdad, pero habría sido agradable tener la oportunidad de usar sus versiones favoritas de sí misma.

Sus amigas estaban decididas a hacer de celestinas y con este tenían buenas sensaciones, por lo que Annie se había atrevido a dejarse contagiar por una brizna de su optimismo. Con el paso de los años, habían convertido en una especie de juego cazar a (presuntos) candidatos ideales para ella, aunque no llegaba a entender la definición que tenían de ese término en su cabeza. Si hubiera podido acelerar el tiempo para escapar de la compañía que se encontraba sentada frente a ella, lo habría hecho. Pero no era de las que incumplían las reglas sobre el control del tiempo; nada de rebobinar al pasado o visitar el futuro antes de lo previsto. La manipulación del tiempo estaba estrictamente prohibida en el aquelarre y tenía una reputación excelente que mantener dentro de la comunidad de brujas y hechiceros de Londres. Sin duda, no merecía la pena arriesgarse a cambiar la estructura temporal del mundo no brujo para escapar de una cita pésima… ¿No?

Pero ¿y volver loco el reloj de un único hombre, como si fuera un simple fallo de la pila? Eso no estaba mal, ¿verdad?

—Eres muy misteriosa —canturreó Cedric con una sonrisa torcida y engreída.

Las citas terribles requerían medidas desesperadas, y debía ponerlas en práctica si quería llegar a casa a tiempo para el hechizo. Su hechizo.

Apoyando la barbilla en la mano derecha, Annie apenas pestañeó (no más de lo habitual, por lo menos) mientras agitaba la copa de vino rosado para cubrir el movimiento de sus dedos hacia el reloj de Cedric. Una delicada cadena de chispas pálidas surgió de sus yemas y se repartió por la mesa como si hubiera lanzado varios dados. Por suerte, un no brujo requería de una cantidad razonable de imaginación para percibir la magia y los hombres como Cedric estaban bajo mínimos en ese aspecto. De repente, las manecillas de su reloj se aceleraron, recorriendo tres veces la esfera de platino, y Annie continuó con su rutina. Levantó la copa para ocultar, cortés, un bostezo. Fue suficiente para empujar a Cedric a mirar el reloj y Annie vio cómo arqueaba las cejas, sorprendido.

—¿Qué diablos…? —Pestañeó, estupefacto—. No me lo puedo creer.

—El tiempo vuela, ¿eh? Será mejor que me vaya. —Le dedicó una sonrisa radiante, ofreciéndole su mejor perfil. Ya ni siquiera tenía que reflexionar sobre los pasos a dar, se sucedían por voluntad propia tras tantos años de práctica, una combinación de magia y memoria muscular.

—Juraría que acabábamos de llegar. Solo nos hemos bebido dos copas. Y no nos han traído las ostras —se quejó Cedric, atónito. Esbozó un mohín, curvando el labio inferior, lo que le provocó a Annie un poco de grima—. ¿De verdad te tienes que ir?

El hombre apenas podía ocultar su desesperación mientras se ponía en pie con dificultad. Al salir con cautela del cubículo, Annie casi se sintió mal por él. Entonces, rememoró la última hora de su vida, que podría haber dedicado a algo mucho más productivo, útil o satisfactorio, en lugar de a sonreír a ese hombre insufrible con la mirada perdida. Se esforzó por encontrar los últimos rescoldos de su paciencia y notó cómo el hechizo, su encantamiento más profundo, constante e íntimo, le cosquilleaba la piel. Se aferró, decidida, a los pensamientos positivos y pacientes que se hilaban entre sí como una guirnalda.

«Tenía buenas intenciones. Seguro. Es lo normal».

—Lo siento —se disculpó con una risita, una melodía que sonaba a la vez ligera y pesarosa. Tomó el bolso de la mesa, junto con la solitaria rosa roja que le había traído Cedric—. No puedo expresar con palabras lo bien que me lo he pasado. En serio. Lo repetiremos pronto.

—¿Mañana? —El chico tragó saliva cuando se le quebró la voz como un adolescente.

—Mañana no, pero pronto —contestó, afable.

A continuación, su ensayado discurso de despedida, delicado y reconfortante, se le escapó de entre los labios como la miel cálida. Entretejió halagos con los que alabarlo con una excusa sutil que Cedric podía fingir no haber escuchado. La perspectiva de una segunda cita, a pesar de las evasivas, le daría esperanza suficiente para aplacar el golpe y la realidad de un rechazo que no entendería hasta que volviera a casa sin ella. Siempre se aseguraba de decir lo correcto, de activar el hechizo en el momento justo, y las palabras se encadenaban entre sí para formular la respuesta adecuada.

—Deja que te lleve a casa. O… —Cedric interrumpió ese hilo de pensamiento al chocar con la pata de una silla cuando se apresuró a seguirla por el restaurante, dejando atrás todas sus pertenencias—. Iremos juntos en el taxi. Podemos compartirlo. —Le dedicó a Annie lo que la chica supuso que sería una mirada seductora, al mismo tiempo que estiraba la mano para posársela en el antebrazo. Pero su voz volvió a traicionarlo, dado que, con cada intento desesperado de persuadirla, su tono se iba apagando más. Annie esbozó otra sonrisa paciente y comprensiva.

—Esta noche, no. Mañana me espera un día largo en el trabajo. —Annie suspiró, como si le rompiese el corazón tener que reprimirse —. Te llamaré.

La piel de Cedric adquirió un matiz verdoso, así que la bruja le dio un par de palmaditas en la solapa satinada de su atroz chaqueta de terciopelo para arrebatarle toda posibilidad de hacer algo que no fuera verla marchar. Por lo general, solía permitir que los chicos le pararan un taxi, un último gesto caballeroso que los llevaba a pensar que eran todo lo que deseaba cualquier mujer. Pero la cita había acabado con todas sus reservas de paciencia y, tras un día duro en Celeste, sus niveles de energía estaban bajo mínimos y el cansancio comenzaba a afectar a sus firmes decisiones.

Además, se había hecho un poco tarde y tendría que apurarse para llegar a casa a tiempo.

Le dedicó un saludo con la mano, lo que dejó a Cedric perdido y desolado, antes de aprovechar la oportunidad para desaparecer de su vista y colarse en el baño. Por fin, pudo volver a respirar. Se giró hacia el espejo que ocupaba por completo la pared sobre los lavabos para comprobar a toda prisa que ningún mechón había abandonado

su lugar. Por supuesto que no. También se aseguró de que no se le hubiera corrido el pintalabios. Tampoco. Si se le había diluido la máscara de pestañas, si había perdido un pendiente, si se le había agrietado el esmalte de uñas… Al mirar hacia abajo, se dio cuenta de que los nudillos se le habían puesto blancos por la fuerza con la que se estaba sujetando al borde del lavabo.

Volvió a esbozar una sonrisa y se dirigió al reflejo de la chica que acababa de entrar y que se estaba recolocando un par de horquillas de plástico con forma de mariposa en el pelo.

—Ay, vaya, ¡me encanta tu vestido! Estás preciosa.

La chica le dedicó una sonrisa radiante por la descarga de autoestima, visible incluso bajo la tenue luz.

—Ah, gracias. Es de una tienda cualquiera. ¿Te lo puedes creer? Una ganga.

—¿Estás de broma? Parece que lo han hecho para ti. Te sienta como un guante —le contestó Annie al reflejo de la otra joven.

Ser la chica agradable en el baño era un papel que le encantaba interpretar. Le gustaba la idea de que las mujeres volvieran a casa y les hablaran a sus amigas de esa persona tan dulce a la que habían conocido, de la chica que les había alegrado el día. Cada vez que esa joven se pusiera ese vestido, se acordaría de Annie y se sentiría bien.

Cuando se hubo marchado y la bruja se quedó a solas, indicativo de que ya podía usar su magia, se quitó el pintalabios con un papel y lanzó un último vistazo hacia la puerta. Juntó el dedo índice y el anular y una delicada voluta de chispas rosadas brotó de su mano, una cascada de motas rosas que se arremolinó a su alrededor, preparándola para el teletransporte.

Una milésima de segundo después, las suelas de sus zapatos de tacón aterrizaron en el suelo amaderado de su vestíbulo. El impacto hizo que se le moviera un poco el pelo y Annie meneó la cabeza para alejar las náuseas y el mareo de ese viaje instantáneo facilitado por la magia.

Entre todo el barullo de su día a día, Annie ansiaba más que nada la valiosa calma de su casa. Pensó con añoranza en su sofá, sus libros, sus pijamas… Y, durante un momento, la llegada le produjo alivio, una sensación sosegada de paz y alegría. Pero esa tranquilidad suponía a su vez el fin de todas las distracciones.

Se le apagó la sonrisa y la curva ascendente se convirtió en una fina línea. Un suspiro. Bajó los hombros, como si alguien hubiera presionado un botón, y se llevó la mano a la base del cuello para masajeársela. Se quitó los zapatos y paseó descalza hasta el salón, donde dejó el abrigo hecho un ovillo en el suelo y se desprendió de los preciosos pendientes, deshaciéndose de capas como una serpiente mientras se movía. Se quedó a oscuras para analizar lo que se sentía al estar sola de nuevo.

Con un chasquido, seguido de un vivaz fogonazo rosa, la televisión se encendió para llenar la habitación con el zumbido de un programa sobre antigüedades. De inmediato, el ruido blanco limó un poco los bordes ásperos de su situación y la volvió menos agotadora. Annie salpicó de magia las lámparas de mesa esmeriladas para aportar un toque de luz al salón y encendió con un puñado de llamas diminutas las velas con olor a algodón repartidas por la estancia, seleccionadas a propósito para que su hogar se sintiera rebosante de cariño y calidez.

El contestador emitía una luz roja sobre la mesa del teléfono. El corazón se le subió a la garganta y se preguntó quién la necesitaría mientras toqueteaba nerviosa el colgante en forma de estrella sobre su pecho.

«Annie, soy Viv. ¿Estás ahí? ¿Alguna vez respondes al maldito teléfono? ¿De qué te sirve tener uno si nunca estás en casa para responder? En fin, perdón por molestarme en comprobar cómo te va, guapa. Descuida, no volverá a pasar. Mira, estoy sufriendo una crisis total de armario y necesitaría que…».

Annie se abalanzó sobre el contestador para presionar de inmediato el enorme botón con el que borrar el mensaje. Acallar la voz de Vivienne era como atrapar una araña con un vaso. Le devolvería la llamada a su amiga, de verdad, pero necesitaba prepararse para tener esa conversación. Quizá hasta ponerse una armadura.

Una nube esponjosa serpenteó, sedosa, entre sus tobillos desnudos y Annie suspiró, agradecida, antes de acunar en sus brazos la radiante bola de pelo blanco. La nubecita dejó escapar un maullido de desaprobación que pareció sonar a: «¿Qué horas son estas?». Annie enterró la cara en la increíble suavidad de su pelaje e inhaló el agradable aroma a seguridad, amor y conexión que siempre le daba la bienvenida al llegar a casa. Era un recordatorio importante de que esa soledad al menos venía acompañada de un puñado de patitas rosadas.

—Lo siento, señorita. He llegado un poco tarde, ¿no? No podemos tenerlo todo, ¿verdad, Karma?

La bolita echó el suave hocico de color crema hacia atrás y soltó un agudo canturreo, aovillándose feliz entre los brazos de su dueña

mientras la llevaba a la cocina. Karma no estaba hecha para tareas tan mundanas como caminar hasta su propio bol, por lo que prefería que la transportaran cada vez que fuera posible. La campanilla que colgaba de la cinta rosa que le rodeaba el cuello tintineó cuando Annie hizo aparecer la comida. Karma enrolló su mullido rabo en torno a su cuerpo antes de comer con unos modales excelentes para una gata. Annie rascó a su querida y preciosa familiar tras las orejas con suavidad y su tacto sedoso la calmó al instante.

La conexión entre una bruja y su familiar era valiosa e incomparable. No es que Karma fuera a admitir en algún momento el cariño que le tenía a su humana. Pero la gata blanca de ojos azul cielo y orejas rosadas y aterciopeladas no se separaba nunca de ella y siempre parecía saber cuándo la necesitaba. Si no fuera por el animal, la chica estaba segura de que a veces se habría bloqueado o incluso desaparecido.

Annie se dejó caer en el reposabrazos del sofá antes de deslizarse sobre los cojines. Permitió que su mente vagara hasta quedarse en blanco ante el televisor, y la mezcla de sonidos e imágenes opacó todo lo demás, diluyéndolo a su alrededor. Las cortinas de lino que caían en cascada, el sofá rosa palo, las superficies de cristal con un toque de magia para que no se les quedara la marca de los dedos (ni las patas). Exquisito. Aunque era bastante pequeño y minimalista en comparación con las mansiones de sus amigas, el apartamento de Annie siempre parecía estar inmaculado. Como una casa en una serie o una fotografía de un catálogo. Se aseguraba de que fuera así: nunca dejaba por medio posavasos, cojines ni bolas de cristal. Incluso sus artilugios de bruja encajaban con la estética cuidada que con tanta atención había creado; un caldero de un suave tono

dorado descansaba en la chimenea, decorado con velas blancas y un ramo de esponjosas gipsófilas en su interior. Su hogar estaba a la altura y le parecería precioso a cualquiera que le echara un vistazo.

Libre de compromisos y responsabilidades al fin, las palabras de su día en la pastelería volvieron a ocupar su mente. Recordar los problemas de los demás era como verter un bote de tinta sobre una página escrita. Un jirón de una nube de tormenta se deslizó hasta colocarse sobre todo y no pudo hacer nada para detenerlo o conseguir que pareciera menos abrumador. Era lo único que veía.

Karma, al notar la espiral que estaba echando raíces en los pensamientos de Annie, se subió a su regazo. Su cola liviana le acarició la cara y los labios, un gesto con el que pretendía aportarle consuelo. Al final, Karma le acercó la cabeza a la barbilla y ronroneó para traerla al presente antes de acurrucarse sobre ella.

Annie, reticente, volvió a la realidad y miró el reloj. Faltaba media hora para medianoche. Se debatió entre si tendría o no tiempo de hacer algo más antes del hechizo. Si no, después se haría demasiado tarde, incluso para ella. Tenía montones de estudios por completar para el aquelarre como parte de sus prácticas de segundo año. Los rollos de pergamino amenazaban con hacer estallar el armario donde los guardaba. Y aún necesitaba un atuendo adecuado para la noche siguiente. Eso significaba que tendría que sacar la máquina de coser para elaborar algo lo bastante cautivador como para que las chicas no se dieran cuenta de que había reutilizado la prenda. Nunca permitirían que lo olvidara si supieran que se había atrevido a usar de nuevo su favorita o a renovar un vestido viejo para mantener el nivel de sus modelitos siempre a la moda. Las chicas no tardaban en señalar todas sus decisiones tontas.

«Tus amigas te ayudan a no bajar los estándares. Evitan que hagas el ridículo. Siempre saben lo que te conviene».

El día, largo a pesar del encantamiento en sus zapatos, había mermado los niveles de energía de Annie hasta mínimos imposibles. Necesitaría una descarga extra de algunos ingredientes especiales para combatir el cansancio del día siguiente, para recuperar el equilibrio necesario. La rosa de Cedric captó su atención, de un rojo intenso que contrastaba con la mesa donde la había olvidado.

Con la flor en las manos, Annie volvió a apoyarse en el reposabrazos sin interrumpir los suaves ronquidos de Karma y comenzó a desprender uno a uno todos los pétalos de la corola carmesí. La separación de cada uno del tallo le producía una pequeña y áspera descarga, como si pudiera oír el tenue sonido de la rotura. Los pétalos rojos le serían útiles esa noche. Un pequeño extra de pasión, éxito o deseo en cualquier forma nunca venía mal para el hechizo, siempre y cuando lo equilibrara a la perfección y contrarrestara sus consecuencias negativas. Quizá un toque de valeriana o polvo de piedra lunar para añadir calma, humildad, paciencia… A nadie le gustaban las mujeres que brillaban demasiado.

Annie se obligó de nuevo a ponerse en pie después de posar con cautela a Karma en el sofá y ganarse una mueca contrariada a cambio. Había llegado la hora de hacer sus tareas nocturnas, la siguiente ronda de obligaciones.

Se estremeció. Una espina afilada del tallo le penetró en la yema y atrajo a la superficie una gota de sangre radiante. Annie presionó con fuerza un pétalo sobre la herida para que coagulara, fusionando

rojo con rojo. Errores como aquel descuido eran la prueba irrefutable de que había llegado el momento de empezar con el hechizo.



Capítulo 3

SE LEVANTA EL TELÓN

Qué mermelada le echamos hoy a los buñuelos, Annie? —gritó Faye sin mirarla, mientras se movía por la despensa sobre la precaria escalera de la que disponían y echaba a un lado los montones de adornos de Halloween para llegar a los estantes reservados a las tartas de varios pisos—. Estos condenados cubos de calabaza tan horribles no deberían estar aquí. De hecho, deberíamos quemarlos.

Creo que están malditos.

Annie soltó un grito ahogado, algo ofendida. Había disfrutado de rebuscar en los mercadillos y rastrillos para conseguir algunos adornos de Halloween para la pastelería.

—No son horribles ni están malditos. Créeme, lo sabría. —Musitó la última parte entre dientes—. Creo que acabarán pareciéndote *vintage*, acogedores y adorables.

Faye no parecía convencida, y levantó uno de los cubos con el ceño fruncido.

—Este pervertido me está guiñando un ojo. Da un poco de yuyu.

Annie resopló mientras le quitaba de las manos la calabaza y la colocaba en la mesa.

—Bueno, ahora no merece la pena meterlos en el sótano, ¿no? Nos estamos acercando al código naranja. Es hora de convertir este sitio en el sueño de una noche de Halloween. —Soltó un nuevo grito ahogado, más agudo, al mismo tiempo que su cerebro funcionaba a un millón de kilómetros por hora, como siempre—. Eso me recuerda que tenemos que elegir ya de qué nos vamos a vestir. —Annie dio golpecitos con el batidor de varillas contra un lado del bol antes de usarlo para señalar a Faye, provocando una lluvia de crema chantillí por toda la cocina—. Abriremos hasta tarde para el evento «Nada de trucos, todo tratos», por lo que es imprescindible que los disfraces sean perfectos.

—Nunca he visto a nadie que esté en sus cabales tomarse tan en serio los disfraces de Halloween como tú —comentó Faye, perpleja, con los ojos puestos en su jefa.

—Los vestidos bonitos no son una tontería. Si no vas a hacer algo como es debido, es mejor que no hagas nada —replicó Annie, muy seria.

—¿Podemos no darle muchas vueltas? —le pidió Faye con un gruñido—. ¿Qué tal Drácula? Puedo ponerme una bolsa de basura y echarme el pelo hacia atrás con cera. Me quedaría genial. O tres brujas. Abracadabra. Y añadimos truenos, relámpagos, lluvia, todo eso.

Annie no pudo evitar estremecerse. Esas tres palabras eran la contraseña del aquelarre. A decir verdad, no podía disfrazarse de bruja. Era muy cautelosa y le daba demasiadas vueltas a todo como

para arriesgarse a exponer su magia. Sería una tontería tentar así a la suerte.

—¿No crees que las brujas están muy vistas? —argumentó con una carcajada—. El tema que solemos usar en la cafetería tiene mucho más sentido.

—No pienso volver a vestirme de beicon. Eso sí que fue una decisión terrible. Parecía más una herida recién hecha que otra cosa. —El pelo corto de Faye, de un carmesí intenso, se suponía que debería haber hecho las veces de kétchup.

—Entonces, ¿este año no iremos de plato de desayuno? —se lamentó Annie—. Con lo mona que yo estaba de tortita, con mi gorro de mantequilla y todo.

Faye puso los ojos en blanco, pero entonces, reticente, acabó cediendo como siempre solía hacer.

—Pari disfrutó siendo un huevo frito y no quiero romperte ese frágil corazón tuyo. Vale —gruñó—. Iremos de desayuno de nuevo. Pero ni se te ocurra obligarme a ser algo así de feo otra vez. Me niego a disfrazarme de judías ni, por supuesto, de champiñón. Os pasaríais el día bromeando sobre que he pillado hongos y al final me haríais cometer un crimen. —Volvió a fruncir el ceño antes de girarse hacia los estantes de las tartas, exasperada como siempre con Annie y Pari, aunque con cariño, por su incansable alegría—. ¿Qué tal un arándano?

Annie dio una palmada, pegando saltitos en el sitio y regando la encimera con más crema chantillí.

—¡Sí! El índigo te quedará genial. Cruzaremos el charco y optaremos por un desayuno americano, exótico e internacional.

Tengo una boina que te puedo dejar para que seas el arándano perfecto.

—Una de tantas frases para nada extrañas que solo oirás en esta pastelería —dijo Pari al irrumpir en la trastienda con una pila tambaleante de bandejas con magdalenas que le bloqueaban el campo de visión. Debía haber llenado ya la vitrina con dulces recién horneados—. ¿Por qué estamos hablando de boinas de arándanos?

—¿Eso no es una canción de Prince? —Annie dejó de batir de nuevo al enunciar la pregunta.

—Lo que hay que oír —musitó Faye entre dientes.

—No, esa es *Raspberry beret*, boina de frambuesa —la corrigió Pari. Tras años trabajando juntas, el entonces improbable trío de cerebros a cada cuál más extraño entendía cómo funcionaban los demás a través de una misteriosa conexión.

—¡Inspirador! En ese caso, hoy haremos buñuelos de frambuesa —le dijo Annie a Faye, decidida, antes de soltar un bufido mientras volvía a batir con fuerza la crema dentro del bol. Debido al ajetreo caótico de aquella mañana, se había olvidado de reactivar el hechizo *Dulce Lac Turben* del batidor de varillas, esencial para que este se moviera solo, antes de que llegara Faye, y ahora lo estaba pagando caro con el dolor de sus brazos.

—No tengo suficiente fuerza en la parte superior de mi cuerpo para este trabajo —gimió, al son de una patada al suelo.

—Lamentable. ¿Qué harías en un apocalipsis zombi? —preguntó Faye.

—Morir y ser feliz —contestó Annie.

—Sería lo mejor, sin duda. No te gustarían los zombis y su desconsideración extrema hacia la higiene personal y las paletas de

colores por temporadas —bromeó Pari antes de centrar su atención en desenredar una serie de banderines con forma de gato negro de la caja de Halloween a rebosar.

Faye siguió rebuscando entre los botes de mermelada casera, su especialidad, a la caza de aquellos con la tapa de cuadros. A pesar de ser una aficionada a la música un poco gruñona y muy tiquismiquis, se le daba de fábula hacer mermelada, algo sorprendente. Como era el miembro más serio del trío de Celeste, Faye solía frenar los pájaros que les inundaban la cabeza a sus compañeras cuando se dejaban llevar por ideas emocionantes que eran imposibles de poner en práctica (al menos, sin saber de la existencia de la magia) o demasiado caras de ejecutar. La cosecha de frambuesas, bayas de sauco y grosellas en el patio que compartía con Pari, junto con las teorías científicas sobre su cultivo, eran algunos de los pocos temas de conversación que sacaban el lado más entusiasta de Faye. Hacer mermelada hasta obtener la mezcla perfecta era, en su opinión, la mejor manera de desestresarse.

—Solo estábamos hablando de Halloween —le comentó Faye a Pari con los brazos llenos de tarros—. Annie quiere que retomemos nuestros icónicos disfraces de desayuno, pero me he apresurado a añadir que este año prescindiremos de la carne.

—Ay, porfa, ¿puedo ser un huevo otra vez? —preguntó Pari, dando una palmada, encantada.

—Lo que yo decía —farfulló Faye—. Cumplir sueños está a la orden del día en Celeste.

Faye y Pari habían aparecido en la puerta de Celeste dos semanas después de la apertura al ver el toldo de rayas rosas bajo el que se reunía una cola que daba la vuelta a la esquina cada mañana y a la

chica rubia que hacía malabares con todo ella sola. Entraron en el local, tomadas de la mano, tras haber sido despedidas de una charcutería italiana que había cerrado hacía poco. Ambas eran unas reposteras aficionadas, pero bastante decentes, y debían ahorrar para la inminente boda. Annie casi les había besado los pies por su ayuda, preguntándoles sin pensárselo dos veces si les importaría mirar cómo iban las magdalenas con pepitas de chocolate porque sospechaba que se estaban quemando mientras ella se peleaba con la máquina de café. Como si siempre hubieran estado a su lado, Faye intervino de inmediato para crear el capuchino perfecto con un extra de espuma y Pari se dirigió a toda prisa a la cocina a rescatar las magdalenas. La intuición de Annie le había dicho que eran especiales, ingredientes con los que añadir un toque extra de dulce al lugar.

Había sido una de las mejores decisiones de su vida. Faye se ocupaba de la cafeína y la logística y se volvía cada vez más ambiciosa a medida que crecía la demanda. Mientras tanto, la personalidad cálida y charlatana hasta decir basta de Pari la convertía en la favorita de muchos clientes. Pari, un torbellino humano de metro cincuenta y pico de pura energía, solía atender en el mostrador mientras Annie se ocupaba de darles los últimos retoques a los dulces en la trastienda. Por supuesto, la pareja no sabía nada sobre la brujería que ayudaba en Celeste, pero, con el paso de los años, Pari sí había mostrado algunas señales de que notaba la presencia de la magia. Arrugaba la nariz, como si pudiera oler en el aire algo más que el pan recién horneado y la fruta escarchada. A veces, entornaba los enormes ojos marrones cuando una chispa pícara de magia permanecía en el aire más tiempo del

necesario, como si estuviera viendo a una mariposa bellísima alzar el vuelo por primera vez. Annie había aprendido que debía tener cuidado al usar los poderes cuando Pari y ella trabajaban codo con codo.

—¿Qué tal van los rollos de canela? —le preguntó Annie a Pari.

—Un poco solitarios. Solo queda un par, pero, como está a punto de salir de la iglesia el grupo de madres con sus bebés, ya podemos despedirnos de ellos y de todos los demás dulces. Estoy segura de que elegirían antes a los cruasanes que a sus hijos.

—¿Y quién no? —gruñó Faye.

La crema volvió a salpicar la cocina.

—¡Pero si hicimos de más! Creía que durarían por lo menos hasta la hora de comer. —Annie suspiró y se frotó la frente al recalcular a toda prisa la lista de tareas por hacer que no paraban de multiplicarse—. Deja que termine con estos buñuelos y veré si tengo tiempo de poner a fermentar un poco más de masa. —Se secó la ceja con la manga tras tanto batir antes de agarrar las fresas del canastillo para empezar a trocearlas. En cuanto las chicas salieran de la cocina, podría hacer algún hechizo con el que aligerar la carga.

—Recuerda que tienes que parar para comer, Annie —añadió Pari antes de volver a la cafetería, cargada con un puñado de guirnaldas para colgarlas por el techo como si fueran telarañas—. Y el café no cuenta como alimento. Te haré una tostada.

—Apoyo la moción. Además, has vuelto a llegar temprano, así que asegúrate de salir antes —añadió Faye, acompañado de unas palmaditas en la espalda a Annie mientras seguía a Pari y se echaba al hombro el trapo de una manera tan estilosa que daba envidia—.

Sé que en teoría eres la jefa y, oye, yo no hago las reglas, pero de cerrar me encargo yo, ¿vale?

—Estoy bien. —Annie esbozó una sonrisa tenue—. Lo tengo todo bajo control.

Al menos, pronto lo tendría, en cuanto terminara de darle los últimos retoques a los buñuelos y echara una pizca de polvo de nostalgia al azúcar para el glaseado con *Memoria Laetificus*. El remate perfecto para cada uno de los buñuelos, cubiertos de reconfortante crema y la mermelada casera de Faye, hecha con el corazón, que aportaría una pizca de recuerdos atesorados sobre los que hablar entre bocado y bocado. Cada pedazo evocaría un recuerdo bonito (los juguetes favoritos, el amor de los abuelos, los encuentros más felices…) que mantendría el flujo cálido y agradable de la conversación.

—Ya, lo tienes todo bajo control —repuso Faye con su habitual escepticismo. Nunca dejaba de recordarle a Annie, a veces incluso de ordenarle, que compartiera la carga de trabajo—. Deja que te ayudemos. Es para lo que estamos aquí. Literalmente.

No es que su jefa no quisiera. Se moría de ganas de aceptar la ayuda y sabía que aprovecharía mejor su talento si les diera más carga de trabajo en Celeste. Pero, desde que era pequeña, Annie nunca había sido capaz de delegar nada que le pareciera complicado. O laborioso. Como si no se le permitiera levantar el pie del acelerador. Solo ella podía resolver los problemas de la manera adecuada y pedir ayuda o delegar suponía admitir una derrota. No era de la clase de chicas que las admitía con facilidad ni, sin duda, de las que fluían. En ningún aspecto. Debía ser ella quien siguiera impresionando al mundo: aguantando y gestionándolo todo.

Se concentró en separar la crema en boles individuales de cerámica.

—Dicho esto —la voz de Faye flotó hasta la cocina—, no dejes que me acerque a los fuegos. A no ser que prefieras poner en riesgo la vida de nuestros clientes.

Tras una leve amenaza de Faye que implicaba una espátula y una ubicación secreta donde no da el sol, Annie dejó a regañadientes que Pari y ella cerraran la tienda, aunque no sin antes prepararles para que se la llevaran a casa a modo de agradecimiento una caja con tarta de manzana, cubierta de una trenza de costra de caramelo y diminutas hojas otoñales de color bronce repartidas por la masa.

Las noches de los viernes solían estar reservadas en su agenda, organizada con pegatinas y garabateada con un bolígrafo rosa, pero aquel día pensar en la velada le produjo un extraño pavor que se le instaló en la boca del estómago. Al parecer, no era el momento de relajarse ni de bajar la guardia. Pero no tenía por qué ser culpa de las chicas.

Era culpa suya, de su manera de actuar en situaciones sociales. Siempre tan tensa, dudando de sus respuestas, que repasaba mil veces en cuanto llegaba a casa, segura de haberse puesto a sí misma en ridículo.

Tras abandonar Celeste al son de la melodía de la campanita de latón, Annie recorrió la calle a toda prisa. Los charcos bajo sus pies reflejaban esferas anaranjadas procedentes de las farolas encendidas a última hora de la tarde. El teletransporte habría sido la opción más fácil en cualquier otro momento del día, pero seguían

saliendo estudiantes de la escuela y la concurrida hilera de tiendas estaba a rebosar. Con tantos niños a su alrededor, tan sensibles a cualquier tipo de brujería, no era inteligente utilizar la magia por capricho. En su lugar, intentó parar un taxi negro. Era un proceso que llevaba su tiempo. Un par de personas que habían llegado después de ella le arrebataron tres taxis, aunque Annie les hizo un gesto con la mano para restarle importancia. Un viento frío la sorprendió al penetrar con fuerza en su nariz mientras esperaba. El otoño se había apoderado de Londres, los rescoldos del verano se escapaban en cada hoja caída. Cerrar por fin la puerta del taxi tras ella fue reparador, y se sopló las manos para calentárselas y ahuyentar el entumecimiento con el que las había enguantado el frío.

—Al teatro Tempestad, por favor —le indicó Annie al conductor, que se giró para dedicarle una mirada extrañada, como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Para qué quiere ir a ese vertedero? Se está cayendo a cachos, ¿sabe? —preguntó con un marcado acento londinense—. ¿Lleva acaso un casco y buldócer en ese bolsito suyo?

—Claro. ¡Chicas al poder! —canturreó Annie, formando el gesto de la paz con los dedos—. Y un chaleco de seguridad, así que no se preocupe por mí, señor. Por suerte, el amarillo fosforito está de moda esta temporada.

El trayecto por Londres le dio a Annie la oportunidad poco habitual de tomarse un descanso, incapaz de distraerse con otra cosa que apretar uno o dos botones en el busca. La relajó admirar el abrigo otoñal que cubría la ciudad. Los tonos marrones y naranjas se emborronaban como si fueran de acuarela al pasar tras las gotas de

lluvia que salpicaban la ventanilla del taxi, con ricos tonos mostaza y amarillo mantequilla esparcidos por las copas de los árboles. Toda la ciudad olía a canela y fuegos artificiales, a hoguera y pimienta negra, a brujería y maravillas. Quizá a muchos les desagradara la lluvia, pero a ojos de Annie envolvía la ciudad con una capa traslúcida que diluía y suavizaba los bordes afilados del día a día. Tan pronto acababa el otoño, ella comenzaba a añorarlo. Dibujó un diminuto corazón en el vaho de la esquina de la ventana y vio como una única gota de lluvia se deslizaba por él.

Un destello del marrón típico de las castañas y varios árboles del color de una mandarina aparecieron en el horizonte, delineados sobre el atardecer, cuando cruzaron la puerta del parque Richmond, repleto de huellas de botas de agua embarradas y perros de seguro más embarrados aún. El taxi giró hacia la izquierda por un sendero en parte cubierto por los gruesos e inmensos nudos de helechos y foresta. El terreno irregular agitó el batiburrillo de productos labiales al fondo del bolso de Annie.

—Es una lástima que hayan dejado que este sitio acabara convertido en ruinas —comentó el conductor al estacionar y sacar la cabeza por la ventanilla para estudiarlo mejor—. Mi abuelo tenía algunas fotos viejas de su abuelo ahí fuera, en la puerta, ¿te lo puedes creer? Orgulloso como un pavo real por haber conseguido una entrada. Significaba que habías llegado a ser alguien si podías decir que habías estado en el teatro Tempestad. Ya no los hacen como antes, ¿eh? —Chasqueó la lengua y volvió a bajar la ventanilla.

—Ah, es una pena. Daría lo que fuera por verlo en su máximo esplendor —contestó Annie, al mismo tiempo que sacaba dinero del bolso.

—La policía recibe quejas sobre el ruido a todas horas, claro, pero nunca encuentran nada. Serán algunos mocosos. U okupas, supongo. Tenga cuidado, señorita —se despidió, y apretó una vez la bocina a modo de despedida antes de alejarse.

Oculto en la densa y enmarañada periferia del parque, el teatro Tempestad se reclinaba en las sombras de los sicomoros, erguido sobre un enorme estanque lleno de algas que muchas veces pasaba desapercibido en los planos del parque. Aquel lugar, que en el pasado había sido una importante y aclamada sala de música, una de las joyas de la corona de la historia de Londres, había sido atesorado con cariño por todos los que habían tenido la suerte de vivir sus siglos de espectáculos y placer. Pero, al cambiar los tiempos y decaer la popularidad de los conciertos, habían acabado por abandonar el edificio hasta que este se había deteriorado de forma irremediable. Como resultado, las enredaderas serpenteaban por su fachada como una cortina uniforme y su preciosa piedra mostraba las cicatrices del implacable clima británico. El cartel de la entrada en el que, en el pasado, se habían anunciado con orgullo talentos y espectáculos fascinantes en letras mayúsculas que iluminaban el parque cada noche con un brillo típico de Hollywood, indicaba con letras desvaídas: «Nada en cartelera».

Sin embargo, Annie sabía que eso no era del todo cierto. Miró hacia atrás, pero el puñado de personas a su alrededor se encontraban demasiado distraídas por aquel tiempo tan deprimente. Las capuchas les ocultaban la cara, y los perros, empapados y con las orejas planas, tiraban de sus dueños para volver a casa. Una bandada de gansos aterrizó en ese momento, provocando salpicaduras por todo el lago con un revuelo de plumas y, un poco

más allá, un par de ciervos chocaron las astas con un crujido, protagonistas de su propio espectáculo ante el teatro. La distracción perfecta.

Con un escalofrío provocado por el denso chirrido de la chapa metálica y las viejas bisagras, Annie abrió con cuidado la puerta.

Dentro, el polvo y los escombros se extendían por el viejo vestíbulo como si fueran de harina. Habían tapiado las ventanas, lo que bloqueaba cualquier rayo de sol que pudiera traspasarlas, como si el teatro se sintiera cohibido y no pudiera permitir que nadie lo viera en ese estado. Tambaleante sobre los tacones con cada paso cauteloso que daba por la madera astillada y las baldosas agrietadas, Annie prosiguió la marcha. Pasó junto a la taquilla, cuyos detalles dorados se estaban cuarteando como un maquillaje antiguo. También pasó por la vieja máquina de cigarrillos, el puesto de helados, abandonado hacía mucho, y los pósteres desgastados que anunciaban conciertos de hacía cien años. El repiqueteo de sus zapatos aguijoneaba la calma y, en algún lugar del alto techo, un pájaro agitó las alas, provocando una ráfaga de viento.

Se agarró con fuerza a la barandilla de latón, cuyo brillo se había apagado hacía tiempo, y con cuidado bajó hasta el auditorio principal. Annie no podía evitar sonreír para sus adentros cada vez que descendía por esa escalera. Le parecía algo mágico, un momento que hacía que quisiera recogerse la falda como una especie de princesa dramática. En los libros y las películas, se habría ataviado con un vestido que parecería una tarta adornada con nata y se habría deslizado hasta un apuesto príncipe que le tendería la mano. Debía reprimir una risita cohibida y jadeante cada vez que lo

pensaba y contentarse con entonar para sí misma una nostálgica melodía de cuento mientras se dirigía escaleras abajo.

La sala de conciertos era un inquietante espacio cavernoso que parecía respirar por sí mismo, un dragón encogido que vigilaba un tesoro oculto. El lugar estaba vivo gracias al poder de los recuerdos, lo que hacía que Annie se sintiera insignificante, una diminuta bailarina dentro de una caja de música. El silencio le provocaba deseos de gritar tan fuerte como fuera posible para asegurarse de que estaba allí de verdad. Nunca lo hacía, claro. Las filas y filas de asientos de color carmesí cubrían todo el patio de butacas, deshilachadas y hechas jirones, con una capa de polvo tan densa que Annie podría haber escrito su nombre en ella. En lo alto, los rescoldos de un cielo nocturno y estrellado, pintado con todos los tonos de azul rey, marino y zafiro. Las goteras se extendían y manchaban el techo sobre una enorme bola de discoteca cubierta de telarañas que dominaba la sala desde el centro.

Ahí estaba, la piel de gallina. Los escalofríos se sucedían uno tras otro por su piel y le aceleraban el corazón al mismo tiempo que los sentidos comenzaban a activarse, expectantes. El sabor de un dulzor metálico se coló entre sus dientes, culpa del aire viciado y sombrío. El aroma terroso y almizclado se mezclaba con otro a hoguera, probablemente procedentes de algún daño provocado por vándalos, pero la dulzura de las manzanas de caramelo del pasado seguía presente también. El teatro Tempestad siempre le provocaba esa sensación. Aunque, tal vez, los verdaderos culpables fueran los brujos.

Llegó al escenario principal. El pesado piano reposaba en el centro, donde el suelo se hundía bajo su peso. Pasó la mano

derecha por las teclas, las uñas rosas sobre marfil amarillento, y las presionó en el orden correcto. Era una secuencia melancólica que su madre y su padre le habían enseñado hacía muchos años y que nunca olvidaría. La combinación siempre le parecía muy poderosa. Mágica.

Con la última nota, un pellizco de magia revoloteó desde las yemas de Annie, como si el piano le hubiera pedido a su cuerpo una demostración de sus poderes. Las estrellas rosas se tambalearon por los espacios entre las teclas y se colaron por las grietas. Durante un instante al terminar la música, sintió que el tiempo se detenía, que ralentizaba incluso el polvo que bailaba ante sus ojos en esa sala cerrada, que las polillas revoloteaban con diminutos movimientos.

Luego, con precisión, el brillo de una luz antes inexistente incidió en las estrellas pintadas en el fresco del techo. Todas titilaron sobre la oscuridad azulada, una detrás de otra, y trasportaron por toda la estancia las notas musicales que Annie acababa de tocar. Las formas estrelladas cayeron en cascada sobre los asientos bajo la bola de discoteca, que comenzó a girar, lo que inundó el teatro con una nueva luz que impregnaba cada parte de la sala de música, desde las galerías hasta los cristales empañados de las puertas. El contraste de la luz y la oscuridad era casi cegador a medida que se producía. Con los ojos entornados, Annie puso una mano en alto para protegerse del resplandor y vio cómo el oro adoptaba su color original, deslumbrante de nuevo. El terciopelo carmesí adquirió un rico tono rojo. El escenario se restituyó y el piano recuperó su gloria pasada.

Luego, los asientos del patio de butacas comenzaron a reorganizarse entre sí y las hileras pulcras giraron hasta convertirse

en grupos separados. Las mesas, tan elegantes, se levantaron del suelo antes de recibir sobre su superficie lámparas de vidrio verde esmeralda, suntuosas jarras de cristal y diminutos cuencos de espléndidas aceitunas y relucientes almendras garrapiñadas.

Por último, bajo los haces finales de la luz que desprendía la bola de discoteca, unas figuras fantasmales, que pasaban de ser siluetas traslúcidas e iridiscentes intuidas bajo los destellos a convertirse en personas de carne y hueso, empezaron a ocupar los asientos. Brujas, hechiceros: su comunidad.

Annie sonrió, tan aliviada como cada vez que la magia del teatro la aceptaba con los brazos abiertos. Ahí estaba, igualita a como la había dejado. La Sortiedad.



Capítulo 4

CHARLA DE CHICAS

La Sortiedad no debía confundirse con algo tan vulgar como un aquelarre. Selcouth, el aquelarre de Reino Unido al que pertenecía Annie, era acogedor y estaba dispuesto a aceptar a todos los brujos o hechiceros. Era cierto que tenía sus propios métodos de admisión y se esforzaba por cumplir con la tradición, para lo que imponía un proceso de quince años de Obscuración que llegaba a su fin, de forma satisfactoria o no, durante el trigésimo cumpleaños del brujo. Pero la Sortiedad era un asunto más clandestino y secreto. De hecho, una bruja del montón (la chusma, como la considerarían los miembros de la Sortiedad) parecería desconcertada si se le preguntara sobre su existencia. Solo unos pocos elegidos sabían la contraseña; ante la pregunta, dirían que era un «cuento de hadas», y tararearían la contraseña musical del teatro Tempestad entre dientes con una sonrisa.

Reservado solo para los considerados dignos, las brujas y hechiceros dentro del círculo cerrado que conformaba la Sortiedad se habían nombrado a sí mismos hacía mucho tiempo «herederos de hechizos». Era un título que, a ojos de Annie, parecía indicar una

influencia mágica genética, lo que, a menudo, conllevaba una riqueza mágica heredada. Los miembros existentes nominaban y aprobaban a los candidatos antes de que estos se sometieran a un proceso de iniciación largo y cansado desde el punto de vista mágico, una mezcla de ceremonias complejas, exigentes entrevistas y donaciones considerables.

Con su acumulación sobrenatural de magia y dinero, el club se había convertido hacía ya siglos en una fuente de influencia en el entretejido mismo del sistema mágico. Los herederos de hechizos de pleno derecho contaban con conocimientos e información que no se podían compartir con un aquelarre normal y corriente y su indigna política de aceptación general. Las decisiones se tomaban cada luna llena durante un simposio y acababan afectando a las vidas de los brujos corrientes. La riqueza engendraba riqueza, incluso dentro del ámbito mágico, y entre los secretos más codiciados de la Sortiedad estaba la habilidad para invertir sus poderes y crear fondos privados y cotizados de magia que se distribuían entre unos pocos elegidos, nunca con nadie más. Tal acumulación de poder solo podía producir la necesidad de verlo más aumentado aún, por lo que la pescadilla llevaba siglos mordiéndose la cola.

—Annie, cariño, ¿qué tal fue con Cedric?

Romily la miró por encima de su copa cuando Annie terminó de abrirse paso por el ajetreado auditorio. Romily Whitlock no era de las brujas que perdían el tiempo con charlas triviales o cumplidos cuando había cotilleos frescos que comentar.

—¿Con quién? —preguntó Annie, mientras ocupaba el sitio libre en el círculo de sillas afelpadas. Las cinco chicas intercambiaron besos por el aire, uno en cada mejilla, sin llegar a tocarse. Como Annie no

era de las que aparecían con las manos vacías, colocó sobre la mesa una caja de galletas con un glaseado perfecto, todas decoradas como flores otoñales, y las animó a probarlas.

—¿La cita de anoche? ¿El socio del primo del amigo de Constance? Sé que es un no brujo —continuó Romily, con la nariz arrugada ante ese último comentario—. Pero, a pesar de esa mancha en su historial, Constance estaba segura de que los dos formaríais una pareja magnífica. Le interesan los fondos de cobertura. Y al parecer está forrado.

—Annie, sabía que estabas en época de sequía, pero no me digas que has salido con un brujo de los bajos fondos —se burló Vivienne, y Harmony soltó una carcajada aguda ante la idea—. Una práctica horripilante. Imagínate no tener material con el que expresar tu magia. O pasarte la vida con mugre bajo las uñas. ¡Qué poco *glamour*!

—No, se dedica a las inversiones mágicas y a estrategias de negociación, pero, en plan, para no brujos —les explicó Romily, con una mirada prejuiciosa de soslayo, al mismo tiempo que removía los posos de su copa.

—Claro, Cedric. —Annie tuvo un *flashback* repentino de la noche anterior que la hizo sentir culpable. Se había olvidado de la escena en el restaurante con ese chico debido al resto de cosas en su cabeza que se esforzaban por llamar todo el rato su atención —. Claro, claro… Era encantador.

Harmony la presionó, con las cejas arqueadas.

—¿Pero?

Annie suspiró.

—Pero…

—Ahí lo tenéis —bufó Romily, crítica pero divertida, mientras aceptaba uno de los nuevos cócteles que entregaba un camarero. Annie se puso en pie para repartir el resto de bebidas de la bandeja de plata y se aseguró de que todas recibieran su preferido.

Se había pasado los años de su infancia con Romily, su mejor amiga, a la que más apreciaba, y ambas se habían vuelto uña y carne, una uña perfectamente cuidada y pintada. Habían hecho pociones con barro y agua de un estanque en un extremo del jardín. Habían vestido a sus muñecas con diminutos sombreros de bruja y les habían suplicado a sus padres que les dejaran volar por el ático con una escoba encantada los domingos por la tarde. Habían llevado pijamas a juego y trajes idénticos, esperado en el descansillo y observado en secreto con los ojos como platos mientras sus refinados padres paseaban por la vida con pitilleras y vasos idénticos de color ámbar. Sus años de infancia compartida habían sido lo bastante importantes como para ligarlas entre sí durante mucho tiempo. Annie seguía evocando con cariño algunos de los recuerdos, tan preciados y frágiles.

Sin embargo, algo había alterado la química cerebral de Romily al aparecer la adolescencia; la consecuente llegada de la magia real y el instituto solo complicaron aún más las cosas. Los pasillos de la academia Acónito la habían llevado a conocer a Vivienne Cinder y Harmony Morningstar, que mostraron una indiferencia total ante Annie, pero habían caído rendidas ante la confianza serena, el aura dorada y la reputación familiar de riqueza y distinción de Romily. El puesto supremo de su madre en la Sortiedad hablaba por sí solo, lo que le había procurado un estatus impecable a su hija. Había empujado a Romily a adoptar una soltura nunca vista y una

seguridad inquebrantable. Su juventud y fragilidad se habían desvanecido de repente. A su lado, Annie solo era alguien complaciente, feliz porque contaran con ella para lanzar hechizos secretos útiles para el cabello. Incluso entonces, deseaba gustar. A cambio, las chicas habían escondido las garras y la habían acogido bajo sus sedosas alas. Con una mezcla equitativa de envidia y respeto, sus compañeros les habían puesto un mote, las «Cuatro de la Fortuna», idea que había deleitado sobre todo a Romily. El apodo las había acompañado desde entonces.

Eran sus mejores amigas en el mundo mágico y Annie les estaría siempre agradecida por no haberle dado la espalda después de que, unos años más tarde, su vida familiar se desmoronara de forma inesperada.

Las Cuatro de la Fortuna habían aumentado su número al acoger a un nuevo miembro de la Sortiedad, Ruby Wrathshade, cuya familia se había mudado desde América y a quien habían aceptado gracias a su patrimonio recién adquirido al modernizar el mercado de escobas voladoras. Habilidosos, habían encontrado un hueco en la oferta de palos de escoba en una red emergente llamada «Internet». Ruby contempló el creativo cóctel floral y sentimentaloide, de un vivo color azul, con desconfianza antes de estirar los dedos para pescar un cardo flotante que servía de decoración y retirarlo con un movimiento rápido.

—¿Tenéis café? —le preguntó Ruby al camarero, pero él solo retorció el bigote y se marchó, con un gesto altivo al girarse. Harmony, poniendo en alto una flauta de champán efervescente, parecía asqueada por todo lo que hacía Ruby y apenas era capaz de

ocultarlo. Su bebida, de un amarillo chillón, burbujeaba con una ferocidad exagerada.

—Lo siento. Lo sé… No puedo evitarlo —replicó Annie, mientras movía la mano con aire arrepentido.

—Annie, te ponemos en fila india un soltero tras otro, a cuál más guapo, y nunca son lo bastante buenos —continuó Romily.

—El problema no es que no sean lo bastante buenos —la interrumpió Annie, deseosa de justificarse lo antes posible—. Son todos muy agradables, a su modo. Y os agradezco que os toméis la molestia de tratar de encontrarme a alguien especial. Sé que intentáis ayudar. Es solo que…

—No son perfectos —gruñó Vivienne, quien nunca disfrutaba del lado romántico o dulce de ninguna situación. Para Vivienne Cinder los cotilleos perdían interés si involucraban sentimientos reales—. Si fuera tú, me olvidaría de todo eso, Annie. —Soltó un suspiro exagerado—. No te ofendas, no es que hayas llegado a la edad de convertirte en una solterona, pero siempre hay una bruja más joven esperando en las sombras para ocupar tu lugar… encima de tu hechicero. En el pasado, fuimos nosotras, ¿no? De hecho, era el pasatiempo favorito de Harmony.

—Es divertido jugar con ellos. —La aludida soltó una risita.

—¿Has tenido alguna cita? —le preguntó Ruby a Annie mientras comenzaba a rebuscar en la caja de galletas. Harmony seguía pareciendo horrorizada ante la misma existencia de Ruby, sobre todo cuando esta agarró dos galletas y decidió añadir una tercera—. ¿Qué? —le preguntó a Harmony, indignada—. Dijiste que íbamos a cenar. Tomar un cóctel no es lo mismo, ¿sabes? —Se giró hacia Annie—. Por la manera en la que hablan estas señoritas, empezaba

a pensar que cualquier soltera de más de veinticinco años debía aceptar que era una vieja arpía.

—No creo que las escapadas de Annie puedan llamarse «citas» —resopló Vivienne.

—Hace lo que puede —repuso Romily, mientras negaba apenada con la cabeza.

—A mí tampoco me parece muy atractiva la gente de por aquí. A menos que te gusten los hechiceros con pañuelo al cuello, estás perdida —continuó Ruby—. Parece que han tallado a los chicos en cera. O que los han creado en un laboratorio. ¿Son el resultado de alguna clase de encantamiento de una adolescente para crear al novio de sus sueños?

—Annie lleva soñando con su don Perfecto desde que empezamos juntas en Acónito —canturreó Harmony, como si compartiera un dato curioso.

—De ahí que siempre acabe con don Horror —la secundó Vivienne.

—Estoy segura de que Ruby no tiene ganas de oír hablar sobre mi catastrófica vida amorosa. —Annie se echó a reír para desestimar el tema antes de que se asentara en el ambiente de la sala. Ya comenzaba a notar cómo la vergüenza le calentaba la cara. Se posó los dorsos de las manos en las mejillas para tratar de enfriárselas—. ¿No hace mucho calor aquí?

—Ha habido algún que otro hechicero durante estos años, pero siempre parece acabar con un corazón roto, ¿verdad, cariño? —dijo Vivienne, sin afabilidad en el tono o la expresión—. Y aquí estamos, sin un anillo en ese dedito. Debe de hacer mucho frío sin nadie que te abrace.

—No dejamos de intentar emparejarla con todos los hechiceros guapos que se nos ocurren. Hemos pasado incluso a considerar a algún no brujo, pero aún no ha habido suerte —añadió Harmony antes de esbozar un mohín y darle unas palmaditas en la rodilla a Annie, desde donde su anillo, engalanado con una gigantesca esmeralda, reflejó las luces de la bola de discoteca—. Es lo menos que podemos hacer. De verdad, planear una boda es muy divertido. No sabes lo que te pierdes, Annie. No sé por qué no encuentras a alguien ya.

Annie esbozó una sonrisa serena.

—Estoy bien así. Todo me va genial.

—Ocurrirá cuando menos te lo esperes —sentenció Romily con un asentimiento seco. Se reclinó en su asiento e hizo girar el vaso helado de su martini, lleno de frutas pálidas que parecían hechas de cristal.

—La soltería de una bruja es la independencia de otra —comentó Vivienne—. Pero admiramos tu tenacidad, Annie. Ya llegará. ¿Quién necesita un marido? Quédate el mío si te apetece. La mitad de la Sortiedad parece estar detrás de él. Por suerte, me quedaré con todo su dinero y su magia si decide alejarse demasiado.

—Eres muy valiente —dijo Harmony, mirando a Annie con los ojos como platos, con una compasión sorprendentemente sincera para ser una persona de cuya boca solo salían indirectas sutiles pero directas al corazón.

Annie se echó a reír.

—De nuevo, gracias, Harm. Pero estoy en el extremo opuesto de la valentía.

—Mírate —insistió Harmony, con asombro—, llevas cuero en invierno. ¡Qué osadía!

—Tiene razón, Annie. Estás sola —intervino Vivienne—, a pesar de lo… precaria que es tu situación. —Enfatizó la palabra «precaria» con una ceja arqueada. Su voz rezumaba tanta lástima incandescente que Annie la sintió como gotas de lluvia ácida de la que debería protegerse con un paraguas.

—Yo no diría que es precaria —contestó ella tras respirar hondo para aplacar la oleada de sentimientos incómodos que comenzaba a provocarle la conversación.

«No lo dicen con el matiz que a veces parece que adoptan. Te quieren. Siempre eres la primera al otro lado de la línea durante un mal día, cuando necesitan hablar de sus problemas y desahogarse con un oído atento. Formas parte del grupo. Te tienen un aprecio real y siempre te apoyan».

El hechizo le recordó que debía controlarse cuando comenzó a hormiguearle en la piel.

—Ya sabes, por lo de tu padre… —susurró Harmony, como si le avergonzara decirlo en voz alta. Paseó los ojos hasta los de Romily y Vivienne, entusiasmada por la perspectiva de empezar su tema favorito de conversación. Dolía, pero Annie entendía el interés. Los escándalos como el suyo no eran habituales.

—¿Me he perdido algo? ¿Qué hizo tu viejo? —preguntó Ruby tras una densa pausa. Partió a la mitad otra galleta de jengibre y la usó para señalarla desde el otro extremo del círculo que las separaba.

—No es nada. Ocurrió hace mucho tiempo —contestó Annie antes de dedicarles una mirada a las chicas que esperaba que entendieran como que necesitaba que desviaran el tema.

Vivienne soltó una carcajada seca.

—Rubes se va a enterar tarde o temprano. Sale en casi todos los simposios, incluso después de tantos años. El padre de Annie era… Bueno, no es lo que se consideraría un miembro respetado y venerado en la Sortiedad como el resto de nuestros padres.

—De hecho, no es miembro. Punto —añadió Harmony entre risitas, y Vivienne soltó un bufido como respuesta. Ambas se taparon la boca con la mano como si pretendieran castigarse por eso.

—Harm, no seas mala —la amonestó Romily, y la aludida esbozó una mueca ostentosa—. Para Annie fue un horror, ¿verdad, cariño? Pero toda la historia es incluso peor para las demás. Aún no me puedo creer por lo que nos obligó a pasar. Hizo sufrir a toda la Sortiedad. Y a tu pobre madre. Un espanto.

—Parece que es un rollo familiar complicado. Supongo que no le corresponde a nadie meterse —cortó Ruby, dirigiéndose a Annie, en lugar de a todo el grupo. La chica le dedicó una sonrisa débil.

—Me temo que —la interrumpió Vivienne—, Griffin Wildwood nos metió a todos en el ajo cuando empezó a jugarse su reserva de magia sagrada como si fuera un puñado de peniques insignificantes. A decir verdad, Annie, aún no sé cómo has superado esa vergüenza, la idea de que se jugó tu magia y la suya en las guaridas de esos asquerosos espectros. Abrumador, la verdad. —Vivienne apoyó la barbilla en el puño con los ojos brillantes.

—Hubo rumores a montones. Que las acciones mágicas de los Wildwood subieran y se desplomaran de forma tan brusca… levantó sospechas. Incluso Selcouth intuyó que algo olía raro y todos sabemos que son unos inútiles —parloteó Harmony, que se inclinó tanto hacia las demás que casi estaba doblada por la mitad—. ¿Te lo

imaginas? Puso toda nuestra existencia en riesgo. El aquelarre podría habernos descubierto. No tuvimos otra opción. Mi propio padre trabajó en el caso y me habló de él. Me dio todos los detalles escabrosos.

—Muchas investigaciones después y ¿sabes qué? La Sortiedad descubrió que no solo estaba perdiendo su preciada magia a una velocidad vertiginosa e irrespetuosa, sino también la de Cressida y la de Annie—dijo Vivienne.

Romily le dio un sorbo a su copa, con calma y en silencio, como si lamentase toda la situación de nuevo.

—Apostar con la magia de su mujer y su hija… ¿Te lo puedes creer? Menudo fracasado.

Mientras las voces de las chicas se deformaban en su cabeza como si las escuchase bajo el agua, Annie no dijo ni una palabra. Solo agarró uno de los detalles del glaseado de una galleta en forma de caléndula y desmigó el pétalo de azúcar con los dedos.

—Después de eso, sus días aquí estaban contados, claro —concluyó Vivienne, mientras removía su cóctel medio vacío de color miel con un dedo en el aire. Aunque contenía hielo, la bebida desprendía un humo sospechoso, como si acabaran de apagar un incendio dentro de su copa.

—Es… Vaya, es horrible —murmuró Ruby.

—Sí, ¿verdad? A ver, imagina poner en riesgo de esa manera a la Sortiedad, algo tan prestigioso y sagrado, que lleva gobernando la jerarquía mágica durante siglos. Qué imprudencia —escupió Romily. Aunque no mostraba el entusiasmo desenfrenado de las otras dos, incluso ella ronroneaba a medida que el cotilleo chisporroteaba y estallaba en llamas.

Ruby le dedicó a Romily una mirada de perplejidad.

—No, me refería a que es horrible para Annie. Siento que hayas pasado por algo así.

La chica se encogió de hombros, todavía con una sonrisa.

—No hace falta que te disculpes. Por suerte, no perdí demasiada magia. Mi madre no puede decir lo mismo, pero… —Ignoró la maraña de recuerdos que comenzaban a desenredarse. Los traspiés, los vasos rotos, las excusas entre balbuceos, las disculpas diluidas—. Mi madre y yo estábamos acostumbradas a que todo se desmoronara, a tener que resurgir de nuestras cenizas. La mayor parte del tiempo mi padre era un hombre impredecible.

Aunque sabía que no era culpa suya que su padre hubiera huido, puesto que ya era una adulta y entendía que otros adultos tomaban sus propias decisiones, Annie no podía evitar sentir una extraña responsabilidad por las elecciones de Griffin. Incluso después de tantos años, todavía le parecían una carga. Era una idea infantil que sabía que se había desarrollado a causa del dolor, pero saberlo no hacía que le resultara más fácil ignorar esa pregunta constante: «¿Y si…?».

¿Y si se hubiera comportado de manera distinta? ¿Y si hubiera sido mejor hija, la niña de sus ojos, más impresionante, perfecta e impecable? Quizá no habría hecho nada de lo que hizo. A lo mejor lo habría salvado, lo habría alejado del abismo. Años después, el susurro de esa pregunta sin respuesta seguía aferrándose a las paredes de su mente como el vaho a un cristal.

—¿Qué pasó con tu madre? —dijo Ruby.

La pregunta que Annie siempre temía que le hicieran, pues debía decidir entre mentir o soltarle una verdad incómoda y fea a alguien a

quien apenas conocía.

—Ocurren cosas extrañas cuando a una bruja le arrebatan la magia —musitó—. Hizo lo que pudo, pero no logró superarlo. Se… se fue a buscarlo cuando cumplí dieciocho años y nunca volvió.

Culpable por asociación a los delitos de su marido, Cressida tuvo que enfrentarse a la expulsión de la Sortiedad sin tener siquiera la oportunidad de defenderse. Se lo tomó bien, al menos en público. En privado, empezó a marchitarse en todos los aspectos, hasta convertirse en la carcasa vacía de la mujer radiante a la que Annie había admirado toda su vida.

—Qué duro —dijo Ruby con suavidad antes de crear una línea diagonal con los labios—. Las familias son un desastre.

—Habla por la tuya —replicó Harmony—. La mía es bastante limpia y ordenada.

—La sangre es más espesa que el agua —comentó Vivienne, engreída—. Y la magia, más aún.

—Siempre he odiado esa frase. La suele decir la gente a la que nunca ha decepcionado la persona que se suponía que debía anteponerla a todo lo demás —insistió Ruby, a la vez que se limpiaba las migas de las manos en los vaqueros—. Según lo que he aprendido con el paso de los años, no es oro todo lo que reluce, y eso se aplica a las familias también.

Las tres brujas la miraron como si de repente hubiera empezado a hablar en otro idioma, con una mezcla de perplejidad y aversión en los rostros. Annie oyó que Harmony musitaba un suave «¡Puaj!».

—Bueno —dijo Romily con firmeza, removiendo su bebida con el palillo de frutas escarchadas—, todas hemos pasado página, ¿no,

Annie? Has hecho un trabajo espectacular restaurando lo que quedaba de la desvencijada reputación de los Wildwood.

—No lo sé. —Annie esbozó una mueca, removiendo su propio cóctel frío de un brillante color rosado por el tallo de la copa—. Solo intento no decepcionar a nadie. Siempre estaré agradecida por que me hayan acogido aquí y os hayáis quedado a mi lado cuando no teníais por qué hacerlo.

—Ya te lo he dicho muchas veces, cariño —dijo Romily, guiñándole un ojo—, la paciencia es una virtud. Estás jugando tu papel dentro de Selcouth de maravilla y todos aquí disfrutan de tu presencia. Uno de estos días conseguirás tu Medialuna.

Annie levantó la cabeza.

—¿Hay alguna noticia sobre ese tema? ¿Ha mencionado algo tu madre? Sé que dijiste que ibas a intentar hablar en mi nombre…

De las seis familias importantes que gobernaban el club, los Whitlock, Cinder y Morningstar eran la mitad de ellas y la madre de Romily era la Emisaria Suprema al frente de todas. Aún debían usar su influencia para ayudar a Annie a conseguir la categoría de Medialuna en la Sortiedad, la membresía de pleno derecho que se moría por adquirir para protegerse. Mientras hablaban, los broches de las tres, emblemas plateados de un caldero rebosante en una pálida media luna, parecieron refulgir al unísono. Abundancia y secretismo, los valores más apreciados por la Sortiedad.

Romily adoptó una expresión triste.

—No he tenido oportunidad, cariño. A decir verdad, entre el crucero del solsticio y la planificación de la recaudación de fondos para Todos los Santos, voy con el agua al cuello. He quedado con mi

madre para comer la semana que viene, así que lo volveré a intentar si la pillo de buen humor.

A Annie le avergonzaba admitir, con treinta y dos años, que nunca se había cuestionado la existencia de la Sortiedad cuando era más pequeña, acunada por su tentadora caricia. Solo cuando los Wildwood habían caído en desgracia de manera drástica, había abierto los ojos y había empezado a cuestionarse su naturaleza, si las reivindicaciones de los herederos de hechizos podían considerarse justas.

De niña, a menudo de la mano de Romily, había soñado con el momento en el que su madre y su padre la incluyeran en sus veladas secretas. Junto a los Whitlock, desaparecían por la noche, vestidos con sus mejores galas, dejando a sus hijas con una canguro tras darles un beso en la frente. Nunca daban explicaciones sobre adónde iban. Su madre solo le susurraba una pista, una y otra vez, hasta grabarla en la mente joven de Annie: «Adonde todo es perfecto».

Cuando por fin se le había permitido echar un vistazo tras la cortina y unirse a la Sortiedad, Annie se había enamorado de su belleza, de la manera en la que todo brillaba, de un resplandor que estaba a la altura de la promesa de su madre. Sentirse incluida y aceptada era una sensación demasiado frágil para jugar con ella. Ya era mayor y (al parecer) más perspicaz, y ese era uno de los problemas del sistema mágico que le parecían más inquietantes.

Pero estaba enredada en una tela de araña a la vez pegajosa y aterciopelada; una que la mantenía atrapada entre sus delicados hilos plateados, pero que también se aseguraba de hacerla sentir comprendida y apoyada. La Sortiedad era lo más parecido que tenía

a una familia. Su mundo voluble a menudo le provocaba sensación de soledad, pero sin él estaría sola de verdad. Se lo debía todo. No podía decepcionarlos.

Annie solo sonrió.

—Ya sabes que siempre nos esforzamos por ti. A excepción de todos esos líos de tu pasado, tienes un historial impecable —añadió Romily, alzando la copa.

—No sabía que en la Sortiedad hubiera espacio para tanta compasión. ¿Cómo dejaron que te quedaras después de la que montaron tus padres? —preguntó Ruby.

Antes de que Annie pudiera contestar, Vivienne respondió por ella:

—Es útil tener por aquí a una chica como Annie, ¿verdad? —Esta vez fue Vivienne quien le guiñó un ojo—. Tiene enamorado al aquelarre, así que es un contacto interesante para la Sortiedad. Nos mantiene al tanto de los nuevos brujos y hechiceros que se hacen notar, de los cambios en las normas o de las tensiones que surgen. Somos los primeros en saberlo. Es nuestro propio supersabueso mágico.

Todo estaba ligado entre sí de forma precaria, como una endeble guirnalda cuya belleza dependía de que el rendimiento de Annie fuera perfecto.

Romily esbozó una sonrisa cálida.

—No eres de las que decepcionan, ¿verdad, cariño?

Annie sonrió, encantada de seguir contando con su apoyo. No, no iba a decepcionarlas.



Capítulo 5

UN PACTO PERFECTO

Aquí estáis, chicas.

Annie desvió la mirada de su conversación con Ruby sobre adquirir una de sus nuevas escobas (¿habría espacio extra para las maletas?). Gran parte de la Sortiedad se les había acercado a lo largo de la noche, pues el encanto de las Cuatro de la Fortuna siempre atraía a una multitud para flirtear y compartir historias con su mesa. Pero esa era la voz que esperaban oír todos los miembros del club, la que demostraba lo importante que eras.

—¡Mamá! —Romily se puso en pie y se apresuró a darle un beso en cada mejilla a su madre antes de apretarle, cariñosa, los antebrazos—. Se han quedado sin el ponche que te gusta, así que en lugar de eso he pedido licor de cereza, que creo que…

—Odio la cereza, cielo. ¿Por qué calderos se te ha ocurrido algo así?

Se apartó de su hija para girarse hacia el círculo con una sonrisa deslumbrante. Annie captó un ápice del dolor y la decepción de Romily, que la envolvieron como el humo durante una milésima de segundo antes de desprenderse de ellos cuando Glory Whitlock se

acercó a la mesa. Su presencia tenía un magnetismo tan abrumador que Annie casi podía notar cómo su cuerpo se sentía atraído como un metal hacia ella.

Como conocía a Glory desde que era una niña, identificaba sin problema ese efecto secundario de todas las brujas que poseían unas amplias reservas de poder. Dado que era una de las familias mágicas más antiguas, las inversiones de los Whitlock en poderes eran prodigiosas y eléctricas. Su riqueza superaba con creces la de cualquiera de las otras familias Emisarias. Glory mantenía un equilibrio eficaz e imponente entre su desmesurado carisma, su belleza clásica y el terror absoluto que producía. Conseguir su favor era como entrar en un charco de luz solar; perderlo, como estar en la sombra más fría y oscura.

—¿Qué tal la reunión de los Emisarios, Glory? —preguntó Annie.

La mujer le colocó a Romily un mechón de pelo, igual que a una muñeca.

—Ah, todos son un aburrimiento total. Harmony, deberías decirle a tu padre que las fiestas son algo más que logística y operaciones, cielo. Estos hechiceros adoran el sonido de su propia voz mientras hablan una y otra vez sobre el presupuesto mágico.

—Suena como mi padre, sí —bromeó Harmony con una sonrisa cómplice. Su padre, Barnaby Morningstar, era un hombre de piel cetrina con cara de comadreja que trabajaba como numerómano para la Sortiedad. Era la mitad más tranquila de los Morningstar, casado con la madre de Harmony, Alette, una mezcla de sirena y bruja encantadora y preciosa que lo eclipsaba de todas las maneras posibles. Pasada ya más de una década desde su entrada a la

Sortiedad, Annie solo lo había oído hablar del inmenso presupuesto cósmico y de la vez que Harmony estrelló su coche.

—No creo que me haya perdonado por lo del año pasado —continuó Glory—. Solo para los fuegos artificiales de Halloween usamos tanta magia que las reservas de Londres estuvieron bajo mínimos durante semanas. Pero no es mi problema. Les pago para que se ocupen de esos asuntos.

—Pero ¿y el baile de Samhain, mamá? —preguntó Romily, esperanzada.

Glory chasqueó la lengua.

—Bueno, obvio, cielo. Chicas, ya sabéis que podéis fiaros de mí y estar seguras de que se celebrará con estilo. ¿Por qué molestarnos si no vamos a hacerlo a lo grande y mejor que el año pasado? —Hizo un gesto para que las jóvenes se acercaran, como si fuera a compartir un gran secreto—. Y, entre nosotras, planeo hacer algo muy muy especial para Todos los Santos. Según las previsiones, este Halloween habrá un potencial mágico sin precedentes, como no se ha visto desde hace siglos. Deberíamos asegurarnos de sacarle el máximo partido. No hay que escatimar en gastos. Será un capricho que disfrutaremos todos.

—¡Ah! —exclamó Annie, dando una palmada—. ¡Qué emoción!

—Sé que reconoces la importancia de darse un buen capricho, Annie. Y este será sensacional —dijo Glory con los ojos brillantes—. Vamos, contadme todas las cosas maravillosas que habéis estado haciendo.

—Le hemos hecho una visita a los espíritus del balneario. El universo sabe que lo necesitábamos. Excepto Annie, claro. Ha estado trabajando muy duro en ese trabajo suyo tan aburrido. —La

voz de Vivienne rebosaba sarcasmo mientras paseaba los ojos por el grupo.

—Qué determinación, ¿verdad, Annie? —declaró Glory—. Es admirable encontrar a una bruja así hoy en día. Te pareces a tu padre en ese sentido, siempre con algo que demostrarle al mundo.

Annie se quedó paralizada y cerró los párpados mientras contenía el aliento. Esa era la única frase capaz de desmoronarla. La única que mermaba sus milagrosos niveles de paciencia y los devolvía a su sitio como si fuera una tensa goma elástica.

«La gente no sabe lo mucho que duele oírlo. No es culpa suya. No seas exagerada».

—Haremos lo que podamos para ayudar con tus planes, Glory. Por favor, avísanos —se ofreció Annie.

La mujer suspiró como si el peso del mundo se hubiera posado sobre sus hombros. En cierto sentido, al menos en el ámbito mágico, así era.

—Asegúrate de mantenernos un paso por delante del aquelarre, Annie. Conocer sus movimientos nunca ha sido tan esencial. Si dependiera de mí, sabes que no te obligaría a mezclarte con toda esa maldita chusma de la Casa Hécate, pero he oído que han contratado a un nuevo vigilante que podría estropearnos los planes si metiera las narices donde no debe. Por el bien de la Sortiedad…

—No necesitas preocuparte por eso. No te decepcionaré —cortó Annie—. Sabes que puedes contar conmigo.

Durante sus muchos años de amistad con Romily, Glory había acabado por ser, en muchos sentidos, una segunda madre para ella. La había cuidado cuando sus padres la habían dejado sola y había

crecido bajo su ala, aunque se mantuviera distante. Siempre estaría agradecida con ella por haber hecho algo así.

La mujer acercó la mano para colocársela con delicadeza maternal en la mejilla y el cariño le suavizó la expresión.

—Esa es mi chica.

Annie se marchó después del segundo cóctel. El cansancio empezaba a hacerse notar en sus hombros a medida que la potencia del hechizo se desmoronaba. Era demasiado tarde para esperar un taxi en mitad del parque Richmond. Por suerte, la magia podía ocuparse de esa tarea y unos segundos más tarde la puerta principal de color rosa de su casa estaba a sus espaldas. Intentó recordarse a sí misma que no era tan malo estar a solas cuando el silencio la envolvió como una bufanda gruesa. Lo desearía en cuanto reanudara el hechizo.

Después de oír los quejidos de Karma, alimentarla y acompañarla a la ventana para que empezara con su habitual vigilancia de los zorros a los que les gustaba pasear por la acera, Annie pudo empezar su ritual nocturno.

Cerró la puerta del baño para asegurarse de que la gata no la seguía dentro. La única vez que Karma había presenciado sin querer la puesta en práctica del hechizo, había empezado a bufar en cuanto el vapor había comenzado a extender sus fantasmagóricos tentáculos, insegura de lo que estaba sucediendo, a pesar de que su instinto felino le dijera que aquello olía mal. Antes de que Annie pudiera consolarla o tranquilizarla, Karma se había escondido bajo la cama con el lomo arqueado y el triple de volumen en su ya de por sí

enorme cola blanca. Al acabarse el hechizo y asegurarse de que los últimos retazos del mismo se desvanecían, Annie había necesitado una cucharada entera de natillas para sacar a Karma de debajo de la cama y recuperar su favor. Desde entonces, pocas veces ponía una pata en el baño.

Todas las brujas necesitaban un altar, un lugar destinado a sus encantamientos, y ese era el suyo, al que nadie más podía acceder. Poco propio de Annie en lo decorativo, ni rosa ni esponjosa, el baño era un lugar más sombrío. Las paredes estaban cubiertas del suelo al techo de armarios de madera, típicos de una farmacia, con puertas de cristal esmerilado con representaciones de una maraña de ramas puntiagudas y flores invernales, amapolas y eléboros. Cada puerta del armario estaba cerrada a ojos curiosos, bloqueada tanto con magia como con una llave física que solo podía invocar con su mente, un encantamiento ingenioso que había recreado a partir de las medidas de seguridad del propio aquelarre. Una lámpara antigua de araña con cristales en forma de gota colgaba del techo encima de la bañera. Annie lanzó un hechizo para que las velas de cada brazo se prendieran con una llama diminuta. Dedicó un segundo a respirar, apoyada en la puerta, recordándose que no tenía prisa. Pronto volvería a tenerlo todo bajo control.

Se acercó al lavabo mientras encendía el resto de las velas repartidas por la habitación e invocó un *Venustas Tergeo*, un encantamiento que había perfeccionado de adolescente para eliminar el maquillaje al instante. Su ritual de autocuidado era la parte más sagrada de su día, ya que le aportaba un brillo y una alegría a su reflejo a la altura de los dónuts azucarados que vendía en Celeste. Annie dedicó unos instantes a examinar su rostro con

toda la atención posible en el espejo. La piel se le tensaba sobre los pómulos y tenía las cejas una milésima por encima de donde solían estar. Era lo raro de hacerse mayor, ese momento en el que entendía que su cara estaba empezando a cambiar, que sus facciones adolescentes se estaban desvaneciendo mientras un esbozo de líneas suaves comenzaba a cubrirle la frente y los ojos. Al menos, era así cuando el hechizo comenzaba a desvanecerse. Pocas veces dejaba que pasase el tiempo suficiente como para que estos elementos se asentaran del todo antes de retocarlo de nuevo.

Deseosa de empezar, de sentirse bien de nuevo, Annie se giró hacia los grifos de latón de la bañera. Una bruma embriagadora y aromática surgió del agua caliente mientras esta fluía, empañando toda la habitación. Cada armario estaba a rebosar de lociones y pociones, lotes de botes, burbujas y bálsamos, como un campo de flores abiertas a su alcance, esperando a que eligiera alguna. Entretejer un hechizo se parecía mucho a arrancar una flor, partir tallos y arrancar pétalos que quizá estarían mejor en su sitio. Una flor elegida por su perfección acabaría por marchitarse, por deslucirse dentro de un ramo creado de forma meticulosa para causar admiración.

Pero, cada vez que la duda reptaba por su interior, recordaba a su madre. El hechizo era una ceremonia que había pasado de generación en generación entre las mujeres Wildwood. Cressida se había ocupado de enseñársela a su hija en cuanto su magia floreció, decidida a que Annie no estropeara aquello que llevaba perfilando toda su vida. Pensaba que su hija tenía por costumbre arruinar las situaciones con deslices tontos.

Annie rebuscó y se debatió entre botellas de néctar y viales de elixir, extrayendo combinaciones refinadas de sus productos favoritos o dejando en el estante otras al cambiar de opinión sobre la mezcla de esa noche. La receta necesitaba una ligera modificación de vez en cuando, normalmente en sincronía con la llegada de la luna llena. Cada vez que el satélite, redondo, se asentaba entre las nubes al salir del simposio mensual en la Sortiedad, sabía que había llegado el momento de revisar su alquimia. Era hora de evaluar qué aspectos de sí misma necesitaba retocar y definir. Su preparación actual sin duda necesitaría algún cambio para el mes siguiente. La magia solía retorcerse en octubre; ya se notaba en lo cargado que estaba el aire.

—Pétalos de rosa, polvo de perlas, opalina… —musitó Annie para sí, metiéndose el trío de ingredientes de color pastel bajo el brazo, con los tonos de un resplandeciente amanecer veraniego. Los cristales tintinearon con una melodía satisfactoria—. Lengua de víbora, grito de zorro, brezo y plumas. Quizá cuervo para esta noche… —Las tonalidades oscuras, azabache, gris ahumado y óxido, contrastaban con sus primeras opciones. Formarían una combinación desconcertante.

—Todos tenemos contrastes —susurró, para justificar su elección.

Con un ademán, unas gafas le aparecieron en la punta de la nariz, ya que su visión no era del todo perfecta al estar desvaneciéndose el hechizo. Acercó los ingredientes a la suave luz de la vela, comprobando que el color y la textura de cada uno eran los correctos. Un mínimo error dilapidaría el equilibrio tan preciso con el que elaboraba la poción. Debía usar lo mejor de lo mejor. Annie apreciaba los detalles que indicaran calidad, promesas de

longevidad, algo que le asegurara que no iban a fallarle. Tanto en ingredientes como en zapatos, en bolsos o en personas, todos eran excepcionales e importantes.

Satisfecha con sus decisiones, Annie hizo que la selección de botes cerrados, recipientes y cajas misteriosas en miniatura flotara por el aire sobre las baldosas de color verde oscuro en dirección a la bañera llena. El calor creciente del agua había creado una capa de vaho sobre los espejos y le humedecía las mejillas. Cada vial se inclinó para verter en el agua la cantidad requerida con atención y una precisión metódica, dirigidos por su magia, como un maestro de orquesta que guía a los instrumentos hasta el *crescendo* final. Poco a poco, la combinación sustituyó el azul claro y cristalino del agua por un intenso y vivo rojo.

Annie se quitó la ropa y metió un dedo del pie para comprobar su temperatura. Inhaló con fuerza entre dientes. Había descubierto que aumentar el calor daba resultados más potentes y sacaba lo mejor de sí. Alcanzar su mejor versión hacía que el dolor mereciera la pena.

Parte del hechizo retocaba la superficie, como, por supuesto, el pelo inmaculado, las largas pestañas, los dientes perfectos, el maquillaje impecable, el aroma hipnótico o la sonrisa radiante. Pero también modificaba su interior: la paciencia inquebrantable, la generosidad sin límites con su tiempo, un altruismo que tomaba la mayoría de las decisiones por ella. Siempre consciente, acogedora, cálida. Apenas necesitaba horas de sueño. Llevaba una racha sobrenatural resolviendo los problemas que le contaba cualquiera cada vez que era necesario.

Sumergirse en la poción era el camino a la perfección.

Decidida, Annie contempló la araña, que se difuminó hasta convertirse en un brillo acuoso. Se recostó en la bañera, esbozando una mueca durante apenas un segundo más, antes de que el agua hirviendo le aportara el agradable entumecimiento de siempre y sucumbiera a él. Tras sentirse cómoda, Annie se coló por completo bajo la superficie. Al emerger, se quitó el pelo húmedo de la cara; unas gotas de agua carmesí se le habían aferrado a las pestañas. Se armó de valor y susurró el encantamiento. El agua burbujeó y estalló entre sus labios al hablar:

Si lo deseo, el precio justo tendré que pagar
y solicitar su sombra fantasmal.
Ningún don es gratuito; por eso uso humo,
que oculta, para los brujos, sus errores más oscuros.
Entre susurros de abatimiento,
sentiré la caricia de la locura del arrepentimiento.
Cambia el equilibrio por mi brillo,
un pacto para que el esplendor sea mío.

Habían estado esperando, pacientes, a recibir la orden. Las volutas de humo que emanaban del agua caliente comenzaron a elevarse hacia su garganta. Los tentáculos de vapor se irguieron con movimientos hipnóticos para que pudiera inhalarlos, al mismo tiempo que el humo denso que surgía de la poción hasta el techo se desvanecía en la calidez embriagadora del baño. El rastro del vapor espectral se mecía y metamorfoseaba como llamas hasta mezclarse en una pantalla de humo que envolvió a Annie casi por completo.

Era difícil distinguir ningún rasgo específico entre ellos, pero se había pasado tanto tiempo con el hechizo que Annie se había acostumbrado a las voces de los fantasmas que venían a visitarla.

Todas las noches, al entretejer el hechizo, el maleficio, identificaba sus gritos y sus caras, que se volvían más o menos nítidas, pero nunca lo suficiente como para verlas con claridad. Las figuras entre el humo gris estaban ahí un segundo, apenas visibles, y desaparecían al siguiente. Antes de poder revelarse como algo más que una mancha inquietante, la bruma difuminaba sus rostros y siluetas hasta convertirlas en un gris diluido.

No conocía sus historias en detalle, pero sí todos sus errores. El dolor procedente de la imperfección. Ese era el pacto que hacía Annie. *Splendidus Infernum*.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo entero cuando el agua caliente se quedó fría como un témpano y el maleficio comenzó. Las figuras alrededor de la bañera siempre cambiaban, imposibles de identificar, pero sabía que la mayoría eran habituales, con sus aflicciones y siluetas particulares. Estaba la imagen borrosa de un hombre con gafas de montura metálica que lloraba en secreto, deseando que se le ralentizara la respiración y se detuviera el flujo de lágrimas antes de que alguien lo viera, aterrado por si su verdad salía a la luz. La mujer sin rostro con una gruesa trenza sobre el hombro, tan abatida por la culpa que estaba segura de que sería mejor que desapareciera por completo, que librara al mundo de su presencia. La joven asfixiada por preguntas inquietantes para las que no tenía respuestas dudaba que hubiera actuado como debía, segura de que no había sido así, incapaz de aceptar su decisión.

Como se indicaba en el hechizo de forma tan explícita, ningún don era gratuito y Annie no podía decir que no hubiera conocido el precio a pagar. Era justo y entendible que su perfección tuviera un alto coste. El intercambio suponía aceptar los momentos más

imperfectos del resto, dejarse vapulear por su abatimiento y su arrepentimiento cada vez que cerraba el acuerdo, notar el dolor de sus sentimientos y el peso sobre los hombros; una carga tan grande que nunca dejaba de pensar en ella. Estaba en sintonía con las emociones de todo aquel que la rodeaba gracias al maleficio de las Wildwood. Annie lo sentía todo, a cualquier hora, a punto de explotar; el rugido de un trueno que debía acallar. El coste de agradar a todos era el precio que debía pagar por sí sola y se encontraba metida hasta el cuello en una deuda infinita y vertiginosa.

Pero merecía la pena. Debía asegurarse de que no decepcionaba a nadie y esa era la manera de conseguirlo. Tenía que ser perfecta. Mientras se aferrara a lo que conocía y a lo que le aportaba seguridad, nada cambiaría y no la abandonarían. Así nunca fallaría. Solo había que ver la vida maravillosa que eso le había procurado. Todos estaban encantados con ella.

La madre de Annie nunca había tenido dificultades para aceptar ese precio. Las emociones de los demás no eran algo que le supusiera una carga. Pero para Annie lo eran todo.

Pasó la medianoche de su decimoquinto cumpleaños envuelta entre esos fantasmas por primera vez. Aunque Cressida había insistido en que continuara haciéndolo, en que se volvería más fácil con el tiempo, Annie seguía sufriendo su peso y su corazón parecía un cofre tan lleno de las cargas de los demás que sus delicadas bisagras estaban a punto de estallar. Como una criatura nocturna que se escondiera al salir el sol, la preocupación se abrió paso por los túneles del corazón de Annie bajo la luna de medianoche hasta doler.

Pasaron trece minutos y chispas de magia comenzaron a borbotear de la poción de color rojo oscuro, humeando al caer en el líquido de nuevo. Los fantasmas y sus problemas se colaron en su alma mientras inspiraba los vapores. Notaba cada arrepentimiento que albergaban, el peso de sus historias, todos los errores que los mantenían encadenados al mundo brujo cuando hacía mucho tiempo que deberían haber pasado al siguiente plano. El hechizo llegó a su fin, renovándola y agotándola a la vez, y con rabia se secó una lágrima que amenazaba con aterrizar en el agua y acabar con el equilibrio de su cuidada elaboración. Annie se preguntó por qué, si estaba haciéndolo todo tan bien, se sentía tan mal.



Capítulo 6

LA EXTRAVIADA

El caos de mediodía, cuando los clientes ya no lograban ignorar su obsesión por el dulce y sucumbían a la llamada de un caprichito, era parte de la rutina en Celeste. Faye lo había apodado la «hora abrumadora», durante la que rebuscaba en las profundidades de su ser la motivación propia de un gladiador; también había inventado la tradición diaria de tomarse un chupito de expreso a las dos de la tarde después de que las tres se arremangaran los petos rosas a juego. Mientras tanto, con cariño, Pari se refería a ella como «las infierno en punto», porque le encantaba ser un poco exagerada siempre que tenía la oportunidad, y había creado su propia coreografía inspirada en el demonio para subirles el ánimo: se colocaba dos fresas por cuernos y usaba los trapos como pompones.

Annie, al sentir a través del cosquilleo en sus pulgares que ese lunes los bollos de cereza serían más populares de lo habitual, se había encerrado en la cocina para preparar otro lote de aquellos dulces. Tan pronto como los clientes los veían al otro lado del mostrador, rematados con hermosas grosellas y cubiertos de un radiante glaseado que recordaba a la nieve, no lograban resistirse

(lo que era de entender). Quizá también tuviera algo que ver con el maravilloso encantamiento reconfortante que Annie mezclaba con la harina, para aportar consuelo a los clientes a través de su masa esponjosa. Con cada bocado evocaban la sensación exacta de estar envueltos en una colcha durante una noche fría de invierno.

Los bollos recién horneados, de color dorado, seguían calientes. Annie invocó la enorme canastilla de cerezas de la alacena para rematar cada uno con un toque radiante de rojo, como un beso. Pero, antes de poder colocar la primera fruta sobre el glaseado, una chispa pícara de magia captó su atención al percibirla de soslayo; brincaba por la encimera como una moneda que rodaba por ella. No era suya porque no desprendía ningún reflejo rosa. En un primer momento, pensó en Pari, una ocurrencia divertida.

Viniera de donde viniese, la chispa de magia se detuvo junto a la cesta de cerezas. Al entornar los ojos para mirarlas con más atención, pensando que se estaba volviendo loca, se dio cuenta de que se estaban moviendo de verdad. Temblorosas, pequeñas manchas borrosas de un radiante rojo se convulsionaron trémulas en la cesta como si fueran canicas. Las cerezas empezaron a levitar y volar sobre la encimera de madera para repartirse entre los bollos. Rebotaban hacia delante y hacia atrás antes de posarse sobre los dulces, resolutas. Al final, Annie lo entendió. Estaban formando un mensaje rojo y comprensible sobre el glaseado:

La Casa Hécate requiere tu presencia.

El aquelarre. Para ser una nota de Selcouth, era bastante sutil, lo que Annie agradecía. Había avisado al departamento de

comunicación en varias ocasiones de que sus avisos siempre solían llegar en momentos inapropiados y desconsiderados para los hechiceros que vivían en el ámbito no brujo. En el pasado, Selcouth había garabateado mensajes en la pizarra del menú de Celeste con una tiza que levitaba frente a una cafetería llena de gente. Annie causó un pequeño revuelo al cruzar a la velocidad del rayo el mostrador para agarrar la tiza. También habían hecho aparecer mensajes en la harina mientras Faye la ayudaba a hornear o habían estampado un sello en forma de estrella en las *baguettes* como si fueran bastones de caramelo. Incluso habían animado a una galleta de jengibre para que le pasara un aviso. Aquella vez había necesitado poner en práctica todas sus habilidades de distracción: se puso a cantar a pleno pulmón para distraer a los demás y que no se fijaran en el hombrecito diminuto cubierto de glaseado que gritaba a través de un megáfono de galleta.

—Me pregunto qué querrán —musitó Annie para sí, tomando las cerezas y colocándolas donde se suponía que debían estar, en el centro de los bollos. Una cita sin explicación, viniera de quien viniese, siempre avivaba las ascuas de su ansiedad y reforzaba ese pinchazo constante de que estaba metida en problemas por algo, pero las que procedían del aquelarre le resultaban aún más inquietantes.

Ausente, se limpió los dedos en el delantal. Hasta donde sabía, no había hecho nada malo, aunque así lo sentía. El aquelarre de Selcouth solía pecar de dramático, pero, fuera cual fuese la razón, un encuentro con ellos siempre conllevaba quedarse despierta hasta altas horas de la noche. Miró el reloj y calculó cómo sería mejor organizar el resto del día. Acababa de terminar los bollos a tiempo

para el momento de mayor estrés, pero aún no podía salir de la pastelería porque eso supondría dejar a Faye y Pari con el agua al cuello. La pausa que había hecho para devorar un sándwich a toda prisa parecía haber sido hace días. Además, debía hacer malabares con la entrega de huevos (por suerte, no de forma literal) y la recogida de las tartas para ocasiones especiales al mismo tiempo. Y le había prometido a la señora Harris una bandeja de magdalenas para el cumpleaños de su hija. Menos mal que con un poco de magia podría acelerar todo el proceso.

Con una lluvia de chispas rosadas hizo volar los instrumentos por el aire, a la vez que alineaba las hileras de cajas de cartón para tartas en el orden de los colores del arcoíris. Una caja de huevos aterrizó a su izquierda y todos ellos esperaron pacientes en el borde de su bol para sumergirse en él con la elegancia de bailarinas de natación sincronizada. Un pesado saco de azúcar resopló y resolló al arrastrarse por la cocina con gran esfuerzo tras agarrarse a medio camino al borde del taburete para recuperar el aliento. Annie podría dejar que los ingredientes trabajaran solos siempre y cuando Faye y Pari estuvieran ocupadas y, por suerte, tenía el uniforme del aquelarre guardado al lado del caballete con sus vestidos, escondido bajo los moldes de empanada para mayor seguridad.

El púrpura del crepúsculo se había convertido en un manto nocturno sobre la ciudad cuando Annie por fin se encaminó a la cita. Era mucho más tarde de la hora a la que había pretendido partir hacia la Casa Hécate y sabía que el retraso no sería bien recibido. Por desgracia, el efecto del *Splendidus Infernum* no se extendía más allá

de su propio ser, por lo que no siempre podía eludir las imperfecciones inevitables de la vida.

Un puñado de adolescentes habían irrumpido en Celeste después de clase y se habían pasado horas dándoles vueltas a unos batidos de fresa mientras sus carcajadas inundaban la cafetería. Annie no había querido meterles prisa, por lo que solo se había dedicado a mirarlas de soslayo con una sonrisa nostálgica. Parecían fundirse las unas en las otras; hablaban un idioma distinto construido con bromas privadas y referencias que a los demás les costaría entender. Le había parecido imposible pensar en un momento en el que se hubiera sentido tan relajada con sus amigas, tan ella misma con cualquiera. Instantes tan preciados de sororidad como aquel no eran algo que interrumpir, por lo que había dejado que se quedaran junto al escaparate hasta que se habían arrastrado de vuelta a casa para cenar. Además, les había recomendado a todas ellas una de sus galletas espolvoreadas con azúcar entremezclado con deseos y, a cambio, las chicas le habían dicho que les gustaba su brillante sombra de ojos.

Annie se rodeó con los brazos con fuerza. Su aliento florecía ante ella y en sus zapatos de tacón incidían los haces anaranjados de las farolas al caminar. Pasó junto a la librería local donde a menudo dejaba muestras de sus dulces para los libreros, los quioscos donde siempre le guardaban una copia de su revista de moda favorita y la única tintorería a la que confiaba sus chaquetas. Ni siquiera la magia ahuecaba los puños cubiertos de plumas como hacían sus dueños.

La última ubicación de la entrada londinense a la Casa Hécate, que cambiaba cada luna llena para evitar que la comunidad no bruja la descubriera, estaba bastante a mano aquel mes; a un paseo corto

de Celeste, en el parque local, ni más ni menos. Por la noche solían cerrar la entrada, flanqueada por exuberantes calabazas talladas, con banderines de Halloween colgados entre los barrotes, pero un rápido hechizo se encargó de arreglar ese problema.

Todo a su alrededor parecía terroso y húmedo y los lechos de flores estaban empapados por la lluvia. Las hojas secas recién caídas bajo sus pies habían adquirido la textura de la mezcla de una tarta de chocolate, por lo que Annie eligió dónde pisar con cuidado para evitar resbalar sobre los tacones. El parque se encontraba desierto a excepción de un zorro delgaducho que estaba rebuscando en la basura. Se planteó marcharse cuando Annie puso un pie dentro, pero sus sentidos notaron enseguida la seguridad de la magia y volvió a centrarse en su búsqueda del tesoro. Cuando una ráfaga de aire cruzó los castaños, el carrusel dio un giro lento y dos columpios se mecieron hacia delante y hacia atrás, haciendo chirriar las cadenas oxidadas. Annie se coló bajo una estructura de escalada y notó la pintura fría y descascarillada bajo los dedos.

Se dirigió a la rayuela, pero se detuvo en seco al situar los dos pies dentro del primer cuadrado. Entonces, sacó la capa y el gorro del bolso, ambos doblados con mimo en bolsas, y con cuidado desplegó los dos elementos del uniforme de Selcouth. El sombrero en punta del aquelarre nunca sería de su agrado, pero había intentado arreglarlo como había podido, añadiendo al ala una cinta de vaporosa organza rosa que se ataba con un sofisticado lazo en la barbilla. La capa del aquelarre, por otro lado, sí le parecía bonita. Fuera quien fuese quien la hubiera diseñado hacía tantos años tenía la aprobación de Annie en estilo brujeril. Al ser una tela etérea y aterciopelada que llegaba hasta el suelo, la hacía sentir como una

mezcla de bruja celestial y princesa de los bosques. Aunque solía ser morada por tradición, había añadido un toque sutil a la suya para que el brillo de la prenda se acercase más al rosa. El tejido estaba confeccionado con patrones delicados que evocaban a las constelaciones del cielo nocturno, brocados de forma tan exquisita que la prenda parecía cubierta de los destellos de las mismas estrellas; Annie se sentía más poderosa con ella puesta. El diseño de la capa de todos los brujos o hechiceros era personal, puesto que representaba la alineación del cielo nocturno en el momento de su nacimiento. La bruja tenía muchos vestidos bonitos en el armario, pero la capa los superaba a todos.

Tras atársela a la clavícula con un broche perlado que sería la envidia de cualquiera, Annie soltó un suspiro agudo y decidido. Había llegado el momento de entrar en la Casa Hécate.

—Tres —musitó para sí.

Luego, estiró la pierna derecha sobre la rayuela para dar un salto poco elegante con el que superar los dos primeros cuadrados. Sus tacones aterrizaron en la pista pintada con tiza con un repiqueteo. La coordinación no era su fuerte y se alegraba de que no hubiera nadie para presenciarlo.

—Siete. Luego, nueve —se recordó con un brinco torpe hacia la séptima casilla tras tambalearse sobre los zapatos y estirarse para aterrizar dentro sin problema. Después, dio un paso hacia el número nueve—. Y trece.

Posó los pies, uno al lado del otro, en el último cuadrado del dibujo del suelo. Durante una milésima de segundo, advirtió que no pasaba nada. Era el tiempo justo, una pausa insignificante para que un niño saliera de dicho cuadrado si, por casualidad, había seguido

la misma secuencia improbable con los pies, lo suficiente para que diera otro salto lejos del dibujo antes de que se percatara siquiera de cómo había empezado a brillar de repente con un reflejo mágico de luz de luna. O de cómo las palabras *Tonitru, Fulgur, Pluvia* titilaban como respuesta a las estrellas en un charco iridiscente de agua. «Trueno, relámpago, lluvia».

—Vamos, vamos —murmuró Annie con expresión afligida.

Sabía lo que ocurriría a continuación. El corazón se le aceleró. Tuvo el tiempo justo de colocarse el pelo tras las orejas y cruzar los brazos sobre el pecho antes de que desapareciera el asfalto bajo sus pies. El decimotercer cuadrado se abrió como una trampilla y Annie no pudo evitar gritar al caer por él. Sujetó con fuerza la cinta con la que se había atado el sombrero mientras su pelo revoloteaba sobre su cabeza.

Tras un socorrido encantamiento de improviso para amortiguar la caída y aterrizar a cámara lenta, Annie perdió el equilibrio por unos segundos. Con elegancia, lo recuperó, sujetándose en las pálidas paredes de piedra, y se alisó el pelo, colocándose los mechones con un retoque rápido. Luego, exhaló, triunfal. Al menos ya había dejado atrás el susto de la caída. Miró hacia arriba justo a tiempo para ver cómo la trampilla se cerraba y ocultaba los últimos rayos de luz de luna.

Annie siguió adelante y recorrió el vestíbulo para llegar al patio interior. La sede de Selcouth contaba con una decoración preciosa en general, como no podía ser de otra manera en la cuna del prestigioso aquelarre de Reino Unido, pero el patio interior en concreto le robaría el aliento a cualquier brujo. El mosaico bajo sus pies, que representaba al sol y la luna, abarcaba la enorme sala

circular. La cúpula del techo era igual de bonita, cubierta con un manto de radiante magia física, como si cada destello fuera una puntada dada para crear una colcha iridiscente. Annie no pudo evitar dedicar un momento a admirarlo, dando las gracias en su cabeza, como hacía en cada visita. El azul cerúleo de las baldosas contrastaba con sus tacones para su agrado y, al cruzarlas, saludó a un grupo de brujos con la mano.

Talladas en las paredes del patio interior había doce puertas, cada una coronada con un gigantesco símbolo del zodiaco que vigilaba con cautela lo que hubiera tras ella. Una de las puertas de madera se arqueaba formando una punta afilada y un monstruoso escorpión de bronce reposaba sobre ella, con las pinzas y la cola enroscadas en una pose amenazadora. Annie movió la mano en el centro de la puerta y un repiqueteo metálico cruzó el claustro como si hubiera usado un picaporte invisible.

—Pasa —invitó una voz en su interior tras un suspiro de desaprobación que parecía indicar que quien fuera que estuviese al otro lado preferiría que se fuera por donde había venido.

—Solo soy yo —contestó Annie, alegre. Se quitó el abrigo que llevaba bajo la capa y lo colocó en el perchero, que se inclinó como un mayordomo aceptando sus prendas en los brazos. Entre la madera oscura y la sensación gótica del despacho, el rosa pastel de su abrigo (y del resto de su conjunto) parecía una especie de fallo técnico del universo.

—Aquí estás. Empezaba a preguntarme si te habrían devorado unos perros salvajes.

—No me parece que haya muchos de esa clase por aquí, Morena. La mayoría son labradores y *spaniels* hasta donde yo sé. Aunque

sigo sin estar convencida de que un parque para niños sea la opción más recomendable tras la que ocultarse la Casa Hécate.

Annie miró el calendario lunar en la esquina del despacho de Morena Gowden. Un ápice de pálida luz lunar que se filtraba por una grieta del techo indicaba que eran las ocho en punto. El cansancio le hormigueaba en torno a los ojos, los pies le molestaban y la parte baja de la espalda no dejaba de quejarse, pero los ignoró tan rápido como se lo permitió el hechizo. Se sentía agradecida por el extra de energía que le proporcionaba el *Splendidus Infernum* a la hora de maximizar su productividad de manera sobrenatural.

Se dirigió hacia el escritorio adyacente al de Morena y ocupó su sitio tras él. Alineó su bolígrafo con pompón, su cuaderno rosa y su vela con olor a nube de chuche hasta formar una cuadrícula de ángulos perpendiculares y perfectos. Encendió la vela con una chispa de magia y levantó en brazos la montaña de pergaminos que se habían acumulado en su escritorio desde la última visita. Después, dio el paso más importante: colocarse el bolígrafo en la oreja para mimetizarse con el ambiente.

—Al contrario. Los niños no mueven ni un pelo cuando, mientras duermen, un hada aparece para llevarse un diente que solía estar alojado en su cráneo y que han escondido bajo la almohada. Esos monstruitos muestran una tranquilidad sorprendente ante todo lo relacionado con lo sobrenatural.

—Aunque parezca raro, tiene sentido —admitió Annie.

—Y —prosiguió Morena sin levantar los ojos de su trabajo— la guinda del caldero es la oportunidad de darles un susto de muerte a esos pequeños mequetrefes si alguno acaba apareciendo aquí. Con

suerte, me pasaré años inundando sus pesadillas. —Ante la idea, Morena esbozó una sonrisa poco habitual en ella.

Todo acerca de la bruja alta y delgada con quien Annie estaba haciendo las prácticas era afilado e impecable hasta resultar intimidatorio, desde la altura de sus pómulos hasta el rizo, calculado al milímetro y de un gris plateado, que se dejaba ver bajo el ala del sombrero. Su mirada inquebrantable y oscura y el contraste fantasmagórico del pintalabios de intenso color burdeos le aportaban un aspecto elegante e inquietante que Annie siempre consideraba sofisticado, si bien un poco aterrador. Mientras el resto del aquelarre se estremecía bajo su capa cuando Morena entraba en la habitación, Annie siempre había sentido una debilidad inexplicable por ella.

Era a Bronwyn, su hermana, también Bruja Sabia, a la que Annie trataba de evitar a toda costa. Desconfiaba de su disposición, siempre tan alegre. Su generosidad imposible le parecía antinatural y le generaba escepticismo. O escondía algo o se ocultaba tras un hechizo complejo y cuestionable, algo sobre lo que ella sabía bastante.

Annie entornó los ojos con cautela mientras desplegaba el primero de los pergaminos. Estaba en su segundo año de prácticas tras haber superado el juicio de la Obscuración de Selcouth, cuando estaba en la Casa Hécate, se pasaba casi todo el tiempo enterrada bajo montañas de libros antiguos para seguir con sus investigaciones, con Morena como mentora. La mayor parte de su trabajo lo hacía en remoto para poder acoplarlo al caótico horario de Celeste, por lo que visitaba la Casa Hécate solo cuando la citaban. No obstante, los martes por la noche solía sumergirse en las profundidades de la biblioteca para pasar una página polvorienta

tras otra, a veces incluso activando encantamientos inesperados. La última semana, había estado a punto de darse de bruces con una antigua maldición. Había gritado tan fuerte que de repente Morena había aparecido volando y había lanzado un hechizo protector por la habitación, lo que había derribado en el proceso un cuadro con una fotografía suya que tenía sobre la chimenea. Se había puesto furiosa ante el desastre y había decidido que todo era culpa de Annie. En secreto, a esta le había conmovido que hubiera corrido a defenderla, pero no se había atrevido a decir nada. Morena sufriría un aneurisma al pensar que, sin querer, había tenido un gesto amable con ella.

—Hablando de pesadillas… —Morena levantó la cabeza—, no te pongas manos a la obra todavía, Andrómeda.

Annie tragó saliva. Esas palabras nunca iniciaban una conversación agradable.

—Supongo que tendrás curiosidad por saber a qué ha venido esta citación imprevista. Me temo que nos hemos visto obligados a paralizar nuestros procedimientos habituales por el momento. —Morena entrelazó sus dedos larguiruchos y se inclinó sobre el escritorio. Arqueó la ceja izquierda y puntiaguda hasta que casi le rozó la raíz del pelo—. Tenemos a una… extraviada.

Annie hizo una pausa. Mantenía el dedo índice en el aire para rebuscar con magia entre los pergaminos, pero, al perder la concentración, todos los documentos cayeron desordenados.

—¿Una extraviada?

—Por así decirlo. Una chica. La pobre ha adquirido los poderes y no sabe qué hacer con ellos. Parece que está causando bastante… revuelo.

—¿La primera de su familia? No es lo normal —contestó Annie con cautela.

—Para nada —continuó Morena—. Hacía bastante tiempo que no surgía ningún linaje mágico nuevo y tampoco lo esperábamos, la verdad. Por desgracia, no estamos nada preparados.

—No suena bien —dijo Annie, nerviosa. No era habitual que Morena pasara algo por alto. Por lo general, solía tener un montón de trucos bajo la manga mientras Annie se encargaba de los tratos. En cierto sentido, era la alianza mágica perfecta.

—La niña es huérfana. Ahora vive en una casa de acogida bajo el cuidado de una pareja de ancianos no brujos. Debido a un inconveniente cúmulo de circunstancias, el caballero está en el hospital porque la chica incendió por accidente las cortinas.

Annie soltó un grito ahogado.

—No es tan dramático como parece. La conmoción le provocó una angina de pecho bastante grave.

—¿No estamos controlando su desarrollo? Recuerdo que una chica en el norte hizo su debut hace bastante poco… —La mente de Annie comenzó a deambular mientras rebuscaba en el cajón superior hasta que dio con los registros que mantenía el aquelarre de todos los nuevos brujos.

—Sí, nos enteramos de su existencia hace solo unos meses, cuando obtuvo los poderes. Pero controlar de forma adecuada a una persona desconocida es casi imposible hasta que su magia empieza a desarrollarse con mayor claridad. Al no tener un linaje mágico conocido, no hay ningún patrón del que podamos estar prevenidos ni ninguna expectativa con la que trabajar. Bronwyn y yo la visitamos al completar su decimoquinta vuelta al sol para dar

comienzo a su Obscuración, pero esperábamos que controlara mejor sus poderes de lo que lo ha hecho, claro está. Era una criatura de pocas palabras y ahora parecemos encontrarnos ante una falta total de control mágico.

Ante eso, Morena chasqueó la lengua, poco compasiva, como si una niña de quince años debiera saber cómo comportarse al tener en la palma de su mano un potencial infinito de magia de repente. Sin embargo, Annie notó una punzada de afinidad en el corazón al imaginarse su soledad, aislamiento y miedo al lidiar con la magia de repente. Ya era una experiencia bastante complicada cuando se contaba con un círculo de apoyo.

—Supongo que no es seguro dejarla sola para que se defienda por sí misma. Podría causar el caos —comentó Annie, mientras se daba ligeros golpecitos en la barbilla. Morena se alisó una arruga invisible en la manga de la camisa de color crema.

—Por eso te he citado hoy aquí, Andrómeda. Quiero hacerte una propuesta. O, mejor dicho, el aquelarre al completo tiene una propuesta para ti.

Como era de esperar, la chispa del hechizo se hizo cargo de la situación. A Annie se le constriñó con suavidad el corazón, y la certeza de que tenía la oportunidad de resolver un problema se le instaló en los huesos, lo que le provocó un cosquilleo. Era la sensación anhelante y adictiva que le producía saber que la necesitaban. Aun así, mantuvo una expresión neutra, calmada.

—Haré lo que pueda para ayudar al aquelarre, por supuesto. Aunque no estoy segura de que…

—Te seré sincera, Wildwood. —Morena se puso en pie y se dirigió a la chimenea con las manos entrelazadas tras la espalda, con sus

botines en punta repiqueteando sobre la pálida piedra—. No es ningún secreto que consideramos que en Selcouth te espera un futuro brillante. Es evidente para cualquier brujo o hechicero con dos dedos de frente, aunque no hay tantos como te imaginarías, que exudas una afabilidad natural. Tienes la intuición y la ambición que me gusta ver en una joven bruja entre nuestras filas.

Annie esbozó una sonrisa radiante.

—No obstante, también eres bastante blanda a veces —continuó Morena, y a Annie le desapareció la sonrisa de la cara. Encorvó los hombros al enfrentarse a esa pequeña crítica—. Pero supongo que tu… naturaleza amable podría serle beneficiosa a una joven que necesita directrices.

—Como has dicho, soy demasiado blanda —admitió Annie—. No sabría ni por dónde empezar.

—No hace falta ser un genio, Andrómeda. ¿Qué se lleva hoy en día? Estoy segura de que los jóvenes no van más allá de la música rock y el satanismo. Eso unido a un espantoso delineador de ojos —sentenció Morena, encogiéndose de hombros.

—No creo que le sirva de mucha ayuda —insistió Annie, dudando de sí misma como acto reflejo. Morena soltó un bufido y el silencio se alargó lo suficiente para que Annie se viera obligada a interrumpirlo—. Pero… quizá podría venir a la pastelería conmigo, ¿no? Tal vez tenga incluso un don para la brujería azucarada —comentó, sintiendo una burbuja de emoción, al mismo tiempo que su imaginación se ponía a trabajar.

Su mente vagaba por todas las tentadoras posibilidades de tener una miniyó bajo su ala, de moldear a la bruja más prometedora e impecable que Selcouth había visto desde… bueno, desde ella

misma. Los bolígrafos con pompón se moverían al unísono y el revoloteo mágico de manos y muñecas iría al mismo ritmo. Añadirían ingredientes peculiares idénticos en la elaboración de pociones y explotarían las pompas de chicle a la vez al darles la vuelta a las cartas de tarot. La posibilidad de usar capas a juego que provocarían las delicias de todo el aquelarre cada vez que presentara a su protegida…

—Selcouth tiene un denso historial sobre mentorías en relación con el sistema de magia —le explicó Morena—. El grimorio anima a compartir conocimientos y experiencias. Pero, dada la naturaleza de la estudiante, su juventud e ingenuidad respecto a nuestro mundo, el trabajo sin duda presentará desafíos únicos y exigentes.

Annie titubeó. Esperaba que lo hubiera hecho de forma imperceptible, incluso ante la mirada astuta de Morena. Si era realista, no llegaría a todo, ¿verdad? La pastelería, la Sortiedad y sus amigas, el trabajo en el aquelarre… Sería imposible hacer malabares con eso, al mismo tiempo que guiaba a una bruja adolescente con problemas. Ya estaba agotada de intentar mantenerse a flote en todos esos ámbitos. No había forma de hacerlo. Punto. Así solo conseguiría rebasar su límite.

La respuesta correcta se escapó de entre sus labios, impulsada por el hechizo.

—Lo que necesitéis —contestó, al mismo tiempo que una sonrisa serena se le extendía por el rostro. Notó que le tiraba de las mejillas, haciéndole daño—. Puedo sacar algún hueco.

—Genial —aprobó Morena antes de asentir, satisfecha. Tomó un espejo de mano dorado de una mesa auxiliar y se arregló el contorno del pintalabios con la punta de la uña.

Annie tragó saliva con dificultad, incapaz de seguir aplacando la curiosidad.

—¿Y quién es?

Con una mano abierta que trajo consigo una cascada de chispas sobre las páginas, Morena abrió la cubierta del desgastado grimorio oficial del aquelarre que tenía sobre el escritorio y reveló el registro de los miembros, garabateado en las últimas páginas. Annie arqueó las cejas, una petición silenciosa sobre si podía o no acercarse al libro. La Bruja Sabia se lo consintió. Tras acercar la cara, Annie estudió la entrada más reciente.

—Maeve Cadmus. Qué mona. —Annie se encogió de hombros. Aparte del nombre, el resto de los datos de la chica seguían en blanco: el linaje, los gestos, la especialidad…, información que Annie tendría que rellenar para el aquelarre—. Estoy deseando conocerla.

—Me alegro —dijo Morena—. Le pediré a Sybil, de la biblioteca, que traiga los formularios. Empezaréis el 1 de octubre, una fecha muy apropiada. —Cruzó la habitación con un movimiento elegante y tomó el auricular del teléfono negro que reposaba sobre las alas de un enorme cuervo disecado.

—Ah, Annie… —Con una última caricia al rizo que se intuía bajo el ala de su sombrero, miró hacia atrás y clavó los ojos en la chica—. Aunque no dudo de tu habilidad para que esta misión se desarrolle sin problemas, debo asegurarme de que te queda claro que no podemos permitirnos ningún desliz. Debes informarme de inmediato de cualquier cosa sobre la señorita Cadmus que te resulte… inusual. Atención indeseada, extrañezas, anomalías… A Selcouth no le gustan esas cosas.



Capítulo 7

MAEVE

Qué opinas? —preguntó Annie sin mirar hacia atrás antes de mordisquearse el interior de la mejilla, al mismo tiempo que estudiaba el conjunto desde todas las perspectivas posibles en el espejo.

Faye estaba de pie con los brazos en jarra tras Annie, por lo que le contestó a su reflejo:

—Es demasiado formal para ir a un colegio, ¿no?

—Vale, es posible que haya entrado en pánico. ¿La americana es demasiado arreglada? Sin embargo, voy a ir a recogerla a clase. Es un entorno serio y académico, ¿no? No quiero avergonzarla apareciendo con pintas de esnob —comentó Annie, mientras examinaba de nuevo el largo de la falda.

—¿Dónde diablos fuiste tú al colegio de niña? —preguntó Faye, divertida—. Es un instituto público británico. Para empezar, me olvidaría del ramillete.

—¿No te gusta? —dijo Annie, algo avergonzada al quitarse el enorme ramillete floral de la solapa de la chaqueta y alisarse la blusa.

—Así está bien. Sí, ahora parece muy casual y normal —respondió Faye, sarcástica. Después de darle muchas vueltas, Annie había terminado por optar por lo contrario a un modelito casual y normal a ojos de cualquiera excepto a los suyos: un traje con una falda de tubo color rosa flamenco y una americana a juego con hombreras enormes. Los zapatos del mismo color y la blusa de volantes habían dado como resultado un conjunto llamativo en exceso, lo contrario a su intención original. No obstante, había decidido mantenerlo, como si fuera una especie de declaración feminista que estaba segura de que una adolescente moderna apreciaría.

—Le gustará lo retro, ¿no? Hará que parezca divertida —supuso Annie, y ahuecó el lazo de la blusa para darle un poco más de vida. Faye se dio la vuelta a toda prisa y se atareó revolviendo algunas cintas. Annie tragó saliva—. ¿Verdad?

—Por supuesto. No hay nada que les guste más a los críos que los trajes de ejecutiva. Pero… —Faye suspiró, cruzando los brazos— que Maeve piense que tu modelito es una pasada o una locura es irrelevante. Te va a querer por cómo eres. Estás haciendo algo maravilloso.

Pari se asomó por el marco de la puerta.

—Vaya, tus conjuntos se vuelven más chillones cada día que pasa, Annie. Es muy de presentadora de programa infantil o mujer del tiempo, ¿no?

—Va a ir a recoger a la chica —le explicó Faye.

—Claro, ¡es hoy! —canturreó Pari—. Aún no me puedo creer que vayas a seguir adelante con eso. Como si no tuvieras ya un horario de locos, ahora decides sumarle un voluntariado con una adolescente de carne y hueso.

Annie les había contado a las chicas que se había apuntado a un programa local que tutelaba estudiantes después de las clases. Hasta donde ellas sabían, debía ayudar a Maeve con los deberes, animarla a escoger un futuro y ofrecerle algo de experiencia laboral en un negocio independiente a cargo de una mujer. Los detalles sobre desencadenar poderes sobrenaturales y gestionar posibles deslices de magia explosiva quedarían entre Maeve y ella. Intentó no pensar en la imagen mental de las preciosas cortinas de la cafetería ardiendo que la perseguía los últimos días.

—Deseadme suerte. —Annie se tiró del dobladillo de la americana con firmeza.

—Suerte, suerte, suerte —canturreó Pari mientras la abrazaba.

—Te deseo un montón de suerte. Mejor dicho, te deseo un milagro y, más que nada, que recuperes la cordura cuanto antes —dijo Faye, sombría.

Annie aterrizó con una lluvia de chispas en medio de una rotonda llena de pensamientos. Al cruzar el lecho de flores, estudió el tranquilo y pintoresco pueblo. Se encontraba en una encrucijada con tres posibles rutas residenciales. Envuelta en una bruma rosa fucsia que destacaba entre las hileras perfectas de casas de ladrillos marrones y un cielo gris muy típico del norte, dejó el maletín en el suelo mientras asimilaba su entorno con una sonrisa optimista. Había un pequeño jardín delante de cada casa, porches llenos de abrigos de invierno y un par de gatos durmiendo en el descansillo, uno de los cuales se había despertado sobresaltado al llegar Annie. Tras estirarse, deambuló hasta ella y de inmediato se coló entre sus

tobillos. Atraer la atención de cualquier gato del vecindario en un radio de ocho kilómetros era natural, dada la afinidad natural entre brujas y animales.

—Qué bienvenida tan cálida. ¿Sabes dónde puedo encontrar a Maeve? —Se agachó para acariciar al gato y, si no hubiera prestado atención, habría pasado por alto la manera en la que usó el rabo para señalar una de las calles. Un cartel en la hierba indicaba que estaba en la calle Heath Road y un poco más allá se erguía un enorme edificio que Annie supuso que era el colegio. No se parecía al internado al que había asistido con Romily, Vivienne y Harmony. Para empezar, tenía menos torreones y puentes levadizos. Ese edificio era una mezcla sorprendente de compleja arquitectura antigua, con carteles obsoletos para indicar la entrada específica de chicos y chicas tallados en la piedra sobre los umbrales, y anexiones modernas prefabricadas adosadas a cada lado. Era como si el colegio no lograra decidir a qué siglo pertenecía.

—¡Ajá! Gracias, señor, has sido de gran ayuda —alabó Annie al gato, e hizo aparecer un pequeño montón de golosinas a cambio de su ayuda, antes de tomar el maletín y agradecerle con la mano a un coche que se detuvo para que cruzara. Incapaz de reprimir una sonrisa de emoción, se encaminó hacia el colegio, directa hacia su verja azul.

Morena había quedado con Maeve en que Annie la recogería en la cafetería y la llevaría a Celeste, donde podrían conocerse tomando un chocolate caliente con un extra de nata. Annie había fantaseado con el momento de su encuentro una y otra vez; se imaginaba a su miniyó un poco tímida, pero ambiciosa de una manera encantadora.

Annie había decidido que la ocasión requería un brownie para romper el hielo, que llevaba en una caja, cerrada con un lazo, bajo el brazo. Con la otra mano sujetaba el maletín, cargado con lo esencial para quedarse toda la noche hablando: suaves calcetines antideslizantes, pijamas con plumas y máscaras faciales. Podría hacer aparecer cualquier otro objeto divertido que necesitaran una vez se acostumbraran la una a la otra.

El timbre que indicaba el final de la jornada aún no había sonado. Tras buscar un lugar en el que esperar, la bruja advirtió un banco al otro lado de la calle donde un anciano estaba sentado solo, en silencio, con una bolsa de rayas llena de dulces en las manos. Annie se percató al sentarse de que movía la rodilla de arriba abajo, una señal sutil de su nerviosismo.

—¿Está esperando a alguien? —preguntó, alegre.

—A mi nieta. La recojo cuando su madre tiene que trabajar hasta tarde. Son mis días favoritos de la semana —contestó, incapaz de reprimir una sonrisa cohibida ante la mención de la niña.

—Qué bonito. —Annie se aseguró de que su sonrisa no perdiera brillo, a pesar de la punzada en el corazón—. Siempre deseé tener a un abuelo con el que me llevara bien, pero nunca llegué a conocer al mío. Tiene suerte de poder contar con usted.

—Tonterías, el afortunado soy yo. Es la luz de mi vida —dijo encantado antes de sacudir la bolsa que llevaba en la mano—. Mientras paseamos, compartimos caramelos de fresa.

Otra punzada.

—Debe de sentirse muy orgulloso de ella.

—No se lo puede ni imaginar. Tiene once años. Sé que es cuestión de tiempo que sea demasiado mayor para que la vean volviendo a

casa con su abuelo, pero no importa, ¿sabe? Lo disfrutaré mientras dure. —Sonreía mientras contemplaba con determinación la puerta doble del colegio.

A medida que la dulzura amarga de sus palabras impregnaba el aire, la empatía abrumó a Annie, conmocionada por el cariño genuino que los unía. Al momento, la sensación empezó a apagarse, como una vieja herida cuyo dolor resurgía con la lluvia y el frío. Nubes grises opacaron la dorada sensación, esa nostalgia por el amor incondicional de una familia que encajaba a la perfección; algo que nunca había conocido, pero que codiciaba más que nada.

Una aguda sirena comenzó a sonar y sacó de golpe a Annie de sus pensamientos mientras la puerta doble de la escuela se abría de repente. Una chica bajita con una americana tres tallas más grande que ella se acercó dando saltitos y el anciano se levantó con dificultad para recibirla con los brazos abiertos antes de sacar la bolsa de dulces como si fuera un truco de magia. Se alejaron y el hombre se giró para despedirse de Annie con la mano. La chica se apresuró a limpiarse una lágrima solitaria y se levantó para cruzar la calle. Mientras esperaba en el paso de peatones, no pudo resistirse a lanzar un torbellino de polvo rosado hacia los caramelos del anciano, el mismo encantamiento nostálgico que añadía a los buñuelos de Celeste y que ayudaría a la adolescente a atesorar ese momento tan preciado, en el presente y en el futuro.

Una multitud de estudiantes estaba reunida en el interior de la cafetería, cuya puerta de cristal amortiguaba risas y gritos. Se acercó a ella con una energía renovada en cada zancada por el bullicio contagioso del final de la jornada escolar y dio unos golpecitos en la puerta cerrada para llamar la atención. Ante la

interrupción, el grupo más cercano giró las cabezas hacia la ventana y todos se quedaron boquiabiertos. Un momento después, estallaron en un ataque de risa y un chico gritó algo hacia el otro extremo de la sala que Annie no logró comprender. No entendía qué era tan divertido. Al final, uno de los más educados del grupo se acercó a abrir la puerta.

—¡Hola! —exclamó emocionada—. Estoy buscando a Maeve.

El chico, con la barbilla cubierta de acné y un intento de bigote sobre el labio superior, respondió sorbiéndose la nariz.

—¿Maeve Cadmus? —continuó Annie—. Va a… a este colegio, quiero decir. Al menos, creo que así es. —Annie abrió mucho los ojos, tratando de animarlo a contestar. Quizá era tímido.

—¿Alguien quiere hablar con Leve Ictus? —Una chica alta y desgarbada sacó la cabeza por el umbral, mascando un chicle con el que hizo una pompa; tenía los labios cubiertos con corrector y sus cejas eran tan solo una fina línea. A Annie le sorprendía que a algunas adolescentes les gustara tanto maquillarse con un tono lo más anaranjado posible—. ¿Qué tienes que ver tú con esa pringada?

La expresión de Annie se tiñó de un asombro doble, primero por las palabras de la chica y después por la vulgaridad aún mayor que musitó el chico, una retahíla interminable de motes que debían de tener para Maeve. Parecía que sus compañeros no eran ni tímidos ni educados.

—Soy su prima —anunció Annie con una sonrisa gélida—. Estoy aquí para recogerla y llevarla a una enorme fiesta familiar que tenemos este fin de semana. Será maravilloso.

La chica soltó un bufido.

—Leve no tiene familia, eso lo sabe todo el mundo. Incluso la falsa con la que estaba ya no la quiere porque es una rarita.

Annie pestañeó. Tal vez en ese colegio se llevara lo de expresar amor con palabras duras. Morena había mencionado que quizá fuera un entorno difícil. ¿Tal vez… no pillaba el chiste? ¿Era… falta de habilidades sociales? ¿Por qué no estaban cayendo rendidos a sus pies como ocurría siempre?

—Perdonadme, por favor. —Annie se abrió paso entre ellos con un suave contoneo.

—Ten cuidado, no te vaya a lanzar un mal de ojo —gritó la chica sin mirarla, lo que solo aumentó la confusión de Annie y le provocó una tenue chispa de pánico. Maeve no habría hecho pública su magia, ¿verdad?

Mientras los zapatos de Annie repiqueteaban por la cafetería, que apestaba a una combinación bastante desagradable de comida recalentada, perfumes empalagosos y adolescentes en general, todas las cabezas se giraron en su dirección. No era una sensación desconocida, pero en ese colegio parecía mucho más… hostil. No sentía la admiración habitual, que se le pegaba a la piel y le aseguraba que lo estaba haciendo bien. En su lugar, aquella atención era una mezcla de murmullos y ojos como platos, salpicada de alguna risa aguda ocasional. La estaban haciendo sentir cohibida, una sensación extraña que le provocaba un hormigueo en la piel de los antebrazos. Annie reprimió las ganas de cubrirse el pecho con ellos e intentó mantener la barbilla en alto.

Pero, al reflexionar, un pequeño nudo de terror se le formó en la garganta a medida que comenzaba a recordar el aviso de su madre sobre aquello. El hechizo de perfección solía fallar cuando se trataba

de la opinión de… adolescentes. «Ay, no». Annie se aclaró la garganta, de la que se escapó un pequeño quejido.

Veían lo que ocultaba el encantamiento. Era cultura general que los adolescentes tenían estándares imposibles y poca fe en el concepto de perfección, excepto cuando se trataba de alguna estrella del pop o famoso. Durante su época escolar, la madre de Annie, Cressida, había conseguido un milagro al asegurarse de equilibrar la alquimia para que funcionara con sus amigas. Pero Annie no había tenido que preocuparse de impresionar a adolescentes desde aquellos tiempos y era evidente que su brebaje habitual no estaba siendo útil. Eso iba a complicar la situación con Maeve.

Después de colocarse un mechón de pelo tras la oreja, trató de sonreír a todos los estudiantes. Pero, por extraño que pareciera, Annie descubrió que no estaba segura de cómo caminar o dónde colocar las manos en relación con el resto del cuerpo. Le horrorizaba darse cuenta de que hasta su elección de vestuario le hacía sentir insegura. «Tierra, trágame».

Su adolescencia no había sido así. No recordaba ninguna bandeja de plástico, estéreo portátil ni corbata de rayas sobre camisas abiertas. Tras obligarse a controlarse, recordándose que era la adulta en esa situación, aunque no lo pareciera, Annie se desprendió de la vergüenza. Por fin, tras superar lo que le pareció un océano infinito de coletas a un lado y pelos de punta, fijados con cera, gritos hostiles y dedos acusadores le ayudaron a localizar a Maeve.

Escondida contra la esquina más alejada del comedor, con un puñado de libros a su alrededor haciendo de fuerte, la chica estaba sentada sola. Lápiz en mano, ni siquiera había levantado la mirada

ante el caos y el ruido; tan solo había fulminado a uno de los chicos con los ojos al lanzarle este el envoltorio de la hamburguesa hecho una bola a la cabeza. Llevaba unas gruesas gafas de pasta negra, que se fundían con su largo pelo oscuro, y se mordía la manga del jersey con toda su atención centrada en el dibujo.

No era como Annie se la había imaginado. Más bien todo lo contrario. Pero la chica tenía un precioso pelo brillante y una galaxia adorable de pecas por toda la cara. Cómo no iba a ser reservada, pensó Annie, ¿quién no lo sería si tuviera que enfrentarse a aquel zoo seis horas al día? Decidida a mantener el optimismo de antes, respiró hondo para prepararse, lista para su primer encuentro mágico con su miniyó. Un momento que ninguna de las dos olvidaría.

Al acercarse a la mesa, se aclaró la garganta. No hubo reacción.

—¿Maeve? —lo intentó de nuevo.

La chica seguía concentrada en el bloc de dibujo ante ella, así que Annie se inclinó para darle unas palmaditas en el hombro y dio un brinco hacia atrás, acompañado de un chillido, cuando Maeve saltó metro y medio del asiento, rota su concentración, con un brusco respingo.

—Lo siento, lo siento. Hola, buenas, soy yo, Annie. —Esbozó una sonrisa—. Vaya, me alegra conocerte. —Dio una palmadita—. Oye, nos lo vamos a pasar genial. ¿Estás preparada para irte?

Maeve la contempló como un conejo ante los faros de un coche.

—Ay, no, no te asustes. ¿Me he pasado? Suelo entusiasmarme demasiado. Es solo que estoy encantada con todo esto. Va a ser una aventura para las dos, ¿no crees? —Annie seguía dando palmadas demasiado rápido, no sabía por qué.

Maeve desvió los ojos marrones hacia la multitud en la cantina a su espalda, como si quisiera comprobar que era seguro entablar conversación con ella. Por suerte, el zoo ya había perdido interés en la recién llegada. Luego, centró la mirada en el maletín rosa que Annie había colocado sobre la mesa y en la caja del brownie a su lado, decorada con un lazo tan grande que la pastelera comenzó a arrepentirse de haberlo elegido por si era demasiado. No quería que Maeve pensara que era una completa ridícula.

Annie decidió cambiar la perspectiva. Tras dedicarle un guiño cómplice, con un gesto tan sutil que habría pasado desapercibido al parpadear, envió un riachuelo de chispas rosadas hacia la cinta para deshacer el nudo. La caja se abrió y se deslizó por la mesa, vergonzosa, para revelar su contenido. El toque de caramelo que había vertido sobre el delicioso y esponjoso brownie parecía un tesoro contra el gris del comedor. Además, olía de maravilla. Maeve seguía mostrándose insegura, con la boca torcida en una línea diagonal y marcada.

—Vamos. Pruébalo —la animó Annie con un movimiento de cabeza.

Incapaz de resistirse a unos deliciosos dulces como cualquier otra persona normal y corriente, fuera o no mágica, Maeve estiró la mano para partir un trozo. El aterciopelado chocolate se le desmoronó entre los dedos. Al metérselo en la boca y masticar, Annie se percató del cambio sutil en la postura de Maeve. Dejó caer los hombros unos milímetros y levantó la barbilla. Annie se permitió una pequeña celebración para sus adentros por haber elegido pepitas de chocolate negro envueltas en un encantamiento reconfortante. Sí, quizá había esperado que las propiedades

calmantes sirvieran para aplacar el entusiasmo desmedido al descubrir que estaban destinadas a ser mejores amigas, en lugar de para ahuyentar la sensación de auténtico sobresalto y ligero pavor que ahora mismo emanaba de Maeve, pero…

—¿Mejor? —preguntó Annie.

Maeve tragó saliva y agarró otro trozo de brownie.

—Está bueno.

—Gracias. No sé cuánta información te habrá dado Morena, pero tengo una pastelería. Bueno, más o menos; es una mezcla de pastelería y cafetería, pero también vendo flores y hacemos un club de lectura, noches de pintura… y el local es muy bonito, aunque ahora está cubierto de un montón de decoraciones de Halloween, pero cuquis. Y… espera, ¿sabes quién es Morena? Ay, tonta de mí, quizá no conozcas aún los roles dentro del aquelarre o…

Vio que Maeve abría mucho los ojos de nuevo, por lo que dejó de hablar apretando los labios con fuerza. Ante el evidente descanso que *Splendidus Infernum* se estaba tomando en ese entorno, Annie sintió que iba a cortocircuitar. Tomó una de las sillas de plástico, limpió un puñado de migas que cubría el asiento y suspiró. Lo estaba enfocando mal. Estaba claro que esa pobre chica era tímida e insegura. Tendría que ir con pies de plomo.

—Lo siento, estoy diciendo muchas tonterías —musitó—. Creo que estoy… ¿nerviosa? —Entre las dos se produjo una pausa que pareció asentarse cuando ambas tomaron aire a la vez.

—Yo también —admitió Maeve, reticente.

—No tienes por qué estarlo, lo prometo. Esto no es una prueba. No es algo que puedas aprobar o suspender. Nos lo vamos a pasar bien —la reconfortó Annie antes de dedicarle lo que esperaba que

fuera una sonrisa tranquilizadora, atenuando su brillo un poquito, para que no fuera tan deslumbrante. Se le pasó por la mente que quizá sin el *Splendidus Infernum*, que añadía un filtro necesario y agradable, era demasiado… ¿abrumadora?

Maeve frunció el ceño de nuevo, pero asintió.

—No tengo aquí mis cosas, solo los libros —musitó, sacando una enorme mochila cubierta de remiendos, chapas y garabatos de fieltro de debajo de la mesa.

Annie arqueó las cejas.

—¿Todo eso son solo libros?

Maeve, según advirtió Annie, no reprimió las ganas de poner los ojos en blanco, lo que la sorprendió.

—No son «solo libros» —contestó Maeve, mientras tiraba de las mangas del jersey—. Habrás visto que la conversación por aquí no es demasiado estimulante, así que… —Se encogió de hombros.

—No pasas mucho tiempo con tus compañeros de clase, lo entiendo.

—¿Seguro? —preguntó Maeve, de nuevo con los ojos en blanco de forma tan cortante que a Annie le recordó mucho a Morena. Se giró para ver lo que había causado una reacción así y se llevó las manos a la boca cuando uno de los chicos se bajó los pantalones y presionó el trasero desnudo contra la ventana de cristal de la puerta.

—Si tienes algún hechizo con el que me pueda arrancar los ojos, voto por priorizarlo —sentenció Maeve con un tono gélido, a la vez que cerraba el bloc de dibujo y apoyaba los codos sobre la gruesa cubierta para posar la barbilla en las manos.

—¿Siempre es así? —siseó Annie, horrorizada.

—Ah, no —contestó Maeve con calma—. En realidad, se están portando con más caballerosidad de lo normal. A veces dan pena. Están intentando impresionarte por todos los medios.

—Pero es un… horror —dijo Annie, incrédula.

—Sí, son adolescentes —replicó Maeve—. ¿Qué esperabas? Y las chicas no son mejores. Juraría que este colegio ofrece lobotomías gratis en algún sitio. Solo estoy esperando a que me llegue mi invitación.

Annie pestañeó. Quizá Maeve no fuera tan insegura como había pensado en un principio.

—Empieza a tener sentido por qué has construido una muralla de libros a tu alrededor.

—En esta escuela parece que les da vergüenza demostrar que no son analfabetos, por lo que trato de recordarles que yo no lo soy con la mayor frecuencia posible. Ayuda a que se mantengan a cierta distancia.

—No puedo culparte —se lamentó Annie, mientras agarraba un trozo de brownie—. Entonces, eres un ratón de biblioteca, ¿eh?

Maeve volvió a tirarse de las mangas.

—Leo o dibujo, es a lo que dedico casi todo mi tiempo.

—Quizá puedas darme alguna recomendación, ahora que tendremos que pasar un poco de tiempo juntas —susurró Annie, y sintió una descarga triunfal cuando, con esas palabras, se ganó un asentimiento incierto pero a la vez orgulloso.

—Claro.

—Genial. He pensado que podríamos ir a Celeste, mi pastelería en Londres, y tomarnos un chocolate caliente mientras hablamos de cómo nos vamos a organizar y cómo te gustaría abordar… ya sabes,

la palabra que empieza por M. —Annie vocalizó el término «magia» para evitar cualquier confusión posible, ante lo que Maeve asintió despacio—. ¿Qué te parece?

Maeve titubeó.

—¿Cómo llegaremos allí?

—No te preocupes. El teletransporte mágico es una invención maravillosa. Si quieres, puedo llevarte la mochila.

—No hace falta. Ya asumí hace mucho que tendré problemas de espalda en el futuro.

—En serio, dámela —insistió Annie, tomando la pesada mochila. Desabrochó los cierres dorados y abrió el maletín. Estaba a rebosar de varias telas de lana adornadas con plumas, algunos productos iridiscentes de cuidado facial en botes de aspecto elegante, una libreta con lentejuelas… Lo básico. Con un bufido, colocó la mochila de Maeve sobre todo lo demás y cerró la tapa. Bajo su peso, la cartera se comprimió como un globo deshinchado, soltando un puñado de chispas rosadas, hasta que se aplanó como un papel entre el resto de las cosas. Entonces, Annie bloqueó los cierres de nuevo. Maeve se puso en pie de un salto; la contemplaba asombrada sobre el borde de las gafas.

—¿Cómo has…?

Annie le dedicó una sonrisa engreída.

—Magia.

Maeve parecía no confiar en su propia voz.

—¿Puedes…? ¿Puedes enseñarme a hacer algo así?

—¡Claro! Es bastante fácil, un sencillo *Leve Bona* con el que encanto… bueno, todos los bolsos que llevo. No soy de las que viajan con poco equipaje; me gusta tener varias opciones. ¿Quieres

que los meta también? —Annie hizo un gesto hacia el montón de blocs de dibujo que estaban junto al codo de Maeve, quien se apresuró a agarrarlos entre los brazos y abrazarlos contra el pecho.

—No, gracias, ya me encargo yo.

—Vale, en ese caso, ¿nos vamos? —preguntó Annie al levantarse de la mesa y dedicarle a Maeve lo que esperaba que pareciera un asentimiento de ánimo. Sin el hechizo, le estaba costando mucho estar segura de si lo que decía era adecuado o no. Al menos, el brownie estaba funcionando.

Esa vez, con menos ojos fijos en ella, caminó a zancadas más ligeras entre la multitud del comedor. Se giró para bromear sobre el tema, agradecida de que hubieran perdido el interés, cuando se dio cuenta de que la adolescente se había quedado atrás. Un grupo de chicas la había rodeado, bloqueándole el paso, y una le estaba preguntando a voz en grito quién era su nueva amiga.

—¿No logras llevarte bien con nadie de por aquí, así que has tenido que contratar a una vieja para que sea tu amiga? Qué vergüenza —se mofó la misma chica naranja de antes.

«¿Vieja?». Annie estaba a punto de protestar, pero Maeve se le adelantó.

—Jessica, no sé de dónde has sacado la motivación para organizar tu propia convención de Lerdic Ignorantus, pero enhorabuena, me alegra ver que ha sido un éxito total. Ya es hora de que te den un ascenso en ese campo —contestó Maeve con la barbilla en alto. Era más atrevida de lo que Annie había esperado.

Jessica la miró, impávida.

—¿De qué estás hablando, Ictus? Por muchas palabras cultas que uses, sigues sin decir una mierda.

Maeve soltó un suspiro y trató de abrirse paso entre las chicas, pero una le dio un manotazo y los blocs de dibujo aterrizaron en el suelo. Annie se apresuró a agarrarlos; Maeve le dedicó de inmediato una mirada de advertencia que sabía que significaba que no se metiera en aquello.

Jessica soltó un bufido.

—Se te han caído las cosas al suelo, rarita.

—¿Algo más? ¿O puedo irme ya? —respondió ella, inmóvil, con expresión aburrida. Jessica titubeó, pues era evidente que se había quedado sin ideas con las que hacer reír a sus amigas.

—Eh… Tu pelo da asco —gritó como último recurso—. ¿Te lo lavas en una freidora?

Maeve le sostuvo la mirada con el rostro convertido en piedra.

—Sí, me encanta echarme aceite vegetal en el pelo.

—¿Volverás al ataúd esta noche? —intervino otra chica.

—¿Cómo voy a vivir en un ataúd? ¿Dónde metería la freidora? —preguntó Maeve tras girarse con expresión confusa.

Ante eso, Jessica titubeó de nuevo.

—Lo dice porque estás muy pálida —comentó.

—Me lo había imaginado. —Maeve asintió—. Sin embargo, no puedo tomármelo como un insulto cuando lo único que te haría a ti parecer pálida sería compararte con el mismísimo sol. Eres literalmente naranja. ¿Lo haces adrede o intentas ayudar a controlar el tráfico aéreo?

Annie sintió que se quedaba pegada al suelo, con los brazos inmóviles en el aire, insegura sobre si debería intervenir o no. El hechizo no servía para nada. En su ausencia, buscó a algún profesor con la mirada, pero parecía que el comedor era una especie de tierra

de nadie oficial. Maeve se estaba defendiendo por sí misma y era evidente que tenía bastante práctica, pero la escena hacía que a Annie le doliera el pecho. Deseaba salvarla.

—¿Qué hay en estos cuadernos, Ictus? —Jessica acababa de encontrar por fin un punto débil en la miríada de blocs de dibujo abiertos que habían abandonado los brazos de Maeve. Se inclinó hacia ellos, pero Maeve fue más rápida y se lanzó a por los dibujos, dándole un codazo para apartarla. Aun así, Jessica logró hacerse con el primero de la pila.

—No lo toques —escupió la otra chica, que expulsó las palabras antes de poder recuperar su controlada calma, y tiró del dibujo.

Jessica soltó un bufido, abrió una de las primeras páginas y se la mostró a todos los que formaban parte del grupo.

—¿Qué frikadas has estado dibujando, Ictus? ¿Son los planos para el altar demoniaco que montas en casa? Ya sabes, entre turno y turno como cazavampiros. ¿Vas a maldecirnos a todos? Un segundo, ¿quién es esta?

Annie solo advirtió un retazo del esbozo, pero era una representación impresionante de una chica.

—¿Tienes una novia secreta? ¿O se supone que eres tú? Ya te gustaría ser tan guapa, Ictus.

—Devuélvemelo —rugió Maeve. Su calma ensayada se desvanecía por momentos. Una nubecilla carmesí de vergüenza le apareció entre las pecas y Annie advirtió cómo su corazón latía al ritmo de la rabia de Maeve, que impregnaba el aire. La sentía con muchísima claridad, gracias a su tan desarrollada empatía. Flotaba por el comedor como una nube de tormenta, oscura, intensa y abrumadora.

Jessica arrancó la página del bloc y la sacudió sobre su cabeza.

—Mirad, todos, Ictus es una pervertida y nos dibuja en secreto. Seguro que se excita haciéndolo —chilló.

Annie notó que los ojos se le llenaban de lágrimas al darse cuenta de que Maeve luchaba por retener las suyas, rebelándose contra las otras chicas que la tenían sujeta mientras Jessica le tendía los dibujos a cualquiera que mostrara interés suficiente como para echarles un vistazo. Annie ya no podía soportarlo más, aunque enfadara a Maeve. Su necesidad desesperada de ayudar tomó el control. Se acercó al puñado de chicas y trató de apartar a un par para tirar de Maeve, con un deseo intenso de protegerla que le incendió la boca del estómago como si fuera gasolina.

—Para. No es nadie. Es mío —gritó Maeve, ignorando a Annie. Todo su cuerpo se tensó y la cara se le contorsionó mientras intentaba recuperar el dibujo—. Devuélvemelo. —Se estaba esforzando por hacerse oír sobre las risas crueles que inundaban toda la cafetería, a medida que cada vez más estudiantes se unían a la multitud al advertir el revuelo.

Maeve chillaba y lanzaba codazos a diestro y siniestro.

—¿Por qué no me dejas en paz? Nunca te he hecho nada. —Con esa última palabra, señaló a Jessica con un dedo acusatorio.

Una ráfaga de llamas cruzó el aire como un relámpago surgido de la nada. La descarga de fuego estuvo a punto de alcanzar la parte superior de la coleta alta de Jessica, quien gritó cuando le fulminó el coletero, dejando tras de sí un rastro de humo. Todo el grupo que se había formado alrededor de Maeve dio un salto atrás y se dispersó como si lo hubieran electrocutado. El fuego se estrelló con un golpe seco en la pared del comedor, sobre un póster que recordaba a los

estudiantes que la amabilidad siempre era el camino. El papel se convirtió en cenizas y ascuas de inmediato, dejando la pared gris cubierta solo por una gigantesca marca negra, chamuscada. Durante una fracción de segundo, nadie se movió.

Luego, el suelo comenzó a temblar, un suave terremoto que surgía de la parte inferior del edificio, como si algo agitase los cimientos, y las persianas de las ventanas se cerraron al unísono con un ensordecedor ruido metálico. Los fluorescentes del comedor se apagaron y sumieron la sala entera en una oscuridad que no tardó en romper el hechizo de silencio. La cafetería estalló en gritos mientras todos corrían, histéricos. Annie notó que se le erizaba el vello de la nuca. Sabía lo que había causado el apagón. La magia. Una magia descontrolada y fuerte.

—Maeve… —gritó Annie sobre el caos con un ligero tono de advertencia que no reconoció por lo adulto que sonaba. Dio un paso hacia lo que, en mitad de la oscuridad, pensaba que era la silueta de la chica.

—No… no quería…

Annie estiró el brazo hacia lo que suponía que era la mano de Maeve para alejarla lo más rápido posible de la escena, pero se sobresaltó al rozar sus dedos y descubrir que sujetaban algo con fuerza. Con algunas chispas rosadas, Annie emitió una suave luz para verlo.

Maeve abrió los dedos y reveló una naranja perfecta y redonda. Un chisporroteo mágico se desprendió de las pequeñas hojas verdes.

—¿Por qué tienes una…? Oh, no, ¿es…? ¿Es Jessica? —susurró Annie con brusquedad.

Maeve la miró y solo logró asentir. Annie le devolvió el gesto a la vez, esbozando una sonrisa serena y perfecta que se le extendió con lentitud por el rostro, su reacción por defecto ante una crisis.

—Vale, no pasa nada. Nada de nada. Trae aquí a tu amiguita… y yo lo arreglaré. De alguna manera. —La sonrisa se le crispó un poco.

—Pero… acabo de convertir a Jessica en una naranja —contestó Maeve demasiado fuerte. Annie agradeció a las estrellas que la sala estuviera aún sumida en el caos. Nadie parecía haberse dado cuenta de que Jessica había desaparecido en la oscuridad, reemplazada por un evidente aroma a humo y cítricos.

—Shhh. Sí, eso parece. Pero no pasa nada. Todo va a ir bien —intentó calmarla Annie, y le colocó una mano a Maeve en el hombro para tranquilizarla—. Salgamos de aquí.

Por suerte, dado su estupor, Maeve la siguió a ciegas.

En el comedor a oscuras, Annie dio las gracias porque nadie se diera cuenta de que la mujer con el traje de ejecutiva rosa fucsia y la adolescente que se aferraba a una naranja se dirigían a la salida. Tampoco ella le prestó demasiada atención a ninguno de los demás, centrada en asegurarse de sacar de allí a Maeve sana y salva.

Aun así, no pudo evitar percibir cómo el chico que había enumerado los deplorables apodos de Maeve estaba ocupado sometiendo a otro pobre crío a una llave de karate, aprovechando que se libraría de un castigo hiciera lo que hiciese. Le dedicó un brusco ceño fruncido, así como un movimiento casi imperceptible de muñeca. Sin *Splendidus Infernum* para aplacar sus emociones y atenuar algo tan imperfecto como el enfado, por ejemplo, tomó la decisión antes de poder convencerse de lo contrario.

Sería una pena que el pobre chico tuviera un picor incontrolable en los orificios menos adecuados durante el próximo par de semanas, pero no pudo evitarlo. Los caminos de la magia son inescrutables.



Capítulo 8

CAMBIO DE PLANES

Puedo arreglarlo todo.

La voz de Annie sonó un poco más aguda de lo que pretendía mientras caminaba de aquí para allá una y otra vez. Había guiado a Maeve lejos del colegio y la había dirigido, agarrándola de los hombros, por una tranquila calle residencial. Tras la obvia prioridad de apartar a una adolescente con poderes más descontrolados de lo esperado de una escena como aquella, Annie sabía cuál debía ser el siguiente paso: Selcouth tenía que enterarse de aquello. Sin embargo, deseaba evitarlo a toda costa. Mientras tanto, Maeve seguía sin poder desviar los ojos de la naranja en su mano y no había parado de balbucear, frenética, desde entonces.

—No me puedo creer que haya… ¿Lo has visto? —tartamudeó Maeve.

—¿El qué, exactamente? —contestó Annie, aún andando de un lado a otro—. ¿La magia transfigurativa accidental contra una no bruja? ¿El incendio mágico espontáneo? ¿El pequeño terremoto en un tranquilo pueblo del norte de Inglaterra?

—Esto de la magia… ¡Es una locura! ¿O estoy loca yo? ¿Está pasando de verdad? —Maeve se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—No estás loca, cariño —le reafirmó Annie con un tono más suave —. Pero, a decir verdad, no tienes control ninguno.

—Ha sido… ha sido… —Maeve parecía a punto de vomitar de un momento a otro, por lo que Annie le acarició la espalda con delicadeza para anclarla a la realidad.

—No lo decía a malas —continuó Annie—. No tienes que preocuparte. Todo se puede arreglar, yo me encargo, confía en mí. Estoy especializada en estos temas. No has hecho nada malo. Podemos…

—Ha sido lo más guay que ha pasado en la historia de todo el universo.

Annie se tambaleó cuando Maeve soltó una carcajada con un entusiasmo excesivo y dio un brinco en el aire, blandiendo la naranja como si fuera el trofeo de una victoria.

—Sabía que la magia tendría sus ventajas, pero, ah, vaya, ha sido increíble. ¿Puedo convertirlos a todos en frutas? De hecho, una fruta no es suficiente. ¿Por qué he elegido una naranja cuando podría haber transformado a Jessica en cualquier cosa? —Maeve estaba hablando a una velocidad sobrehumana y se reía frenética entre frases, movida por la adrenalina que la recorría—. ¿Podemos intentarlo de nuevo? ¿Y si la transformo en una lagartija? ¿O en un perro sarnoso? ¿O en una papelera?

Annie soltó un suspiro y posó las manos sobre las caderas.

—Nada de papeleras. Ni de perros, ratas, mapaches o cualquier otra cosa que tengas ganas de invocar —dijo, enumerando las opciones con los dedos—. Podemos arreglar lo de prender fuego a

las cortinas en casa, pero encantamientos transfigurativos accidentales y aniquilar casi un comedor entero lleno de niños no era lo que tenía planeado para esta bonita tarde de octubre.

—No seas tan exagerada —replicó Maeve, con un poco menos de entusiasmo, imitando el impasible lenguaje corporal de Annie—. No he hecho daño a nadie. Solo… he anaranjado un poco a una chica.

—¿Un poco? —preguntó Annie, con los ojos fijos en la más que tangible naranja—. Maeve, has lanzado fuego. Un incendio mágico de verdad, con la palma de la mano, ni más ni menos.

—Dicho así, parece impresionante —comentó Maeve, incapaz de reprimir una sonrisa de orgullo.

—Ah, lo sería… si hubieras tenido intenciones de usar la magia. Pero no hay nada impresionante en lanzarla por ahí sin ton ni son. Se supone que debes controlarla, no dejar que ella te controle a ti.

Maeve se encogió de hombros, indignada.

—Quizá no necesite ayuda con la magia. Parece que me está funcionando bastante bien.

Annie soltó un bufido al recordar cómo aquella chica rebelde le había parecido un bonito alhelí en un primer momento.

—Que no se te suba a la cabeza, señorita. —De inmediato, odió lo adultas que sonaron sus palabras, sobre todo ese «señorita». Ella también era una señorita, ¿no? ¿Qué estaba diciendo? Se recolocó los mechones para despejarse la mente—. La magia descontrolada no es chuli.

—No pareces la persona más al tanto de lo que es «chuli» —contestó Maeve con acidez—. Se lo merecían —añadió mientras se subía las gafas por el puente de la nariz.

Annie, tras haber presenciado la manera en la que la trataban, no podía decir que no tuviera razón.

—Puede ser, pero esto no va de lanzar un encantamiento excepcional contra la matona de la escuela, sino de no arriesgarnos a exponer que existe la magia, Maeve. ¿Sabes lo complicado que va a ser borrarles de la memoria todos los deslices que has cometido ahí?

Maeve se mordió el labio interior antes de soltar un bufido.

—Vale, quizá no había pensado en esa parte. Por suerte, a esa gente nunca se le pasaría por la cabeza que la magia existe. Son demasiado aburridos para pensar a lo grande. No te estreses. Solo lo verán como una prueba más de lo rara que soy.

Annie soltó una profunda exhalación, dando golpecitos con el pie, mientras reflexionaba.

—Maeve, no quiero ser una aguafiestas, pero voy a tener que informar al aquelarre de esto. No les gustan las anomalías en el sistema mágico y sin duda tú eres una bastante grande.

—¿Es una manera sutil de decir que soy un grano en el…?

—Creo que es lo mejor que se puede hacer en este caso —la interrumpió Annie, cortándola, esperando que su asertividad le hiciera parecer que sabía lo que estaba haciendo—. No estoy segura de que entiendan lo caótica que es tu magia. No les va a gustar, pero…

Annie se detuvo un momento, movió los omóplatos para enderezarlos y cerró los ojos para concentrarse. Una chispa de magia brotó de sus dedos y, momentos después, Morena apareció como una nube de tormenta ante un rododendro en flor a su

derecha. Maeve se presionó contra los arbustos, conmocionada, llevándose una mano a la boca.

—Mierda.

Morena entornó los ojos deslumbrada y, tras habituarse al entorno, paseó la mirada impasible de Annie a Maeve y viceversa.

—Gracias por esa bienvenida tan acogedora, señorita Cadmus. Me aseguraré de saludarte de la misma manera la próxima vez que se crucen nuestros caminos —se quejó, a la vez que se ajustaba la capa sobre la camisa impoluta. Centró la atención en Annie con las cejas arqueadas—. ¿Y bien?

Annie se acercó a ella con rapidez.

—Morena, sabes que nunca, jamás, te invocaría por teletransporte a menos que fuera del todo necesario.

—Eso espero. Y a este lugar olvidado del universo, ni más ni menos. Espero que lo que me tengas que contar sea bueno, muy bueno, Andrómeda.

—Más bien lo contrario. —Annie dudó—. Me temo que es malo, muy malo.

—Te conozco —las interrumpió Maeve al acercarse a Morena, señalándola con el dedo, con Jessica en forma de naranja aún en la otra mano—. Me trajiste ese enorme libro viejo por mi cumpleaños, junto con tu hermana, la bajita.

—Sí, parezco un hada madrina de cuento visto así, ¿verdad? —Morena apretó con tanta fuerza la boca que el pintalabios se le convirtió en un pequeño círculo—. Aunque no me pondría ni muerta uno de sus horribles uniformes. Andrómeda, ¿cuál es exactamente el problema?

Annie se quedó paralizada sin saber por dónde empezar. Luego, dejó escapar una carcajada jadeante.

—A decir verdad, no te lo vas a creer…

—He prendido fuego al comedor, he cortado la luz, he causado un terremoto y he convertido a Jessica en una naranja —la interrumpió Maeve, tendiéndole la fruta a Morena.

La bruja no se movió por un segundo. Luego, con un suspiro de resignación, tomó un par de gafas del bolsillo interior de la capa y se las colocó en la punta de la nariz. Aceptó la naranja para examinarla con meticulosidad.

—Andrómeda, ¿de verdad me estás diciendo que este cítrico es en realidad una estudiante no bruja?

—Como he dicho antes, se lo merecía —musitó Maeve entre dientes.

—En eso no se equivoca —comentó Annie, radiante al dedicarle Maeve una débil sonrisa cómplice que hizo que la escena casi mereciera la pena—. Y, si lo piensas, ha sido una sucesión impresionante de acontecimientos, aunque no haya sido ideal. Quizá tengamos a una bruja muy especial entre manos.

Tras eso, Maeve sonrió, encantada.

—Una bruja especial no me sirve de nada si le va a dar a Selcouth la complicada y agotadora tarea de resetear memorias durante varios días. Por no mencionar que los adolescentes son muy difíciles de manipular con la magia, dadas todas esas hormonas que tienen flotando en su interior —se quejó Morena.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó Annie, llevándose una mano a la frente—. Morena, es culpa mía. Debería haberme llevado a Maeve de allí más rápido, en cuanto noté que las cosas

empezaban a ir mal. Mi instinto no me ha servido… de mucho en el instituto.

—De nada, mejor dicho. Señorita Cadmus, ¿nos perdonas un segundo? Vete a dar un paseo con la naranja —le pidió Morena, devolviéndole a Jessica. Maeve deambuló por la acera varios pasos, sorbiéndose la nariz y arrastrando los pies.

Morena se giró hacia Annie con un revoloteo de la capa.

—A decir verdad, Andrómeda, lo más útil que puedes hacer para arreglar este desastre es sacar de aquí a la señorita Cadmus. No solo es peligroso para ella, sobre todo por esa especie de afinidad por el fuego, ni más ni menos —chasqueó la lengua—, sino que supone un gran riesgo para el aquelarre si no es capaz de controlar los poderes.

—¿Y si la llevo a mi casa? —propuso Annie, pero se arrepintió al instante. Le solía ocurrir, proponía soluciones y luego rezaba para que fueran rechazadas. Pensó en su baño, lleno de baldas con ingredientes muy potentes para pociones; por no mencionar su ritual de medianoche con el *Splendidus Infernum*, que podría volverse loco con una presencia mágica impredecible cerca. Además, estaba Karma, que odiaba las visitas inesperadas y a la que tendría que persuadir con cantidades ingentes de natillas. Annie notó una oleada de alivio descomunal cuando Morena negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. En Londres hay demasiada gente. Un territorio neutro sería una elección más adecuada, dado lo impredecibles que son sus poderes. Selcouth os procurará alojamiento de emergencia a las dos.

A Annie se le aceleró el corazón con un ritmo inestable.

—¿Alojamiento? ¿Para las dos? —El pánico comenzó a recorrerle las venas, dejando a su paso un rastro gélido.

—Me temo que para esta misión vas a tener que hacer más de canguro de lo que habíamos anticipado. De momento, será tu compañera de piso para que puedas tenerla controlada —contestó Morena, caminando de un lado a otro mientras reflexionaba—. Es un papel con muchas responsabilidades. No puedo imaginarme nada más terrorífico. —Se estremeció de forma visible.

Que la alejaran de su vida a un lugar desconocido para hacerse responsable de Maeve a tiempo completo era aterrador por muchas razones. Annie sintió una oleada de náuseas ante la idea. Sus pensamientos comenzaron a escapársele entre los dedos. Estar lejos de casa, de su rutina ideada con tanto esmero, convertida en un desbarajuste, transformaría su agenda en una espiral de caos. Las fechas comenzaron a mezclarse y los planes a fundirse hasta que empezó a dolerle la cabeza. ¿Cómo iba a cumplir con sus tareas a la perfección, como se suponía que debía hacerlo? ¿A qué tendría que renunciar?

—¿Durante cuánto tiempo? —Annie tragó saliva al recibir como respuesta un encogimiento de hombros despreocupado.

—Hasta que observemos avances satisfactorios.

Debía pensar en Celeste, aunque podía confiar en que Faye y Pari defenderían el fuerte durante una temporada. Tal vez podría hornear los dulces a distancia y enviárselos con magia. Pero sin duda tendría que dejar de lado lo más importante, su valioso tiempo en la Sortiedad. Al ver su estatus como Medialuna alejarse en la distancia, Annie se sintió como si cruzase un puente colgante sobre un abismo y los tablones a sus pies empezaran a ceder.

Morena, quizá al sentir las oleadas de pánico que surgían de su aprendiz y ante la posibilidad poco habitual de que Annie fuera a negarse, se aclaró la garganta.

—Un recordatorio pertinente, Wildwood. Esta situación sería la oportunidad perfecta de impresionar y demostrar tu valor. Enfrentarte a la adversidad, tender tu mano cuando el aquelarre lo necesita… son la clase de acciones que no pasan desapercibidas en Selcouth.

Annie jugueteó frenética con un mechón de pelo. Luego, se lo colocó, pero pronto volvió a juguetear con él. Intentó rendirse ante el *Splendidus Infernum*, permitir que reajustara su mentalidad y le revelara los puntos positivos. La gente la necesitaba de nuevo. La idea despertó al hechizo en cada una de sus terminaciones nerviosas.

Impresionar a Selcouth le aseguraría también un puesto en la Sortiedad. Glory Whitlock estaría encantada, orgullosa de oír que Annie se estaba acercando al ojo de la tormenta. La necesitaban. Morena, el aquelarre y…

Miró hacia Maeve, quien estaba haciendo malabarismos con la naranja.

Quizá esa joven también la necesitara.

La magia burbujeó en sus yemas, tras sus ojos, en la base del cráneo, atando los cabos y activando las neuronas. Las gafas con cristales de color rosa estaban genial, pero la magia de ese mismo color de Annie era mucho más eficaz. Quizá fuera mejor oportunidad de lo que había imaginado en un principio. Imágenes de un precioso chalé invernal cruzaron su mente. O de un lujoso apartamento al lado del río, donde pudieran compartir bandejas de fruta en el

balcón. Todo comenzó a parecer algo más liviano y su mundo volvió a teñirse de rosa.

Morena daba golpecitos con el pie.

—¿Y bien? ¿Puedo contar contigo para arreglar este desastre, Andrómeda?

Como si tuviera otra opción. Como si pudiera negarse.

—Claro, Morena. —Annie sonrió—. Me encantará ser una Mary Poppins aún más mágica.

Morena pareció horrorizada.

—¿Qué tiene que ver tu pompis en todo esto?

—Da igual.

Morena soltó un «ajá» satisfecho.

—Bueno, ya que estoy aquí, será mejor que haga todo lo que esté en mi mano y siga el tenue sonido de esos gritos. Arreglaré la situación lo mejor que pueda. —Comenzó a recogerse el dobladillo de la capa tras hacerle un gesto a Maeve para que se acercara—. Me despido por ahora, señorita Cadmus. Te quedarás en un lugar seguro bajo el cuidado de Wildwood por el momento. ¿Me la das? —preguntó, señalando a la naranja.

Maeve, reticente, le lanzó la fruta a Morena, quien la atrapó con la misma facilidad que si fuera una pelota de béisbol.

—Andrómeda, tendrás noticias mías cuando el aquelarre esté satisfecho con el avance de la situación.

—Por supuesto. Nos lo pasaremos bien, ¿verdad, Maeve? —Annie descubrió que estaba moviendo la cabeza de arriba abajo, sonriendo con demasiado entusiasmo y… sí, estaba dando palmaditas de nuevo. Su optimismo natural, combinado con el tira y afloja del

hechizo agrietado, le provocaba reacciones extrañas y embarazosas. La chica tan solo se encogió de hombros como respuesta.

Tras eso, Morena se giró sobre los talones con un último revoloteo dramático de la capa, que desprendió un destello de un intenso color púrpura.

Annie la llamó.

—¿Morena? No nos has dicho adónde debemos ir. ¡Morena!

Sin mirar hacia atrás, la mujer solo levantó una mano con la palma hacia arriba e hizo un gesto mágico sin palabras. El hechizo teletransportador de la Bruja Sabia había entretejido sus hilos antes incluso de que Annie recibiera respuesta. Una ráfaga de viento la empujó contra la adolescente y las envió lejos en un remolino rápido y vibrante a través del espacio-tiempo.

—Vaya. —Maeve se tambaleó y Annie se lanzó a por ella.

—Pobre. Las primeras veces es un poco pesado —dijo Annie, amable—. Deberíamos desarrollar alguna especie de versión descafeinada del teletransporte para los primerizos. Ahora bien, ¿dónde calderos…?

Bajo el encantamiento de Morena, el hechizo de teletransporte las había llevado a definición literal de «mitad de la nada», un pequeño claro en un bosque que parecía pintado en color sepia. El barullo de Londres e incluso el tranquilo pueblo de Maeve parecían estar a un universo de distancia mientras el denso silencio se asentaba a su alrededor, solo roto por el tenue roce de las hojas y el canturreo de algún pájaro. Los troncos larguiruchos de corteza grisácea se erguían como si se estiraran para tocar el cielo y las ramas desnudas

casi se enredaban entre sí como una jaula; las últimas de sus hojas doradas revolotearon sobre las brujas bajo la brisa. El aire fresco desprendía un aroma terroso y almendrado debido al suelo húmedo, a los animales dormidos y a las relucientes moras maduras que salpicaban la maraña de las zarzas más bajas.

Algo baló a lo lejos.

—¿Eso ha sido una… oveja? —escupió Annie con una voz muy aguda.

Maeve soltó un bufido.

—No te preocupes. Yo te protegeré. ¿Tendremos que acampar? Podría ser divertido.

Annie dejó escapar su horror con una mezcla de grito ahogado y estertor de la muerte.

—Maeve, no bromees con esas cosas. Aun así —prosiguió, sin permitirse titubear durante demasiado tiempo—, podemos sacar provecho de esta pequeña aventura, ¿no? —Tomó el maletín, se colocó el pelo sobre los hombros y echó a andar con una firmeza renovada, incluso aunque tuviera que enfrentarse a algo tan terrorífico como… «la naturaleza».

—¿De verdad conoces el camino? —preguntó Maeve, escéptica. Se tapó los ojos ante la luz veteada de la hora dorada que se filtraba en el bosque como la mantequilla fundida, derramándose sobre la alfombra de hojas caídas que había a sus pies.

—No del todo, pero no debemos de estar lejos y conozco un hechizo que nos ayudará —proclamó Annie.

Dejó el maletín en el suelo, con cuidado de evitar las hojas llenas de barro, y flexionó la muñeca. Un flujo de chispas de *Iter Rectio* surgió de sus dedos y reflejó la luz solar para dibujar un círculo. El

maletín comenzó a vibrar, como si hubiera algo en su interior que deseara escapar y, cuando lo agarró, se lanzó hacia delante, tirando de su brazo como un cachorro sin domesticar atado a una correa. Hizo un gesto hacia Maeve para que ella también siguiera al maletín que iba en cabeza.

—No te quedes atrás —le pidió Annie, aún con el brazo estirado, mientras saltaba sobre las raíces de los árboles con sus altos tacones —. En cualquier momento, saldremos del bosque y habrá una preciosa casa de pueblo al lado de un prado esperándonos. Lo sé. Quizá sea georgiana o eduardiana. Seguro que tendrá balcón y una sala de lectura. Con una despensa increíble de pociones. Ah, y ni siquiera había pensado en la cocina… Espero que cuente con unos gigantescos fuegos de hierro, provisiones y uno de esos robots modernos para amasar —dijo con aire soñador—. Todas las facilidades modernas y mágicas que se te ocurran. Quizá podamos probar alguna receta nueva esta noche, un plato reconfortante y otoñal para asentarnos. Y un postre. ¿Tienes hambre?

—Supongo —musitó Maeve, al ritmo de rápidas zancadas para alcanzarla.

—Los caprichos dulces también son importantes, ¿no crees? — Annie apartó algunas ramas rebeldes y saltó sobre un puñado de hierbas pegajosas—. Bueno, ¿qué es lo que más te ha gustado de la magia hasta ahora? —La pregunta inesperada hizo que Maeve se volviera a retraer en su coraza. Recordar qué preguntas avergonzaban a la adolescente y cuáles eran más aceptables iba a ser duro.

—No lo sé, algunas cosas.

—Suena maravilloso. A mí también me encantan muchas cosas —contestó Annie, desesperada por intentar mantener la conversación a flote. La confianza de Maeve parecía hincharse y empequeñecer en un abrir y cerrar de ojos. Pero, a pesar del esfuerzo inmenso de Annie, las dos brujas siguieron con la ruta improvisada en silencio hasta que el maletín al final cayó al suelo con un golpe repentino.

—¿Hemos llegado? —Maeve miró más allá de Annie, quien soltó un pequeño chillido de inquietud.

La desagradable visión de una tienda de poliéster para dos personas se estaba haciendo cada vez más tangible. Recordó que Faye una vez le habló de una acampada de fin de semana en la que habían tenido que usar un diminuto hornillo portátil para calentar una lata de judías, y Annie sintió que iba a echarse a llorar de repente.

Se obligó a encontrar una solución, buscar alguna señal de Morena que les indicara que habían llegado a su destino. Cualquier cosa la tranquilizaría. A su alrededor solo había… hojas. Naranjas. Marrones. Era muy otoñal, sin duda, pero no podía concentrarse en el potencial que tenía como lugar acogedor en un momento así. La luz en esa tarde de octubre no dejaba de mermar con rapidez. ¿En qué estaba pensando Selcouth al mandarlas por capricho a un lugar en mitad de la nada, sin ninguna directriz o alguna clase de mapa del tesoro? ¿Qué tipo de organización mágica secreta no dejaba al menos algún mapa por allí cerca? Hablaría seriamente con el Departamento de Administración, eso seguro.

—Ahí, mira —anunció Maeve.

Un leve brillo amarillo limón se filtraba entre los huecos del denso bosque, como una luciérnaga solitaria preparada para hacer las

veces de guía. Parecía que el lugar estaba bien escondido de ojos curiosos, oculto tras un manto de encantamientos muy bien hilados entre sí. Como si estuviera atrapado y encerrado en un prisma, solo un ángulo muy concreto de luces y sombras revelaba el punto exacto en el que debían mirar entre los árboles. Cada paso al frente lo volvía más nítido y, cuando Maeve apartó el follaje, se encontraron con un claro despejado envuelto en el crepúsculo, a la espera. Annie soltó un suspiro de alivio, deseando que terminase de manifestarse. Una preciosa casa en un lago les vendría genial. Quizá una granja lujosa y extensa. O un castillo clásico recién renovado acorde a las necesidades de las brujas modernas.

En lugar de todo eso, justo en el centro del prado, rodeado del naranja de los árboles, se encontraba una diminuta cabaña destartalada.



Capítulo 9

CARAMELO SALADO

Ay, no. —La voz de Annie era apenas un susurro. Incluso desde la distancia, la cabaña se veía andrajosa y descuidada, como si se acabara de despertar de golpe de una larga siesta no planeada, de esas que te dejan más somnolienta que antes. Su tejado, cubierto de paja, parecía el pelo revuelto de una persona recién levantada; un rastro de musgo tan denso como la crema de pistacho cubría las canaletas, y las tablas de madera de las paredes eran un batiburrillo de ángulos irregulares y aristas torcidas. Un montón de enredaderas se había apoderado de la fachada del edificio y entre las hojas se vislumbraba una ventana combada con cortinas de color rojo teja apenas visibles a través del cristal manchado. Era un zulo desamparado e insignificante que habían abandonado, como si alguien hubiera ocultado su posesión más preciada para volver después, pero hubiera pasado página y se hubiera olvidado de ella.

—Venga, vamos —animó Maeve, quien ya había tomado la delantera entre la larga hierba amarillenta.

—Mmm —contestó Annie con los labios fruncidos. Con su inadecuada elección de calzado, siguió cautelosa a Maeve, que ya

había llegado al porche tras haber cruzado el camino serpenteante hasta la puerta principal de color burdeos. El círculo de árboles alrededor del claro resplandecía con colores otoñales y servía como telón de fondo de naranjas, escarlatas y amarillos vivos para la cabaña. Al acercarse al porche de madera que albergaba un columpio roto que se mecía por la brisa, Annie percibió un puñado de setas rojas con puntos blancos en la hierba beis, y una mezcolanza de brezo y orejas de conejos como peluches desperdigados por el suelo. Y, no podía negarlo, las flores silvestres en tonos lavanda y azul que habían florecido por allí eran preciosas, a juego con el cielo vespertino, como si el claro hubiera decidido añadir unas pinceladas de color como remate final.

—Bueno, es… pintoresco. Rústico. Eh, ¿pastoral? —dijo, recopilando los últimos retazos de positividad justo antes de pisar un charco embarrado. El *Splendidus Infernum* estaba al límite. Necesitaría darle una atención especial esa noche. El estómago le dio un vuelco aún mayor al darse cuenta… ¿Cómo iba a reactivar el hechizo allí? ¿Las cabañas sucias y abandonadas estaban equipadas con enormes bañeras y un arsenal entero de ingredientes alquímicos de buena calidad? Annie dejó escapar un chillido e hizo una llave de kárate por el aire cuando una insistente libélula comenzó a dar vueltas alrededor de su cabeza. Al hacerlo, sin querer, golpeó una cinta de farolillos que colgaba a lo largo del porche. Maldijo su característico aroma a vainilla dulce.

Sin embargo, el ánimo de Maeve había mejorado de forma drástica, impresionada por la revelación de su primera ubicación secreta oculta tras un escudo mágico. Intentó reprimir en vano una fuerte carcajada mientras Annie se peleaba con la libélula y se

emocionó al descubrir la puerta principal abierta al girar el pomo. Permanecieron una al lado de la otra cuando esta cedió con un chirrido de sufrimiento, como si le dolieran los huesos tras no haberse movido durante bastante tiempo. Maeve no tardó en cruzar el umbral de un brinco, lo que le provocó un pequeño escalofrío. Dentro hacía más frío que en el exterior, algo normal dado que era evidente que no se había usado desde hacía bastante tiempo.

—Hogar, dulce hogar. —Maeve se echó a reír cuando se acercó a la cocina; la situación le parecía muy divertida.

Annie también se echó a reír y se llevó las manos a la cintura.

—Debe de haber un error. —El tacón del zapato se le enganchó en un hueco entre los tablones del suelo al seguir a la chica al interior. Tuvo que aferrarse al marco de la puerta para liberarse—. No pueden esperar que…

—Es el lugar correcto. Mira, ese es el sello del aquelarre, ¿no? Es el mismo que aparecía en los documentos que me dieron las hermanas para mi Obscuración —dijo Maeve. Había agarrado un sobre negro, adornado con una ilustración compleja de una estrella plateada. Iba dirigido a Andrómeda Wildwood y, paciente, había estado esperando en una sencilla mesa cuadrada del comedor a que lo encontrara. Se lo quitó a Maeve de las manos y comenzó a leer la carta, escrita con una caligrafía que se iluminó con un brillo dorado a medida que paseaba los ojos por la página. La correspondencia mágica siempre brillaba bajo la mirada de una bruja.

Andrómeda:

Espero que te resulte satisfactorio este alojamiento. Nos hemos encontrado en un pequeño apuro ante la necesidad de alojaros a ti y a tu tutelada en el último minuto, dado que la mayoría de las opciones habituales del aquelarre

estaban ya reservadas para octubre. Es, por supuesto, una temporada ajetreada en nuestro campo de trabajo y a los brujos les gusta disfrutar de sus ociosas minivacaciones por Samhain, por mal que a mí me parezca esto.

La Cabaña Arden pertenece a un notorio miembro de confianza del aquelarre, aunque lleva un tiempo sin usarse, así que es tuya para la tarea que tienes entre manos. Creo que su naturaleza solitaria y de perfil bajo será un lienzo en blanco, adecuado y seguro para que la joven Maeve y tú os conozcáis. Puede que haya un pequeño problema con el agua caliente, pero seguro que no es nada que no se pueda arreglar con un poco de magia. Encontrarás madera disponible en la parte trasera (imagino que serás un as con el hacha), junto al baño.

Os estaré vigilando de cerca y pretendo ponerme en contacto a su debido tiempo, cuando Maeve y su magia se hayan... armonizado un poco más. Te pediría que recordaras tus ilustres responsabilidades para con el aquelarre por encima de todo y, como ya acordamos en su momento, me informes de inmediato de cualquier problema. Las extraviadas como Maeve pueden ser impredecibles y a Selcouth no le gustan las anomalías.

Pasadlo muy bien y enviad una postal. Dirigidla a Bronwyn, yo no me molestaré en leerla.

Morena

P. D.: Véase también la electricidad, la calefacción, las luces y las cerraduras. Quizá también haya muchos animales por la zona. No puedo darte más detalles por miedo a que te vayas para no volver.

—¿El baño? ¿En la parte trasera? —balbuceó Annie.

Corrió hacia la ventana posterior y limpió parte de la suciedad con la manga antes de presionar la cara contra el cristal, donde dejó la marca del pintalabios. Era cierto, una pantalla de madera se erguía en el jardín, que parecía una zona cualquiera del claro, rodeada de aún más árboles. Justo debajo de las estrellas, escondidos tras el biombo móvil de madera, vislumbró los servicios básicos: el inodoro,

un lavabo independiente, una bañera metálica plateada y un sencillo sistema de ducha. Un pequeño riachuelo burbujeante de color azul bígaro lo rodeaba todo como una cinta. Tragó saliva con tanta fuerza que hasta Maeve debió de escucharlo porque se acercó a mirar, preocupada.

—¿Va todo bien? —preguntó Maeve antes de mirar a través de la ventana al lado de Annie. Las gafas se le resbalaron por el puente de la nariz y chocaron con el vidrio.

—Por supuesto. No podría ir mejor —se apresuró a responder su mentora. Su sonrisa se agrandó con un toque maníaco—. Bueno, tenías razón. Parece que aquí es. —Tuvo que obligarse a dar media vuelta y mirar a la chica. Las dos se quedaron en silencio durante un segundo con la misma expresión de incertidumbre en el rostro, aunque la de Annie desprendía algo de ansiedad y la de Maeve, de intriga mientras asimilaban su inesperado nuevo hogar.

En una parte de la cabaña había una pequeña cocina abierta; todos sus elementos eran de madera tosca y latón desgastado. Una hilera de cazuelas y sartenes de cobre bastante usadas colgaba de un estante sobre los fuegos y habían dejado un caldero oxidado, lleno de arañazos, a un lado, con una capa de algo verde oscuro y quemado incrustada en el fondo. Un puñado de hierbas secas pendía de cuerdas de las vigas del techo con manchas de humedad. Un conjunto chapucero de botes semivacíos reposaba sobre los pocos estantes que había. Lo único elegante que había en la cocina era el amplio ventanal sobre el fregadero, que, aunque estaba sucio y flanqueado por unas cortinas horribles de encaje, ofrecía una vista agradable del claro en el exterior.

El salón ocupaba la otra parte de la casa: un sofá desgastado, un sillón andrajoso cuyo relleno se salía por las costuras y una mecedora. El hogar estaba cubierto por una capa gruesa de hollín y plumas que debían de haber caído por el hueco de la chimenea. Unas estanterías abarrotadas se erguían a cada lado del fuego, pero no les cabía ni una mota más de polvo.

Incluso para alguien con la terrible costumbre de involucrarse en situaciones desagradables para satisfacer a los demás, aquella se llevaba la palma. Y el brazo. Y el cuerpo entero. ¿En qué se había metido? Era evidente que ellas dos no tenían casi nada en común, eran polos opuestos en todos los sentidos. Solo esa idea era suficiente para que Annie considerara que no tenía nada valioso que enseñarle, que era imposible hacer algún avance. Estaba claro que la chica era una causa perdida y le haría caso omiso si trataba de inculcarle disciplina o conocimientos. Era como añadir azúcar innecesaria a una receta con un característico regusto salado, dos sabores diferentes que chocarían de forma drástica.

Sin embargo, recordó, dado que el optimismo se abría paso por Annie gracias al *Splendidus Infernum*, que alguien había inventado el caramelo salado con resultados excelentes. Y el kétchup como concepto. Y la compota de manzana quedaba perfecta con un asado. Quizá Maeve y ella pudieran ser una combinación similar, inesperadamente dulce.

Dio una palmada decidida, lo que sobresaltó a Maeve.

—Cambio de planes. Este lugar necesita una renovación mágica y si hay algo que sé hacer son cambios de imagen —canturreó Annie —. Será como si estuviéramos en uno de esos programas de reformas. Una limpieza profunda, una capa de pintura, unos cojines

mullidos, un cambio drástico e inmediato de cortinas… Este lugar quedará precioso, ¿no crees? —Movió los dedos mientras su imaginación comenzaba a despertar y un rocío de chispas rosadas le rodeó la cintura.

Maeve se echó a reír.

—Quizá precioso sea decir mucho. ¿Por qué parece que vas a convertir esta pocilga en la casa de una Barbie?

—¿Crees que tiene potencial para ser la casa de nuestros sueños? —preguntó Annie con un guiño.

Dio la vuelta sobre los talones y envió un torbellino de magia hacia las vigas del techo. Un pincel invisible pintó un delicado patrón floral que se abrió paso por la madera: cadenas de campanillas, margaritas y lilas.

—Solo necesita el toque de una bruja…

La magia de Annie invocó más cambios. El sofá adoptó un color rosa palo con una serie de mantas aterciopeladas y cojines floreados a juego que parecían malvaviscos. La alfombra desgastada bajo sus pies se volvió suave y les provocó tantas cosquillas que hasta Maeve soltó una carcajada. Unas tazas de té *vintage* aparecieron con un repiqueteo sobre la sencilla mesa de café, al mismo tiempo que un rollo de papel de pared floreado se desenrollaba sobre la chimenea y una corona de rosas y gipsófilas se entretejía sobre el cristal de la puerta principal. Para acabar, invocó lo más importante: un plumero, un trapo y una fregona, que se pusieron a trabajar y produjeron un revuelo de plumas y burbujas con las que abordar las telarañas que cubrían cada recoveco y grieta.

—Parece una escena de una película infantil. Deberías cantar una canción pegadiza y tener un tejón parlanchín o algo así —se burló

Maeve, terca, con los ojos en blanco. Pero Annie advirtió que no podía ocultar el brillo inocente de deleite en los ojos a medida que se sucedían las transformaciones, un remolino chispeante de encantamientos que las rodeaba.

Quizá aún no fuera la casa de sus sueños, pero estaba limpia y los colores pastel hicieron que Annie se sintiera más cómoda. Deseaba dar rienda suelta a su visión de lo que podría ofrecer ese lugar, pero se contuvo al darse cuenta de que los encantamientos transformativos serían con toda probabilidad algunas de las demostraciones más evidentes de magia que Maeve había visto en su vida. Debería optar por un proceso gradual. No quería abrumar a la chica, quien ya pensaba que era demasiado dramática.

—Mucho mejor —anunció Annie, triunfal, mientras se quitaba el polvo de las manos—. Que nunca se diga que no puedo ver el vaso medio lleno. ¿Quieres ayudarme a hacer algo con esas cortinas horripilantes?

Maeve se estremeció con un escalofrío y la sonrisa se le apagó un ápice. Annie se maldijo por no haber sido lo bastante considerada como para encender enseguida un fuego. Una serie de chispas rosadas se dirigió a la chimenea para corregirlo de inmediato y unas llamas crepitaron tras la rejilla.

Maeve solo se encogió de hombros de nuevo y se giró para darle la espalda.

—Creo que lo mejor es que me acueste pronto.

—Ah. —Annie dejó caer los hombros, desconcertada por el cambio. Los adolescentes eran sin duda tan impredecibles como decía todo el mundo—. Había pensado que podíamos ponernos unas máscaras faciales. He traído algunas.

—Tengo la piel sensible —musitó Maeve.

—Pero… son de frutas.

—Y deberes que hacer, así que quizá debería…

—Bueno, ¿y luego? ¿Qué te parece si hago aparecer unas pizzas y una película de Halloween? Así puedes contarme qué tal te ha ido con la magia hasta ahora. ¿Solo has probado con las naranjas? ¿O ya te has aventurado con las piñas? Dado lo mucho que pinchan, supongo que serán un problema para la seguridad.

Annie podría haber levantado un puño en el aire cuando una sonrisa tensa y casi imperceptible volvió a reptar por la cara de Maeve durante un segundo, pero la chica no tardó en apagarla.

—Gracias, pero, como he dicho, ya te he puesto en bastante mala posición por hoy. Perdón por ser una carga. Siempre me ocurre lo mismo. Además, no tengo mucha hambre. Creo que…

Con el ceño fruncido, tomó los blocs de dibujo de la mesa del comedor y se dirigió a la habitación independiente en la planta baja, que se encontraba junto a una escalera estrecha y sinuosa en la parte trasera de la cabaña. En su pequeña reforma, Annie había invocado un bonito cartel morado y azul sobre la puerta con «Maeve» escrito con una caligrafía compleja. La chica echó un vistazo en el interior, donde encontró un sencillo somier, un colchón desnudo y una mesilla. Después, se meció sobre los talones, a la espera de que Annie le diera permiso para marcharse.

—Vete. Relájate y descansa. Por supuesto, habrá sido un día largo para ti. Perdona, no debería haber asumido que…

—No pasa nada —contestó Maeve, y sus palabras chocaron. El muro de incomodidad que se había erigido entre ellas antes volvió a levantarse multiplicado por diez.

—Vale, buenas noches —se despidió Annie con un tono demasiado agudo—. Estaré arriba si me necesitas. Si necesitas algo. De hecho, qué tonta… —Movió la muñeca y más chispas se deslizaron a través de la puerta de la habitación—. Ya está. Te he hecho la cama y encontrarás un pijama nuevo y un cajón lleno de mis productos favoritos. No deberías de necesitar nada más, al menos por esta noche, ¿no? Podemos organizarnos mejor por la mañana.

Maeve asintió, mordiéndose el labio inferior. Annie, por alguna razón inexplicable, le dedicó una despedida entusiasta con la mano y de inmediato se arrepintió ante las cejas arqueadas de la chica. Justo cuando la puerta estaba a punto de cerrarse, Annie no pudo reprimir una última idea.

—¿Maeve? —Se estremeció y ajustó un poco el volumen—. No eres una carga, ¿vale? Para nadie, pero sobre todo para mí. Me alegro de estar aquí contigo.

Tras eso, la adolescente miró a través de la rendija de la puerta y frunció el ceño durante un segundo, como si no supiera qué responder. Al final, solo le dedicó un pequeño asentimiento y cerró la puerta a sus espaldas con un clic.

Annie soltó un suspiro que le agitó todo el cuerpo cuando el nudo de tensión se rompió. No se había dado cuenta de lo crispada que había estado todo el día. La crispación era su estado normal, una rigidez conocida que le aseguraba que nada iría mal. Pero ese día no había funcionado. Todo se había torcido hasta el punto de encontrarse en mitad de la nada con una adolescente difícil que pensaba que su nueva tutora bruja era la personificación de una ridícula magdalena. Y tal vez tuviera razón, en parte.

Dejó caer la cabeza entre las manos y se maldijo por cada decisión estúpida que había tomado ese día. Dado que el *Splendidus Infernum* no había funcionado en su relación con Maeve, Annie había cometido errores gigantescos: se había trabado con las palabras, se había mostrado incómoda y había metido la pata una y otra vez sin entender por qué ni cómo. Estar allí con la joven significaba que la Annie real iba a salir a la luz más a menudo de lo que había permitido en toda su vida. Ni siquiera estaba segura de saber qué o quién era. Lo que quedaba claro era que a Maeve no parecía caerle demasiado bien y Annie no podía culparla lo más mínimo. La estancia en la Cabaña Arden se iba a hacer dura, muy dura.

—¿Qué he hecho? —susurró para sí.

El exterior se había sumido en la misma oscuridad que se estaba derramando por la casa, arrebatándole la sensación temporal de consuelo y comodidad que, ingenua, pensaba que había logrado crear. Para eso necesitaría más que un par de retoques superficiales. Quizá no fuera posible para alguien como ella recrear un hogar feliz, dado que hacía mucho que no había vivido en uno.

Annie suspiró y miró hacia las hierbas que colgaban de las vigas del techo de la cocina. Ya que Maeve había decidido acostarse pronto (o, según sospechaba, librarse lo antes posible de su compañía), debería centrarse en el problema más acuciante.

—Lavanda para la creatividad, la compasión y las ideas nuevas y reconfortantes —se dijo para sus adentros.

El hechizo no influiría en su relación con Maeve y tendría que aceptarlo, pero Annie aún podía mantener todo el equilibrio posible en los aspectos generales: pensar de manera más eficaz, recuperar

el control de la situación, restablecer el brillo de su imagen y volverla un poco más refinada… Lo único que debía hacer era ser perfecta de nuevo. Decepcionaría a todos si fallaba.

De puntillas, Annie arrancó un tallo de lavanda y lo apretó entre los dedos hasta convertirlo en un polvo aromático. Se dirigió a la puerta trasera y la abrió con cuidado, al mismo tiempo que recuperaba la compostura frente a la incertidumbre, como siempre había hecho. Rechazos, errores, rupturas… El corazón se le constriñó por el miedo.

Un baño le vendría bien.



Capítulo 10

LA PRÁCTICA DE MAGIA

El primer día de Annie en la Cabaña Arden comenzó antes incluso de que se despertaran los pájaros. Tras rebuscar en la alacena de la cocina en mitad de la oscuridad hasta encontrar poco más que una solitaria taza y un único plato, se dio por vencida e invocó su cafetera italiana rosa y un nuevo paquete de granos de café de calidad. La cafeína siempre era el mejor punto de partida. Tras darle el primer sorbo y saborear su intensidad, se sintió como si, al accionar la palanca central de una fábrica abandonada, los fluorescentes se hubieran encendido y se oyeran chirridos metálicos. Era hora de poner en práctica la magia.

No merecía la pena mostrarse de malhumor. Debía sacar provecho de la situación como hacía siempre. Esa mentalidad nunca le había fallado. El desastre no era culpa suya. De hecho, había sido egoísta al centrarse en sí misma y dejar que su positividad se tambaleara de forma tan drástica el día anterior. Se acabó.

Mientras los primeros rayos de luz matutina se derramaban entre las cortinas de encaje desde las esponjosas nubes, el sonido del trino de los pájaros se dispersaba por el cielo rosado a medida que

cedía ante el azul. Era evidente que no se había imaginado que acabaría en una cabaña destartalada y su corazón ya echaba de menos el ajetreo y la rutina de Londres, pero Annie debía admitir que ese momento de paz, mientras se bebía el café y elaboraba un plan, apoyada en la encimera, con los ojos fijos en el claro, tampoco estaba tan mal. Cada brizna de hierba se había tornado dorada, como si se hubiera filtrado miel en ella, gracias a la luz otoñal que se colaba en la cabaña con un suave brillo romántico.

Después de haber logrado con éxito llevar a cabo el *Splendidus Infernum* en la bañera de la parte exterior, con retales de ingredientes improvisados extraídos del claro, el hechizo se había activado, y consiguió idear un plan vago. Como todo plan que se precie, empezaba con un buen desayuno. Uno o dos caprichitos mejorarían cualquier situación y, dado que no podía ir a Celeste, llevaría la tienda a la cabaña. La cocina ya desprendía de forma evidente un tono más rosado que antes. La había provisto de todo tipo de utensilios y había llenado las estanterías con abundantes ingredientes, así como con sus libros de recetas favoritos (y su grimorio personal). La pequeña mesa de comedor quedó vestida con un mantel de seda de color verde menta, rematada con un jarrón lleno de dalias.

Acompañó el canto de los pájaros con el repiqueteo del batidor de varillas que trabajaba por su cuenta en la mezcla para obtener las magdalenas más esponjosas. Un chisporroteo de grasa saltaba de una de las sartenes de cobre donde se cocinaban las radiantes yemas doradas, las salchichas tostadas y el beicon crujiente. Annie se alejó de los fuegos en dirección a la encimera, a la vez que elaboraba un festín en una nube de magia que le salía natural. Lo

mejor de todo era que su canción, o tal vez los aromas dulzones, habían atraído el interés de varios habitantes del bosque. Un joven ciervo oteaba por la ventana con ojos curiosos. Sobre el fregadero, dos conejos habían saltado al alféizar y estaban sentados a cada lado del grifo. Una familia entera de pinzones comunes con las mejillas anaranjadas había invadido una botella de leche vacía que sostenía un arreglo de flores purpúreas.

Annie vertió un chorro de chocolate denso en una jarra para acompañar a las tortitas, que se multiplicaban a una velocidad que parecía haberse salido un poco de control. Aquellos aromas celestiales comenzaban por fin a reemplazar el hedor almizclado y viciado de la cabaña que las había recibido la noche anterior.

Se giró para agarrar el azúcar glas y soltó un chillido. Maeve, que había aparecido de la nada y no había hecho ningún ruido con el que hacerse notar, observaba cada movimiento boquiabierta. Annie se apoyó en la encimera y se llevó una mano al corazón.

—¡Maeve! ¡Buenos días! Me has pillado por sorpresa. No te preocupes, no es que necesite un corazón que funcione. En mi opinión, está sobrevalorado. —Annie se echó a reír y se retorció un mechón de pelo que se le había escapado por el susto. Se lo recogió en el moño que se había hecho con un lápiz y se apretó el nudo del delantal.

—Me preguntaba qué olía tan bien.

—No me habrás visto cantar con la cuchara de madera, ¿verdad? Porque, si es así, te pagaré para que lo mantengas en secreto.

Maeve soltó un bufido.

—Puede que sí.

—Genial. Ahora ya nunca me respetarás como líder —se lamentó antes de girarse para darles la vuelta a las tortitas. Flotaron a tal altura por el aire, gracias a una pizca de magia, que rozaron el techo antes de caer en la sartén con un puñado de burbujas mantecosas —. ¿Qué te sirvo? Debes de estar muriéndote de hambre.

—Me basta con una taza de café.

—Maeve. —Annie puso los brazos en jarra y frunció el ceño—. Necesitas comer para darle energía a tu cerebro. Si no, ¿cómo voy a impartirte siglos de sabiduría mágica y directrices expertas? —Tras eso, se ganó otra mezcla de carcajada y bufido de Maeve—. Venga, he hecho… Bueno, he hecho de todo. No estaba segura de qué te gustaría. Sírvete.

Maeve se arrastró hacia ella, aferrada a un libro como siempre.

—¿Acaso se van a unir a nosotras esta mañana siete mineros, una reina malvada y un cazador del bosque? ¡Qué locura! —exclamó Maeve cuando un par de gorriones volaron hasta sus hombros con una servilleta en el pico que le colocaron sobre el cuello del pijama. Con un bostezo, se sirvió un par de tortitas en el plato, junto con una gigantesca cucharada de fresas frescas y un chorretón muy generoso de chocolate que formó un río en torno a su comida—. Vale, quizá sí que tenga hambre…

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Annie, optando por un tono casual mientras terminaba de organizar la selección de pastas que había conjurado directamente del mostrador de Celeste.

Faye estaría demasiado ocupada con los pedidos para darse cuenta y esperaba que Pari siguiera medio dormida y no las hubiera visto desaparecer. Por suerte, las dos habían estado encantadas cuando Annie había usado el teléfono oxidado que había junto a la

puerta de la cabaña para llamarlas y les había dado la sorprendente noticia de que estaría fuera un tiempo en un «centro recreativo» para «fomentar el trabajo en equipo» y reforzar su propio «negocio». Faye la había animado a probar la escalada si tenían un rocódromo y Pari le había dicho que tuviera cuidado con los gatos negros y las siluetas sin rostro con sombrero vaquero porque había tenido un sueño extraño… y ya. Quizá pedirles ayuda no era la tarea vergonzosa y apocalíptica que siempre había supuesto. De hecho, había sido bastante fácil.

Maeve tomó una de las napolitanas y untó el extremo con una cucharada de la mermelada de ciruela de Faye. Luego, deslizó el libro por la mesa para acercarlo a Annie. Era un ejemplar de *Familiares salvajes: domestícalos todos, desde una viuda negra a una rata topo*.

—Lo encontré en la estantería, no podía dormir. Este lugar tiene muchos libros sobre animales. ¿Crees…? ¿Crees que podré tener un familiar? —preguntó Maeve, con una expresión muy seria. Annie notó un borboteo en el pecho que por primera vez no estaba causado por la ansiedad. Era un entusiasmo indirecto por el camino que la adolescente tenía ante ella y por su magia. Ese escenario no era el que esperaba ninguna de las dos. Pero se suponía que la magia era divertida. Si no, ¿de qué servía? Era algo en lo que no había reparado desde hacía bastante tiempo.

Aquello era un proyecto. Un punto de partida lioso en el que tendría que desenrollar los hilos y entretejerlos en un telar que le resultara familiar, bonito y correcto. Una receta que necesitaba una ligera modificación, un extra de azúcar y especias para recuperar el equilibrio.

—Viene con el *pack* completo —le explicó Annie mientras se servía una nueva taza, antes de dudar al acercarse a la de Maeve—. ¿Eres lo bastante mayor para beber café? —La adolescente la fulminó con la mirada como respuesta, por lo que también se la llenó—. Si aún no ha aparecido ante ti ningún familiar, entonces es inminente. Una de las ramas de la magia es Afinidad Animal y eso significa tener un familiar en tu vida, te guste o no. A juzgar por todos estos amiguitos, no creo que tengas problema.

Annie hizo un gesto hacia el ventanal lleno de criaturas del bosque que parecían haberse olvidado de las tortitas y observaban a Maeve con atención mientras se servía otro puñado de bayas en el plato. Annie paseó la mirada entre el conjunto de animales y Maeve y una extraña idea le apareció en la mente. ¿Sería la chica la que les había interesado en todo momento, en lugar de ella o su repostería de aroma dulzón?

—No he tenido nunca una mascota, pero siempre he querido una —comentó Maeve—. Una vez encontré un sapo que me llevé a mi habitación durante un tiempo. No dejaba de intentar escaparse, así que me sentí mal y lo liberé. Volvía a visitarme de vez en cuando. Me despertaba y lo encontraba sentado en un extremo de la cama. Era un poco pegajoso, pero mono.

—En ese caso, haremos un esfuerzo especial a la hora de buscar un posible familiar. No hay mejor lugar para eso que en mitad del campo. Tal vez encuentres algo chulo de verdad. —Annie volvió a centrar los ojos en todo el elenco de criaturas que las observaba mientras desayunaban.

—Espero que no sea un sapo —dijo Maeve con una mueca—. ¿Qué tienes tú?

—Una gata. —Annie sonrió orgullosa a la vez que se limpiaba las migas de los dedos—. Un cliché, lo sé, pero es perfecta. De hecho, sería mejor que la trajera porque se estará preguntando dónde calderos estoy. —Se puso en pie y se dirigió al sofá. Luego, entre sus dedos comenzó a formarse un riachuelo de chispas como si fueran agua. Hizo una pausa—. No tendrás alergia, ¿verdad?

Maeve negó con la cabeza y cruzó las piernas sobre la silla de madera, emocionada. Fue suficiente para convencer a Annie. Karma apareció en una de las mantas, rodeada por una nube de magia del color de las rosas. Dejó escapar un suave maullido y trotó hacia Annie para presionar la cabeza contra su cadera en el reposabrazos del sofá, encantada. Annie la tomó en brazos y la acercó a Maeve.

—Karma, me gustaría presentarte a alguien muy especial. Sé que no te gustan los desconocidos, pero sé maja, por favor —pidió Annie, desesperada. Intentó no recordar las veces en las que Karma había conocido a sus exnovios, Romily, Vivienne, Harmony, Glory… Todos habían acabado con al menos una lesión leve, dado que Karma se negaba a darles la bienvenida a ninguno de ellos y concluía que sus antebrazos se merecían una combinación hecha a medida de patadas, mordiscos y arañazos.

—¿No serás tú la chica más bonita que he visto nunca? —dijo Maeve con una voz dulce, algo poco habitual en ella. Antes de que Annie pudiera sujetarla, Karma se escapó de sus brazos y saltó hacia Maeve. Su dueña se lanzó a por ella, pero la gata blanca se abrió paso entre los platos, apoyó las patas traseras en el hombro de Maeve y le acercó el hocico con un ronroneo de emoción y un movimiento rápido de la cola esponjosa.

—¡Le caes bien! —exclamó Annie, perpleja. Con cada segundo que pasaba, aquella situación se volvía cada vez más extraña—. Me lo tomaré como un muy buen presagio para nuestro primer día explorando tu magia. Es hora de que descubramos qué la hace funcionar, aparte de los idiotas del colegio. ¿Tienes ganas?

Maeve se encogió de hombros, gesto que Annie empezaba a entender como un acto reflejo para comunicar «sí», en lugar de mera indiferencia.

—Me sirve. Creo que podemos empezar con alguna clase de…

—¿Qué estabas haciendo anoche? —escupió Maeve.

—¿Cómo?

—Te vi cuando fui a por el libro. Justo antes de medianoche. Estuviste fuera bastante tiempo. ¿Era una especie de ritual brujeril a la luz de la luna? ¿Sacrificaste algo? ¿Puedo acompañarte la próxima vez?

Annie se puso pálida. Estaba segura de haber esperado lo suficiente para que Maeve estuviera dormida del todo antes de empezar con el hechizo, pues lo retrasó hasta los minutos previos a la medianoche. ¡Qué imprudente había sido al no comprobarlo con cuidado! Se obligó a soltar una carcajada.

—Ah, solo estaba dándome un baño. Perdona por haber hecho ruido. Intenté no despertarte.

Maeve rascó a Karma bajo la barbilla, lo que pareció enviar a la gata a otro planeta del placer.

—Creí oír voces. Pensaba que estabas con alguien más.

A Annie se le subió el corazón a la garganta.

Los espíritus del maleficio. La manera en la que le hablaban, gimiendo y susurrando durante los trece minutos que duraba el

hechizo. Pero era imposible que Maeve los hubiera podido oír. Los fantasmas que compartían sus lamentos y errores en el oído de Annie solo iban dirigidos a ella. Ese era el pacto. No eran una manifestación real ni física que pudieran ver o percibir otras personas. Además, se había asegurado de no levantar la voz; pronunció el encantamiento sumergida en la bañera, apenas un susurro, atendiendo sus quejidos en silencio hasta que el agua se tornó gélida. El llanto silencioso y eficaz era algo que había dominado hacía mucho tiempo para superar los peores días. Maeve debía de tener una capacidad auditiva excelente.

—Canto mientras me baño. —Annie soltó otra carcajada casual, a la vez que recogía los platos, ya vacíos—. Debe de haber sido eso lo que escuchaste.

—Puede ser. —Maeve asintió, insegura. Por suerte, centró su curiosidad en Karma, quien se había apoyado en el lomo, mostrándole el estómago de una manera mucho más indigna de lo que lo haría en una situación normal—. O quizá este bosque esté lleno de los espíritus de los condenados.

—¿Eso crees? —Annie se llevó una mano al pecho ante la idea.

—Lo espero. —Maeve esbozó una sonrisa—. Lo más probable es que nos lleváramos bien. ¿Con la magia podré comunicarme con ellos si por casualidad hay alguno por aquí cerca?

—En teoría, sí —admitió Annie, reticente, todavía ocupada con los platos—. La Nigromancia es otra de las ramas de la magia a la que te tendrás que enfrentar en su momento, junto con Afinidad Animal, Encantamientos, Magia de la Tierra, Alquimia y Clarividencia. Pero la Nigromancia es una de las que menos me gustan. Me da escalofríos. Creo que por ahora nos centraremos en los vivos, si no te importa.

En secreto, a Annie le preocupaba el efecto que tendría la magia de la Nigromancia sobre su uso del *Splendidus Infernum*, por lo que haría todo lo posible para evitar esa rama concreta de la brujería. Ya había bastantes espíritus, fantasmas y presencias que la acosaban debido al maleficio. Facilitar una comunicación más profunda con los muertos, sumado a todo eso, quizá desataría el caos. Por no mencionar que era un tema de lo más inquietante.

Annie dio una palmada y agitó la silla de Maeve, con esta aún sentada.

—Levántate. Es el primer día de tu nueva vida como bruja talentosa, experta y preparada. Un poco de entusiasmo, por favor.

La adolescente frunció el ceño y suspiró mientras echaba la silla hacia atrás, pero a Annie le agradó advertir cómo un retazo casi invisible de sonrisa atravesó su coraza. Su positividad quizá diera un poco de miedo, pero parecía que progresaban.

—Bienvenida a Brujería para *dummies*.

Annie no era de las que confiaban en el proceso, pero no le quedaba otra opción que seguir su instinto sobre cómo pasar el tiempo con una bruja adolescente. Estaba decidida a ser la profesora perfecta, pero no habían empezado su primera lección con buen pie.

Maeve no había reaccionado bien a lo que Annie había creído que sería un entorno académico inspirador y motivacional: un pequeño escritorio de madera para Maeve en el salón, junto a un conjunto completo de artículos de papelería cursis y brujeriles que Annie consideraba imprescindibles para el éxito mágico. Había hecho aparecer también una pizarra giratoria ante la chimenea, así como

un arcoíris de enormes tizas que escribían por sí solas. Sobre el borde colocó la brillante manzana roja que cualquier profesor respetable añadiría a la ecuación y, adherido al extremo de la mesa, un sacapuntas automático.

—¿Qué diablos es esto? —Maeve frunció el ceño, al mismo tiempo que levantaba su nuevo estuche en forma de escoba.

—Ah, no es nada, en realidad —dijo Annie, confundiendo horror y desprecio por gratitud—. Todos saben que la productividad depende al menos en un setenta y cinco por ciento de la selección adecuada de cuadernos y bolígrafos. Al menos, yo creo que así es. Ahora, no te cortes, ¿vale? Yo misma consideraría empezar un cuaderno nuevo como uno de los peores retos de mi vida. ¿Y si la lío en la primera página? ¿Y si lo estropeo con una caligrafía fea o un mal hechizo? Por no mencionar lo de no utilizar pósits o mis bolígrafos favoritos. Pero quiero que sepas que estás en un entorno seguro, Maeve. Deja que tu magia y tus errores fluyan libres por aquí.

Maeve tan solo pestañeó una vez y juntó tanto las cejas oscuras que formó una arruga entre ellas.

—Ahora, pasemos lista —continuó Annie, con voz profesional, e invocó un portapapeles—. ¿Maeve Cadmus?

La chica miró a su alrededor.

—¿Esperamos a alguien más? —preguntó, impasible.

—Bueno…, no, pero es mejor estar siempre preparada. Supongo que estás presente. —Dibujó un tic casual junto al único nombre de la lista con el bolígrafo con el pompón más grande que había y se alisó la falda al aclararse la garganta—. Puedes llamarme señorita Wildwood.

—Pero te llevo llamando Annie todo el tiempo.

A su mentora se le tensó la sonrisa un poquito.

—Bueno, vale.

Como siempre, su magia había alcanzado su máximo apogeo al invocar el conjunto: un pichi rosa cubierto de un encantador estampado de diferentes siluetas mágicas, es decir, cartas de tarot, cristales y caras de gatos, con una inmaculada camisa blanca y una corbata rosa para darle un toque de profesionalidad. Con sus zapatos rosas de charol, se acercó al escritorio de Maeve.

—¿Puedes utilizar la magia de manera consciente? ¿O solo ocurre sin más, cuando quiere?

—Claro que puedo —contestó Maeve, malhumorada, como si fuera una pregunta tonta.

Las dos brujas se movieron a la vez para invocar su magia. Annie levantó la muñeca para hacer un pequeño ademán ostentoso mientras que Maeve apretó el puño antes de que, al abrir los dedos, de sus yemas surgiera una oleada de chispas. La magia era así de complaciente, dispuesta a ceder y someterse a cualquier gesto que hiciera una bruja o hechicero con quince años. Annie siempre había considerado interesante lo mucho que revelaba esa elección sobre los brujos, si eran tímidos o audaces, expresivos o sutiles por naturaleza. Que, en el caso de Maeve, surgiera de la palma mostraba un enfoque un poco frenético, pero decidido, algo con lo que Annie podría trabajar sin problemas.

—Un viejo amigo de mi madre que… bueno, quizá acabara siendo un personaje bastante perverso, decidió crear un ejército de vampiros por capricho, pero siempre me pareció que su elección personal para conjurar un hechizo arqueando la ceja izquierda fue una decisión muy sabia. De hecho, ahora que lo pienso, esa elección

quizá debería haber sido desde el principio una señal de alerta para el aquelarre… —farfulló Annie.

—Parece majo. ¿No puede enseñarme él?

—La cuestión es… que ya eres capaz de llamar a la magia. ¡Un comienzo maravilloso! —continuó Annie, decidida a ignorar su sarcasmo—. Ahora, sé que te interesaba mucho la rama de Encantamientos, por lo que…

—No, Nigromancia —gimió Maeve antes de echar la cabeza hacia atrás para mirar al techo.

—… me parece que nos vendría bien algo de práctica transfigurativa, ¿qué opinas? He pensado que podríamos empezar por lo básico, algo con un ligero brillo femenino. Al fin y al cabo, ¿qué es la magia sin su brillo?

—Increíble —farfulló Maeve con los brazos cruzados.

—¡Gracias! Había pensado que quizá podríamos comenzar con algo inspirado en uno de los ejemplos más preciados y célebres de todos los tiempos.

Tras eso, Maeve centró en ella toda su atención.

—Bien, vale…, te escucho —aceptó, curiosa. Pero su entusiasmo no tardó en mermar cuando Annie hizo un gesto hacia dos enormes calabazas que había recogido (con mucho esfuerzo) del jardín. A punto había estado de caer al riachuelo al levantarlas. Maeve se recostó en el asiento con un bufido.

—Vamos a usar mis extraordinarios poderes místicos para hacer una sopa de verduras, ¿no?

Annie solo le dedicó un guiño entusiasta. Con un ademán de la mano izquierda, una de las calabazas empezó a sustituir el naranja radiante de su exterior por un tono pálido casi cristalino. La

superficie de la hortaliza mutó su aspecto natural en una metálica que comenzó a retorcerse en un remolino interesante. Por último, cuatro ruedas aparecieron bajo la calabaza, así como una ventana en forma de corazón en cada lado de lo que ahora era un pequeño y sofisticado carruaje. Annie dejó escapar un «¡Toma ya!» alegre, pero Maeve solo se sorbió la nariz.

—¿No te gusta? —preguntó Annie, sintiéndose rechazada.

—Las princesas no son lo mío. —Maeve se encogió de hombros—. Pero mi magia transfigurativa no funcionó mal ayer… Vale, deja que pruebe yo.

—¡Excelente! Me encanta tu entusiasmo —canturreó Annie, quien se colocó al lado de Maeve para intentar darle alguna directriz más —. Ahora tendrás que recitar el hechizo mientras lo lanzas, ya que eres nueva en esto. Más adelante, cuando hayas perfeccionado la técnica, podrás usar la magia en silencio para lanzar un conjuro. Pero por ahora necesitamos un claro y conciso *Puella Magi Iter*. Esas palabras hacen referencia al itinerario mágico de una chica. ¿Has visto lo bien que resume el hechizo? Lo importante es la actitud. ¿Crees que lo recordarás?

Maeve sopló para quitarse el pelo de la cara y se subió las gafas por el puente de la nariz, decidida, tras fulminar a Annie con la mirada. Esta se aclaró la garganta y se apartó un poco mientras trataba de captar las emociones que comenzaban a empañar el ambiente. Irritación, una pizca de enfado. Se maldijo por haber usado el tono equivocado.

—*Puell*… ¿Cómo era? —preguntó Maeve.

—Asegúrate de… No del todo, más… Debes estirar la mano mágica dominante mientras hablas —la interrumpió Annie al darse

cuenta de que ella la había desviado—. ¿Estás lo bastante atenta? Céntrate en guiar tus poderes hacia el objetivo, a la vez que…

—Lo estoy haciendo, ¡mira! Lo estoy señalando, ¿no?

—Sí, pero no es… —Annie se inclinó hacia Maeve y le levantó el brazo apenas una milésima, cambiando el ángulo de forma casi imperceptible. El hechizo se sintonizó con brusquedad con la incomodidad del ambiente. Impaciencia, resentimiento, un orgullo fracturado que parecía una descarga eléctrica…

—¡Es lo que estaba haciendo! —Maeve se soltó de la mano de Annie con brusquedad—. Deja…

—Ahora que lo pienso, quizá sería mejor… —probó a decir Annie de nuevo, animando a que la chica bajara el brazo una milésima. Notó que el corazón se le aceleraba cuando advirtió un relámpago de magia crepitar entre los dedos de Maeve—. Tomémonos un segundo para…

—¡Puedo hacerlo! —exclamó Maeve, terca y un poco más alto. Las emociones abrumadoras, intensas, le cosquillearon la nuca a Annie, quien notó cómo el pánico le subía por la garganta.

—Es culpa mía. Me estoy dejando llevar —se apresuró a decir, deseosa de aplacar el malestar creciente—. Aún no estás preparada y no pasa nada.

—¡Claro que sí! Literalmente esa es la razón por la que estamos aquí.

En ese momento era furia, una sensación profunda de injusticia, un grito feroz dirigido hacia Annie desde las profundidades de Maeve, sentimientos que parecían sombríos, peligrosos e impredecibles. Annie seguía intentando atenuar con desesperación

las emociones exaltadas de la chica—. Tratemos algún concepto básico teórico, Maeve. Si sacas el cuaderno y…

—Deja que pruebe, ¿vale? Ni siquiera me estás escuchando. No confías en mí.

—Voy a darte otro ejemplo para…

—*Puella Magia Quiter* —gritó Maeve.

La calabaza estalló. Sus tripas licuadas de un intenso color naranja volaron en todas direcciones, para dispersarse por la cabaña con un golpe húmedo alarmante, provocado por una papilla que desprendía un hedor característico y horrible a calabaza muy quemada. Karma, que se había adormilado, apacible, en el sofá, dejó escapar un maullido furioso cuando una salpicadura de calabaza le aterrizó en la suave y diminuta cabeza. Las dos brujas se quedaron paralizadas. Pasaron varios segundos antes de que Annie se moviera por fin para limpiarse algunas briznas de calabaza de la punta del pelo.

—¿*Puella Magia Quiter*? ¿En serio? —dijo con una voz que reflejaba una calma peligrosa.

Maeve usó los dedos para limpiarse las gafas como si fueran limpiaparabrisas.

—Bueno, merecía la pena intentarlo. No me estabas dando la oportunidad de probar.

—No te lo estás tomando en serio, Maeve.

—¿Yo? Eres tú la que ha creado un carruaje de princesa a partir de una calabaza. ¡Quiero hacer magia de verdad! —Maeve dio un brinco para confrontar a Annie cara a cara. Las dos brujas se fulminaron con la mirada, cubiertas por las tripas pastosas de la calabaza.

—Cualquier hechizo es magia de verdad. Sobre todo los divertidos y alegres. No tienes que demostrar nada a nadie —dijo Annie, al mismo tiempo que colocaba las manos sobre las caderas—. Ya sé que tienes talento, pero el poder sin control solo lleva al caos. —Soltó un suspiro mientras agitaba los dedos para eliminar un poco más de la papilla.

—No soy ninguna niña. No necesitas controlarnos ni a mí ni a mi magia —replicó Maeve—. Y lo último que necesito es una niñera.

—Ah, eso está claro, pero tu magia sí que la necesita. Quizá seas muy capaz e inteligente, pero tus poderes no pueden ir por ahí haciendo estallar en llamas cortinas y comedores cada vez que tus emociones se inflaman.

—En los dos casos, fue un accidente —contestó Maeve, enfadada.

—Exacto. Creo que al aquelarre le hubiera preocupado menos si lo hubieras hecho adrede, si hubieras pretendido cometer esos incendios. Entonces, podrían haberte castigado y se olvidarían del tema. ¿Cómo esperas que confíe en ti si no dejas de causar desastres y actuar de forma irresponsable con tu magia? —Annie esperaba que esa pregunta llevara a Maeve a admitir, reticente, que tenía razón. Sin embargo, sus palabras parecieron avivar el fuego.

—¿Y esperas que te respete si no dejas de comportarte como una pelele ridícula que quiere agradar a todos?

Annie tuvo que esforzarse para no estallar en lágrimas tras esas palabras. Maeve la fulminó con la mirada, apretando los puños hasta que los nudillos se le cubrieron de chispas de magia. Aun así, Annie advirtió un ligero cambio en su actitud, como si esas palabras también la hubieran pillado de improviso, pero se estuviera

esforzando por mantenerse firme. No obstante, ese breve fogonazo desapareció un momento después.

—No me puedo creer que tenga que cargar contigo —escupió Maeve. Una pizca de calabaza le cayó del hombro al suelo con una salpicadura húmeda que sonó demasiado fuerte en mitad del silencio que se había instalado entre ellas—. Déjame en paz.

Con esas palabras, la chica corrió a su habitación y dio un portazo a sus espaldas. Annie se quedó agotada y derrotada, goteando puré de calabaza y preguntándose qué diablos acababa de pasar.



Capítulo 11

IMAGEN PERFECTA

En torno a las tres de la mañana, Annie había llegado a la conclusión terminal de que era una persona horrible. Tras apenas dormir, después de dar vueltas y mil vueltas en el diminuto somier individual de la planta superior, echó a un lado la manta, derrotada. Como siempre, los lamentos de los espíritus del *Splendidus Infernum* la acosaban tanto en sueños como en las horas que pasaba despierta, pero en ese momento se fundían con su propia y cruel inseguridad. Dado que no podía seguir su rutina habitual con precisión de reloj, se sentía perdida y la realidad de su situación con Maeve no dejaba de explotar la burbuja de su optimismo con una aguja afilada.

Como era natural, se pasó toda la noche angustiada por lo que le había dicho a Maeve, y sus propios lamentos se combinaban con los de sus compañeros fantasmagóricos. Todo aquello era desastroso y precipitado, muy atípico en ella. Pero lo importante en esa situación era la felicidad y el futuro de la chica, hacer que se sintiera cómoda mientras compartieran esos momentos juntas para que pudiera alcanzar una comprensión total de sus poderes.

—Creo que ayer empezamos con mal pie —se explicó Annie al sentarse en el otro extremo del sofá donde se encontraba Maeve. Hasta el momento la adolescente había aceptado reticente una única taza de café sin mediar palabra y había ignorado a propósito la ofrenda de paz que era el despliegue matutino de tortitas, aunque Annie la había visto desviar los ojos hacia ellas en varias ocasiones —. Y también antes de ayer.

Por supuesto, Maeve se encogió de hombros y fijó los ojos en Karma, quien le calentaba los pies, altruista, convertida en un ovillo adormilado. Annie siguió adelante, decidida.

—Fuiste lo bastante madura para decirme en qué me estaba equivocando, para comunicármelo, y lo ignoré. Siento mucho la manera en la que reaccioné. No escogí el enfoque adecuado. Debería haber entendido que deseabas ponerte manos a la obra. La magia es muy emocionante y te mereces explorarla a tu manera.

El silencio se dilató entre las dos mientras Annie se debatía entre qué decir a continuación. Le sorprendió cuando Maeve cedió y rompió la calma primero.

—Iba en serio, ¿sabes? Lo de que no necesito una niñera.

—Vale, vale. ¿Podemos no usar el término «niñera», por favor? —le pidió Annie, exasperada—. Me hace sentir que debería teñirme el pelo de azul y jubilarme. Pero la verdad es que aún me queda bastante para los cien años, aunque no lo creas. No estoy aquí para controlarte ni ser tu niñera.

Las chicas dejaron la disputa durante un segundo para sostenerse la mirada, una fulminante y otra intimidada, a la vez que las dos trataban de discernir cómo comportarse en presencia la una de la

otra. Maeve se subió las gafas por el puente de la nariz y se encogió de hombros de nuevo.

—Entonces, ¿qué vas a ser?

Annie suspiró.

—¿Tal vez… tu amiga?

Maeve dudó. Luego, le dedicó un asentimiento casi imperceptible que Annie intuyó como lo más cercano a una disculpa que ella iba a ofrecer.

—Supongo que no estaría mal.

Aliviada, Annie dejó escapar el aire, agradecida de haber alcanzado por lo menos una frágil tregua. Le sorprendía que aquella chica pareciera muy madura para su edad durante un segundo y, al siguiente, se mostrara demasiado dulce y joven como para abrirse camino sola por el mundo. Esa punzada familiar de compasión hizo que el corazón se le constriñera sin piedad. Cuidaría de Maeve, quisiera o no.

—¿Podemos volver a intentarlo? —La timidez que acompañó la petición de Maeve pilló a Annie con la guardia baja—. ¿O lo he fastidiado todo?

Annie le dedicó una sonrisa como respuesta.

—Puedes probar todas las veces que quieras mientras estés en esta casa. Y no has fastidiado nada. Bueno, excepto la calabaza. La dejaste para el arrastre.

Tras esas palabras, las dos dejaron escapar carcajadas reticentes, similares a bufidos, que Maeve remató con una mueca de arrepentimiento. Parecía que el glaciar del día anterior comenzaba por fin a derretirse un poco. Annie, encantada con el progreso, levantó la taza para brindar con Maeve.

—Por los nuevos comienzos —exclamó, decidida—. Tengo un as mucho mejor bajo la manga que podemos probar hoy.

La manga en cuestión pertenecía a una enorme bata abullonada de artista que había hecho aparecer para cada una. Con el montón de blocs de dibujo en mente, Annie había decidido en algún punto de esa noche sin dormir que había enfocado toda la situación desde la perspectiva incorrecta. Aquello no era un examen que tuvieran que aprobar. Maeve no estaba allí para tachar una lista de tareas ni impresionar a nadie y sin duda no quería nada que le recordara al colegio. En lugar de abordarlo desde el punto de vista académico sin permitir un margen de error donde la inocencia de la chica en ese nuevo mundo quedara al descubierto, tenía mucho más sentido que la magia de Maeve se expresara a través de la creatividad. En un principio, Annie se sintió tentada a empezar por la cocina, pero se recordó que aquello no iba sobre sus propias pasiones mágicas.

Las batas de artista iban acompañadas de boinas a juego e incluso unos tupidos bigotes negros opcionales. Armada con dos enormes caballetes de madera, un par de paletas y una caja de pinturas encantada, Annie improvisó un taller en el salón. En cuanto Maeve vio la caja de pinturas, se le iluminaron los ojos.

—¿Puedo usarlas?

—Claro, son para ti. Las pinturas están encantadas con un pequeño hechizo, *Pigmentum Captura*, que podrás lanzar tú misma con tiempo y práctica. Te permite absorber los colores del mundo a tu alrededor y extraerlos para que formen parte de tu repertorio.

Cada tono en la paleta tenía un reflejo tecnicolor, tentador e iridiscente, como el dorado del aceite. El rojo anaranjado vivo procedía del cúmulo de amapolas silvestres que salpicaba una zona del claro cerca del camino. El turquesa radiante, de las alas de una mariposa que había aterrizado en el asa de la taza de Maeve. El rosa de ensueño, por supuesto, iba a juego con el pintalabios favorito de Annie. La absorción del color era un hechizo ingenioso que solía usar en el glaseado de las tartas para extraer la esencia de un color y las emociones que surgían al recordarlo.

De ese modo, Maeve y Annie se pasaron el día poniéndolo todo perdido, pero, como se obligaba a recordarse la segunda una y otra vez mientras le cosquilleaban y se le crispaban los dedos por el deseo de arreglarlo, el desastre era bonito. Parecía ser que aquello podía darse.

—Es lo más guay que he visto nunca —dijo Maeve mientras estiraba los dedos para crear una línea en el lienzo con el amarillo extraído de un plátano.

Los destellos de su magia transportaban el color como una estrella fugaz por la cabaña y aterrizaban en la tela con un golpe húmedo satisfactorio, igual que si explotara un globo de agua. La única regla estricta que había seguido la adolescente había sido que no podía utilizar pinceles u otras herramientas, para permitir que su magia la guiara con libertad. El lienzo de Maeve no había tardado en convertirse en una obra maestra experimental que parecía pertenecer a una galería de alto nivel, algo que intentaría comprar la Sortiedad. Annie, preocupada sobre todo por si la pintura morada que le había salpicado el vestido a causa de su entusiasmo no se limpiaba con facilidad, había preferido utilizar un pincel por

seguridad y había empezado de cero en tres ocasiones. Luego, tras sentirse avergonzada al considerar que su cuadro no era lo bastante bueno, se había marchado a hacer un té.

Apareció con una taza humeante de té de limón y fresa, cítrico, dulce e intenso, y se quedó a unos pasos de distancia tras Maeve, para observar cómo añadía más colores con total libertad. El sol se abría paso por las cortinas de cuadros de la cabaña, cuya tela aportaba un tinte rojizo. Le daba a toda la escena un toque de ensueño que aplacó la inseguridad de las dos brujas.

—No sé cómo lo haces —la elogió Annie, maravillada por la manera en la que Maeve utilizaba los colores de una u otra manera. Un naranja vívido, inspirado por la mermelada de la encimera de la cocina, aterrizó como un relámpago sobre el lienzo.

—¿Qué? —contestó Maeve.

—Olvidarte de todo y… crear. Sin quedarte en blanco. Sin darle demasiadas vueltas ni cuestionarte si será bueno o malo.

—A ver —replicó la adolescente, distraída, mientras inspeccionaba la caja de pinturas para decidir el siguiente paso—, en realidad da igual, ¿no? ¿Qué más da si es un desastre total? Dijiste que nada de esto era un examen.

—Claro. —Annie titubeó—. Por supuesto que no.

—Lo estoy disfrutando —dijo Maeve con sencillez—. No tiene que ser perfecto.

Annie tuvo que desviar los ojos del cuadro, avergonzada al descubrir que le picaban mientras observaba la trayectoria de la pintura. La mentalidad de Maeve no podría ser más opuesta a la suya. Se planteó que quizá se había pasado toda la vida sintiendo que cualquier cosa era un examen, uno que debía aprobar para

demostrar su valor. Pero, de alguna manera, siempre era una prueba para la que nunca estaba lo bastante preparada. Su existencia estaba marcada por la sensación de encontrarse en problemas todo el tiempo, aunque no sabía con quién o por qué, de ahí que se esforzara tanto por recuperar el favor de todos. Le aliviaba y a la vez le asombraba pensar que Maeve no vivía así. Que era posible hacerlo. La chica confiaba en sí misma lo suficiente para creer que algo mágico surgiría del desastre que estaba creando.

Con una última salpicadura de un azul celeste cegador, un color que habían extraído del cielo de mediodía, Maeve dejó caer la mano. Luego, movió la muñeca y esbozó una pequeña mueca.

—Si no existe la costumbre, la práctica continuada de magia puede acabar con toda tu energía —le informó Annie al percatarse de los primeros síntomas—. Comamos una galleta. Invocaré un par de sándwiches de mermelada y nata de Celeste.

Con un agotamiento sincronizado, Annie y Maeve se dejaron caer en el sofá, una al lado de la otra. La primera cruzó una pierna sobre la otra mientras la segunda se deslizaba hasta colocarse en diagonal, medio colgando de los cojines. Partió la galleta en dos y mordisqueó su interior con los dientes delanteros mientras Annie hundía la suya en la taza de té.

—¿Tienes novio? —preguntó Maeve con la boca llena de galleta. Al hablar, algunas migas le aterrizaron en el pecho. Annie se atragantó con el té. Decidió que quizá sería mejor dejar a un lado el líquido abrasador antes de entrar en ese tema de conversación.

—¿Por qué me preguntas algo así?

Maeve se encogió de hombros, lo que no fue fácil, ya que tenía las orejas presionadas entre ellos al estar apoyada en el respaldo del

sofá.

—Suponía que sí. Pareces de la clase de personas que saldría con chicos con mandíbulas que decapitarían a una mujer.

—Pues no, no tengo novio —contestó Annie con una rigidez extraña. Hablar sobre relaciones íntimas siempre la ponía de los nervios, como si estuviera a punto de cortarse con un papel. ¿Sería normal sentirse así?

—¿Por qué no? Eres maja y guapa.

—Oh, gracias. —Annie sonrió, cohibida—. Pero estoy muy ocupada. No tengo mucho tiempo para esos asuntos.

—¿Tiempo para qué? ¿Para el amor? Deberías priorizarlo. He oído que es bueno. —Por suerte, Maeve cambió de tema antes de que Annie pudiera encontrar la respuesta a aquella ocurrencia—. ¿Tienes muchos amigos?

Su mentora reflexionó sobre esa pregunta tan directa y peculiar.

—No tantos como te imaginas.

—Pero has dicho que estabas ocupada todo el tiempo.

—Claro. Conozco a muchas personas, pero los verdaderos amigos no abundan.

—Aaah, me da la impresión de que sales con personas terribles. —Maeve asintió, desviando los ojos hacia su tutora—. Me lo podría haber imaginado.

Annie soltó un bufido ante esa afirmación tan brusca.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, quieres agradar a todos. Si no, habrías rechazado, sin ofender, esta mierda de situación en la que debes hacer de canguro hasta vete tú a saber cuándo en mitad de la nada. Ahí lo dejo. Según mis cálculos, lo más probable es que digas sí a cosas que en

realidad no quieres hacer. Y, por lo tanto, seguro que te rodeas de las personas incorrectas —comentó Maeve, desenfadada—. No pasa nada. Yo tampoco tengo ninguno. Amigos, me refiero —añadió. En su tono no había ni un ápice de autocompasión, sino que lo dijo como si estuviera leyendo en alto un libro de no ficción.

Annie se sintió un poco desconcertada por esa difamación inesperada pero sincera. Se metió un mechón de pelo tras la oreja, un acto reflejo para recomponerse.

—Estoy segura de que no es cierto.

—Nunca miento —contraatacó Maeve.

—Ah, no estaba sugiriendo que…

—No pasa nada. Por suerte, me gusta estar sola. Sin embargo, debo decir que la magia no es muy útil cuando intentas ser una persona normal con la que los demás deseen quedar —continuó Maeve. Como si de repente fuera consciente de que había dicho lo que pensaba en voz alta, se hundió aún más entre los cojines del sofá—. Por lo que veo, la magia y los amigos no son muy buena combinación.

—Bueno, tal vez podamos cambiar eso —dijo Annie con suavidad. Lo irónico era que las relaciones más naturales de su vida las compartía con Faye y Pari, dos personas no brujas con las que se permitía bajar la guardia, aunque fuera solo un ápice. Las difíciles eran aquellas que iban acompañadas de magia. La idea le hormigueó en la nuca y dejó a su paso un frío incómodo.

—Tampoco es que quiera ser amiga de ninguno de mis compañeros del colegio —continuó Maeve, ajena al monólogo interno de Annie—. Entre todos, tienen las habilidades verbales de una cebolla. Estoy esperando a que llegue la universidad para

empezar de cero y conocer a gente maja. ¿O podría mudarme al ámbito brujo?

—Me parece un buen plan —la reafirmó Annie con una tenue sonrisa. Intentó recordar si su yo más joven alguna vez disfrutó de una falta total de duda o ansiedad por el futuro como Maeve, pero le parecía imposible—. ¿Me permitirías hacerte una pregunta muy personal? ¿Cuánta experiencia tienes en el complicado mundo del amor para ofrecer consejos tan sabios?

—Más bien ninguna. Pero leo muchos libros. ¿Puedo seguir pintando? —Maeve se apresuró a levantarse del sofá, pero Annie la empujó con un cojín de volantes en el hombro para que volviera a sentarse.

—Un segundo. No vas a librarte con tanta facilidad. Es lo justo. Ahora me tienes que contar tus secretos.

—No hay nada que contar. —Maeve se terminó la galleta y se limpió las migas de los dedos antes de estirarse para acariciar a Karma. La gata se había asentado en el sofá sobre su cabeza como si fuera una nube de dibujos animados—. ¿No te diste cuenta de que todas las personas del instituto creen que he nacido con tres cabezas en un circo?

Annie le sacó la lengua.

—Seguro que no son tan malos como crees. Tampoco es que hayas invitado a nadie a compartir un sándwich contigo, ¿no? Quizá necesites esforzarte más. Intentarlo con más empeño.

Maeve se quedó paralizada por un escalofrío de incomodidad. Se incorporó y se alejó, presionándose contra el reposabrazos del sofá, mientras la calma relajada en sus ojos se desvanecía de nuevo.

—No tienes ni idea.

Annie supo enseguida que no había acertado con sus palabras, que había terminado con la frágil conexión que acababan de establecer. Cerró los ojos con fuerza, furiosa consigo misma.

—Maeve, tienes razón. Ha sido muy insensible por mi…

—En realidad no sabes nada de mí —insistió Maeve—. Nadie lo sabe, así que deja de fingir lo contrario.

—Lo siento. Solo creía que…

—¿Qué? ¿Que soy la rarita que piensa todo el mundo y que los demás me odian porque me lo he buscado? ¿Que puedes abalanzarte sobre mí y moldearme hasta convertirme en alguien que encaje mejor, que no sea una molestia en la vida de los demás y, sobre todo, que te haga sentir que has salvado a la bruja incomprendida y problemática?

—Maeve, no es lo que… —La mente de Annie iba a un millón de kilómetros por hora, intentando recuperar lo antes posible ese momento entre ellas que se desmoronaba. Pero ninguno de los fragmentos encajaba y apenas era capaz de seguirles el ritmo. Los cambios de humor de Maeve eran muy erráticos, como si las emociones la sobrepasaran en un abrir y cerrar de ojos.

—Pensaba que eras maja —gruñó Maeve, mientras se levantaba. Con el rostro contraído, juntó las cejas oscuras en un ceño fruncido e iracundo—. Pero eres igual que los demás, ¿verdad?

Karma abrió un ojo para ver a qué venía ese escándalo.

—Maeve, era…

—Solo intentas sentirte mejor contigo misma. Quizá creas que soy ridícula, pero ¿sabes qué? Pienso lo mismo de ti.

De los dedos de Maeve surgieron chispas como si estuvieran hechos de leña. Al oír el crepitar de la magia, Karma agachó las

orejas y soltó un maullido titubeante. Crispó las garras sobre la tela suave del cojín, consciente del incipiente problema.

Las luces sobre sus cabezas titilaron. Annie desvió los ojos hacia el techo.

—Oye, oye, tomémonos un descanso. ¿Y si nos comemos otra galleta?

—No quiero una maldita galleta. No me digas qué tengo que hacer. No me conoces. No sabes nada sobre mí.

Las dos brujas se giraron hacia la cocina, pero antes de que sus ojos pudieran asimilarlo el contenido del caldero que Annie había dejado hirviendo para la cena estalló en un puñado de llamas cegadoras de un brillante color azul. Un repentino incendio atravesó los fogones e iluminó toda la planta baja con un silbido pronunciado. Las ascuas relampaguearon por el aire hasta aterrizar en el dobladillo de las cortinas de cuadros, que estallaron en llamas.

Karma se sobresaltó con un maullido y estuvo a punto de rozar el techo con la cola por la conmoción. Con un repiqueteo de patas sobre el suelo, salió corriendo desde la parte trasera del sofá a la puerta principal, que estaba abierta. Frenética, sus garras chirriaron sobre el porche de madera antes de dejarse caer con un golpe seco en el claro.

—¡Karma! —Annie dio la vuelta al sofá a trompicones, a la vez que el té se derramaba por todas partes. No tardó en lanzar un hechizo con el que apagar las llamas mientras se movía, pero apenas reflexionó sobre lo que estaba haciendo.

Se dispuso a perseguir a su familiar antes de que pudiera encadenar siquiera dos ideas lógicas. Oculta entre la hierba alta, Karma se había desvanecido, pero Annie continuó la marcha. En

algún punto, advirtió un ritmo constante sobre el terreno húmedo y embarrado, gracias a sus propios pies descalzos. Quiso correr más rápido, perseguir aquel crujido distante entre la hierba. Se le nubló la visión. El claro se convirtió en una mancha de hierba y nubes. El horizonte del bosque, en un cristal ámbar agrietado. En la periferia de su visión advirtió relámpagos de color naranja, rojo y marrón. Nada parecía real. Solo podía sentir miedo, confusión y pánico, quizá suyos, tal vez de Karma. A lo mejor eran lo mismo. Debía encontrarla.



Capítulo 12

DULCE KARMA

Annie no solía correr. Según le decían, las endorfinas liberadas la pondrían contenta, pero tenía la firme creencia de que un trozo de tarta le sentaría mucho mejor. Sin embargo, si algo podía hacerle correr era la necesidad de encontrar a su familiar. Iría hasta el fin del mundo si hacía falta para proteger aquella parte de su corazón. Annie se abrió paso entre los árboles y dejó atrás el claro para adentrarse en el bosque, sin ninguna otra guía más que confiar en que su afinidad la llevaría por el camino adecuado. Al final, tuvo que detenerse, apoyar las manos en las rodillas y recuperar el aliento.

—Annie, lo siento. Lo siento mucho. —Maeve apareció tras ella, corriendo a toda velocidad, mucho menos asfixiada por el esfuerzo, aunque quizá más preocupada aún. Se secó las mejillas húmedas—. ¿Has visto por dónde se ha ido?

—Ha salido pitando por ahí —jadeó Annie, que luchaba por tomar aire—. Maeve, espera… —Antes de poder terminar, la adolescente se encaminó por la dirección que le había señalado de manera imprecisa y no tardó en desaparecer entre los árboles. Su mentora

esbozó una mueca y se enderezó para reincorporarse al desesperado equipo de búsqueda.

—Maeve, por favor, para un segundo. —La alcanzó y la agarró por el tirante del peto para frenarla—. No debería haberme lanzado así tras ella. Lo más probable es que la haya asustado aún más. Si paramos durante un segundo, puedo aprovechar nuestra afinidad y prestar atención a mi instinto. Pero necesito poder respirar para hacerlo.

Maeve, también jadeante, asintió mientras se apretaba la coleta y se subía las gafas por el puente de la nariz. Volvieron a bajársele debido a la capa de sudor que le cubría la piel. Annie respiró hondo para recuperarse y el aire frío le penetró con fuerza en la nariz. Lo hizo de nuevo, inspirando y espirando despacio. Una ráfaga de viento serpenteó entre la cúpula de castaños que las cubría, e hizo que a Annie se le agitara el pelo y un puñado de hojas caoba revolotearan por el suelo como un susurro. Poco a poco, se tranquilizó. Luego, tras hacer espacio en su mente, captó en la brisa ese aroma dulzón y terroso que siempre aplacaba su alma, el que olía a hogar.

—Por aquí —musitó Annie. Tal vez fuera la conexión intrínseca con su familiar o quizá toda la magia que había notado que se acumulaba en el aire en torno a la cabaña, pero algo le dijo que no necesitaba preocuparse. Las cuatro patas habían llegado a un lugar seguro. El latido de su corazón se aplacó un poco. El aura del bosque pareció cambiar del rojo al ámbar, a un dorado más tenue, al pensar en Karma. Se trataba de un espacio amplio, laberíntico y desagradable para una gata doméstica mimada, pero, cuando reanudaron la marcha, en su corazón supo que Karma estaba bien.

No tardarían en encontrarla. Le hizo un gesto a Maeve para que la siguiera y se encaminó en la dirección que le indicaba la magia.

—¿Sabes dónde está? —musitó la chica un tiempo después.

—No, pero sé que se encuentra bien. La sensación de peligro ha disminuido —contestó Annie, tranquila—. No le gustará haberse tenido que manchar las patas de barro por tu culpa, pero te prometo que la encontraremos y estará bien.

Maeve se sorbió la nariz y se la limpió con la muñeca.

—Lo siento mucho, de verdad.

—Lo sé.

—No pretendía asustarla. Nunca haría algo así.

—También lo sé.

—Para ser sincera, estoy algo agobiada. Por ayer. Y por hoy. Y ahora esto. Solo… —Maeve interrumpió lo que fuera que quisiera compartir y se lo tragó, guardándoselo para sí. Annie asintió; notaba el arrepentimiento. Luego, hizo un gesto con la barbilla para que siguieran andando. Ambas caminaron una junto a la otra en silencio, arrastrando los pies descalzos por el barro. En ocasiones chasqueaban la lengua o llamaban a Karma. Era revelador que encontrar a su familiar fuera tan importante para Annie como para que no le asqueara el estado de su pedicura sucia.

—Puedes contármelo —dijo con un hilo de voz tras una breve pausa antes de estirar el brazo con delicadeza y rodear a Maeve por los hombros. Por primera vez, la chica no se estremeció. De hecho, se recostó contra ella, como si necesitara ese apoyo.

—Te parecerá una tontería —musitó la adolescente.

—Cariño, si no empezamos a sincerarnos sobre cómo nos sentimos, nunca haremos ningún progreso. Vamos a seguir

explotando calabazas y haré que estés a punto de volverte loca hasta que el aquelarre decida de manera oficial y categórica que las dos somos inútiles.

Maeve soltó un suspiro compasivo.

—Me siento abrumada por todo a la vez. Cualquier cosa me sobrepasa, a todas horas. Y no sé qué hacer con nada. El impulso surge de mí antes de que pueda entender cómo devolverlo a su tamaño habitual. Es como si se expandiera por mi interior sin darme cuenta. Entonces, hago estallar algo o le prendo fuego y lo estropeo. Siempre vuelo todo por los aires, de una u otra manera, pero solía ser por mi mal genio. Ahora está esta maldita magia que hace que ocurra también de forma literal.

Annie se sentía tan identificada en muchos sentidos con esa confesión que no sabía si podía siquiera admitirlo en voz alta. Entendía de lo que hablaba. Incluso cuando no sentía nada, seguía notando un vacío abrumador. Un vacío enorme, cavernoso y sobrecogedor.

—¿Sabes? Quizá parezcamos muy diferentes, pero entiendo lo que quieres decir —contestó Annie; resistió el deseo de girar la cabeza para mirar a la chica. La magia de caminar una al lado de la otra era que podían sumirse en sus propios pensamientos mientras los compartían, más para sí que para oídos ajenos. El contacto visual arriesgaría la caída de ese puente tan precario y frágil.

—Ay, por favor, es imposible que tú, doña Perfecta, hayas sufrido cualquier tipo de pataleta que haya obligado a otra persona a…, en plan, rellenar un informe. Toda mi vida aparece documentada en informes. Mientras que tú eres la persona más tranquila y reprimida que he conocido nunca. ¿Qué me dices de tu reacción al desastre

absoluto en el colegio? ¿Y lo de ayer? Da un poco de miedo, a decir verdad. No me sorprendería si me dijeras que has matado a un hombre.

Annie se echó a reír. No se tomó las declaraciones de Maeve como un insulto. Cualquier quinceañero asumiría que ninguna otra persona había sentido lo mismo que él y, en cierto sentido, no se equivocaría. Tras una vida de escucha activa, había aprendido que todos beben de su propio brebaje exclusivo de experiencias y respuestas.

—¿Tranquila y reprimida? ¿Yo? —replicó—. Siempre he pensado que soy una especie de cisne: en la superficie parezco calmada, pero debajo no dejo de patalear, aunque mi cisne esté bailando una jiga irlandesa acuática. Me paso casi todo el día tratando de decidir qué estropear a continuación a base de preocuparme y darle vueltas. Supongo que los mostramos y procesamos de manera diferente, pero mis sentimientos también son abrumadores. La mayor parte del tiempo me siento angustiada.

Las cejas de Maeve hablaron por ella cuando la duda las hizo arquearse.

—Es verdad, lo juro. Siento cosas con tanta violencia y de manera tan intensa, igual que tú, que a veces me parece que no me dejan respirar —insistió Annie. Pensó en el hechizo y en lo que le provocaba—. Siento lo mismo que los demás sin que me lo pidan siquiera y ocupa tanto en mi interior que apenas hay espacio para que yo comprenda mis propios pensamientos.

Un búho ululó con suavidad sobre ellas, una bienvenida a la última hora de la tarde, y el primer rayo perlado de luna se filtró entre las nubes.

—Quizá sientas que tus sentimientos y poderes son más grandes que tú, pero al menos los expresas, Maeve. Al menos dejas que salgan y luchas contra ellos para demostrarles quién es la jefa… o quién acabará siéndolo. Es una fortaleza en sí misma. Te admiro por todo eso, por tu valentía. Incluso aunque explote de formas inesperadas en ciertos momentos.

Por primera vez, Maeve miró con atención a Annie mientras caminaban y frunció los labios.

—¿Qué haces con los tuyos? Con los sentimientos, quiero decir. Si tienes sugerencias, soy toda oídos.

Annie lo pensó durante un segundo.

—Nada —contestó, sincera.

La carcajada se le escapó por la nariz mientras la boca se le convertía en una línea que no podía considerarse una sonrisa. ¿Qué hacía con sus auténticos sentimientos? ¿Honrarlos? ¿Tenerlos en cuenta? ¿Reconocerlos? Había practicado muchísimo tiempo para no hacer nada de aquello. Para eso le servía el hechizo, para seguir siendo tan perfecta como deseaba.

—¿Qué? En plan, ¿nunca?

—No. Encuentro la manera de reducirlos y controlarlos de nuevo hasta que logro pasar página.

Annie nunca había sido tan sincera sobre ese tema con ninguna otra persona; algo en la vulnerabilidad de la chica la empujaba a hablar. Si esperaba que Maeve se confesara con ella, debía hacer lo propio. O quizá nadie se lo había preguntado antes. Sentía que abría una roca para revelar el fósil de su interior; la forma de la verdad que ocultaba era tan extraña y antigua que no sabía qué estaba sacando a la luz en realidad.

Maeve le dedicó una mirada de perplejidad, como si Annie fuera un alienígena que acabara de encontrar en mitad del bosque.

—Entonces, ¿nunca… gritas? ¿O chillas? ¿O lanzas algo al otro extremo de la habitación y te avergüenzas un poco, pero luego te sientes mejor?

Annie se encogió de hombros, cohibida. Como si hubiera revelado una especie de carencia secreta, aunque no creía que Maeve pretendiera que se sintiera así. La chica parecía fascinada de verdad.

De repente se giró hacia Annie con un brillo en los ojos y la sombra de una sonrisa traviesa que no podía mantenerse oculta más tiempo.

—Grita.

—¿Qué? —balbuceó Annie.

—Sí, vamos —la animó la adolescente, con carcajadas por su propia audacia.

Su mentora dudó y soltó una risita.

—¿Ahora?

—Ahora. Suelta un grito ensordecedor y horrible. Como si fueras la rubia indefensa de una película de miedo, la que está a punto de morir la primera. No te ofendas, por cierto, pero serías tú, sin duda. Chilla todo lo fuerte que puedas.

Tras apartarse un poco, Maeve soltó un grito orgulloso que le surgió de la base de la garganta e hizo eco por la cúpula de hojas sobre sus cabezas. Los pájaros huyeron de un árbol con una ráfaga de plumas, asustados por el ruido. Annie se sobresaltó y se llevó una mano al corazón. Maeve sonrió, perversa, y se metió las manos en los bolsillos del peto.

—Así.

—No puedo. —Annie se echó a reír, incrédula.

—Claro que sí.

Annie presionó los labios en una fina línea, una mezcla de sonrisa de superioridad y ceño fruncido.

—Aaah —dijo, elevando un poco la voz y agitando las manos por alguna razón que no terminaba de entender. El grito se asemejó más al ruido de un globo al deshincharse que a cualquier otra cosa.

Maeve esbozó una mueca, poco impresionada, y cruzó los brazos.

—¿De verdad no puedes hacerlo mejor?

—Perdona, perdona. —Annie sintió que estaba volviendo a fallar—. No se me da bien… dejarme llevar. Me siento avergonzada si alguien me ve así.

—¿Aunque sea yo?

Annie asintió.

—No sé por qué. Me he sentido así cuando pintábamos también. Es como un interruptor que no pudiera apagar. No va conmigo. No puedo ser así.

Maeve soltó un bufido antes de suspirar.

—Eres tan perfecta… Debe de ser agotador.

Por lo general, cuando a Annie le decían que era perfecta o incluso que era buena, lo sentía como un halago. Una palmadita en la coronilla o una ligera presión en el hombro que le proporcionaba el apoyo suficiente para seguir adelante por un tiempo. Solía guardarlo como un tesoro al que volvía de vez en cuando hasta que desaparecía y necesitaba nuevas reservas. Pero en boca de Maeve estaba segura de que no significaba lo mismo.

—Bueno, gracias —dijo, insegura—. Sí, quizá cueste vivir de esta forma, pero no estoy segura de lo que ocurrirá si dejo de actuar así.

Maeve puso los ojos en blanco.

—No creo que el mundo vaya a acabarse, ¿sabes?

—El mundo en general quizá no, pero el mío en concreto sí.

Annie se sorprendió a sí misma al oírse decir algo así. Se le había escapado antes de considerar si lo decía o no en serio, si debería o no confesarlo. Pero, cuando las palabras se liberaron de su lengua y flotaron hasta el suelo, rendidas a sus pies, supo que eran ciertas. Todo se desmoronaría si se permitía descansar, aunque fuera solo un segundo.

—Muchas personas dependen de que siga esforzándome por mostrar mi mejor versión.

—Pero ¿por qué piensas que le debes alguna versión de ti misma a nadie? Como a tus amigos, solo para hacerles sentir más cómodos. No, gracias —dijo Maeve, sorbiéndose la nariz—. En mi opinión, lo importante en la vida, y quizá también en la magia, es ser tú mismo y ver quién se queda a tu lado, aunque es verdad que hasta el momento no me ha funcionado demasiado bien. —Dejó escapar una carcajada de incomodidad y entornó los ojos al mirar a Annie, expectante. Luego, negó con la cabeza cuando no recibió respuesta —. Eres tan rarita como yo.

Annie advirtió un ligero toque de admiración o quizá de asombro entre sus palabras. Sabía que era un halago sincero, al proceder de Maeve, y, aunque pareciera extraño, se sintió orgullosa.

—Quizá.

—Entonces, tal vez hubiéramos sido amigas en el instituto. Si fueras treinta años más joven. Apuesto lo que sea a que puedo predecir lo que decía tu boletín académico… —Maeve imitó la voz de

un profesor severo—. «Es un placer enseñar a una alumna así. Una chica brillante. Pero debería hablar más alto».

—¿Cómo lo sabes?

—De mí dicen exactamente lo mismo. Somos iguales, aunque diferentes.

De nuevo, Annie tuvo que reírse ante la franqueza de aquellas opiniones que Maeve ofrecía, según empezaba a entender, sin estar envueltas en papel de burbujas por muy sensible que fuera el tema. Aún no había decidido si le resultaba desagradable o atractivo.

Al final, llegaron a un claro en el bosque y Annie sintió un hormigueo en la columna vertebral, como si hubiera rozado una corriente eléctrica. Su magia le produjo un cosquilleo y la afinidad chisporroteó como un papel bajo una lupa atravesada por el sol. Karma estaba cerca.

Podría haber sido un juego de luces. Un puñado de flores pálidas dispersas, un seto de hortensias color algodón… ¿en mitad del bosque, en pleno octubre? Annie entornó los ojos para estudiar la mancha blanca.

Con el rabo pegado a su cuerpo de algodón de azúcar, Karma estaba sentada en el centro de un corro de brujas. Las setas surgían del suelo como joyas, con sus sombreros de rubíes rojos y su tallo nacarado.

—¡Karma! —Maeve corrió hacia la gata con un grito de alivio.

—Espera, no entres —advirtió Annie a toda velocidad, abalanzándose hacia ella para alcanzarla. La chica retrocedió, tambaleante—. Los corros de brujas son un poco impredecibles. —El

círculo de setas era grande, de unos cuatro metros y medio de diámetro, y Karma estaba justo en el centro, lamiéndose la pata delantera para lavarse tras la oreja. El pequeño cascabel rosa de la correa tintineó al moverse.

—Es muy raro. ¿Crecen así o se debe a la magia? —preguntó Maeve.

—Un poco de ambas. Impresionante, ¿no?

Al fijar su atención por fin en sus rescatadoras, Karma soltó un suave maullido, poco impresionada porque hubieran tardado tanto en encontrarla, como si no hubiera sido elección suya lanzarse hacia lo desconocido. Avanzó hasta Annie, que estaba arrodillada junto al borde del corro de brujas. Tras pasarle la cabeza por la rodilla, comenzó a ronronear a un volumen impresionante cuando su dueña la levantó y Maeve la acarició, a la vez que susurraba abundantes disculpas.

—Has encontrado magia protectora para mantenerte a salvo, Karma. Chica lista —musitó Annie antes de darle un beso en la cabeza, donde le dejó la marca del pintalabios.

—Nunca había visto uno de estos —dijo Maeve, aún fascinada por el corro de brujas. Acercó el zapato a una de las setas, curiosa, hasta que Annie volvió a advertirla.

—En serio, no lo hagas. Son caprichosos. Nunca sabes si tienen intenciones benévolas o siniestras. En las leyendas de otros países los conocen como anillos de hadas y cualquiera con sangre mágica suele poder entrar sin ningún problema, pero nunca se sabe si te darán acceso o no. Por lo general, los no brujos son los que deben preocuparse de las consecuencias, pero gran parte de los hechiceros piensa que son peligrosos y los evita también.

—¿Peligrosos? ¿Un puñado de champiñones?

—Hay un montón de mitos sobre que se convierten en hadas que bailan con los no brujos que los cruzan sin querer hasta llevarlos a su muerte. Y que los vuelven invisibles para que nadie pueda verlos ni ayudarlos.

Maeve soltó un suave silbido.

—Qué sombrío —dijo, sin duda impresionada por esa macabra leyenda.

—Sí, ¿verdad? A lo largo de la historia, han estado ligados a relatos horripilantes. Prefiero la idea de que usan las setas como mesas de comedor. ¿Te imaginas lo diminutas que serían las tazas de té? ¡Adorables!

Maeve puso los ojos en blanco.

—¡Qué aburrida! ¿Podemos seguir hablando de bailes de la muerte? Tengo muchas preguntas sobre ese tema. —Annie chasqueó la lengua ante su atracción por lo morboso—. Bueno, en nuestro caso, seguro que estaríamos a salvo. Es un corro de brujas porque Karma ha decidido que es un buen refugio.

—Siempre he sospechado que mi preciosa gata es un genio y esto lo confirma —comentó Annie, orgullosa, antes de centrar de nuevo la atención en el círculo y estudiarlo—. Mira, ¿ves ese débil brillo en su interior? Sirve como protección. Tiene sentido que un corro de brujas haya ayudado a mi familiar a protegerse y a nosotras a encontrarla.

Maeve se tiró de las mangas, insegura.

—¿Ahora me odia? —Como respuesta, Karma soltó un maullido y estiró la pata hacia Maeve—. Siento haberte asustado. Yo me doy miedo todo el tiempo, así que lo entiendo. —Karma estiró el cuello

hacia ella para indicar que aceptaría con gusto que le siguiera rascando entre las orejas como disculpa.

—Nunca he visto a esta gata tan cariñosa con nadie —comentó Annie, maravillada—. Te quiere.

Maeve sonrió, orgullosa.

—¿Por qué la llamaste Karma?

—Pensaba que era obvio —dijo Annie con expresión engreída—. Me encantan las cosas dulces.

—Bueno, gracias, hadas, brujos, gnomos, duendes y cualquier criatura que esté deambulando por aquí… —dijo Maeve, saludando al círculo de setas—. Gracias por cuidar a la gata y no hacernos bailar hasta la muerte. Sería una manera bastante embarazosa de dejar este mundo.

—Vamos, si no meto los pies en agua hirviendo en los próximos tres minutos, la realidad me dará en los morros y nunca dejaré de gritar. Y, mientras me encargo de arreglar las consecuencias del incendio, tú lavas los platos, que se me ha olvidado con tanta pintura —dijo Annie, alegre, mientras daban la vuelta hacia la cabaña. Luego, rodeó con el brazo el hombro de Maeve, donde Karma hacía equilibrismos como si fuera un loro.

La chica se quedó boquiabierta.

—¿Estás de broma? Hay suficiente vajilla en el fregadero para tenerme ocupada hasta que me jubile. Casi parece que has abierto otra cafetería con tanta tortita. No soy…

—Ah, creo que vas a descubrir que sí…

Su discusión desenfadada y sus risas flotaron por el viento, que las transportó lejos. Aquel sonido, suave y preciado, algo nuevo y especial en la Cabaña Arden, se coló en un remolino de hojas caídas

como caramelo en una tarta y rodeó el corro de brujas para mezclarse con el resto de los susurros que serpenteaban entre los árboles.



Capítulo 13

UNA LLEGADA INESPERADA

Por pequeño que fuera, parecía que habían hecho algún avance. Maeve se mostraba más relajada o, al menos, no saltaba de inmediato cada vez que Annie abría la boca para hablar. Por su parte, Annie estaba descubriendo que a la chica solo le hacía falta un poco de refuerzo positivo, pequeñas descargas de ánimo que le aseguraran que lo estaba haciendo bien. Quizá nadie le había procurado algo así hasta ese momento.

De hecho, no quería tentar a la suerte o dejarse llevar, como solía ocurrir, pero Annie estaba bastante segura de que Maeve parecía incluso estar… desarrollando cariño por ella. Casi tenía que obligar a la chica a irse a la cama por la noche. Arrastraba hasta la habitación, enfurruñada, los calcetines de borreguito que llevaba desde que Annie la había convencido para que lo hiciera, y no parecía apreciar demasiado el tiempo a solas. En su lugar, siempre pedía que se quedaran despiertas hasta tarde hablando de leyendas mágicas o comentando nuevos encantamientos sobre los que había leído. Unos días después de su paseo por el bosque, estaban a un mundo de

distancia de aquella primera noche en la Cabaña Arden. Acabaron la primera semana en la casa como amigas.

—¿Puedes guardarlo? —le pidió Annie mientras acunaba entre los brazos parte de la vajilla que habían sacado de los armarios de la cabaña. Se refería al ejemplar de *Diseño dinámico: alquimia experimental para hechiceros vivaces* que Maeve había encontrado al rebuscar en las estanterías. Luego, le había lanzado un hechizo silenciador temporal a la adolescente para que dejara de insistir en que podía hacer sin problemas una poción de invisibilidad eficaz al primer intento. Su paz no duró mucho, ya que Maeve no tardó en entender cómo revertir el hechizo de Annie.

A altas horas de la noche, mientras el maleficio y sus fantasmas mantenían a Annie despierta el tiempo suficiente para ver cómo el sol se elevaba sobre el prado, se le había ocurrido una idea que no pudo evitar poner en marcha. Por suerte, Maeve parecía aceptar que, cuando Annie tenía un plan, se comprometía con él en cuerpo y alma, por lo que cada vez le sorprendía menos la escena que la saludaba al abrir, somnolienta, la puerta de la habitación.

Esa vez fue una hilera de copas de helado alineadas junto al caldero, rematadas con pajitas de rayas.

—Vamos a mezclar helado con refresco. ¡Y magia! ¿No es divertido? —Annie le dedicó una sonrisa radiante con una ronda de aplausos tan entusiasta que de sus dedos surgió una lluvia de rebeldes chispas rosadas. Maeve, aún sumida en un estupor adormilado, frunció el ceño cuando Annie se colocó sobre la cabeza un gorro de cocinero de papel—. ¡Mira mis zapatos! —Annie dio una vuelta sobre sí misma, y sus pantuflas peludas se transformaron con

una neblina rosada en unos patines, a juego con el disfraz de camarera.

—Lo odio.

—No, imposible. Nadie odia mezclar refrescos y helado.

—Yo sí, sobre todo a esta hora de la mañana. ¿Dónde está el café?

—Marchando, bombón. —Annie colocó la gigantesca cafetera sobre una bandeja metálica enorme y, sosteniéndola a gran altura, patinó hasta Maeve, tambaleándose un poco, para tendérsela con un guiño exagerado.

—Pensaba que hoy íbamos a probar con las pociones, no a hacer realidad mis peores sueños. Eso tendría que ver más con Nigromancia, ¿verdad?

—Te equivocas, mi querida cascarrabias —dijo Annie, agitando un dedo—. Anoche me di cuenta de una cosa importante tras llevar despierta casi veinticuatro horas, el momento de las mejores ideas: mezclar refresco y helado es como una poción muy básica, ¿no? Seguro que estarás de acuerdo en que ha sido uno de mis momentos de mayor lucidez.

—Si tú lo dices… —contestó Maeve, que se aferraba al café como si necesitara que el primer sorbo produjera un milagro—. Deberías plantearte acostarte antes.

Comenzaron con recetas divertidas y tontas: encantamientos fáciles y alegres que devolvieron a Annie a su época en la escuela, cuando hacía mezclas caóticas en la residencia. Para empezar optaron por la poción crepitante, con capas de polvo de menta (el toque refrescante perfecto), pétalos de nomeolvides (para recordar solo las alegrías) y un puñado de tornillos (para que el consumidor

recuperara los que había perdido). Tomó el jarrón con flores de calabaza para arrancarles los estambres y espolvorearlos como si fueran azúcar. Luego, animó a Maeve a usar la magia para remover los ingredientes, a la vez que recordaba todos los momentos divertidos que se le ocurrieran.

—Verte cantar con una cuchara de madera mientras hacías el desayuno el primer día —decidió Maeve, lo que avergonzó a Annie. Un torbellino de chispas rojas recorrió la copa de helado como el sirope de fresa y, tras producirse un remolino, el cristal tintineó hasta quedarse inmóvil.

—Y *voilà*. Una poción de helado —anunció Annie, orgullosa, tendiéndole la copa a Maeve, quien introdujo en ella la cuchara.

En el momento en el que la dulzura le tocó los labios, estalló en fuertes carcajadas en un tono agudo muy brujeril, a la vez que un rocío de leche rosada salía disparado por todas partes. No podía dejar de reír y Annie no tardó en unirse. Las dos acabaron dobladas por la cintura, agarradas a la encimera, soltando carcajadas como brujas de película.

—Qué tontería —balbuceó Maeve entre risas—. Pero qué gracioso también. —Las palabras eran una descarga de azúcar en el alma de Annie.

No mucho después, el helado derretido cubría toda la cocina. A Maeve le gustó en especial la combinación doble de crema y sombras líquidas, que no solo era achocolatada e intensa hasta decir basta, sino que durante un tiempo hizo que le apareciera un par de elegantes orejas negras de gato. Annie prefería el helado bañado en una burbujeante cerveza de jengibre, cubierto con picapica, que las hacía levitar a treinta centímetros del suelo durante unos segundos.

Las dos brujas acordaron que la mezcla de escama de dragón seca y *kale* crujiente, que les obligaba a hablar con rimas, era la peor, tanto por su sabor como por el resultado.

—¿Has tenido suficiente por el momento? Quizá uno más no te suponga un tormento. Quiero decir… Uf, ¿quieres hacer alguna más? —preguntó Annie, negando con la cabeza para intentar desprenderse de los retazos de esos terribles pareados que se le habían pegado a la garganta.

—Necesito un descanso —confesó Maeve. Flexionó los dedos de la mano derecha para estirar los músculos que habían estado produciendo magia hasta entumecerse durante horas—. Además, siento que voy a vomitar. Al parecer, sí que se puede comer demasiado helado.

—Sí, perdona, ahora mismo te sirvo una taza de té bien dulce —dijo Annie mientras deambulaba por la sala. Parecía que se hubiera producido una pequeña explosión en la cocina porque había charcos de helado derretido e ingredientes efervescentes esparcidos por todas partes.

—Nada de azúcar. Y que sea un café, por favor. Odio el té —replicó Maeve mientras se desplomaba, en una postura extraña, sobre la alfombra frente al fuego. Karma pasó de la mecedora al regazo de la adolescente, en cuyo estómago comenzó la ardua tarea de amasar galletas.

—Eres una bruja, no puedes odiar el té —contestó Annie, mientras encantaba un trapo para limpiar un charco de poción que goteaba desde un armario—. El vicio que tienes con el café es inquietante. Eres demasiado joven para tener tanta cafeína en las venas. Eso a partir de los treinta.

Maeve le dedicó una expresión impasible.

—Ven y siéntate. Tú también necesitas descansar. Siempre estás de aquí para allá.

Quizá la limpieza podría esperar una o dos horas. Pillarle el truco a la Alquimia era una tarea bastante sucia, pero por alguna razón a Annie no le pareció mal dejar el caos tal y como estaba, ya lo arreglaría más tarde. Tal vez podría soportar el desastre, al menos durante un tiempo. Annie se sentó en el suelo, junto a Maeve, y le tendió una taza.

—Es lo que siempre solía decirme mi madre. Pensaba que era una exageración, pero debe de ser verdad si tú también lo crees.

Tras darle un sorbo al café, acarició con el dedo la nariz de Karma y se sorprendió al darse cuenta de que, en aquel momento poco habitual de relajación, no echaba de menos el ambiente de la ciudad, tan lejos. De hecho, le gustaba pensar que lo había dejado muy atrás, casi un recuerdo. En su vida londinense, nunca había disfrutado de pausas tan valiosas como aquella.

—¿Cómo es?

—¿Quién? ¿Mi madre?

Maeve asintió, pasando los pulgares por el asa de la taza antes de agarrarla con ambas manos para disfrutar de su calidez. Annie soltó un suspiro y se preguntó por dónde debía empezar a describir a Cressida Wildwood ante alguien que nunca la había conocido.

—Bueno, era… complicada —dijo, centrándose en los hechos objetivos.

—¿Era? ¿Ha muerto?

—No, no creo, pero no he vuelto a saber nada de ella desde hace mucho tiempo —musitó con una suave sonrisa. Siempre sentía que

caminaba sobre la cuerda floja cuando alguien le preguntaba por su familia. Solía desembocar en conversaciones incómodas a una velocidad vertiginosa—. Es difícil de explicar.

—No hace falta que lo jures —comentó Maeve con las cejas arqueadas.

Annie suspiró. La traición de Griffin había marcado a Cressida hasta dejarla casi irreconocible. Parecía haberse desvanecido ante los ojos de Annie, cada vez más traslúcida, obsesionada con el rechazo de la Sortiedad y, sobre todo, con la necesidad de que la volvieran a aceptar. No había logrado ignorar la idea de que los otros brujos hablaran de ella, desgranando los detalles de su vida personal y resquebrajando su honor. A medida que avanzaba el tiempo, los intentos por fingir interés por cualquier otra cosa, incluida su hija, habían desaparecido por completo, igual que su contacto con la realidad, pero Annie había hecho todo lo posible por ignorarlo. Se le daba bien ignorar lo que fuera cuando era necesario.

La caída de Cressida no había sido culpa suya; su magia se había visto envuelta en el desastre que Griffin había dejado tras él, por lo que Annie sentía compasión por la animosidad y la amargura que aquello le había provocado a su madre. Cuando Griffin Wildwood abandonó no solo sus principios morales, su juicio y su decencia, sino también a su familia, Annie y Cressida acabaron atrapadas en una especie de red venenosa, un telar que las mantenía unidas, pero que al mismo tiempo causaba cada vez más dolor a medida que se enrollaba sobre sí mismo, una urdimbre de confusión y dudas sobre dónde estaría y cómo habían podido pasar por alto lo ocurrido.

No era justo sentir rencor por Cressida, después de todo por lo que había pasado. Su madre solo quería lo mejor para ella. Tenía

buenas intenciones. Y le debía demasiado. Todo lo que había perdido había sido a su vez un paso hacia delante para Annie.

Por suerte, el hechizo era lo único que su madre le había dejado. Aplacaba la ira para mantener las reacciones a raya. No era una emoción bonita.

Annie arrastró su mente de vuelta al presente.

—¿Adónde fue? —preguntó Maeve. A su mentora le conmovió percibir un toque de dulzura en su tono.

Un día, había ido a hacerle un recado a su madre y, al llegar a casa, había encontrado un cigarrillo aún encendido y una nota garabateada a toda prisa. Las palabras eran concisas y despreocupadas, pero confirmaban todo aquello que Annie había empezado a creer. En algún punto, tarde o temprano, todos la dejarían sola. No merecía que nadie se quedara.

«He ido a buscar a tu padre. Espero que lo entiendas. Besos».

—¿Lo sabes tú? Porque yo no. Hace tiempo que dejó de enviarme postales navideñas y nunca recibo respuesta a los hechizos de comunicación. Es una mujer complicada que ha pasado por mucho —se lamentó Annie con tristeza, mientras los recuerdos de aquellas personas en las que intentaba no pensar se abrían paso con timidez —. Pero, antes, apreciaba los detalles bonitos y elegantes. Necesitaba que la cuidaran y la quisieran para sentirse especial. Disfrutaba gastándose nuestra fortuna en cualquier cosa…

Maeve inhaló con brusquedad.

—¿Fortuna? Espera, ¿me estás diciendo que nos encontramos recluidas en este sitio cuando en realidad eres rica? ¿Por qué no estamos ahora mismo en un yate brujeril de última generación?

—Te equivocas, antes era rica. —Annie soltó una carcajada—. Cuando era pequeña, sí, mi padre era un hechicero importante que se mezclaba con otros brujos más importantes incluso que él. Mi madre tenía una herencia inmensa porque nuestra familia se movía en los círculos correctos… Nuestras circunstancias cambiaron.

—Más complicaciones —dijo Maeve con las cejas arqueadas—. Para ser alguien que parece perfecto, tienes una mochila bastante grande, ¿no?

Annie volvió a echarse a reír.

—Eso es decir poco. Pero no creo que ninguna relación familiar sea fácil, ¿no te parece?

—No sé mucho del tema.

Annie se tensó. ¿Por qué le había preguntado algo así?

—¿Recuerdas a tu madre? —preguntó, titubeante. Su relación se volvía más íntima a medida que se entendían entre sí, pero ninguna de las dos brujas se había atrevido a tratar el tema de la familia de Maeve hasta que ese terreno irregular y mutuo se había revelado ante ellas. No estaba segura de cómo recibiría la pregunta, en la que deseaba ahondar más de lo habitual. Annie se preparó para que una llamarada de fuego mágico cruzara el aire hasta su entrecejo. Pero Maeve tan solo removió la taza de café, con los ojos fijos en su contenido oscuro.

—A mí la mía también me dejó sola. No recuerdo demasiado de ella. De nada, en realidad.

Annie dejó que Maeve reflexionara sobre qué decir a continuación. Fuera, el ritmo de la lluvia había comenzado a tamborilear contra los marcos de las ventanas y el sonido recordaba a un puñado de

guijarros lanzados contra el cristal y el techo de paja. Dentro, el hogar de la cabaña desprendía calidez y seguridad.

—Era joven, por lo que no me sorprende que me abandonase —se aventuró a decir Maeve—. Solía enfadarme que lo hubiera hecho, pero ya no le guardo rencor. Debes de estar muy desesperada y no tener demasiados recursos para abandonar a un niño, ¿no? Supongo que estaba pasando por una mala época.

A Annie la imagen de una versión más pequeña y solitaria de Maeve le pareció devastadora, como un pinchazo tan agudo y triste en el corazón que estuvo a punto de desmoronarse. Una sensación feroz y tumultuosa de protección se agitó en su interior como un huracán, acompañada del deseo abrumador de volver atrás en el tiempo y cuidar de esa niña. Tendría que conformarse con hacerlo en el presente.

—No hay duda de que debía de estar asustada —supuso Annie—, pero seguro que tú también.

Maeve le dio otro sorbo al café.

—En realidad, es una historia algo extraña. Me encontraron porque el maldito cartero oyó que la llamaba. Una vez eché un vistazo a los informes y decían que la casa estaba vacía, como si ella y todos los demás hubieran desaparecido. Parecía que había salido de allí a toda prisa con intenciones de volver porque tenía la mesa preparada con tazas de té, los boles de avena estaban a medio comer en la cocina… Una locura, ¿eh? Y yo estaba sentada al fondo de un armario cerrado, jugando con una muñeca. Siempre he asumido que se metió en problemas y tuvo que huir, pero… suena turbio, ¿verdad?

Annie solo pudo asentir sobre la cabeza inclinada de Maeve.

—Parece que atraigo… las situaciones malas, todo lo sombrío —dijo la adolescente con un hilo de voz antes de soltar una carcajada ahogada. Comenzó a toquetearse la piel alrededor de las uñas, pero no tardó en recomponerse—. Como he dicho, no tengo muchos recuerdos porque era una niña. Solo tenía cuatro años. Pero, en mi subconsciente, sé que se portaba bien conmigo. Y solía pintar dibujos muy buenos para que los coloreara cuando nos despertábamos temprano. Supongo que de ahí me viene.

—Quizá te parezcas a ella en muchos sentidos. Seguro que en más de los que piensas.

Maeve susurró un «ajá» mientras jugueteaba con el extremo de la cola de Karma.

—No sé si es bueno o no, así que por el momento solo puedo agradecerle mi habilidad con el arte. ¿Tú te pareces a tu madre?

—Espero que no —contestó Annie antes de poder evitarlo. Se llevó la mano a la boca y las dos chicas estallaron en risitas ante tal declaración—. Es que nunca tuvimos mucho en común —se apresuró a añadir—. Aparte de que ambas reconocíamos la importancia de elegir el bolso adecuado. Mi madre podía ser un poco… despiadada.

—¿Despiadada? —se sorprendió Maeve—. Entonces, justo al contrario que tú.

Annie cuadró los hombros.

—Puedo ser despiadada si quiero.

Maeve puso los ojos en blanco antes de tomarse lo que quedaba del café.

—Solo nos conocemos desde hace unos días y ya te he visto llorar unas cien mil veces.

—Una bruja puede llorar mucho y seguir siendo una tía dura.

—Por supuesto, pero tú has llorado cuando he conseguido elaborar con éxito una poción para que me salgan orejas de gato. Eres la persona más sensible y empática que he conocido nunca. No sé cómo lo haces.

—Es complicado —admitió—. A veces me pregunto qué tal me iría si no prestara tanta atención a lo que piensan o sienten los demás.

—Quizá te iría mejor, porque tendrías el control de tu propia vida.

Oír la idea en voz alta, tan sincera y sencilla, fue toda una revelación.

—No te hagas la sorprendida —continuó Maeve—. Tú misma lo has admitido poco a poco. Prueba A, trabajas demasiado duro en la pastelería. Lo que está genial, claro, pero también puedes decirle adiós y ver cómo flota lejos de ti si no te hace feliz.

Annie entornó los ojos para contemplar a Maeve con desconfianza.

—¿Estás segura de que tienes quince años y no eres una vieja bruja arrugada con un disfraz muy convincente?

—Tampoco es un consejo tan profundo. Yo dejo ir cosas a todas horas —dijo Maeve, estirándose con torpeza, apoyada en un lateral del sillón—. Es como comprar un globo en la feria. Lo disfrutas durante un tiempo, pero después se vuelve una molestia y un engorro enredado en tu muñeca que te golpea en la cabeza cada vez que echas a andar. A veces es mejor desatar el nudo y dejarlo marchar.

—No es tan fácil. —Annie centró los ojos en sus calcetines mullidos a juego, de un radiante color naranja con un patrón de hojas, cada par a un lado de la gata tumbada entre ellas.

—¿Por qué no?

—Porque decepcionar a los demás es la peor sensación del mundo —susurró Annie. Ya solo decirlo en voz alta le creaba un nudo del tamaño de una piedra en la garganta. Se suponía que debía estar dándole lecciones a aquella chica, no al revés.

—Pero es tu vida y permites que la gente te haga sentir infeliz —dijo Maeve, alzando la voz con tanta pasión que Karma abrió un ojo y lo entornó, poco impresionada—. ¿Y si no haces lo que se espera de ti? Mantener a los demás contentos, agradarlos a todas horas… es un juego ingrato en el que debes apagar un fuego tras otro. —Karma dejó escapar un suspiro pasivo-agresivo porque la arenga de Maeve había resultado en el cese de sus continuas caricias—. Es inútil, ¿verdad, Karma? Primero deberías avivar tu propio fuego.

La vida con Maeve Cadmus era un baño de realidad constante. Annie soltó un profundo suspiro. Luego, se estiró a por un cojín del sofá y le dio a Maeve un golpe suave en la cabeza con él.

—¿A qué ha venido eso?

—Por ser demasiado listilla, brujita.

—No es justo —añadió Maeve, su malhumor firme de nuevo—. Y sí, reconozco la ironía de que justo yo hable de fuegos cuando es lo que nos ha llevado a acabar aquí encerradas.

Era tarde. Tras la batalla nocturna con Maeve sobre que sí, debía irse a la cama a una hora medio razonable, y no, no podían pasarse la noche en vela, un denso manto de oscuridad cubría el claro y el bosque de su alrededor en una penumbra sombría. Annie se ató la toalla tras el biombo que rodeaba la bañera de estaño mientras las últimas lágrimas le humedecían aún el dorso de la mano. Las

estrellas salpicaban el cielo como faros dispersos y la luna se había abierto paso entre ellas, tímida, apenas un hilo de plata que oteaba entre las cortinas de la noche.

El cansancio se había aferrado con fuerza a los hombros de Annie y el peso agotador de las voces conocidas del hechizo se había filtrado en su cuerpo antes de que la magia le aportara su recarga de energía interminable. Los destellos nebulosos y espectrales de todo un cúmulo de visitantes habían aparecido ante ella, desesperados por compartir sus secretos, por dejar su carga en manos de Annie. Estaba agotada de tanto escucharlos.

Cerró los ojos medio dormida mientras se recogía el pelo húmedo. Al mismo tiempo que daba los últimos pasos de su ritual, el ruido de las gotas al colarse por el desagüe de la bañera flotaba, ensordecedor, por el jardín, acompañado de una orquesta de grillos ocultos en la hierba, que inundaba el ambiente. Observó cómo los retazos del líquido carmesí desaparecían, su secretismo aún presente. Luego, recogió los ingredientes para guardarlos; con un sencillo encantamiento de invisibilidad, *Caecus Abscondo*, hechizó cada botella para que se colocara tras una caja vacía, como medida de precaución.

Mientras se secaba el pelo y se hacía trencitas con un *Capillus Aura*, un fuerte crujido captó su atención. Entre la hierba alta, el sonido le pareció misterioso y tosco. Titubeó, aguzando el oído para darle sentido a aquel ruido que había cesado tan pronto como había surgido. Entonces, volvió a escucharlo. Debía de ser algo grande, un ciervo o un zorro que pasaba cerca. El flujo de la fauna había sido casi constante desde que habían llegado a la Cabaña Arden,

potenciado por la insistencia de Maeve de dejarles a los animales los platos con los restos de la cena cada noche.

Esa segunda vez el crujido había cambiado. Estaba un poco más cerca, parecía algo que se arrastraba. Lo que fuera que andaba por ahí no dejaba de rozar la hierba, como si unas patas pesadas cruzaran el prado. Se abría camino hacia la parte delantera de la casa, cada vez más cerca y más ruidoso con cada zancada.

Serpenteaba con pesadez por el suelo. Y… ¿había sido eso un gruñido? ¿Habría osos en la campiña inglesa? A Annie le gustaba imaginarse que los osos eran bebés grandes y adorables y que podría gestionar cualquier problema con ellos con los tarros de miel suficientes, como hacía con Karma y las natillas, pero no era algo que quisiera probar.

Una voz. Grave y profunda. La había oído, sin duda.

El maleficio se había completado, los espíritus residuales se habían marchado por el desagüe con los posos de la poción y Maeve nunca habría salido de la cama a esa hora. La voz parecía demasiado grave. Le resultaba hosca, apenas audible desde aquel punto de la cabaña. Annie se quedó paralizada en el acto, sin saber qué hacer. Allí estaban demasiado vulnerables. Nadie sabía su localización, excepto Morena. Ni siquiera Annie tenía claro dónde se encontraba exactamente la Cabaña Arden, tan apartada del mundo «real».

Una cosa estaba clara: no podría enfrentarse a un intruso envuelta en una mullida toalla blanca, por lo que se apresuró a entrar en la casa de puntillas, con movimientos de una lentitud exasperante para asegurarse de que el chirrido de las bisagras no la delatara. En silencio, se acuclilló tras las cortinas y se enfundó lo único que había sacado para vestirse: su pijama con botones y estampado de

pumpkin latte. No era la opción más amenazadora para pelear contra un intruso, pero tendría que servir.

Annie ahogó un grito agudo cuando la hilera de farolillos del porche delantero se movió, lo que aportó luz suficiente para revelar una silueta. Alguien intentaba espiar por la ventana. Una mano bastante grande se acercó al cristal. Una mano de hombre, aunque la oscuridad ocultaba el resto de sus rasgos. Annie intentó mantener la calma, pero un miedo intenso le cortó la respiración.

El corazón se le subió a la garganta mientras permanecía escondida tras la cortina, sin atreverse a moverse mientras la mente le iba a mil por hora. Lo único que tenía claro era que mantendría a Maeve a salvo. Se preguntó cómo podría llegar hasta su cuarto sin revelarle su presencia al intruso. Y supuso que también tendría que despertar a Maeve con delicadeza para no asustarla. Quizá podría inventarse que había una emergencia, que debían teletransportarse a toda prisa, enseguida. Ni siquiera se enteraría de que alguien estaba intentando entrar.

—¿Lo oyes? —siseó Maeve en la oscuridad; estaba de pie en mitad de la cocina con un vaso de agua en la mano. Annie se sobresaltó con un chillido amortiguado y se llevó una mano al pecho, aterrorizada.

—Pensaba que estabas dormida. Claro que lo oigo. Intentaba asegurarme de que tú no lo oyeras —susurró, apremiante.

—Aquí no duermo demasiado bien. Oigo ruidos en el exterior a todas horas. Pero eso es…

—¿Un hombre? ¿Un hombre de carne y hueso? —dijo Annie con los ojos como platos.

—Cierto. —Maeve asintió despacio, mucho menos segura de lo que solía parecer. Paseó los ojos de Annie a la puerta principal varias veces antes de tragar saliva—. ¿Qué hacemos?

Tras dudar apenas un segundo más, su mentora cruzó la cocina agachada, y sacó su cuchara de madera favorita del recipiente con forma de magdalena para los utensilios. Se colocó ante Maeve y estiró el brazo para protegerla.

—Quédate detrás de mí —jadeó.

—¿Qué vas a…?

—Te protegeré. Quizá no parezca demasiado fuerte, pero lo soy —afirmó, más para convencerse a sí misma, mientras se echaba hacia atrás las trenzas adornadas con cintas con las que solía dormir. Después de retener a Maeve tras ella, se arrastraron juntas hasta el salón, Annie con la cuchara de madera preparada para el ataque.

Unas pesadas pisadas repiquetearon por el porche y algo aún más compacto se golpeó contra el borde de los peldaños de madera una y otra vez, como si arrastrasen algo con gran esfuerzo hacia la puerta.

—¿Crees que es un cuerpo?

—Maeve, ¡no digas eso!

Annie y Maeve dejaron escapar un grito ahogado involuntario cuando el pomo vibró una vez. Luego, volvió a hacerlo con más fuerza.

—No pinta bien —admitió la adolescente, tragando saliva con dificultad.

—Podemos con él —dijo Annie con un temblor poco convincente —. Somos brujas. Quizá no tengamos armas, pero sí hechizos. Muchos hechizos.

—¡Yo no sé ninguno! —le recordó la chica, malhumorada—. ¿Qué voy a hacer? ¿Pintarlo hasta que se rinda? ¿Convertirlo en un batido?

Las trenzas de Annie se agitaron de nuevo con decisión.

—A la de tres, voy a abrir la puerta —anunció, tranquila.

—¿Qué? No, no hagas eso. ¿Por qué vas a abrirle la puerta a alguien que está intentando matarnos?

—Una, dos…

—Annie, ¡no!

—¡Tres!

Tras canalizarla a través de la cuchara de madera que hacía las veces de varita, en esta ocasión para añadir un énfasis dramático, Annie lanzó su magia contra la puerta principal y un revoloteo de valientes chispas fucsia cruzó la cabaña. Las bisagras cedieron y la puerta aterrizó en el suelo del pasillo con una explosión (por suerte) controlada. Maeve y ella se agacharon tras el sofá a toda prisa, con el cuerpo de Annie como escudo de la adolescente, que se tapó los oídos con las manos.

Una figura se perfiló contra el cielo nocturno en el umbral, lo bastante alta como para tener que agachar la cabeza al pasar, con unos hombros anchos e intimidantes en comparación con la estructura de la pequeña cabaña. Tiró del enorme petate que llevaba al hombro y lo dejó caer en el suelo con un último gruñido de esfuerzo.

—¿Quién diablos eres tú? —dijo.

Annie se puso en pie; aún blandía la varita de madera. Maeve permaneció agachada, dudando entre si debería seguir a su tutora

en señal de apoyo moral o permanecer escondida, mientras esta rodeaba el brazo del sofá para confrontar al intruso.

—Debería hacerte la misma pregunta, sinvergüenza. ¿Quién te piensas que eres, irrumpiendo en mi casa así? Sal de aquí. Ahora mismo. O te…

—¿Qué? ¿Vas a matarme con la cucharita?

—No voy a hacer nada de eso, bribón —gritó Annie, horrorizada por la propuesta.

—Pues vaya… Ay, ¿puedes bajar esa cosa de una vez y dejar de moverla antes de que me saques un ojo? Creo que te interesará saber que esta es mi casa.



Capítulo 14

EL ACUERDO BANCROFT

Annie desvió los ojos hacia los de Maeve, como para preguntarle en silencio si había entendido de qué calderos hablaba ese hombre. La chica, todavía escondida tras el sofá, parecía igual de perpleja, pero hizo un gesto con la cabeza hacia el extraño, para animarla a seguir con el interrogatorio.

—¿Qué quieres decir con que esta es tu casa? Me parece que te interesará saber que esta casa pertenece a Selcouth, el célebre aquelarre de Reino Unido.

—Con que a Selcouth, ¿verdad? ¿Quién te ha dicho eso, eh? La maldita Morena Gowden, ¿no? Lo veo venir. Juro por el zodiaco que…

—¿Me estás diciendo que vives aquí? —Annie pretendía que su voz sonara fuerte y segura, pero se estaba volviendo cada vez más chillona.

—Vaya que sí, maldita sea. Llevo meses fuera y he vuelto con ganas de echarme una buena siesta y tomarme una cena copiosa, y voy y me encuentro con… ¿Qué diablos y tritones le has hecho a mi maldito salón? Todo es rosa.

Cuando el hombre se alejó de las sombras, Annie logró distinguir sus rasgos principales bajo la luz de las velas. Un rostro masculino, algo curtido, con un ceño fruncido, profundas arrugas en la frente y surcos entre las cejas. Un rocío de pecas que indicaba el tiempo que pasaba al aire libre. Una nariz algo torcida. Ojos de color verde oscuro que la estudiaban con interés. Una barba descuidada que parecía marrón hasta que, al aproximarse más a la luz, reveló un ligero tono rojizo. Se pasó una mano por el pelo, largo y despeinado, para quitárselo de los ojos. La mirada fulminante en su rostro se suavizó un poco cuando dio una zancada hacia ella, pero Annie lo imitó, retrocediendo un paso. Al advertir la ropa sucia y las botas cubiertas de barro, arrugó la nariz.

—Bueno, está claro que ha habido algún tipo de… error administrativo —dijo.

El hombre soltó un suspiro de resignación, pasándose el pulgar por la ceja, exasperado.

—No, qué va. Debería haber sabido que Morena se tomaría la revancha. Está enfadada conmigo por no haber vuelto antes, por negarme a estar siempre a su caprichosa disposición. Es su manera de recordarme quién está al mando en ese maldito aquelarre, me guste o no.

Annie entornó los ojos.

—¿Trabajas en… el aquelarre? —tartamudeó.

—Ar. —El hombre no solo parecía una especie de leñador torpe, quizá fusionado con un pirata vaquero, sino que también hablaba como uno. Annie se obligó a fruncir el ceño con más fuerza para intimidarlo.

—Entonces, ¿por qué nunca te he visto en la Casa Hécate? Me paso mucho tiempo allí —dijo, orgullosa. Debía estar mintiendo. Por varias razones en las que no quería pensar, porque eran bastante inapropiadas cuando trataba de parecer amenazadora, estaba segura de que recordaría a aquel hombre si alguna vez se hubiera cruzado en su camino.

—Porque intento pasar el menor tiempo posible en ese condenado lugar —farfulló—. La mayoría de las veces, por culpa de Bronwyn, que siempre me pide que me una a su club de ganchillo o me organiza alguna cita con una bruja. Y, si no es ella la que se entromete en mis asuntos, es Morena quien me dice que el trabajo de campo es una pérdida de tiempo y que me asignará un puesto de oficina antes del siguiente Halloween.

Annie seguía sin negarse a bajar la cuchara que usaba como arma.

—No te creo.

El hombre soltó el aire con fuerza por la nariz mientras cerraba los ojos, como para recuperar la paciencia. Se quitó la chaqueta, que colgó en el gancho en forma de corazón junto a la puerta que, hasta el proceso de redecoración de Annie, había sido un clavo que sobresalía de la pared. Se detuvo, lo miró con el ceño fruncido y se giró hacia ella con las manos en las caderas.

—Tú misma. Sea como sea, esta casa es mía.

—Y ahora nosotras nos quedamos en ella. ¿Acaso los okupas no tenemos derechos, Annie? —Maeve se puso en pie de un brinco tras el sofá.

El hombre se sobresaltó y, a continuación, musitó una maldición entre dientes.

—¿De dónde demonios has salido tú? Entonces, ¿sois dos? ¿Hay alguna bruja inesperada más que esté escondida tras las cortinas?

Annie decidió que nadie necesitaba saber que sí que había estado escondida tras las cortinas hacía unos minutos. En lugar de eso, cruzó los brazos, iracunda.

—¿Quién eres?

Lo contempló con desconfianza. El hombre apretó la mandíbula y respiró hondo de nuevo; atenuó un ápice su comportamiento hosco al darse cuenta de que no le estaba llevando lejos.

—Hal —contestó con un tono más amable—. Bueno, Harry, pero nadie me llama así desde que llevaba pañal.

—O sea que… ¿desde hace un par de años? —se burló Maeve, y el hombre la fulminó con la mirada.

—¿Hal Bancroft? —preguntó Annie cuando el nombre le vino a la memoria. Lo había visto incontables veces en los registros del aquelarre y siempre se había preguntado por qué nunca se había topado con ese misterioso hechicero, dado que se había propuesto hacerse amiga de todos y cada uno de los miembros de la Casa Hécate. Lo único que sabía era que lideraba el trabajo de Selcouth en el departamento de Bestias Míticas y, según los rumores, prefería mucho más la compañía de los animales que la de los demás brujos. Si se paraba a pensarlo, también había oído mencionar a Bronwyn en múltiples ocasiones que era un «demonio muy guapo». Annie se aseguró de dedicarle un ceño fruncido aún más entusiasta al demonio en cuestión.

—Exacto. ¿Y tú? He llegado hasta el «Annie», pero no sé nada más —cuestionó, con los brazos cruzados.

—Soy Andrómeda Wildwood —contestó, a la vez que hinchaba el pecho un poco para enfatizar su dominio en la situación. El hombre solo asintió una vez, despacio.

—¿Y tu compinche?

—¡Oye! —se quejó Maeve, y el humo estuvo a punto de salirle por las orejas ante esas palabras.

—Maeve Cadmus, la recluta más reciente de Selcouth. Nos vamos a quedar aquí un tiempo hasta que tome el control de su magia, hasta que el aquelarre esté seguro de que sabe dominar sus sorprendentes habilidades.

—Maravilloso. Morena es un encanto por ofrecerles mi hogar a una cría descontrolada y al Club de las Canguro.

—¿Qué me has lla…?

—Maeve —la cortó Annie, severa, mientras estiraba un brazo para frenarla cuando la adolescente se abalanzó hacia el hombre sobre el sofá—. Es muy tarde. ¿Por qué no vuelves a la cama y ya me encargo de esto yo?

—Pero… —Maeve puso los ojos en blanco al sentir que estaría luchando en una batalla perdida si se molestaba en protestar—. Vale. Dado que es evidente que no es un trol, un minotauro o algo más guay, he perdido todo el interés. Pero no voy a dormirme, así que avísame si este tarado te intenta lanzar por la borda o empieza a preguntarte dónde está el tesoro.

Annie no estaba segura debido a la falta de luz, pero casi creía haber intuido una sonrisa de superioridad en el rostro de Hal tras esa afirmación tan cortante. Le dedicó a Maeve una expresión tranquilizadora con la esperanza de que pareciera que lo tenía todo bajo control, pero sabía que pagaría por la mañana haberla dejado

al margen. Annie esperó a que la puerta de la habitación se cerrara antes de centrar su atención en Hal.

—Mira, esto no es lo ideal —dijo—. Y siento que…

El hombre soltó un gruñido.

—Dormiré en el porche. Lo resolveremos por la mañana.

—¿Qué?

—Mira, Andrómeda Wildwood, he cruzado cuatro mundos hoy y no te imaginas siquiera cuándo fue la última vez que me di una ducha. Pero no puedo echaros y hacer que esa cría haga las maletas, ¿no? Lo resolveremos por la mañana cuando la cabeza no me vaya a reventar y no me cueste mantener los ojos abiertos.

—¿El porche? No puedes dormir fuera —bufó Annie.

—Ah, ¿no? Preferirías tener a un extraño aquí dentro con vosotras, ¿verdad? Sé que en la cama no entramos los dos —replicó Hal. Incluso en la oscuridad, sus ojos emitieron un brillo verde. Annie se ruborizó, molesta. El hombre se inclinó para levantar el pesado petate que había dejado en el suelo, del que salieron un saco de dormir, lo que parecían las riendas de un caballo y un farolillo de cristal agrietado. Gruñó bajo el peso cuando se lo lanzó sobre el hombro—. Es obvio. No hace falta ni pedirlo. Dormiré fuera.

—Bueno. —Annie cedió un ápice, algo perpleja por lo considerado que era para ser un rufián—. Muy comprensivo por tu parte.

Hal soltó un nuevo gruñido.

—Ni lo menciones. Es parte del acuerdo Bancroft. ¿Por qué no iba a haber dos brujas extrañas haciendo una fiesta de pijamas en mi casa después de haberme pasado tres meses en un almacén francés controlando los patrones nocturnos de las *banshees*?

Se giró y estiró el brazo hacia el pomo de la puerta principal antes de darse cuenta con un sobresalto de que ya no había ninguna. Hal hizo magia por primera vez, y envió una descarga rápida y grácil de chispas teñidas de bronce para levantar la puerta destrozada, unir los paneles y colocarla en su sitio. Al mirar hacia atrás, le dedicó a Annie un saludo despreocupado con un solo dedo.

—Bonito pijama, por cierto.

La bruja cruzó los brazos sobre las tazas de *latte* dibujadas y frunció el ceño de nuevo, más resoluta que nunca. Cuando la puerta se cerró tras él, se aseguró de lanzar un hechizo para bloquear las puertas y ventanas con un doble cerrojo. Por si acaso.

Annie se despertó pronto de nuevo, a pesar de no haberse permitido apenas cerrar los párpados antes de saltar de la cama. Los espíritus del maleficio habían sido especialmente insistentes esa noche; la atormentaban con sueños de decisiones erróneas y dolorosas. Pero debía dejar sus preocupaciones a un lado todo lo que pudiera y enfrentarse al problema inminente que, según vio desde la ventana del dormitorio, estaba tumbado en el columpio del porche con la camisa semiabierta y un sombrero vaquero sobre la cara para protegerse del amanecer. ¿Qué clase de hechicero que se respetase llevaría un sombrero vaquero?

Annie estaba decidida a ocuparse de aquello sola. No es que dudara ni por un segundo de que Maeve pudiera gestionarlo ella misma y darle un baño de realidad al hombre hasta que se cuestionara el valor de su propia existencia, pero eso no podía ser. Una parte de su ser se sentía incluso agradecida por una interacción

en la que pudiera confiar en su hechizo de nuevo para salir airosa de la situación de una manera cortés y agradable. Al menos, la había ayudado la noche anterior. Hal había cedido muy rápido porque los efectos del renovado *Splendidus Infernum* la habían ayudado a aplacar la tensión de sus amenazas a punta de cuchara.

El recuerdo del comentario sarcástico de Hal sobre su pijama la empujó a vestirse a toda prisa y recuperar un aspecto más arreglado. Para eso, hizo aparecer unos vaqueros y una camisa rosa antes de recogerse las ondas del pelo en una coleta y colocarse un pañuelo en la cabeza. Luego, se dirigió escaleras abajo para hacer una ofrenda de paz en forma de café. Aunque reticente, les había cedido su hogar, al fin y al cabo.

Después de maniobrar para abrir la puerta principal con la cadera, cruzó el porche de puntillas con dos tazas de su mezcla de especias y arce favorita y colocó una en los tablones de madera junto al columpio. Hal seguía dormido bocarriba, con un brazo como reposacabezas. Ni siquiera se había molestado en invocar una almohada o una manta, tan solo se había cubierto con la pesada chaqueta de lana. Era al menos medio metro demasiado alto como para estar durmiendo en el columpio. No obstante, lo había conseguido. Era evidente que estaba acostumbrado a dormir en lugares incómodos por el trabajo de campo.

Tras apoyarse en la barandilla del porche y observar cómo su pecho subía y bajaba al ritmo lento del sueño, Annie aprovechó la oportunidad para estudiarlo un poco mejor de lo que le había sido posible en la oscuridad. Estaba sucio de la cabeza a los pies, como advirtió con la nariz arrugada, y, a juzgar por la manera en la que había logrado dormirse en una postura tan ridícula, debía de estar

molido tras tanto analizar a las *banshees*. Pero bajo el barro seco y el rastro de suciedad, tenía un pelo bonito, debía admitirlo. Largo y desaliñado sobre los hombros, peinado hacia atrás, aunque le cayera, terco, sobre la cara mientras dormía. Las largas y gruesas pestañas que eran un desperdicio en un hechicero, la nariz algo torcida y, tras la barba enmarañada, la mandíbula fuerte y cuadrada completaban la imagen.

—Deja de observarme mientras duermo.

Hal se levantó el sombrero y, perezoso, abrió un único ojo verde. Las primeras palabras de la mañana convirtieron su voz gruñona en un graznido extragrave y Annie se asustó y dio un respingo sobre las pantuflas.

—Deja de fingir que estás dormido —replicó, avergonzada de que la hubiera pillado.

El hombre volvió a cerrar los ojos y se removió con una mueca.

—No estaba fingiendo, pero el olor de la primera taza decente de café desde hace tres meses ha sido suficiente para sacarme de la tumba.

—En ese caso, es un envío urgente —bromeó Annie, con un gesto a la taza que había dejado a su lado. Parecía que se hubiera arriesgado a acercarse para alimentar a un animal salvaje y luego se hubiera alejado para ponerse a salvo. El hombre abrió de nuevo un solo ojo y le devolvió la mirada bajo un ceño fruncido.

—¿Servicio de habitaciones?

—Es lo menos que puedo hacer. —Se recostó contra el poste del porche y cambió el peso del cuerpo de una pierna a la otra, para parecer indiferente. Hal se inclinó para tomar la taza y lanzó las piernas por el borde del columpio para sentarse con un gemido. Con

el café en la mano, usó la otra para masajearse los hombros y destensarse los músculos del cuello.

—En realidad, tienes razón —gruñó—. Deberás pagarme con cafés por el momento.

—Me parece justo, dado que hemos invadido tu casa por accidente. Por cierto, lo siento.

La miró durante un momento sobre el borde de la taza mientras soplaba el humo. Luego, hizo un gesto con la cabeza hacia el sillón de mimbre en el extremo del porche. Antes estaba astillado y con las trenzas deshechas, cubierto de telarañas y excrementos de animal, pero Annie había hecho un pequeño trabajo de transformación: se volvió de un brillante color marrón, con un cojín rojo de encaje a juego con las cortinas. Lo acercó medio metro con un rápido hechizo y ella aceptó su invitación silenciosa para que lo acompañara.

—Qué madrugadora, ¿no? —preguntó Hal antes de dar un primer sorbo titubeante. Luego, se reclinó en el asiento con los ojos cerrados y un grave gemido de placer. Annie, aterrada al percatarse de que lo estaba mirando fijamente, desvió los ojos hacia el claro. Por suerte, una familia entera de liebres que daba saltos entre la hierba con el rocío del alba perlándoles las orejas captó su atención. Un erizo se abría paso por los escalones del porche y un par de murciélagos aleteó lo bastante bajo para rozar la parte superior de las flores silvestres. Una nube de algodón en el cielo rosa y azul claro comenzaba a iluminarse tras la arbolada.

—No duermo mucho —dijo Annie.

—Aun así, pareces una mujer bien descansada que acabara de volver de un viaje con todo incluido al paraíso. Chica con suerte —comentó Hal, aún con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el

respaldo del columpio. Annie culpó a su propia paranoia por el posible tono de escepticismo de su voz.

—Me tomo muy en serio el cuidado de la piel —replicó, casual—. Ahora, ¿empezamos con las negociaciones?

—Nada de negociaciones. Empecemos por qué estáis haciendo aquí, ¿vale? —Cada vez que Hal la miraba, sus ojos permanecían fijos en ella un segundo más de lo que se habría considerado cortés, como si tuviera que obligarse a apartarlos. El hechizo funcionaba, lo que la alivió. Era extraño, como si fuera más potente de lo habitual, pero Annie había estado allí atrapada con Maeve y no había sentido la respuesta normal a su perfección desde hacía días. A veces olvidaba lo poderoso que podía ser.

—Es fácil: estaré aquí hasta que Maeve ya no me necesite. Solo tiene quince años. Todo esto es nuevo para ella y ha mostrado ciertas… tendencias que no son seguras para que su magia florezca rodeada de la comunidad no bruja.

—Tendencias. —Hal asintió con una sonrisa de superioridad—. Supongo que es una manera elegante de decir que a esa cría le gusta hacer estallar cosas. Me alegra que mi casa os sea útil para esa afición particular.

—No la he visto estallar nada —se defendió Annie, mientras pasaba el dedo, pensativa, por el borde de la taza—. Eh, bueno… —Recordó la calabaza—. En general, tiende a… provocar incendios.

—Maravilloso.

—Pero estamos progresando. Llevamos una racha de… —Annie se mordió el labio mientras hacía cálculos con una mano— siete días sin ningún incendio espontáneo en la casa, por lo que debes admitir al menos que hemos avanzado bastante.

—¿Siete días enteros? Me quedo más tranquilo.

—Ay, espera… Se me olvidaba lo de la cocina.

—Eso explica lo de las cortinas chamuscadas. ¿Puedo preguntar dónde están sus padres?

—No conoce a su padre y su madre se marchó hace mucho tiempo. Selcouth supo de su existencia con la llegada de su magia, pero no tiene ningún rastro de sus orígenes con el que trabajar ni ningún familiar brujo que nos ayude a descubrir su naturaleza. Decidieron intervenir cuando, sin querer, desató el caos con otro incendio en su casa de acogida.

—¿Y qué tienes que ver tú en todo esto?

—Por alguna razón, Morena pensó que nos llevaríamos bien. Creo que el problema era que necesitaba que alguien la acompañara y le diera un espacio seguro para poder pasar un tiempo lejos de su vida normal y experimentar. Para que lanzara algún hechizo que otro, para que viera qué hacía vibrar su magia.

Hal le dedicó una sonrisa torcida.

—Muy poético.

—Gracias. Pero, como puedes ver, ahora tenemos un buen cacao.

—Siento que no tengo mucho que decir sobre él. ¿Y si no me gusta el chocolate?

—Bueno, pues te equivocarías porque el chocolate lo mejora todo. Además, son órdenes del aquelarre. No puedes negarte. —Annie se encogió de hombros, inocente, y mostró de su mejor sonrisa, la más angelical.

—¿De verdad? —Hizo una pausa—. Bueno, un hombre debe saber cuándo retirarse.

—¡Ja! —exclamó Annie, triunfal, a la vez que se reclinaba en el sillón con los brazos cruzados.

—No hace falta que parezcas tan contenta. Es obvio que no voy a echaros. Si las dos necesitáis quedaros en algún sitio, que sea en esta casa. Puedo instalarme aquí fuera hasta que Selcouth diga que es la hora de que os vayáis. Tengo una tienda de campaña en la mochila.

—No podemos pedirte algo así. Es tu casa. Debe de haber… —Annie se esforzó por pensar en una solución.

—No hay problema. Tampoco hay espacio suficiente en este sitio para hacer aparecer nuevos muebles. Como he dicho, es lo que necesita Maeve. No quiero que ninguna de las dos se sienta incómoda por la presencia de un hombre extraño. —Hal sonrió y continuó—. Considéralo parte del acuerdo Bancroft. Mi padre solía decir eso cuando mi madre se salía con la suya y en realidad él no ganaba nada con el trato. —Su media sonrisa no tardó en convertirse en un ceño fruncido, como si no estuviera seguro de por qué había dicho aquello—. Además, asumo que tampoco os quedaréis demasiados días. Si seguís aquí en Año Nuevo, quizá le pida a una *banshee* que vaya a por vosotras.

—No creo que necesitemos tanto tiempo, pero… Mira, si Maeve se siente cómoda con la idea, y digo cómoda de verdad, créeme, sabré si miente, entonces, deberías al menos dormir en el sofá.

Se reclinó de nuevo en el asiento y estiró un brazo por el columpio.

—Esta cama no está mal.

—A menos que seas contorsionista en secreto, eso no es cierto. He oído que muchos brujos ponen la mano en el fuego por ti. Y

confío en que cualquiera que haya conocido a Morena Gowden no se atrevería a enfadarla. Quédate en el sofá —insistió Annie.

Hal la miró directo a los ojos, reflexivo, como si intentara leerla mejor. Luego, se dio una palmada en los muslos cubiertos por el pantalón vaquero para zanjar el asunto.

—Bueno, la chica —farfulló—. Supongo que hasta ahora solo ha conocido a las Brujas Sabias, ¿no? ¿Por qué te eligieron a ti para la misión y no lo hicieron ellas mismas?

—Buena pregunta. Fue idea de Morena. Creo que sabía que no me negaría.

—Aaah. —Hal esbozó una sonrisa—. Ambos podemos culpar a Morena por habernos arruinado la vida. Ahora todo tiene sentido.

—Perdona, a mí no me han arruinado la vida. Me lo estoy pasando bien con Maeve —contradijo, ofendida por su manera directa de hablar. No estaba acostumbrada a rodearse de hombres como él. Los que conocía de la Sortiedad siempre eran muy correctos y controlaban sus reacciones ante todo. Aunque quizá «controlar sus reacciones» era una manera optimista de considerar a las personas deshonestas, complicadas e incluso manipuladoras.

—Vamos. —Hal se echó a reír—. Seguro que Morena está encantada con traer aquí a una princesa como tú, igual que estará deleitándose porque haya llegado yo a casa y me haya encontrado con una utopía llena de algodón de azúcar. Sabía lo que estaba haciendo. ¿Me estás diciendo que de verdad te alegra estar aquí tras haber puesto tu vida en pausa por esa cría? No me pareces una vieja consejera con artrosis que disfruta de estar al aire libre y ser mentora de la elegida.

—¿Y qué te parezco entonces? —Cruzó una pierna sobre la otra y movió el pie de arriba abajo, impaciente.

Hal frunció el ceño y la estudió con interés.

—Aún no lo sé. A decir verdad, eso de que seas doña Perfecta… es un poco desconcertante.

Annie titubeó. No era el adjetivo que hubiera esperado. La había tranquilizado saber que el hechizo funcionaba en segundo plano, pero la red de seguridad que le provocaba una satisfacción maleable y apacible, consecuencia del maleficio, no parecía encontrarse ahí. En lugar de eso, Hal no sabía qué pensar de ella y viceversa.

—Pues te equivocas conmigo —replicó, molesta—. Y con Maeve también. Deberías mejorar a la hora de juzgar a los demás.

—No he dicho ni una palabra sobre la cría. Me cae bien. Parece valiente. Además, dijo que era un pirata y siempre me tomaré algo así como un halago. —Por primera vez, Hal fracasó al intentar reprimir una sonrisa tras una línea tensa y un brillo travieso le inundó la cara. Annie pestañeó con fuerza y se obligó a permanecer centrada en el asunto que se traían entre manos.

—Has dicho que era «la elegida» —contestó con una imitación sarcástica de su voz grave—. No me gusta ese tono —se quejó.

—No he usado ningún tono —dijo Hal, indiferente, y se bebió los posos de la taza antes de dejarla en el suelo del porche. Se echó hacia atrás en el columpio, lo que lo convirtió en un lento péndulo—. Lo decía en serio. ¿De verdad no te has dado cuenta?

—Llevo intentando caerle bien desde que nos conocimos. Hay poco sobre Maeve que haya pasado por alto.

—Y, sin embargo, crees que todo esto es normal, ¿no? —Señaló con la barbilla al prado, donde un puñado de lobeznos acababa de

aparecer entre los árboles de camino a la cabaña, seguidos de su madre, quien hizo todo lo posible por animarlos a avanzar tras lamerles la cabeza para asearlos. Miraron a la cabaña y olfatearon el aire, como si se sintieran atraídos por su olor, intrigados por lo que habría al otro lado.

Hal se inclinó hacia Annie, con los antebrazos sobre los muslos, lo que acabó con el corto espacio entre ellos. El brillo le había vuelto a los ojos y la sonrisa se le había teñido de una intriga que antes no estaba ahí.

—Porque tengo que decírtelo, rubita, no es normal.

Annie se echó a reír.

—No seas dramático. Somos brujos, estamos en el bosque y usamos la magia concentrada de forma activa. Una magia fascinante, debo añadir. Los animales siempre se van a sentir atraídos. —Titubeó—. ¿No?

—Claro, hay criaturas y bichos alrededor de la cabaña a todas horas. Por eso me asenté en ella. Pero ¿tantos? ¿Y a la vez? —Hal se levantó del columpio y, tras estirar el pecho, se giró y se apoyó en la barandilla que rodeaba el porche para observar un lateral de la casa. Le hizo un gesto para que se acercara.

Annie se puso en pie para acompañarlo y posó las manos en la barandilla al lado de las suyas. Advirtió el olor de Hal por primera vez, oculto bajo la naturaleza y el aire libre que se le aferraban a la ropa embarrada. Una especie de aroma envolvente, una chimenea crepitante en invierno, amaderada y ámbar, con clavo y castañas. Le avergonzó darse cuenta de que, de forma involuntaria, se había acercado a él para intentar descifrarlo. Se alejó una larga zancada para compensarlo.

En ese momento, un par de cervatillos estaba mirando por la ventana abierta de la habitación de Maeve. Su brazo, cubierto por un montón de pulseras de abalorios, se apreciaba sobre el alféizar, extendido para ofrecerles algunos trozos de manzana y una caricia en el hocico. Se presionaron felices contra sus dedos, aunque luchasen por ocupar una posición privilegiada contra Karma, quien se había unido a la reunión de la ventana para reclamar sus propias caricias como una prioridad por derecho propio. No dejaba de mover el rabo ante las caras de los ciervos para asegurarse de que lo sabían.

—Los animales siempre se sentirán atraídos por la magia, eso seguro. Pero no hay duda: no les interesa ni la tuya ni la mía —sentenció Hal, con un golpecito con las manos en la barandilla, como si estuviera satisfecho de haber encontrado pruebas de que tenía razón—. Se sienten atraídos por ella. Necesitas prestarle más atención a esa cría.



Capítulo 15

SECRETOS EN PLATA

Annie regresó al interior para llevarle un café a Maeve, pero sobre todo para descubrir qué opinaba sobre la posibilidad de que el inesperado recién llegado durmiera en el sofá. Su sofá. ¿O el de él? No estaba segura de lo que opinaba ella misma, ya que su extraña combinación de amabilidad y ceños fruncidos la habían pillado con la guardia baja. Pero buscarle otro sitio a Maeve cuando empezaban a entenderse no parecía tampoco la mejor opción. Annie estaba cómoda porque había oído muchas veces que otros miembros de Selcouth alababan a Hal. En una ocasión incluso Morena había admitido, reticente, que era «considerado hasta decir basta» y que su «decencia era una ofensa», aparte de quejarse de que insistía en llenar toda la Casa Hécate de barro en cada visita.

Maeve le dijo a Annie que no podría importarle menos (en términos algo menos corteses) dónde durmiera Hal, siempre y cuando le contara algunas de sus aventuras. Ni siquiera una adolescente algo taciturna podría resistirse a las historietas sobre explorar otros mundos y dormir bajo las estrellas entre algunas de las bestias más legendarias.

Como resultado del interés genuino de Maeve por el trabajo de campo de Hal, que comenzó con la pregunta de si alguna vez había matado a un vampiro, el extraño trío se pasó la mañana conociéndose. Aunque no rompieron del todo el hielo de su primera interacción, sí que lo derritieron un poco. Annie, mientras revoloteaba de aquí para allá para asegurarse de que todos recibían el desayuno que deseaban, descubrió que Hal parecía comunicarse sobre todo con gruñidos y gemidos graves, excepto cuando hablaba de su amor eterno a los animales. Compartir recuerdos de sus viajes avivó un fuego tras sus ojos y el verde se volvió más rico al dejarse llevar por una oleada abrumadora de nostalgia y aventuras. Annie tuvo que contenerse en una o dos ocasiones cuando se dio cuenta de que lo estaba mirando a la cara con demasiada intensidad mientras contaba la historia, con la barbilla apoyada en la mano, a la vez que evocaba la época en la que le habían pedido que hiciera el seguimiento del vuelo de unos dragones jóvenes que el aquelarre quería estudiar.

—Pero debió de ser muy peligroso. ¿No te dio miedo? —preguntó Maeve con los ojos como platos.

—Claro que sí, sobre todo después de que los adultos me rompieran la nariz hace unos años. Quien diga que no tiene miedo es idiota. Por cierto, estos están buenísimos —comentó de manera casual, mientras partía por la mitad un cruasán de pistacho y nueces pecanas de las provisiones de Celeste. Sus modales en la mesa eran, a decir verdad, horribles y Annie se obligó a no centrarse en que se lamía el relleno que le manchaba los dedos uno a uno—. Pero también sabía cuál era el aperitivo favorito de un dragón, aparte de la carne asada de hombre… ¿Alguna idea?

—¿Carne asada de literalmente cualquier otro animal? —se aventuró Maeve.

—En realidad, son los huevos a la escocesa.

La adolescente esbozó una mueca de asco.

—Eso quizá sea incluso más asqueroso que la carne asada de hombre.

—A los dragones les encantan los huevos a la escocesa. Cuando son bebés, siempre quieren más. Por eso, lancé un hechizo de somnolencia sobre un montón de ellos, los fui dejando por el bosque, esperé a que estuvieran todos dormidos tras el festín y, sin ningún problema, les coloqué el localizador en la oreja. Incluso conseguí darle a la mayoría una pequeña caricia en la barba. Los dragones son muy monos cuando duermen. Como cachorros gigantes.

Maeve se decepcionó por aquel giro anticlimático de la historia.

—¿Huevos a la escocesa? Es el peor final para un relato sobre cazar dragones que he oído nunca.

—Has oído muchos, ¿no? —Hal sonrió antes de meterse lo que le quedaba del cruasán en la boca y limpiarse las migas de las manos en el mantel.

—Vale, venga. Tenemos que hacer magia —apremió Annie, con la intención de alejar a Maeve de esa conversación interesante, por mucho que ella misma también quisiera sentarse y seguir escuchándola—. He pensado que hoy podemos probar con otra sección de Encantamientos. He recordado un pequeño truco ingenioso de cuando tenía tu edad y garabateaba hechizos en los pergaminos. Luego, los arrugaba y los hacía explotar, convirtiéndolos en purpurina. No te vas a creer…

—Por supuesto que no. Nada de purpurina —la cortó Hal, con un gesto acusatorio hacia Annie—. Si tu magia es pasable, ese maldito brillibrilli se colará en todos los rincones y nunca me libraré de él. Bastante malo es ya que hayas dejado tu marca por toda la casa.

—¿No te gusta? —replicó Annie, perpleja de verdad. Como una firme creyente de la importancia de un extra de brillantina en cualquier momento, había modificado su magia para asegurarse de que sus destellos duraran un poco más que la media.

Hal se aclaró la garganta.

—Bueno, no es que no me guste. Es solo… Uf, haz lo que quieras. Espero que Morena comprenda que le enviaré la factura del decorador cuando hayas terminado. —Se llevó el plato a la cocina y se remangó la camisa hasta revelar los antebrazos. Annie ya se había fijado en ellos. Sin la suciedad (se había mantenido ocupada a propósito mientras él se daba un baño), podía ver lo bronceados que los tenía. Y grandes.

—Os dejo con… lo que sea que hagáis, pero volveré pronto —se despidió Hal mientras prendía las botas, de las que cayeron esquirlas de barro por todo el suelo de la cabaña—. Gracias por la tarta… o lo que fuera eso. No era beicon ni huevos, pero también estaba… delicioso, de todas formas. ¿Te ha sobrado algo?

—¿Te refieres a los cruasanes? —le recordó Annie, aunque sospechaba que para él significaría lo mismo que si le preguntara por una berenjena. Hizo que una escoba barriera a su alrededor mientras envolvía otro cruasán con una servilleta y se lo tendía—. Ah, lo más probable es que deba mencionar que le añadí un toque de confianza a la compota de frambuesa. Es una receta de Celeste,

útil para menguar la magia explosiva de Maeve, pero, si hoy te sientes extrafabuloso, ya sabes por qué.

Le dedicó una sonrisa angelical a la que Hal respondió con una mirada de incredulidad. Tomó la chaqueta del gancho y, al abrir la puerta principal para marcharse, Annie advirtió que se echaba el pelo largo sobre el hombro con un ademán demasiado pomposo. Se quedó paralizado.

—Malditas bayas. —Se giró para dedicarle un último ceño fruncido y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Adónde crees que va? —preguntó Annie, mientras observaba cómo cruzaba el claro en dirección al bosque. Maeve sacó la cabeza por la puerta de la habitación a la vez que se lavaba los dientes. A medida que su magia prosperaba, no se molestaba siquiera en sostenerse el cepillo. Levitaba con elegancia cerca de su boca mientras el del pelo le peinaba el cabello largo y negro. Annie no pudo evitar soltar un bufido al verlo.

Maeve se encogió de hombros y habló con la boca llena de pasta:

—Seguro que a echarle el lazo a un grifo o algo así.

Los días siguientes pasaron en una neblina de gotas de lluvia y nubes de plata ahumada a medida que octubre avanzaba en torno a la Cabaña Arden, como si la mantuviera escondida con cuidado entre unas manos cálidas. Dedicaban el tiempo a leer, hornear, hacer manualidades y crear. Además, cuanta más confianza y calma ganaba Maeve, más crepitaba a su alrededor una corriente de magia. Hal se pasaba el día fuera, pero volvía para cenar y dormir cada noche, y mientras Annie avivaba el fuego en la cabaña y le

servía un chocolate caliente muy cremoso. Su receta secreta siempre incluía al menos un deseo de la diminuta bolsa aterciopelada que le había comprado a un útil contacto élfico.

Durante una noche templada, al advertir que quedaban menos de tres semanas para Halloween, Annie decidió aprovechar la energía creciente y mágica que se mantenía a la espera y continuar con el progreso positivo que había presenciado cada día en la magia de Maeve. Estaba mejorando a una velocidad impresionante y, después del comentario de Hal sobre la manera en la que Maeve parecía atraer a los seres mágicos de la zona, Annie empezó a preguntarse si tendría razón. No lo iba a admitir ante él, claro. Pero quería retar a Maeve, llevar su magia más allá de los helados con refresco y las cajas de pintura con los colores del arcoíris.

—No quiero que te desilusiones si no consigues tejer el hechizo tal y como lo deseas —dijo Annie, mientras le colocaba a Maeve entre los brazos un mantel de pícnic con borlas rosas, un cesto rosa con tentempiés para tomar como cena y el cojín rosa favorito de Karma, así como dos telescopios. Por desgracia, estos últimos no eran de color rosa—. Es una magia muy complicada. Muchos brujos de la Casa Hécate tendrían problemas con este encantamiento.

Maeve solo la contempló y dijo:

—Probemos.

Dado que Hal aún no había vuelto de lo que fuera que lo mantenía ocupado aquel día, las brujas se encaminaron por el prado ante la casa mientras la noche impregnaba la larga hierba con una tonalidad plateada que hacía que el jardín entero pareciera pintado de trazos de acuarela de luz lunar. Había sido justo esa idea la que había inspirado los planes de Annie para aquella noche. Desde que habían

llegado a la aislada cabaña, el cielo parecía revelar sus propias constelaciones cada noche, estrellas que nadie más podría ver, y era la hora de aprovecharlas.

—Vamos a intentar algo brillante.

—Ay, otra vez no —gimió Maeve—. ¿No lo pillaste cuando hice explotar tu calabaza de princesa?

—Creo que esta idea va más con tu estilo. Maeve, quiero que aproveches las estrellas —contestó Annie, que intentaba mantener una expresión impasible, aunque el corazón le dio un vuelco, emocionado, cuando advirtió la manera en la que se le iluminó la cara a la adolescente.

—¿Las estrellas? ¿Te refieres a las estrellas de verdad? ¿Cómo…? ¿Qué…? Supongo que suena bastante guay —dijo Maeve con una sonrisa gigantesca que casi le dividió la cara en dos.

Las dos brujas se tumbaron bocarriba, una al lado de la otra, en el mantel, con Karma envuelta alrededor del cuello de la chica como si quisiera incordiar tanto como le fuera posible. Cuando la noche llegó a su punto álgido, con su extenso y complejo patrón de cielo color zafiro, Annie le entregó a Maeve un lápiz.

—Lo he sacado de tu estuche.

—¿Sí? No lo reconozco.

—Vale, quizá lo haya vuelto rosa. Pero ha sido un efecto secundario accidental del encantamiento, lo prometo. He encerrado en su interior un hechizo de *Caelum Adambratio* para comenzar, para encerrar la luz de las estrellas, pura y plateada, en la punta. Ahora lo único que tienes que hacer es…

Annie estiró la mano hacia el cielo y, sobre la oscuridad, intentó hacer un esbozo rápido y terrible de sí misma, lo que la avergonzó,

aunque se esforzó para que no fuera así. Cada vez que movía el lápiz, trazaba una línea de plata para grabar su retrato en el cielo.

—Como es obvio, se me da fatal. Ni lo mires. Pero tengo la sensación de que estás a punto de hacer algo maravilloso.

Sin dudarlo, deleitada con la idea, Maeve tomó el lápiz y se pasó las horas siguientes uniendo los puntos celestiales para pintar el lienzo nocturno con sus propias ilustraciones. Al descubrir una alineación de estrellas, lunas y planetas mientras dibujaba, las constelaciones parecían cobrar vida. Maeve llenó cada centímetro de aquel vasto espacio con sus dibujos, perdida en su mundo tanto como en el cielo.

—¿Cómo funciona? Es increíble —se maravilló Maeve antes de sacar la lengua para concentrarse en el esbozo.

—Ingenioso, ¿eh? —dijo Annie, encantada consigo misma por haber encontrado algo que mostrara tan bien la naturaleza de la magia de Maeve—. Si la bruja así lo decide, puede transmitirle sus poderes a un objeto. Quizá desee hacerlo por muchas razones distintas, tal vez para dejarles un ápice de protección a sus seres queridos cuando cruce el velo o si pretende utilizar una varita, en lugar de hacer gestos físicos. Por supuesto, esos usos son más permanentes, pero también pueden ser temporales.

—Como la otra noche, cuando llegó Hal y moviste la cuchara de madera de aquí para allá.

Annie se sonrojó.

—Exacto, aunque no pretendía encantar la cuchara de madera. Quizá no fuera la mejor decisión, pero me dejé llevar por el momento y mi magia se coló en ella. En tu caso, estás usando la magia de las estrellas, que se restituirá cuando hayas terminado,

pero de esta forma el lápiz se convierte en una especie de varita con la que canalizar dicha magia. Me pareció muy adecuado para ti, con tus muchos talentos. Sin embargo, tengo que decir que es una magia complicada y no esperaba que le pillaras el truco con tanta facilidad.

Las estrellas parecían susurrarle historias a Maeve, al mismo tiempo que sus bosquejos de plata líquida y magia decoraban el cielo como filigranas. Annie podría haber estallado de orgullo al ver cómo las habían unido los hechizos y el arte de la chica. Vibraba al darse cuenta de que aquello confirmaba su sospecha de que la magia de Maeve era un tesoro único y prometedor.

Por fin, Hal regresó.

—Me preguntaba si vosotras dos seríais las responsables de esas obras de arte —comentó, asombrado, mientras dejaba caer el petate al suelo para unirse a ellas. Se tumbó en la hierba, con las dos manos tras la cabeza, para ver cómo Maeve terminaba un dibujo impresionante de Karma luchando contra una pelota de hilo que se desprendía del Cinturón de Orión.

—No puedo atribuirme ningún mérito. Lo ha hecho todo Maeve —dijo Annie, feliz de observar cómo el rastro de plata del lápiz cruzaba el cielo sobre su cabeza como una estrella fugaz.

Los tres no habían tardado en disfrutar de la compañía que se ofrecían. Annie fue la que más se sorprendió al descubrir que se sentía, quizá no relajada, pero al menos un diez por ciento más tranquila ante la presencia reconfortante de Hal. Casi todos los hombres con los que se había encontrado en su vida la habían hecho sentir lo opuesto: incómoda, rígida y muy cohibida. Pero la aliviaba y la emocionaba ver que volvía a la seguridad de la cabaña, como

prometía cada mañana. Además, suponía que cualquier hombre que permitiera que Karma se sentara en su cabeza como un gorro ruso era un hechicero bastante decente.

Mientras Maeve estaba distraída con un complejo retrato de ellos cuatro entre las estrellas, Annie se percató de que Hal trataba de llamar su atención en silencio, con las cejas arqueadas y los ojos muy abiertos. Le resultó fácil entender lo que significaba, incluso antes de que articulara las palabras «esta cría» con un guiño que pretendía ser alentador, pero que hizo que Annie se sintiera agitada, como si su estómago se comiera a sí mismo. La estaba animando a sacar el tema con Maeve.

Desde que Hal había dicho que era «la elegida», Annie había evitado adrede la posibilidad de tener una conversación sincera con Maeve sobre las cualidades magnéticas y extrañas que su magia parecía revelar. A primera vista, sería una locura dejar que una adolescente supiera que quizá se encontraban ante unas habilidades tempranas más poderosas de lo habitual. Pero, tras conocer a la chica en profundidad en tan poco tiempo, Annie sabía que no debía preocuparse porque tuviera un ego arrogante e insolente. Además, ¿por qué no iba a ser adecuado contarle a una joven que era increíble? No era una idea peligrosa. Annie habría vendido su alma a cambio de que alguien se lo hubiera dicho en serio. Maeve se merecía saber que era más especial de lo que habían pensado en un primer momento. Le dedicó a Hal un asentimiento breve y sutil.

—Maeve —la llamó Annie, mientras se tumbaba sobre el costado para mirarla de forma directa—. Es fascinante. Tu magia… Empiezo a darme cuenta de lo poderosa que es. De hecho, es muy muy poderosa.

Como era de esperar, y Annie debería haberlo sabido, Maeve solo se encogió de hombros.

—Lo sé.

—¿Sí?

—Claro —musitó la chica indiferente, aún concentrada en los retratos que remataba con detalles meticulosos como la nariz de Annie o el pelo facial de Hal—. Llevo diciéndoselo a cualquiera que me quisiera prestar atención desde que adquirí los poderes. Sin embargo, ese es el problema, la gente no me escucha. Te dije que sentía que todo era abrumador.

—Es verdad, sí. —Annie recordó su paseo por el bosque—. Pero creía que solo estábamos hablando de las emociones.

—¿Las emociones? No, Annie —contestó Maeve, con los ojos en blanco—. Mis emociones se descontrolan, pero solo son eso, emociones. Vienen y van, es lo normal con quince años. Lo que es demasiado potente es la magia. —Anunció como si fuera obvio, como si Annie tuviera que haberlo entendido hacía muchos días.

—Ah, bueno… Me alegro por ti. Maravilloso. Y he estado pensando… —decidió aventurarse Annie.

—A ver si se te van a cansar las neuronas —se quejó Maeve con un bufido.

Annie le dedicó una mirada sarcástica. Luego, arrancó un diente de león junto al mantel de pícnic y pasó el dedo por la esfera aterciopelada que formaba la flor.

—Quizá deberíamos contactar con el aquelarre para contarles qué tal nos va. Sé que se supone que deberíamos esperar a que ellos nos dieran el visto bueno, pero de verdad creo que les interesaría saber que…

—No. —Maeve tensó la mano en el aire y el lápiz dibujó una raya plateada e inesperada por el cielo.

—Maeve, ni siquiera sabes lo que voy a proponerte. —Annie se echó a reír—. Si el aquelarre supiera que tu magia es extraordinaria y que no deja de mejorar, quizá…

—¿Quizá qué? ¿Me organice una fiesta? ¿Me ponga al mando?

Maeve dejó caer el lápiz en el mantel. Su preciosa ilustración celestial se desvaneció a medida que el hechizo perdía fuerza, como si alguien la hubiera borrado con una goma. Las emociones que emanaban de Maeve agitaron la boca del estómago de Annie cuando esta las captó. La sensación creciente de preocupación y pavor se mezclaba con el rápido arrebato de ira que Annie absorbió junto con el aire frío del prado.

Maeve negó con la cabeza y desvió los ojos del cielo a sus uñas, que comenzó a toquetearse.

—Vamos, Annie, ni siquiera tú eres tan inocente como para pensar que lo raro recibe elogios en alguna parte. No encajo, ni siquiera en el mundo brujo.

Annie pestañeó, confusa, pero se deshizo de la perplejidad con una carcajada de incredulidad.

—El propósito del aquelarre es celebrar la magia en todas sus formas. Les encantará ver lo especial que eres, como hemos hecho Hal y yo. Hasta ahora, todas mis sugerencias han sido igual que ponerle de deberes a un genio un dibujo en el que unir números. ¡Eres demasiado buena! Quizá tengan alguna idea sobre cómo podríamos utilizar tu magia para otros asuntos con los que potenciar tu talento.

Esa vez, el resoplido indignado de Maeve se vio enfatizado por un bufido similar de Hal. Annie lo fulminó con la mirada y el hombre no tardó en centrar los ojos en el cielo, manteniéndose callado. Aunque sabía que no le correspondía a él contribuir, era evidente que había estado prestándoles atención y que opinaba lo mismo que Maeve.

—¿Ves? Incluso el vaquero cree que tengo razón.

—No os aliéis contra mí. Maeve, podrían proponerte retos más adecuados que yo.

—Pero quiero quedarme aquí —se quejó Maeve con una chispa de vulnerabilidad en la voz que no duró, reemplazada enseguida por confianza—. ¿Me estás diciendo que un aquelarre mágico estaría encantado de saber que una chica de quince años tiene poderes extraordinarios? ¿Que se alegraría por mí y querría ayudarme a canalizarlos y probarlos todo lo que quisiera? —Maeve negó con la cabeza, como si sintiera lástima por la mentalidad inocente de Annie —. Sí, eso es lo que ocurre siempre en historias como la mía, ¿no? Todo les sale bien a los raritos, ¿verdad?

Al oír la propuesta en voz alta, Annie hizo una pausa. Le frustró comprobar que Hal estaba de acuerdo al ver su ceja arqueada. En teoría, había permanecido en silencio, pero se había incorporado sobre los codos. Annie podía oír con exactitud lo que trataba de decir sin escoger un bando en asuntos que no le atañían: «La cría tiene razón». Lo miró y chasqueó la lengua, a pesar de que el hombre no había pronunciado ninguna palabra en voz alta.

—Sé que Morena querrá conocer lo maravillosa que eres —insistió Annie, persuasiva.

—Morena nunca va a considerar que algo es maravilloso —intervino Hal—. Excepto las técnicas de tortura medieval, quizá. Me

contó una vez que le encantaría verme atrapado en un cepo de madera. —Annie le dedicó una mirada que hizo que arqueara las cejas, inocente. Tomó el sombrero vaquero y se lo colocó sobre la cara mientras se reclinaba, resignado—. Vale, ya me callo.

Seguro que el aquelarre quería oír lo que había descubierto sobre Maeve, pero Annie pensó con una sensación inquietante que la Sortiedad también esperaría que le compartiera esa información. La idea hizo que se pusiera en tensión y una extraña oleada de náuseas se apoderó de ella ante la posibilidad.

—Lo que no entiendo es por qué es asunto suyo —replicó Maeve, malhumorada—. Yo no lo compartiría, al menos, todavía no.

Annie reflexionó sobre la predicción de Maeve y Hal, la posibilidad de que el aquelarre no se emocionara tanto como ella pensaba y no aplaudiera a su prometedora protegida. Que, en su lugar, no se deleitara lo más mínimo con tal chispa de potencial. La comunidad de brujos y hechiceros más mayores tal vez se sintiera amenazada y preocupada. Maeve no sería más que una señal de alarma. Selcouth siempre había dejado cristalino lo poco que le gustaban las anomalías en el sistema, y los desajustes en el uso de la magia siempre llevaban a debates intensos y polémicos. Annie incluso había oído relatos de personas a las que les habían arrebatado los poderes.

«Atención indeseada, extrañezas, anomalías… A Selcouth no le gustan esas cosas». Nunca había sido algo que se hubiera planteado, pero la determinación del aquelarre por limitar esos aspectos no era atrevida ni valiente. Quizá se trataba más bien de cobardía.

Annie pensó en lo que había visto hacer a Maeve con su magia. Cosas maravillosas. Preciosas. Impresionantes. Llenas de color y vida, juventud y alegría. Y las posibilidades que parecía albergar, tantas que burbujeaban y se derramaban, azucaradas y descontroladas. La magia de Maeve era demasiado especial para permitir que se apoderaran de ella, justo cuando empezaba a convertirse en algo bonito. Y lo mismo podía decirse de Glory y la Sortiedad.

Algo en el interior de Annie le informó de que, si alguna vez iba a romper las reglas, tal vez ese era el momento de intentarlo, de ir contra todo lo que se suponía que debía hacer, de elegir lo que a ella le parecía lo correcto. También contaba con Hal, un hechicero respetado y con talento que podría ayudarla. Y la adolescente siempre le decía que dejara de agradar a todo el mundo. Quizá la cría…, Maeve, la consiguiera convencer de hacerlo por fin.

Annie dejó escapar un suspiro profundo y reconfortante. Hacer las cosas mal por una vez en su vida la empujó a sentirse bien de una manera sorprendente.

—Tu secreto está a salvo con nosotros —dijo antes de estrechar a Maeve contra sí. Notó cómo el alivio destensaba los hombros de la chica, la única señal que Annie necesitaba para sentirse cómoda con su decisión. Al menos, por el momento. Era lo bastante hábil como para controlar la magia de Maeve, siempre y cuando la adolescente permaneciera en un lugar donde se sintiera relajada y confiada. Podían bajar el ritmo, tomarse tiempo para aprender más sobre el tema, entender su naturaleza antes de que el aquelarre irrumpiera en sus vidas. Hal dejó escapar un gemido triunfal de satisfacción y, sin quitarse el sombrero de la cara, le tendió la mano a Annie para

que le chocara los cinco. El sonido penetró en la calma y trajo consigo una idea repentina y apremiante que se coló en el cerebro de Annie.

La luna flotaba pesada sobre sus cabezas como un péndulo elegante en un reloj celestial. No sería tan tarde, ¿no?

—¿Qué hora es? —preguntó Annie, temblorosa, a la vez que tragaba saliva con dificultad.

—Algo más de medianoche a juzgar por la luna —supuso Hal, quien levantó el sombrero para observarla con los ojos entornados en mitad de la oscuridad. Los tres solo tenían un lado de la cara iluminado por los farolillos del porche—. ¿Por qué?

Annie se puso en pie de un salto y derramó la bebida sobre los últimos picatostes antes de quitarse frenética las briznas de hierba seca del vaquero. Se giró hacia Hal y Maeve, casi sin asimilar sus expresiones de perplejidad.

—Tengo que darme un baño.

—No hueles tan mal —dijo Maeve.

—No, no, no lo entiendes. Es… —Annie tartamudeó, sin encontrar las palabras, con una mano en la frente—. Esta noche me toca lavarme el pelo. ¡Claro! No puedo alterar mi rutina —insistió demasiado alto, y siguió las palabras con una ligera risa histérica cuando se giró para echar a correr. Vio que Maeve y Hal se miraban de soslayo, aturdidos, pero no tenía tiempo para aquello. Volvió corriendo junto al mantel—. De hecho, ya hace rato que ha pasado la hora de irse a la cama. Vamos dentro, todos.

Mientras Annie los empujaba hacia el interior de la cabaña, arrancó un puñado de dientes de león que crecían en la parte delantera del porche. Estaba bastante segura de que los dientes de

león tendrían algunas cualidades que merecerían la pena, ¿no? Al menos, mantendrían una digestión perfecta. Le servirían para el hechizo de aquella noche. Ya se había atenuado un poco, a juzgar por las decisiones apresuradas que la habían empujado a ser audaz y actuar mal. No podía dejar que siguiera desvaneciéndose.



Capítulo 16

MÁS BRILLANTE

Pronto, el trío inesperado de la Cabaña Arden vio cómo llegaba mediados de octubre y los tres establecieron una rutina cómoda y agradable. El primer vértice del triángulo era un dulce azucarado, el segundo, unos ojos en blanco y cortinas de pelo oscuro y el tercero, gruñidos constantes y desaliño. Pero todos debían admitir que la combinación de optimismo y positividad aportados por Annie, la determinación y franqueza sin límites, contribución de Maeve, y la presencia calmante de Hal parecían procurar el equilibrio perfecto que unos necesitaban de otros. Como si fueran pociones maravillosas, cada ingrediente encerraba un poder limitado, pero juntos producían algo mágico de forma asombrosa.

Tras una ardua jornada de sumergirse en los niveles más profundos de la teoría de los Encantamientos (ardua solo porque Maeve no dejaba de hacerle a Annie preguntas muy complejas para las que su mentora no tenía respuesta), la confianza de Maeve resplandecía con fuerza. Después de lograr invocar un fuego de forma voluntaria por primera vez en su vida al usar una ligera voluta de *Ignis Candela* para iluminar todas las velas de la cabaña, en lugar

de permitir que la guiara su temperamento explosivo, Annie declaró que era un progreso que debían celebrar.

Durante todo el día, había estado soñando con un asado enorme para cenar, seguido de un postre espectacular, y dejó que su magia fluyera con libertad por la cocina. Annie tarareaba en los fuegos con la radio puesta mientras las chispas revoloteaban para mantener las cucharas en movimiento dentro de los cazos y las bandejas se deslizaban dentro del horno, a la vez que una olla de sidra de manzana especiada hervía a su lado. Un olor maravilloso a calabaza asada y verduras glaseadas con sirope de arce inundaba la cabaña junto con el suave humo amaderado de la chimenea.

Los tres se sentaron juntos a la mesa (Hal solo pudo unirse cuando se hubo aseado de la cabeza a los pies debido a la insistencia de Annie de que no se acercaría al mantel blanco si no lo hacía) y se abalanzaron sobre las bandejas a rebosar. Estaban llenas de zanahorias con hierbas, cubiertas de un dulce glaseado brillante, patatas asadas doradas que crujían al clavarles un cuchillo y una salsa densa y oscura con la consistencia perfecta. Esa última había sido contribución de Hal, quien se había empeñado en que no confiaba en que nadie más la hiciera bien, ni siquiera Annie. Maeve había estado involucrada en la importante tarea de usar su fuego brujeril recién dominado para quemar algunas nubes de chuche que habían añadido a la tarta.

—No voy a volver a comer en mi vida —dijo Hal, reclinándose en la silla y acariciándose el estómago tras la cena.

—¿Postre? —preguntó Annie, alegre.

—Bueno, venga.

Incapaz de reprimir una sonrisa radiante al saber que se sentiría orgullosa por lo que había hecho, Annie fue a buscar la obra maestra en la que había empleado horas y con la que había agotado su magia. Se trataba de una imponente tarta de chocolate tan alta que se balanceó cuando levitó hacia la mesa. El cacao del color de la medianoche estaba decorado con un glaseado tan delicado y elaborado que Maeve declaró que debía considerarse la mejor obra de Annie. Remolinos de crema de mantequilla de un profundo púrpura caían en cascada desde cada piso y unas flores comestibles encantadas brotaban una a una en cada borde. Las estrellas de chocolate en miniatura, un tributo al exitoso hechizo de Maeve con la luz de las estrellas, salpicaban la parte superior y rodeaban un caldero encantado de chocolate del que surgía un río aterciopelado de cálido chocolate blanco. Solo para añadir un toque extra, calabazas diminutas de chocolate adornaban el último piso, donde las nubes quemadas por la mano experta de Maeve se habían convertido en pequeños fantasmas perfectos.

—¿Es demasiado? —preguntó Annie, algo cohibida de repente. Maeve ya se abalanzaba sobre la tarta para servirse un trozo, con el ceño fruncido por la presión de hacer el primer corte.

—Nunca —contestó Hal, quien pareció estupefacto durante unos segundos al asimilar toda la situación, aunque no por ello menos impresionado. Annie le dedicó una sonrisa tímida de aprecio por su respuesta.

Más tarde, todos le daban sorbos a un café solo mientras se quitaban de los dedos los restos del chocolate.

—Ahora entiendo por qué esa pastelería tuya tiene tanto éxito. Y por qué todos en la Casa Hécate se pelean por quedarse con las

sobras —comentó Hal mientras tiraba de la servilleta que se había atado al cuello y la convertía en una bola sobre la mesa, derrotado —. Seguro que tus amigos no dejan de autoinvitarse a casa para probar todo lo que cocinas.

Annie soltó una suave carcajada.

—Mis amigas no brujas me acompañan mientras horneo. Y los demás… no están tan convencidos.

—Pues vaya —farfulló el hombre, dándole su propia interpretación al silencio incómodo cuando Annie no dijo nada más—. No saben la suerte que tienen, ¿no? —Se rascó la barba y evitó sostenerle la mirada a toda costa.

Maeve fue la primera en abandonar la mesa.

—Lo mejor de Annie hasta el momento —afirmó mientras utilizaba su magia para apilar los platos de la tarta. Su mentora se sonrojó con fuerza, pero le dedicó una ronda de aplausos, encantada, porque hubiera usado un hechizo de levitación sin problemas. Incluso Hal le dedicó un «Nada mal, niña» antes de que Maeve se disculpara y se encerrara con sus lápices, blocs de dibujo, Karma y, por increíble que pareciera, un plato de aperitivos.

Annie y Hal comenzaron a despejar el resto de la mesa sin hablar demasiado hasta que se encontraron de pie ante el fregadero, juntos e incómodos.

—Tú lavas, yo seco —musitó Hal. Annie no estaba del todo segura de por qué habían decidido seguir uno al lado del otro, limpiando la vajilla, cuando se había demostrado que por estadística lavar los platos era el uso más común de la magia. Lo único que sabía era que sentía calma. Seguridad. ¿Estaba… relajada? La impactante idea

acabó de inmediato con esa posibilidad porque una tensión descontrolada se le posó en la espalda ante el pensamiento.

—La cría parece feliz —comentó Hal—. Nunca he conocido a nadie como ella. O como tú, la verdad.

—Podría decir lo mismo de ti. —Annie se echó a reír—. Está encontrando su lugar. Es divertido estar con alguien que ve lo que hay más allá.

—¿Más allá de qué? —preguntó Hal. Durante una milésima de segundo, Annie casi se atrevió a contarlo, a confesarlo, a sacar a la luz su secreto más oscuro: que el *Splendidus Infernum* lo controlaba todo, fuera lo que fuese.

—De nada. En ese sentido, tú eres igual. Los dos parecéis estar a gusto aquí —dijo, deseosa de cambiar de conversación—. Llevo un tiempo pensando en preguntártelo: ¿cómo acabaste en esta cabaña? Está en mitad de la nada, con la única compañía de los animales.

Hal se echó a reír.

—Dan buena conversación. —Al ver que Annie esperaba una respuesta de verdad, soltó un suspiro—. Mi padre murió hace unos años. Lo era todo para mí. Me mantenía alerta, pendiente de él y de su corazón roto tras la pérdida de mi madre. Entonces, cuando él también se fue, sentí la necesidad de empezar de cero, de entender qué me venía bien, por primera vez en mucho tiempo.

Ralentizó el movimiento del trapo sobre el plato que estaba secando. Luego, se aclaró la garganta para recomponerse.

—Me gusta la paz que hay aquí. Se puede pensar y vivir con calma. Y los animales se alegran de tenerme cerca, lo que no siempre me pasa con humanos. Este lugar me llamó desde el

principio. El claro se encuentra en un cruce de líneas místicas, por lo que hay una magia potente en el aire, lo que significa…

—Que tienes tu propia colección mágica de bestias —canturreó Annie.

—Exacto. Me siento más en casa cuando el cielo se extiende sobre mi cabeza y el terreno bajo mis pies es sólido. Puedo seguir con mi investigación, rodearme de todas estas criaturas increíbles. Es más seguro que siga aquí si alguna vez traigo alguna bestia impredecible tras un viaje. Y puedo irme durante mucho tiempo con la seguridad de que nadie va a aparecer en mi puerta… Al menos, hasta que llegasteis vosotras.

Le dedicó una mirada de soslayo y Annie esbozó una sonrisa tímida que hizo que Hal perdiera su hilo de pensamiento.

—¿Sabes? Es una pena que tus condenados amigos no sepan apreciarte como deberían.

Las manos de Annie se quedaron inmóviles por voluntad propia, aún llenas de espuma. Hizo todo lo posible por disculparlos.

—Sí que lo hacen, sé que es así. Hay distintas partes de mi vida que existen en secciones diferentes y es mejor que sigan así.

—Secciones, ¿eh? ¿Y qué sección te gusta más?

—Quizá mi tiempo en la Casa Hécate. Aunque, a decir verdad, me someto a mucha presión allí porque siempre intento impresionar al aquelarre… O en la pastelería… Bueno, en realidad, ahí también me presiono demasiado. Quizá la noche de chicas, entonces, aunque pueden ser un poco… —Interrumpió el balbuceo—. Lo que te puedo asegurar es que no es mi vida amorosa.

—Parece que no hay nada que te cause demasiada felicidad estos días, ¿no? —dijo Hal, mientras tiraba del extremo húmedo de la

manga antes de lanzarle una nueva mirada.

—Las últimas dos semanas han sido la primera vez en mucho tiempo que he sentido algo similar a la felicidad real, creo. Me siento… libre.

La confesión se derramó de entre sus labios tan rápido que Annie juraría que había notado cómo el hechizo se encogía, algo sorprendido por no haber podido filtrar sus palabras, como si le hubiera arrebatado el permiso. Las conversaciones en la Cabaña Arden no dejaban de pillarla con la guardia baja de una manera que no creía posible.

—Es muy distinto estar con personas de las que no tengo que desconfiar. Siento que a veces cuidáis de mí, aunque se suponía que debía ser yo quien se encargara de esa tarea. Por aquí no tengo que moverme con pies de plomo. —Annie intentó soltar una carcajada mientras lo decía. Mantuvo los ojos fijos en el fregadero, lleno de burbujas.

Hal también parecía fascinado de una manera poco habitual por su plato ya seco.

—Diría que es lo menos que te mereces. —Se produjo una breve pausa entre los dos antes de que continuara—: Y puedes moverte por donde quieras y con toda la fuerza que desees en mi casa. Aunque mi compañera de piso es bastante estricta, así que deberías quitarte primero las botas. —Annie le lanzó un puñado de burbujas jabonosas y él no tardó en devolverle el ataque—. Las reglas son las reglas. Yo solo soy el inquilino.

Annie se echó a reír.

—Mi amiga Vivienne dijo una vez que, si me encontrara en una situación sin reglas, inventaría alguna para sentirme mejor.

Hal pareció sorprendido.

—¿Vivienne? ¿Vivienne Cinder?

—¿La conoces?

—Para nada. Hice mi misión personal asegurarme de no juntarme nunca con ella después de que me preguntara si era el mozo de cuadra en su ceremonia de Obscuración. Me exigió que le pidiera un taxi, un té sin azúcar y que hiciera algo para arreglar la corriente que había en el vestíbulo. Una corriente… en una sede antigua, mágica y subterránea —dijo con expresión neutra. Annie se estremeció y le dedicó una sonrisa de disculpa en nombre de Vivienne.

—No creo que mis amigos brujos fueran de tu agrado. Sus vidas son muy distintas a la tuya. —Se echó a reír, pero el comentario fue como dejar caer un cristal al suelo. En cuanto oyó las palabras, odió lo que parecían implicar.

Hal se aclaró la garganta y se centró de inmediato en la bandeja, cuya superficie ya había secado centímetro a centímetro.

—Supongo.

—Mmm —contestó Annie con una sonrisa serena en el rostro para no revelar sus ganas de llevarse una mano mojada a la frente. Al darse cuenta de que su observación no había sido acertada, una losa se le instaló en el pecho. El hechizo había fallado y había dejado de funcionar, toda la magia en el aire tras el día de encantamientos estaba afectando a su equilibrio—. No son mejores ni peores —farfulló, desesperada por disipar la incomodidad que había creado sin querer—. Solo diferentes. No entenderían qué te atrae de este lugar.

—¿Tan malo es?

—Ah, no, para nada. —Annie titubeó—. Solo digo que… Bueno, tú y yo somos casi opuestos, ¿no? Es gracioso. No pegamos. Es raro incluso que estemos en el mismo sitio, tan cerca el uno del otro.

—Claro. —Hal tragó saliva—. Es cierto.

Las salpicaduras de agua contra los lados del fregadero y el suave olfateo de alguna criatura en el porche fueron los únicos sonidos que se oyeron hasta que Hal volvió a hablar.

—Sin embargo, te ha venido bien este cambio de ritmo, estar aquí conmigo y la cría. Necesitabas un descanso, pero te alegrará volver a tu mundo de brillantina —espetó con brusquedad. Annie negó con la cabeza mientras colocaba una bandeja en el escurreplatos y se desprendía de las burbujas de las manos.

—Hal, no quería que sonara así. Este lugar es muy especial. Parece salvaje y es precioso. Es mi mayor aventura. Bueno, la única, pero…

—Pero no es tan bonito y refinado como para cumplir tus estándares. Ningún candelabro ni torres de champán burbujeante, ningún fuego artificial, excepto cuando algo explota de forma accidental en el caldero mientras cocino… o si la cría tiene algo que ver con él. —Hal soltó una carcajada entre dientes—. Tu mundo es mucho más brillante que este sitio. Necesitas todas esas cosas.

Annie lo estudió con atención, dejando de lado los platos.

—¿Eso crees?

—Es lo que parece.

En privado, Annie había empezado a preguntarse durante los últimos días si era así de verdad. Su vida había sido una serie de caminos marcados y encerados para llevarla a habitaciones resplandecientes. Había supuesto que ese era su sitio. Pero desde

que había llegado a la Cabaña Arden, apenas había sentido una pizca de nostalgia por cualquier aspecto de ese mundo.

—Lo estoy haciendo bien, ¿no? —preguntó, dubitativa—. Sí, quizá me sorprendiera descubrir que debía cruzar un riachuelo para llegar al baño, pero… me quedé, me estoy enfrentando a todo esto.

—Vas genial, sobre todo con Maeve —la animó Hal con una sonrisa de resignación—. Pero tú también te irás —añadió—, como deberías hacer, porque te mereces lo mejor. —Se sorbió la nariz—. Sería como mantener a un cisne en un gallinero —gruñó para sí, lo que hizo que Annie se echara a reír.

—Estoy descubriendo que tu mundo tiene su propio tipo de brillo —susurró. Se produjo un segundo de pausa en el que Annie trató de averiguar qué decir a continuación. ¿Por qué el hechizo no estaba encargándose de ese momento tan lioso y complicado?

—¿Te imaginas dejarlo todo atrás, empezar de cero? —preguntó Hal, estudiándola con ternura en los ojos. Deseó que el hechizo diera el siguiente movimiento, formulara la respuesta correcta, la contestación adecuada, pero no se le ocurrió nada. Se quedó en blanco. ¿Por qué fallaba? Annie abrió los labios antes incluso de saber qué decir, pero Maeve apareció tras la esquina de la cocina. A la vez, Hal y Annie se separaron unos pasos.

—Annie, Karma no aparta la cabezota de mi tarta de crema —gimió Maeve, con el plato de aperitivos a un brazo de distancia—. La llevo guardando desde el desayuno para comérmela en la cama mientras dibujaba y… Ah. —Maeve retrocedió, con la gata colgada del hombro, al mismo tiempo que le presionaba la pata contra la cara para tratar de robarle el dulce con su propio hocico peludo—. Perdonad. No me había dado cuenta de que interrumpía algo.

—No, nunca. Claro que no. Por supuesto que no. Para nada —replicó Annie, frenética. Se dio media vuelta para apoyarse en el fregadero, lo que hizo trizas el momento. Su rostro se había tornado tan brillante como sus pantuflas fucsia. Incluso Karma se había quedado inmóvil al sentir la tensión.

—Nos estamos quedando sin leña para la chimenea. Será mejor que corte todo lo que pueda —musitó Hal como excusa y acarició las coronillas de Karma y Maeve al pasar arrastrando los pies. Tomó la chaqueta del gancho y la puerta principal se cerró de golpe tras él antes de que Annie pudiera preguntarle si necesitaba ayuda.

Sin embargo, si se paraba a pensarlo, tenían mucha leña. Annie recordaba haberle visto cortarla a primera hora de la tarde. Había sido una gran distracción.



Capítulo 17

LA CONFESIÓN DE MAEVE

El agua perfumada y embriagadora del baño se aferraba a la piel de Annie con una capa húmeda que le sonrojaba el rostro y le pesaba en los párpados. Los tentáculos mojados de cabello se le pegaban a la frente, por lo que se los apartó, junto con las últimas lágrimas que le había provocado el maleficio. La miríada de voces que le había presentado el hechizo esa noche había sido muy dura. Todo parecía mucho más extremo allí, al aire libre, que en el baño de su casa. Incluso así, se había asegurado de duplicar algunos ingredientes de la poción para fortalecerla todo lo posible después de que el hechizo le hubiera fallado tantas veces con Hal esa misma tarde.

Splendidus Infernum solía ser impredecible en ese sentido. En ocasiones, los espíritus parecían más arrepentidos que de costumbre y, con Halloween a la vuelta de la esquina, su pasión se había reforzado dado que el velo entre los vivos y los muertos se volvía cada vez más fino. Esa noche, una joven que la visitaba a menudo la había acosado; hizo que las estrellas se nublaran ante sus ojos llenos de lágrimas mientras oía sus lamentos por asuntos

abrumadores sin terminar. Su decisión más imperfecta, el corazón roto más irreparable.

Annie necesitaba arrastrarse escaleras arriba e intentar al menos dormir un poco. Como trato para que la adolescente se metiera en la cama, le había prometido a Maeve que probarían el teletransporte a una pequeña distancia en el bosque. Annie sospechaba que su terrible orientación, unida al mareo que el hechizo le provocaría a Maeve, resultaría en una lección desafiante. Le reconfortaba saber que Hal estaría cerca para ayudarle a arreglar la situación si fuera necesario.

Tomó un poco de agua entre las dos manos y observó las gotas de líquido color bermellón que se filtraban entre sus dedos como el vino tinto, las pequeñas ondas que inundaban la superficie una tras otra. Aún se oía un sollozo que flotaba por el aire del claro. Era un sonido infantil y afligido.

Annie tardó un segundo en entender entre la neblina somnolienta del hechizo que el llanto no era residual de los espíritus visitantes, sino que procedía del interior de la cabaña y se colaba por una ventana abierta. Annie nunca había salido tan rápido del baño. Tomó el camisón, se lo enfundó y corrió dentro, con algún resbalón por culpa de los pies descalzos mientras se encaminaba a la cabaña para entrar en la habitación de Maeve.

—Maeve, ¿qué pasa?

La adolescente estaba sentada en la cama con la espalda rígida contra el cabecero, abrazada a las piernas, con la frente sobre las rodillas. El crepitar de una magia rebelde se aferraba al pijama y a su coronilla, y agitó una mano para deshacerse de las chispas al

darse cuenta de que Annie la había descubierto. Levantó la mirada con los ojos tan hinchados como los de su mentora.

—No quería contártelo. —Su voz no se parecía a la de Maeve. Reflejaba miedo.

—Puedes decirme cualquier cosa —contestó Annie por instinto, a la vez que se apresuraba al borde de la cama y le tendía una mano a la chica, quien la aceptó agradecida.

—Hay alguien aquí.

Annie negó con la cabeza.

—¿Has tenido una pesadilla? Hal está dormido en el sofá, ¿recuerdas? Seguro que lo has oído moverse.

Maeve se secó los ojos con el dorso de la mano y se sorbió la nariz.

—No es Hal ni eres tú. Siento… siento algo, Annie. En este sitio.

Al otro lado del cuarto, alguien se aclaró la garganta con un gruñido. Hal estaba apoyado en el umbral.

—Perdonad, no quería interrumpir. He oído que se abría la puerta trasera de golpe y quería asegurarme de que las dos estabais bien. ¿Preferís que me vaya?

Annie le dedicó una media sonrisa de agradecimiento, pero se giró hacia Maeve para permitirle tomar la decisión. La chica negó con la cabeza.

—Puedes quedarte. Quizá sepas algo.

Annie le frotó el antebrazo, que todavía le envolvía las piernas.

—¿Puedes intentar explicarnos qué sientes?

Maeve se mostró reticente a contestar, pero respiró hondo.

—Sé que va a parecer que estoy loca. Por eso no quería decir nada, pero… siento algo. Por la noche. Todas las noches. Desde que

llegamos.

—Debías habérmelo dicho —replicó Annie, y estrechó a Maeve contra su pecho sin hacer más preguntas—. Siento que lo hayas tenido que soportar tú sola.

La chica apoyó la cabeza contra su hombro.

—Alguien… o quizá más de una persona… no me deja dormir por la noche y me pone de los nervios. —Parecía frustrada, molesta consigo misma por haber permitido que la afectara—. Tan pronto como nos vamos a la cama, siento náuseas. —Musitó la última parte como si le avergonzara admitirlo.

—¿Desde cuándo? —preguntó Annie.

—Lo noté desde que entramos por la puerta principal por primera vez, como si mi instinto se aguzara de repente. Fue como si me cayera un cubo de agua fría encima.

Annie recordó su llegada a la Cabaña Arden. La visión inesperada que las había recibido la había distraído, aunque no lo suficiente como para pasar por alto el estremecimiento que había recorrido el cuerpo de Maeve en cuanto había cruzado el umbral. Sus cambios repentinos e impredecibles de humor. Las súplicas constantes por quedarse despierta lo más tarde posible. Annie había supuesto que era el comportamiento habitual de cualquier adolescente, pero quizá había en juego algo más siniestro.

—Pensaba que te gustaba estar aquí. Lo siento mucho, Maeve.

—¡Me encanta! Aquí estoy muy feliz, al menos durante el día. He intentado ignorarlo y decirme a mí misma que son cosas de cría estúpida, pero no desaparece. Los oigo y los siento. A todas horas. Como una presencia o algo así. —Los brazos de Maeve se tensaron alrededor de sus piernas aún más.

—¿Oyes a alguien? ¿Te habla? —preguntó Hal, con la curiosidad y la preocupación perceptibles en su voz, cuando se acercó varios pasos a la cama.

Maeve asintió. Luego, se colocó el pelo tras la oreja para mirar a Annie en busca de consuelo, como si intentara entender si la estaban tomando en serio o no, si era un lugar seguro para mostrarse sincera y vulnerable.

—Sí, los oigo —afirmó—. A veces, siento que están cerca también por el día. Y esta noche, por primera vez, juraría… juraría que he visto a alguien sentado en el extremo de la cama. Como si se volviera más fuerte. Justo donde estás sentada tú, Annie. Siempre ocurre a la misma hora —musitó—. Justo después de medianoche.

Annie notó cómo el hielo fluía por sus venas, pero el rostro se le tornó incandescente. Una coincidencia. Debía serlo.

De ninguna manera podría sentir Maeve las repercusiones del hechizo, un encantamiento con el que no tenía nada que ver y que Annie usaba sin ninguna intención malévola contra ella. *Splendidus Infernum* estaba ligado a una rutina de Nigromancia ensayada de manera inmaculada que había perfeccionado tras años y años de disciplina y reglas. Era imposible que interfiriese donde no era bienvenido.

—Solo es tu magia asentándose —contestó Hal con calma—. Al principio, actúa de manera extraña. Tener quince años ya es bastante duro la mayoría de las veces, niña, pero al añadir magia a la mezcla es inevitable que sea perturbador.

—Creo que es algo más. Hay una brisa que se cuela por la ventana desde el jardín y se me pega a la piel, incluso cuando estoy bajo las sábanas. Cada medianoche. No consigo desprenderme de

ella. Hace que me sienta fatal, como si no fuera a ser feliz nunca más. Lo único que hacen es decirme lo mucho que sienten los errores que han cometido. Es agotador —confesó Maeve, mientras tiraba de un hilo de la colcha—. No he dormido mucho estos últimos días.

Entonces, era cierto. Annie no lograba sostenerle la mirada a ninguno de los dos. Los pensamientos se le retorcían en formas inciertas. Siempre había tenido cuidado de no elaborar la poción en entornos desconocidos. Y, dado todo lo que Hal había advertido sobre los poderes de Maeve apenas unas horas después de conocerla, tendría sentido de una manera desafortunada que la adolescente atrajera elementos de la propia magia de Annie como si fuera un imán, lo que quizá incluyera espíritus arrepentidos y atormentados procedentes de su acuerdo con el *Splendidus Infernum*.

—Suena fatal, Maeve —se compadeció Annie, a la vez que tragaba con fuerza un pánico tan sólido que las palabras se le escaparon, ahogadas y graves. La culpa, oscura y sombría, le provocó náuseas —. Lo siento mucho.

Le sostuvo la mirada a Hal, quien la estaba contemplando con los ojos verdes entornados. ¿Intuía que ella sabía algo más? Era imposible. El hechizo le aseguraba que sus palabras siempre le parecieran creíbles y reconfortantes. Con Hal, el maleficio se ocupaba del peso de su secreto y lo mantenía escondido.

—Soy feliz, de verdad. Me lo estoy pasando muy bien aquí —añadió rápido Maeve—, pero esta sensación que siento cada noche lo estropea. Además, cuando los murmullos se detienen y puedo dormirme por fin, me paso todo el día con la sensación de que

intento recordar un sueño. Lo único que me viene a la mente es la tristeza de sus voces, y se queda conmigo a todas horas.

—Eres muy valiente al contárnoslo —la reconfortó Hal, con la voz grave cargada de ternura—. Sin embargo, te prometo que este lugar es seguro. Hay muchos encantamientos protectores alrededor de la Cabaña Arden. Suelen mantener alejados a los demás porque, bueno…, odio a la gente, pero también a cualquier tipo de magia negra. Siempre me mantengo atento a lo que pasa por aquí —continuó, con la mirada clavada en Annie.

Maeve se encogió de hombros y tiró de las mangas del pijama.

—Como he dicho, no entiendo qué es. ¿Creéis que este sitio está encantado o algo? Sería muy guay.

—Nadie te atormentará mientras yo esté presente, niña. —Hal le dedicó un guiño a Maeve.

Annie esbozó una tenue sonrisa y le colocó una mano tranquilizadora sobre el puño con el que Maeve no dejaba de tirar de los hilos de la manta.

—¿Vais a hacer que me vaya? —musitó. Parecía que se estuviera retando a preguntar algo así, a prepararse para escuchar una respuesta que no deseaba. Annie sintió que la aprensión de Maeve se replegaba sobre sí misma como un corsé en torno a sus costillas.

—No voy a obligarte a hacer nada que no quieras —aseguró Annie —. Por favor, no te preocupes por eso, ¿vale? Déjamelo a mí. Ya me encargo yo de inquietarme por las dos.

—¿Y qué tal si lo hago yo por los tres? —añadió Hal.

Annie sabía lo que significaba la revelación de Maeve. Una idea aterradora se había cimentado en su mente y entendió lo que debía hacer. Tendría que dejarlo. Después de haberle dado el control de

cualquier aspecto de su vida durante tantos años, de haberle permitido que manipulara las cuerdas como un titiritero, de depender de él para alcanzar el culmen del perfeccionismo con el que mantener a todos felices…, tendría que renunciar al hechizo.



Capítulo 18

ESCENAS FAMILIARES

Maeve se despertó cansada y de malhumor, pero Annie supo que era solo por la vergüenza de haberse mostrado tan vulnerable, algo que no era propio de la chica. La había oído levantarse incluso antes de que ella lo hiciera y recorrer los tablones del suelo que crujían para preparar algo de comer y sentarse fuera, en el porche, mientras amanecía. Había rechazado la oferta del teletransporte de corta distancia e incluso la de intentar su primera tirada de cartas del tarot, y fue entonces cuando Annie comprendió que algo iba mal de verdad. En su lugar, parecía deseosa de dibujar. Maeve se instaló en la mesa del comedor con sus cuadernos y lápices para dibujar con un fervor que hacía parecer que sus brazos estaban separados del resto de su cuerpo y la cabeza inclinada sobre la mesa de modo que su cabello oscuro ocultaba su trabajo. Solo cuando volvió a incorporarse y se recostó en la silla para estirar la muñeca y observar su obra, pudo Annie vislumbrar el dibujo. Era el mismo personaje que Maeve parecía dibujar para sentirse reconfortada: la chica de cabello oscuro que siempre aparecía en sus dibujos.

Annie se ocupó de la mantequilla y el azúcar con los que ya había empezado a trabajar mientras Maeve estaba tranquila. En la cabaña y en el prado que la rodeaba reinaba el silencio. Ella también se sentía ensimismada y cohibida, un poco conmocionada por la conclusión a la que había llegado sobre su futuro sin *Splendidus Infernum*. Un pequeño capricho era la única respuesta posible a todo aquello. Se sentía bien al hundir las manos en la mezcla arenosa, al hornear por placer y no bajo presión. El tiempo parecía haberse detenido, como si observase con una pequeña y cómplice sonrisa la Cabaña Arden.

—¿Tú has dibujado eso? —preguntó Hal, deteniéndose al cruzar la casa con un cubo enorme de manzanas recién recogidas, rojas y relucientes, apoyado en el hombro. Maeve se limitó a asentir con la cabeza, con los dedos crispados alrededor del lápiz. Hal arqueó las cejas pidiendo permiso en silencio y, como Maeve no puso objeciones, levantó el cuaderno de bocetos y lo sostuvo hacia la ventana para admirarlo más de cerca.

—Es oficial —anunció con aspereza—. Te mandamos a la calle a ganarte el sustento, niña. Nos vas a hacer millonarios.

Maeve se sonrojó ante aquel cumplido «al estilo Hal» y soltó una risita nerviosa. Era la primera sonrisa que mostraba en todo el día. Había algo en la naturaleza relajada y afable de Hal que había encajado con ella tanto como con Annie. Maeve abandonaba el secretismo en torno a su arte cada vez que él preguntaba por ello. Hal ya había insistido en colgar sobre la chimenea el lienzo que ella había creado con su magia pictórica y le había pedido que recreara los bocetos del cielo que había dibujado entre las estrellas. Al empezar a comprender un poco mejor su extraña y reflexiva

franqueza, Annie se sentía agradecida por ella. Parecía envolver su propia presencia, ansiosa y tensa, como una manta, para suavizar sus aristas más afiladas de un modo que no había sabido que necesitaba.

—¿Una amiga tuya? —preguntó Hal, con un golpecito en el boceto mientras se lo devolvía.

—Algo así. Supongo que sí —respondió Maeve. Él no insistió, solo hizo su característico «mmm» como respuesta. Se acomodó el cubo de manzanas de nuevo sobre el hombro y, antes de marcharse, le lanzó a Annie una mirada pensativa y persistente que la hizo detenerse.

—Deberíamos hablar —le gritó con determinación mientras salía al porche. Ella le hizo un pequeño gesto con la cabeza desde la cocina, al que él respondió con una leve inclinación de sombrero mientras se alejaba por el prado.

Annie volvió a mirar a Maeve, que golpeaba el lápiz rápidamente mientras contemplaba su obra desde todos los ángulos. La culpa sofocante que le producía darse cuenta de que el hechizo estaba causando estragos en Maeve todavía la oprimía con fuerza.

Por primera vez desde que comenzó su pacto con el *Splendidus Infernum*, cuando ella misma tenía la edad que su alumna, Annie había jurado no bañarse antes de acostarse. La perspectiva de lo que se avecinaba ya la hacía sentirse un poco mal; de forma irónica, la llenaba de una ansiedad que igualaba el nivel de preocupación que solía sentir por los demás a causa del hechizo. Las posibilidades de lo que eso podía significar en realidad, en quién podría convertirse y qué podría desmoronarse a su alrededor, eran demasiado vastas para permitirse siquiera considerarlas. ¿Quién era

ella si se permitía no ser perfecta? ¿Cuál era siquiera la alternativa? Desmenuzó la mantequilla y añadió una generosa pizca extra de su tarro de canela de la serendipia. Necesitaría toda la buena suerte posible.

—¿Qué estás preparando? —Mientras los pensamientos de Annie la transportaban a un lugar lejano, Maeve entró en la cocina y se inclinó junto a ella.

—Pastelitos de la amistad. Son principalmente para animarte, pero también pensé que podrían ser útiles para conocer a Hal un poco mejor. Todavía parece un poco misterioso, ¿no crees?

—No mucho —dijo Maeve, con los hombros encogidos.

—Ah, bueno. Quedan muy bonitas sobre un tapete, pero el glaseado es también mi mezcla de alquimia secreta para fortalecer la amistad. Semillas del paraíso, reflejo de cuarzo rosa, leche de luna para la calma y la armonía… —Maeve esbozó una mueca—. No te preocupes, sigue sabiendo a chocolate —explicó Annie—. Solo ayuda a sacar a relucir el potencial de un vínculo que empieza a florecer. Es como un libro cerrado, pero esto debería ayudar. Ni siquiera sabemos por dónde merodea ese hechicero cada día. —Asintió con determinación, satisfecha consigo misma por la idea.

—Yo sí lo sé —afirmó Maeve—. Va a los establos.

Annie vaciló.

—Ah, ¿sí? —Y luego volvió a dudar—: ¿Tenemos establos?

Maeve no parecía prestar demasiada atención, más concentrada en hundir una cucharita en el bol lleno de glaseado de *fondant*.

—¿Son como aquellos pastelitos glaseados? Los rosas son los que más me gustan.

Annie sonrió, incapaz de no tomarse aquello como un cumplido personal.

—A mí también.

Trabajaron juntas en un silencio cómodo, acompañado por la cafeína, mientras los aromas del café y del bizcocho de vainilla se entrelazaban con armonía. De vez en cuando, Maeve soltaba alguna pregunta poco diplomática de repente. ¿Qué se sentiría al entrar en la Casa Hécate? Miedo, pero también fascinación. ¿Cómo eran de verdad las amigas de Annie? Divertidas. Exigentes. Impredecibles. ¿Echaba de menos a sus padres? Cada día. ¿Iba a volver a la pastelería? Por supuesto. Le encantaba trabajar con Faye y Pari, aunque siempre tenía que correr de un lado a otro sin parar. Entonces, ¿por qué seguía trabajando allí? Porque no podía empezar de cero otra vez. «Claro que puedes», razonó Maeve. Annie no supo qué responder a eso.

—Venga, ya basta de interrogatorio por hoy —dijo Annie, con un empujoncito suave en el hombro de Maeve—. Vamos a llevarle esto al leñador-pirata-vaquero de la casa. Tú le caes mejor que yo.

Maeve arqueó una ceja con escepticismo, como si Annie hubiera dicho algo absurdo.

—Ah, ¿lo dices en serio? Entonces eres todavía menos espabilada de lo que pensaba.

—¿Espabilada respecto a qué?

Maeve resopló con desdén y luego se metió un pastelito de la amistad entero en la boca. Levantó las manos, como si fuera imposible responder con la boca llena, y se alejó hacia su obra de arte con una sonrisa.

Mientras hacía equilibrios con un platito rosa con pasteles diminutos sobre un pequeño tapete, también rosa, Annie se dirigió con cuidado hacia los establos, después de que Maeve le indicara con amabilidad que se encontraban en algún lugar entre el arroyo y… bueno, los árboles. Annie se abrió paso por la hierba alta, soltando un chillido cada vez que sus bailarinas se topaban con un charco de barro, hasta que se rindió y utilizó un rápido hechizo para cambiarlas por sus botas rosas de agua. Tras un pequeño encontronazo con un ejército de sapos junto al arroyo, que casi la hace echar a correr de vuelta a Londres, Annie descubrió que Maeve estaba en lo cierto.

Los establos pequeños y destartalados de la Cabaña Arden estaban bien escondidos y mimetizados con el bosque. Situados entre los troncos de dos robles huecos y grandes hasta decir basta, los establos estaban rodeados de raíces gruesas y nudosas que formaban una especie de cerca abierta hacia el fondo del prado mientras hileras de fuegos fatuos, como llamas pequeñas, proyectaban un resplandor sobrenatural y relajante entre los abedules plateados de alrededor. Un hermoso caballo de color marrón rojizo moteado, del tono de las castañas e idéntico al cabello de Hal, bebía con satisfacción de un arroyo cristalino que rodeaba el recinto.

Pronto encontró también al hechicero. Hal estaba repantingado en una silla de camping, con una pierna cruzada sobre la otra y el sombrero echado hacia delante, tapándole la cara. Annie lo observó. Masticaba un trozo de manzana mientras leía un libro; después, le tendía al caballo la misma manzana para que se comiera el resto. Parecía una rutina sincronizada a la perfección que repetían cada pocos minutos. Cuando el semental regresó a por el siguiente

bocado, Hal le acarició distraído el hocico. La escena era tan apacible que Annie se sintió reacia a interrumpirla. Prolongó aquel instante de calma, para apreciarlo y guardarlo en el recuerdo, antes de aclararse la garganta.

Hal tiró el libro a un lado de inmediato y se puso en pie de un salto tan brusco que el caballo se encabritó sobre las patas traseras con un relincho sobresaltado. Al darse cuenta de que era Annie, Hal bajó la guardia y carraspeó con voz ronca. Luego se volvió para calmar al animal.

—Lo siento, no pretendía interrumpir vuestro «club de chicos» —bromeó ella—. Traigo regalos.

—¿No te dijeron nunca que es mala idea acercarte sigilosamente a un hechicero y a su familiar? Te estás buscando problemas.

Annie no sabía muy bien qué se había imaginado como familiar de Hal (¿quizá un tejón melero malhumorado o un burro un poco cascarrabias?), pero desde luego no un majestuoso y noble semental.

—¿Este es tu familiar? —Dio unos pasos vacilantes para acercarse.

—No estoy seguro de en qué maldita aventura de una vida pasada me metí para ganarme a este gran bobalicón, pero sí. Este es Mage. Quizá sea guapísimo y presumido, pero también es un miedica. ¿A que sí, colega?

Hal sacó otra manzana del bolsillo del chaleco de cuero desgastado que llevaba sobre la camisa y la lanzó al aire, lo justo para que el caballo diera un pequeño salto para atraparla. Satisfecho con su destreza, Mage sacudió la crin de color borgoña, pavoneándose descarado ante Annie.

—¿Por qué no lo acercas más a la casa? —preguntó ella, maravillada por cómo el pelaje del caballo captaba el brillo de la luz del sol a través de los árboles—. Aquí está solito, ¿verdad, Mage? —El caballo agitó la cola con dramatismo.

—De normal, lo verías todo el tiempo por el prado. Tiene vía libre para andar por donde quiera. Y no sería la primera vez que se cuela por la puerta de atrás cuando huele a salsa. Pero creo que está un poco molesto, hay demasiadas criaturas invadiendo su prado para ver a Maeve. —El brujo acarició con el pulgar el puente del hocico del caballo—. Estás enfurruñado, ¿verdad, Mage? Y además le dan miedo los gatos, así que habrá detectado a Karma a kilómetros.

—¿Puedo? —preguntó Annie, más tímida de lo habitual mientras extendía con cuidado la mano hacia el enorme lomo de Mage. Hal le hizo un gesto para que siguiera adelante y dio un paso atrás para que ella pudiera acariciar el pelaje aterciopelado del caballo. Mage respondió a su contacto con un resoplido satisfecho y relajado, a modo de aprobación.

—Mage, eres todo un bellezón. ¿Qué haces juntándote con este tipo y su sombrero ridículo?

Hal sonrió con aire burlón.

—Ahora que ya están hechas las presentaciones, ¿a qué debo el placer? —preguntó con voz áspera, a la vez que lanzaba el sombrero sobre el poste bajo de madera del establo y se echaba el pelo hacia atrás.

Fue entonces cuando Annie se dio cuenta de que Mage había robado dos de los tres pastelitos de la amistad del plato. Eso explicaba por qué se había encariñado tan rápido de ella.

—Pensé que quizá te apetecería un dulce —explicó Annie con un suspiro. Le tendió a Hal el único pastelito que quedaba; por sí solo, parecía una ofrenda algo patética.

—¿Seguro que puedes prescindir de él? —rio, antes de tomarlo con dos dedos y comérselo de un bocado. Él y Maeve eran dos caras de la misma moneda—. Gracias —añadió con una sonrisa y la boca llena de pastel, lo que hizo que se le marcara un hoyuelo en un lado de la cara.

Annie también se rio.

—De nada. Además, dijiste de forma un poco ominosa que teníamos que hablar.

—Sí, eso dije —respondió Hal. Volvía a llevar los antebrazos al descubierto, con las mangas de la camisa remangadas hasta los codos. Annie desvió la mirada con rapidez hacia Mage, que le daba un empujoncito en el hombro con el hocico para llamar su atención, ansioso por más mimos o, con toda seguridad, más manzanas.

—Quería saber qué opinabas de las revelaciones de Maeve. Tenías tantas ganas de irte a la cama que apenas tuvimos oportunidad de hablarlo. Podríamos decir que confirmó nuestras sospechas: atrae la magia, absorbe energía sobrenatural. Es extraordinario. No me extraña que a la cría le haya costado tanto guardárselo para sí misma —continuó mientras recogía del suelo el libro que había tirado antes y lo metía de nuevo en la bandolera. Annie reconoció el título, *Elixires de lo más arcano*, uno que ella misma había tomado prestado varias veces de la biblioteca de la Casa Hécate para ayudarla a modificar el hechizo.

—Es una niña muy especial —dijo Annie, su rostro oculto de los ojos curiosos de Hal al permanecer girada hacia Mage.

—Lo sé. Pero tienes que admitir que todo ese asunto de los espíritus es de lo más extraño. En todos mis años aquí, jamás ha habido ni un atisbo de problemas en la Cabaña Arden. —Hal se apoyó de espaldas en la puerta del establo, con los brazos cruzados y una pierna flexionada contra el tronco ancho del árbol—. Y eso me ha hecho pensar.

— A ver si se te van a cansar las neuronas —dijo Annie. Le había robado la frase a Maeve.

—¿Has notado tú algo así por aquí? —prosiguió Hal; se inclinó un poco para intentar que ella volviera a mirarlo—. ¿Hay algo que te gustaría compartir con la clase? Ya sabes, ahora que todos estamos desahogándonos.

Annie evitó de forma deliberada el contacto visual; se esforzó por mantener el rostro inexpresivo y soltó una risita desconcertada.

—¿Yo? ¿Qué secretos iba a tener que compartir? Por si no te habías dado cuenta, soy una persona de lo más sencilla.

—Ah, ahí tengo que discrepar —dijo Hal, con una sonrisa enigmática que le marcaba ese mismo hoyuelo en el que Annie acababa de fijarse por primera vez.

—Es cierto. Azúcar, especias y todo lo bueno. Eso es lo único que tienes que saber —refutó con indignación. Se volvió por fin para mirarlo, ahora que sentía la necesidad de defenderse.

Hal respondió con su característico «mmm» grave, pero esa vez sonó un poco más dubitativo de lo habitual.

—Admito que la mayor parte de mi magia e intuición están sintonizadas con la naturaleza de los animales y las bestias, pero hay algo en ti, Annie Wildwood. Aún no sé qué es, pero… —movió un dedo en el aire, estudiándole el rostro; sus ojos la recorrieron, un

poco más atrevidos— lo haré. Lo averiguaré. Hay algo en ti que es… —Se encogió de hombros y dejó la frase en el aire.

Annie maldijo el leve revoloteo que su estúpido corazón le provocó. Sabía a la perfección a qué se refería: los efectos seductores de *Splendidus Infernum* garantizaban que siempre hubiera un aura de atracción a su alrededor. Ese magnetismo que captaba la atención de todo el mundo y la colocaba bajo la mejor luz posible para actuar. El cumplido resbaló sobre ella y la hizo sentir vacía. A partir de mañana, él se sentiría muy distinto.

—Y no lo digo solo porque seas guapa —añadió Hal de pronto. En cuanto lo dijo, se sonrojó de una forma poco habitual en él. Cerró los ojos con fuerza, lo que delató su incomodidad—. Es obvio que lo eres. Eso ya lo sabes. No hace falta que te lo diga. Pero lo eres. Aunque no importa. En fin.

Annie se echó a reír al sentir una incomodidad no del todo desagradable entre ellos. Sacudió la cabeza.

—¿Gracias? Supongo.

—Volviendo a la cría. Creo que deberíamos hablarlo. Sobre todo, porque… Bueno, antes de que se disgustara anoche, la oí responderles.

Annie se tensó. Su sonrisa estalló como un globo.

—Sé que se te habrá pasado por la cabeza lo mismo que a mí, teniendo en cuenta que ambos conocemos bastante bien el funcionamiento interno de Selcouth. —Hal bajó la voz y se acercó más a Annie para hablar casi en susurros. Se apoyó junto a ella en la puertecilla baja del establo, que estaba entreabierta; los dos cruzaron los brazos sobre la madera y se quedaron mirando al interior, observando cómo Mage volvía a su fardo de heno porque las

manzanas se habían acabado—. Una niña que habla con los espíritus, que monta sin querer una sesión de espiritismo, una necromancia potente a la tierna edad de quince años… Podríamos decir que no será plato de buen gusto entre los ancianos.

Annie lo miró de reojo, sin decir palabra; el corazón le latía con fuerza. ¿Sabía algo?

—Que una adolescente perciba una presencia del otro mundo no es nada fuera de lo común —prosiguió Hal, como si sopesara sus propios pensamientos a medida que brotaban—. Pero ¿que se comuniquen con ella? ¿Que la usen como portavoz o canalicen a través de ella? Aquí pasa algo. Esto augura problemas.

Annie contuvo el aliento mientras intentaba articular qué decir a continuación, cómo disipar las sospechas de Hal lo más rápido posible. Pero no logró movilizar su imaginación con la rapidez suficiente para arreglarlo. Se sentía como una polilla que vuela demasiado cerca de una llama, batiendo frenética las alas para mantenerse en el aire sin llegar a tocar el fuego.

El hechizo ya estaba fallando; quizá su decisión de poner fin a su control había afectado ya a su potencia. En lugar de encontrar una respuesta conciliadora que arreglara las cosas, Annie sintió como si se incendiase por dentro, irritada y a la defensiva ante el tono de sospecha en su voz. Nada de eso era culpa de Maeve; era algo que tenía que quedar claro.

—Maeve no es un problema —dijo con firmeza. Aquella única y feroz llamarada de ira le resultó extraña por lo intensa que era.

Hal vaciló ante la expresión fulminante de Annie.

—No estoy diciendo que lo sea. Es una buena chica.

—Entonces, ¿qué estás diciendo? ¿Qué propones? ¿Por qué tengo la sensación de que estás a punto de soltar algún gran plan?

Él pareció un tanto sorprendido.

—No lo decía en ese sentido, no me refería a que ella sea el problema. Me refiero a que puede traernos problemas. Aquí. Si no averiguamos cómo protegerla como es debido.

Annie parpadeó.

—¿A nosotros?

Las mejillas de Hal se sonrojaron de nuevo y se encogió de hombros, incómodo.

—No a nosotros, pero… no sé. Solo pensaba preguntarte si necesitabas a alguien con quien hablar del tema. Desde mi punto de vista, parece mucha presión y mucha responsabilidad sobre tus hombros intentar arreglarlo todo tú sola. A veces es más fácil solucionar las cosas cuando hay un «nosotros».

Annie pareció quedarse paralizada, tanto física como mentalmente. Una maraña de pensamientos confusos le inundó la cabeza, tan desconocidos que no estaba segura de cómo descifrarlos. Pero, en medio de aquel caos, pudo reconocer que, por encima de todo, lo que sentía era alivio. Ahí estaba. Una oferta de apoyo. Un consuelo tan curioso y tan envolvente en su amabilidad y sinceridad que pensó que las piernas podían fallarle. En lugar de eso, apretó con fuerza el borde superior de la puerta del establo y hundió las uñas en la madera húmeda. Forzó la mirada hacia las copas de los árboles y respiró hondo mientras sentía que le ardían los ojos y la nariz.

—No soy muy hablador —se disculpó Hal con voz ronca, consciente de que le correspondía a él romper un poco más el

silencio—. Como ya habrás notado a estas alturas. Pero sé escuchar. Supongo que por eso a los animales les caigo bien desde que era un crío. Así que… No digo que tengas que hacerlo, claro. Pero si quieres… —Giró la cabeza para mirarla y su mano quedó suspendida en el aire, como si debatiera consigo mismo si ponerla sobre la de ella. En vez de eso, dio su característico y concluyente golpecito en lo alto de la valla—. Puedes hablar conmigo. Me gustaría apoyarte. Sea lo que sea lo que esté pasando aquí, es mucho, pero lo arreglaremos juntos.

Annie no encontró palabras que no abrieran compuertas imposibles de cerrar. En su lugar, se limitó a asentir en silencio; esperó con todo su corazón que Hal entendiera lo que quería decir con ese gesto. La vida sin el hechizo que atenuaba a toda velocidad los sentimientos más intensos y suavizaba el impacto de los malos pensamientos ya estaba resultando difícil de manejar, y aún no había desaparecido por completo de su organismo.

—En fin, Mage necesita un cepillado, y sé que ya se ha percatado de tus dotes para trenzar esa cola tan bonita que tiene. No puedo decir que las mías estén a la altura. ¿Qué te parece? Incluso puede que te deje añadir unas cuantas flores si hay manzanas de por medio.

Hal hurgó en su bandolera y sacó un cepillo, que le tendió a Annie. Las yemas de sus dedos se rozaron con el más leve contacto.

—Gracias —susurró casi para sí. Primero a él, por el cepillo, y después a las fuerzas sobrenaturales que hubieran intervenido para que aquellos pastelitos de la amistad resultaran ser una receta tan potente.



Capítulo 19

UN MAL DÍA

Annie se despertó a la mañana siguiente con un sobresalto que le hizo temblar todo el cuerpo. Extendió el brazo con un movimiento violento y golpeó la lámpara de la mesilla, que cayó al suelo. Aún medio dormida, dejó escapar un pequeño ronquido y se incorporó de golpe. Se humedeció los labios, los tenía secos y un poco agrietados. Necesitaba bálsamo labial de inmediato. Los apretó entre sí, y percibió una sensación algo rancia en la boca. También necesitaba agua. Podía oír una conversación tenue y las risas de Maeve y Hal en la planta de abajo, y el tintineo de ollas y sartenes en movimiento por la cocina. ¿De verdad se había quedado dormida? Eso casi nunca pasaba. De hecho, no recordaba la última vez que había ocurrido. Annie siempre era la primera en despertarse, la que se aseguraba de que el día de los demás empezara a la perfección. Algo no iba bien. Frunció el ceño y, al estirarse, dejó escapar un pequeño hipo en forma de eructo. Se llevó la mano a la boca al instante, avergonzada por el sonido, y fue entonces cuando se dio cuenta.

El esmalte de su meñique estaba saltado. De forma evidente. Un trocito del rosa chillón había desaparecido para dejar una línea irregular y dentada que atravesaba la uña. Annie soltó un jadeo.

Se llevó la mano a la coronilla y se la pasó por todo el pelo con cuidado. Podía sentir que no estaba donde se suponía que debía estar. Lo tenía… ¿revuelto? ¿Desaliñado? Su impecable trenza francesa se había deshecho y los mechones rebeldes apuntaban en todas direcciones. Y sufría… encrespamiento. Muchísimo. Arrugó la nariz y dudó un instante antes de olerse el pijama con cautela. De su brazo levantado emanaba un olor auténtico, genuino, humano. Desde luego no era vainilla, azúcar ni coco.

—Ay…, no —dijo Annie, horrorizada.

Se levantó de un salto de la cama, con lo que tiró el edredón al suelo y tropezó con sus propios pies mientras se lanzaba hacia el espejo. Sus manos volaron a los cajones de debajo y se aferró al borde para estabilizarse mientras comenzaba a darse cuenta de algo horrible y nauseabundo.

—Por favor, por favor. No, no, no…

Se palpó y examinó el rostro. Bajo los ojos habían aparecido manchas moradas en forma de medias lunas, que revelaban días, meses y años de no haber dormido casi nada. Unas ligeras arrugas de preocupación le habían aparecido en la frente, en las sienes y entre la boca y la nariz. Tenía los ojos algo inyectados en sangre, con restos de legañas acumulados en las comisuras. Pequeños grumos de rímel marcaban las pestañas inferiores y, por primera vez desde que cumplió quince años y había aplicado de forma inmediata la magia *Cutis Lumen* para estos casos, un único y solitario grano rojo había asomado en la parte superior de la mejilla izquierda.

Annie no había esperado que las cosas cambiaran de forma tan drástica y rápida. ¿Una sola y miserable noche sin el hechizo y ya estaba… así de imperfecta? Era muy injusto. Peor que imperfecta: como si su cuerpo estuviera compensando el tiempo perdido mientras el hechizo se desvanecía de su organismo. Estaba hecha un desastre total. Dejó escapar un gemido bajo y lastimero, que sonó un poco como el de un animal herido. No podía permitir que Maeve ni Hal la vieran así.

Se asomó por encima de la barandilla para ver dónde estaban y bajó las escaleras con el mayor sigilo posible, evitando los peldaños que sabía que crujían durante sus incursiones nocturnas desde la bañera. Apenas podía distinguir las cabezas borrosas de Maeve y Hal sentados juntos en el porche, bajo el sol de media mañana. Parecían acariciar la cabeza de algún tipo de criatura peluda que se había unido a la conversación. Annie no conseguía enfocar qué era con exactitud; su vista perfecta le fallaba. A regañadientes, volvió a utilizar su magia para invocar sus gafas.

—¡Ay!

Una de las patillas le dio justo en el ojo al colocarse. Al menos sus poderes todavía funcionaban, pensó.

Annie continuó bajando en silencio las escaleras, pero no consiguió pasar desapercibida mucho tiempo más. Sus calcetines mullidos resbalaron sobre la madera y cayó por los últimos peldaños, lo que armó tal estrépito que Hal y Maeve giraron la cabeza al instante hacia la cabaña. Se levantaron de un salto y corrieron al interior, donde encontraron a Annie mientras se intentaba poner en pie como un cervatillo recién nacido sobre el hielo. Se agarró a la barandilla y forzó su habitual sonrisa radiante.

—¡Buenos días! Tuve un pequeño accidente, no hace falta que os preocupéis —dijo de forma atropellada, con la intención de que todo pareciera normal. Maeve la miraba boquiabierta, sin disimulo alguno.

—¿Estás bien? —preguntó Hal, con una ceja arqueada.

—Sí, sí —respondió ella—. De maravilla, de hecho. No me puedo creer que me haya quedado dormida, ¿y vosotros? Siento muchísimo que hayáis tenido que prepararos el desayuno solos. ¿Lo habéis conseguido?

—Por suerte, soy un experto en el noble arte de los cereales. Y no estás aquí para servirnos. No estás trabajando, ¿sabes? —respondió Hal—. ¿Seguro que te encuentras bien? Pareces un poco…

—¿Distinta? Sí. Creo que me he levantado con el pie izquierdo. Quizá un poco débil, algo pachucha. Nada que una ducha caliente no pueda arreglar —explicó Annie, antes de salir disparada hacia el baño exterior lo más rápido que pudo. Hal y Maeve intercambiaron una mirada muda y desconcertada.

Corrió hasta el baño y se metió al segundo bajo el chorro de agua.

—¡Oh, cielos…! —chilló.

Annie retrocedió ante el chorro helado, tropezó y se agarró al borde de la bañera para no caerse, pero terminó por arrancar casi toda la cortina de la ducha del riel y enredarse en ella mientras luchaba por mantener el equilibrio.

—Esto no puede estar pasando.

—¿Annie? ¿Qué pasa ahí fuera? —gritó Hal desde la puerta trasera, entreabriéndola. Annie entró en pánico y agarró a toda prisa la toalla que colgaba del biombo—. He oído un golpe. ¿Necesitas ayuda? ¿Te has vuelto a caer?

El pelo le colgaba en mechones empapados y lacios alrededor de los hombros, y tenía manchas rojizas por toda la piel debido a la temperatura extrema del agua. Se agitaba mientras maldecía en voz baja y se movía de puntillas en el sitio, consumida por el pánico de no saber adónde ir ni qué hacer. No se le ocurría nada. El hechizo la había abandonado por completo.

—Voy a salir —advirtió Hal. Annie oyó sus pasos pesados acercarse por el sendero hasta el baño. Golpeó con los nudillos el biombo y esperó un momento antes de asomar la cabeza hacia la zona de la ducha—. ¿Annie?

La aludida soltó una risa incómoda y aguda y, por alguna razón inexplicable, levantó la mano y le saludó. Una idea horrible. Un momento después, se apresuró a sujetar la toalla.

—Oh, perdón, perdón. —Hal se llevó una mano a los ojos para tapárselos—. Yo solo… No quería… Es decir…

—No, no pasa nada, es que me he resbalado. Y luego, sin querer… Y entonces no he… Y yo solo…

Los dos se sonrojaron; las palabras de uno y otro se atropellaban y ambos evitaban mirarse de cualquier forma posible. Hal alzó la mirada al cielo y Annie se recompuso con una respiración profunda.

—¿Necesitas ayuda o…?

—Estoy bien —dijo ella, con la voz chillona y torpe.

Él asintió, se echó hacia atrás el pelo revuelto y se dio la vuelta para volver a la cabaña.

—Yo mejor me…

—Claro, por supuesto.

—Genial.

Una vez Hal se hubo marchado, Annie decidió que lo mejor sería recurrir a la magia para salvar su dignidad; o al menos lo que quedaba de ella. Con rapidez lanzó su confiable hechizo de vestimenta para transformar la toalla en un conjunto que la hiciera sentir mejor.

Uno de sus vestidos favoritos apareció sobre su cuerpo: un precioso vestido lencero floral que tenía desde hacía años. Pero algo no iba bien. La camiseta blanca de debajo estaba arrugada hasta decir basta, como si no hubiera visto una plancha en siglos, como si la hubiera sacado con prisas de un montón de ropa. Olía al perfume de la semana pasada y tenía una mancha algo inquietante, quizá algo que se le había derramado y que había pasado desapercibido. El sombrero de terciopelo con pelito debería haber sido divertido, el toque final perfecto, pero en realidad resultaba, dicho sin rodeos, bochornoso. El conjunto había sido perfecto en su mente, pero al observarlo en la realidad… bueno, no quedaba bien, en absoluto. Se veía mucho mejor en su cabeza. Annie estaba desconcertada. Otro hechizo, por lo general fiable y con buen ojo para la moda, le había fallado.

—¿Has tenido algún tipo de crisis nerviosa durante la noche? —preguntó Maeve, que le había tomado el relevo a Hal.

—¡No! No seas tan grosera —la regañó Annie—. Estoy… probando un nuevo *look*.

—Bueno… —Maeve se metió las manos en los bolsillos del vaquero y se encogió de hombros—. Al menos el sombrero no es rosa. Eso sí que es un cambio divertido para ti. Solo he venido a preguntarte si vas a hornear algo esta mañana.

Por fin, algo que no podía salir mal.

—¡Claro que sí! Voy a hacer cualquier cosa que te apetezca y todo será sensacional. Y lo haré con este sombrero tan divertido puesto —dijo Annie con decisión—. ¿Me pega?

—Como un puñetazo —murmuró Maeve.

Hornear algo lo arreglaría todo de nuevo. Era lo único que tenía sentido cuando nada más lo tenía. Annie se sumergió de lleno en la tarea, aliviada de tener, por fin, una manera de demostrar que su perfección no dependía por completo del *Splendidus Infernum*. Algunas de sus habilidades mágicas de verdad eran fruto de su propio talento, y ese era el caso en lo que a preparar dulces se refería. No había nada que no pudiera hacer cuando se trataba de la magia azucarada.

Tras batir la masa hasta convertirla en una masa esponjosa (lo que, de paso, ayudó a descargar sus miedos y frustraciones), dio forma a unos rollos de canela, un pan de calabaza fermentado y preparó la masa para dónuts de azúcar. Luego lanzó su magia hacia los fogones para empezar a calentar el aceite. Maeve, que se había apropiado del sombrero y observaba la escena por encima de una pila de cuadernos de dibujo y lápices esparcidos sobre la mesa del comedor, soltó un gritito.

—¿Qué pasa? —preguntó Annie, distraída, antes de notar que Maeve señalaba los fogones, frenética. Ambas gritaron al unísono.

Toda la sartén había estallado en llamas, que lamían las paredes de la cocina y se avivaban amenazadoras hacia las cortinas de cuadros. Otra vez. Maeve salió disparada para sacar a Annie de la cocina, mientras Hal entraba a toda prisa desde el porche para apagar las llamas con magia. Los tres se quedaron un momento en

silencio, en *shock*, mientras observaban cómo una nube de humo negro flotaba desde el bajo de las cortinas hasta salir por la ventana.

—Creo que estoy teniendo un mal día —dijo Annie con total naturalidad, mientras un mechón rebelde le caía sobre la cara.

—No sabía que tuvieras de esos —comentó Hal, mientras se secaba el sudor de la frente con la manga de la camisa remangada.

—¿No se supone que prender fuego a las cosas por aquí es mi trabajo? —preguntó Maeve seca, con una expresión de clara satisfacción.

Hal insistió en que Annie se alejara de cualquier cosa que tuviera que ver con aceite hirviendo, incluidos los dónuts de azúcar, y se sentara a la mesa mientras él le preparaba una taza humeante de té fuerte. Ella se sentó rígida, con las manos en el regazo, todavía conmocionada por todo lo sucedido. Era un desastre andante.

Mientras tanto, Maeve parloteaba sin inmutarse, a todas luces satisfecha con el cambio respecto a su rutina habitual. Mientras usaba su magia para esparcir acuarelas al azar por una página con unos resultados preciosos, algo llamó su atención y la hizo detenerse.

—¿Has oído eso? —preguntó.

—¿Oír el qué? —respondió Annie, con un tono cortante que no solía tener. Sentía… frustración. Puede que incluso sufriera un cabreo monumental—. Si algún espíritu tempestuoso y malhumorado pretende ponerse en contacto contigo hoy, justo hoy, se va a arrepentir, y mucho.

—¡Eso! —dijo Maeve, más alto esta vez, mientras la silla rechinaba contra el suelo de madera al echarla hacia atrás y se ponía en pie de un salto.

Esa vez, Annie también lo oyó: un maullido débil y furioso que reconocería en cualquier parte. Eso bastó para devolver un poco de vida a su mente entumecida.

—¿Es Karma? —preguntó, mientras corría a reunirse con Maeve en la puerta principal.

Podían ver movimiento entre la hierba alta y oír los maullidos de clara indignación de Karma en algún punto cercano, pero la gata se negaba a dejarse ver. A ambos lados del porche, las dos juntaban los dedos, chasqueaban la lengua y hacían el típico «pst, pst, pst», probando todos los trucos habituales para que Karma apareciera, pero ninguno parecía surtir efecto; la gata seguía decidida a mantenerse escondida en el prado. Ni siquiera una cucharada de natillas dio resultado.

—Se está haciendo la importante —dijo Maeve con un chasquido de lengua.

—Karma, ¿qué pasa? ¿Qué te ocurre? —preguntó Annie, desconcertada ante el extraño comportamiento de su familiar. Fue entonces cuando se dio cuenta del problema, al ver por fin la parte superior de las orejas de su gata. Parecían… empapadas.

Karma estaba mucho menos arreglada de lo habitual. De hecho, tenía el pelaje revuelto, erizado en todas direcciones como si hubiera recibido una descarga eléctrica, y empapado por completo. Su brillante manto blanco estaba mojado de agua oscura y fangosa, y su característico lazo rosa y el cascabel manchados de gris y marrón. Cuando Annie corrió para recogerla en brazos, soltó un grito ahogado. Habría jurado que las perfectas y suaves orejas de la gata habían crecido un poco y ahora parecían demasiado grandes y

peludas para su cabecita. Annie no era la única que había cambiado de un día para otro.

—Te has caído en el arroyo, ¿verdad? —susurró Annie, sin querer humillar a Karma delante de los demás, y recibió un maullido de vergüenza a modo de respuesta. Los grandes y redondos ojos de la gata brillaban con curiosidad y desconcierto; miraba a Annie con indignación, como si le preguntara qué se creía que hacía al renunciar a la perfección sin consultarlo antes con su familiar. Se la veía compungida sin remedio.

—Oh, Karma, ¿también te ha afectado a ti? No te preocupes, todo irá bien. Hasta las princesas se caen a los arroyos de vez en cuando.

Karma dejó escapar un maullido lastimero y le dio un cabezazo en la barbilla a Annie para dejar claro que debía renovar el hechizo de inmediato o atenerse a las consecuencias.

—Me temo que no va a poder ser, cariño —se lamentó Annie—. Es por el bien de Maeve y sé que la quieres lo suficiente como para hacer el sacrificio. Los errores y los tropiezos, por desgracia, forman parte del trato. Vamos a estar así un tiempo.

La tormenta que se avecinaba no podía ser consecuencia de que Annie hubiera dado la espalda al hechizo. Su magia no era lo bastante poderosa como para influir en los elementos: ese tipo de brujería solo se manifestaba en circunstancias extremas y de gran intensidad. Pero el tiempo sombrío contribuía, sin duda, a la sensación de pérdida y desesperanza que la habían atormentado todo el día. Parecía el escenario dramático adecuado y reflejaba a la perfección su estado de ánimo, como si el fin del mundo estuviera a

punto de cernirse sobre ellos de forma literal, además de la manera figurada en la que ella sentía que ya lo hacía.

—¿Alguien más se apunta? —gritó Hal con voz áspera desde el umbral de la puerta hacia el prado. Esperó unos instantes más, para permitir que un par de caracoles demasiado lentos terminaran de cruzar el umbral y se acomodaran detrás del zapatero.

Annie no había tenido mucha elección al respecto, dado que en teoría seguía siendo la casa de Hal, cuando él le preguntó si le importaría abrir la casa a los animales del bosque mientras el tiempo fuera tan adverso. No es que ella fuera a protestar de todos modos, pero tuvo que armarse de valor al ver toda la planta baja de la cabaña abarrotada hasta los topes con lo que parecía ser hasta el último habitante de la red de bosques británicos. Ardillas rojas, zorros, tejones, corzos, erizos, nutrias y quién sabe qué más; incluso habían llevado a Mage bajo la escalera de caracol para que se echara a dormir, y en ese momento miraba a Karma con mucha desconfianza. El caos por fin había empezado a calmarse un poco, después de que Hal echara un potente somnífero en un comedero de bayas y grosellas, con el principal objetivo de asegurarse de que nadie se comiera a ninguno de los otros huéspedes bajo su techo.

Maeve se había sentido muy reconfortada al saber que estaría rodeada de compañía durante la noche, y había animado a toda una familia de cachorros de lobo a compartir la cama con ella. Había sido la primera vez que Annie había visto a la chica más o menos animada por irse a dormir. Ya estaba profundamente dormida, con la barbilla apoyada en un cachorro que dormitaba; verla disfrutar por fin de una buena noche de sueño fue suficiente para que Annie pensara que aquel día tan espantoso quizá había valido la pena.

—Esos eran los últimos —dijo Hal, con las manos en las caderas y aspecto satisfecho—. Gracias de nuevo por tu comprensión. Todos saben que pueden venir cuando hay relámpagos. A los conejos, en particular, les horrorizan los truenos.

—Faltaría más —contestó Annie, que hacía todo lo posible por ignorar el cosquilleo que sentía en el estómago mientras él hacía un recuento rápido de los nuevos invitados para asegurarse de que nadie se hubiera quedado fuera. Nunca había conocido a nadie como Hal. Se quedaron uno al lado del otro, mientras contemplaban el salón con el fuego crepitando y lo que debían de ser un centenar de criaturas felices—. Creo que es maravilloso. Eres muy amable.

Hal soltó un suspiro.

—O muy tonto.

—¿Y dónde duermes cuando el sofá está ocupado por martas que roncan? La verdad es que es una pregunta que nunca me había planteado —bromeó Annie, mientras lanzaba una pizca de magia sobre la escena para hacer aparecer unas cuantas mantas sobre las criaturas más pequeñas y arroparlas. A su lado, sintió que el lenguaje corporal de Hal se tensaba apenas una fracción—. ¿Qué pasa?

—Bueno, suelo dormir en mi habitación —dijo él en voz baja, con la mirada fija en Mage, que por fin empezaba a relajarse un poco ante la presencia de Karma mientras esta amasaba su costado—, pero justo ahora caigo en que hay una invitada ahí dentro.

Annie se tensó también al darse cuenta.

—Ah. Claro. Ya veo.

—No es un problema. De ninguna manera vas a quedarte aquí abajo con toda esta tropa. Seguro que encuentro algún sitio. Ya se

me ocurrirá algo. Quizá Mage me haga un hueco. Ronca como un demonio, pero… —Hal se frotó la nuca y se le escapó un suspiro de resignación.

—No puedes hacer eso —replicó Annie, horrorizada ante la idea de que sacrificara otra noche de sueño por pura amabilidad. Ya había trastornado lo suficiente la vida de ese hombre—. No seas ridículo. Compartiremos. —La sugerencia salió en voz alta y quedó suspendida en el universo antes de que pudiera detenerla.

Él giró la cabeza hacia ella de golpe, las cejas se le arquearon con sorpresa. Había un leve rastro de pánico en su expresión.

—¿Compartir?

—Sí, compartiremos —repitió Annie, esperando sonar relajada con todo el asunto, a pesar de que su corazón dio varios vuelcos, pataleó y luego se lanzó en picado hacia algún punto cerca de sus tobillos. Hal no dijo ni una palabra, pero ella vio que sus mejillas estaban tan encendidas como las suyas—. No es para tanto. Llevamos semanas viviendo juntos. Es una emergencia y solo hay una cama. Una noche.

Hal no parecía muy convencido.

—¿Estás segura?

Annie se colocó el pelo tras la oreja, frenética, y se obligó a centrarse en el asunto práctico, y no en la forma tan entrañable en la que Hal parecía preocupado por la situación.

—Está decidido —dijo ella veloz, mientras corría las últimas cortinas de la planta baja antes de acercarse a la escalera de caracol —. Me pido el lado de la ventana.

La sonrisa tímida de Hal volvió a aparecer.

—No puedo discutir las leyes del «yo lo pedí primero». Te daré algo de privacidad para…

—¡Ah! Sí. Por supuesto. Gracias, yo solo… eh —chilló Annie, antes de subir las escaleras lo más rápido que pudo, envuelta en una combinación incomprensible de emoción y absoluta vergüenza. ¿No podría haber surgido esa situación de locos cuando ella era un rayo brillante y resplandeciente de perfección, en lugar de su estado actual de evidente desaliño humano? Todavía olía a los ratones de campo que había traído de la pradera. Al menos su pijama con estampado de café de calabaza no era ninguna novedad para él. Correteó por la habitación para esconder varios bálsamos labiales, tazas de té y aperitivos de chocolate a medio comer a la velocidad del rayo.

Para cuando Hal se reunió con ella en el piso de arriba, Annie casi se había desmayado de tanto darle vueltas a las cosas. Se sentía como si estuviera hecha de electricidad, con cada terminación nerviosa encendida, como si en cualquier momento pudiera estallar en una carcajada histérica. Sin embargo, hizo todo lo posible por contenerse cuando él apareció en lo alto de la escalera con una manta extra bajo el brazo, unos pantalones de pijama suaves que le caían ligeramente desde las caderas y una camiseta blanca que se le ceñía al abdomen. Él se aclaró la garganta en la puerta.

—Bueno, después de ti —dijo él con voz ronca, al señalar la cama que Annie había ahuecado y alisado lo mejor que había podido, con el remordimiento de sentirse una traidora por esconder su osito de peluche favorito debajo de la almohada. Ahora que los dos estaban a ambos lados, la cama parecía incluso más pequeña de lo que ella recordaba.

—Esto va a ser acogedor —dijo ella, con la voz chillona de puro optimismo—. Y me encanta lo acogedor. Siempre intento estar cómoda y a gusto, es un estilo de vida… —No podía evitar que las palabras se le atropellaran en la boca mientras forcejeaba con el edredón para meterse en la cama junto a Hal. Ambos se esforzaban por mantener sus cuerpos tensos y rígidos, pero se rozaron los brazos mientras intentaban mantenerse lo más alejados posible. Los hombros anchos de Hal colgaban a medias fuera del colchón, mientras que Annie dejaba una pierna colgando por su lado de la cama. Ambos entrelazaron las manos sobre el edredón y clavaron la vista en el techo.

—¿Seguro que esto te parece bien? —volvió a preguntar Hal, con la mirada fija en la bombilla del techo.

—Por supuesto —asintió Annie—. ¿Y a ti?

—Siempre que a ti te parezca bien.

—Oh, me parece bien. Me alegra que a todos nos parezca bien.

Annie se preguntó si los latidos desbocados de su corazón podrían oírse por encima del sonido de la lluvia, que caía a cántaros sobre el tejado de paja.

—Bueno, buenas noches —canturreó ella después de que un silencio incómodo se prolongara demasiado—. ¿Podemos solo…? —Se giró sobre un costado, dándole la espalda a Hal.

—Ah, claro, claro. Buena idea —respondió él, y se giró en la dirección opuesta. Annie intentó cerrar los ojos, pero era como si se los hubieran sujetado con alfileres para mantenerlos bien abiertos. Sentía que no debía de respirar con normalidad y era muy consciente de cada mínimo movimiento del cuerpo de Hal, apretado contra el suyo. Podía oír el ritmo de su respiración, cada leve roce de

la manta entre ellos. Notó el mismo aroma que había sentido el día que él llegó por primera vez: madera y ámbar, clavo y castañas, aún más cálido bajo las mantas. No se atrevía a moverse por miedo a que pareciera que intentaba acercarse más. La sola idea era un martirio.

Esa ridícula farsa nunca habría ocurrido si el hechizo aún tomase las decisiones por ella. Frunció el ceño en la oscuridad y maldijo su estúpida boca por haberla metido en ese lío, mientras sus pies se agitaban y daban pequeñas patadas por voluntad propia. En cuanto a días malos, ese fue la guinda de todos los pasteles encantados posibles.

Annie pensó de verdad que enloquecía cuando sintió el cuerpo de Hal sacudirse detrás de ella. Tardó un segundo en darse cuenta de que se estaba riendo.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella, con un tono más arisco de lo que pretendía; se sentía como una niñata mientras tiraba de las mantas. Era demasiado. No tenía ni idea de cómo manejar aquello.

—Creo que habría estado más cómodo durmiendo al lado del maldito caballo —murmuró Hal entre risas. Y ella no pudo evitar reírse también.

En algún momento, Annie debió de hacer lo imposible y se quedó dormida, porque lo siguiente que supo fue que estaba abriendo unos párpados pesados y relajados por el sueño, mientras hundía la cabeza en una cálida almohada. Solo que no era su almohada. Su cabeza descansaba sobre algo firme, que subía y bajaba con un

ritmo lento y reconfortante debajo de ella. Al salir del letargo del sueño, Annie se quedó helada.

Estaba acurrucada, cómoda, contra el costado de Hal, con la cabeza apoyada en su pecho. Él la había rodeado con un brazo para atraerla con fuerza hacia sí. El sentimiento de paz y satisfacción que la había envuelto al despertar se transformó en una alerta roja. No podía permitir que se despertara y la encontrara así, acurrucada lo más cerca posible de él, así que Annie se separó con cuidado de sus extremidades para escabullirse en silencio. Luchó contra cada fibra de su ser para no mirar atrás y ver qué aspecto tenía Hal a primera hora de la mañana en su cama, todo adormilado y despeinado. Esa no era una información que necesitara saber.

Sin siquiera detenerse a pensarlo, se lanzó a por su bata y bajó las escaleras tan rápido que se preguntó si se habría activado algún tipo de teletransporte mágico involuntario.

—¡Mirad quién ha decidido unirse por fin al mundo de los vivos! —Maeve sostenía una taza de café en la encimera de la cocina con una expresión de extrema diversión—. Ignoremos la ironía de que la chica que parece comunicarse sin querer con los espíritus use esa expresión.

—Buenos días, cielo —saludó Annie, a la par que se echaba el pelo hacia atrás en un intento de conservar algo de dignidad—. ¿Dónde…? —Miró a su alrededor, al darse cuenta, en medio de su estado de pánico, de que aquella no era la escena que había imaginado—. ¿Dónde están todos los animales?

—Oh, llevo despierta horas. Me he vuelto a levantar como una rosa. Ni una sola comunicación fantasmal en dos noches enteras, ¿te

lo puedes creer? Así que los he visto marcharse cuando dejó de llover. Parecía que estabais ocupados, no quería volver a interrumpir.

Annie jadeó.

—Maeve, no es en absoluto lo que tú… Solo hay una cama… No teníamos otra…

—Tómate tu tiempo, disfruta de una mañana agradable y relajada. Yo me voy a dar un paseo; hace un día precioso ahora que ha pasado la tormenta.

Annie apenas pudo emitir un gemido, paralizada en el sitio.

—Es una pena que ninguno de los dos sea, ya sabes, un brujo o algo parecido —se mofó Maeve, con los hombros encogidos mientras se ponía el abrigo y salía a saltitos para reunirse con Mage en la pradera. Se sujetó al borde de la puerta mientras se volvía hacia Annie con un destello travieso e inconfundible en los ojos—. Ojalá… ¿eh? Tal vez la magia podría solucionar este tipo de problemas logísticos con bastante facilidad.

El rostro de Annie ardió hasta ponerse del mismo color que su bata de color rosa intenso.



Capítulo 20

NO LA ABRAS

Una vez Maeve dejó de reírse ante aquel giro de los acontecimientos, Annie logró improvisar lo que esperaba que fuera una historia algo creíble que explicara su transformación: de la perfección absoluta a ser la definición de imperfecta.

—Había dado por hecho que era la crisis de los cuarenta, pero dejar la cafeína también lo explica —comentó Maeve con desenfado, mientras sacaba las tripas de una calabaza y las echaba en un bol—. Yo también perdería el norte antes de que acabara la primera mañana tras una decisión así.

Annie había decidido que vaciar calabazas era algo que podría calmarle los nervios y le permitiría descargar su frustración contra una hortaliza inocente.

—¿Crisis de los…? Pero… ¿¡cuántos años te crees que tengo!? Mira, mejor no contestes —dijo Annie de malhumor; ya se las había apañado para volcar un bol de cereales, romper la aspiradora y golpearse la cabeza contra la estantería antes del mediodía. Parecía que el hechizo se había encargado de tapar buena parte de su

torpeza natural, además de todo lo demás—. No creo que mi ego pueda soportar la respuesta.

Aunque su nivel de alerta parecía estar por las nubes, había sido la propia Maeve quien le había sugerido a Annie que, tal vez, deberían dejar que Hal se encargara de la tutela mágica por un tiempo. En los días posteriores a la tormenta, Hal y Annie se limitaban a comunicarse a base de miradas esquivas y rubores descontrolados. Ninguno de los dos se había atrevido aún a mencionar lo más mínimo sobre la comprometida situación en la que se habían despertado.

Una tarde tranquila de domingo, Hal apartó a Maeve de sus cuadernos de dibujo para que le ayudara a buscar una variedad de orquídea fantasma bastante rara que empezaba a escasear en su reserva de alquimia; una propuesta que recibió una respuesta de lo más apática. Pero, gracias a ello, Annie se encontró con una inusual tarde a solas para relajarse. Al principio no sabía muy bien qué hacer consigo misma, y fue de una habitación a otra como un alma en pena, pero pronto descubrió que acurrucarse en el sillón con libros y tazas de chocolate caliente que recalentaba una y otra vez le traía, de hecho, bastante paz. Solo cuando el hechicero le sugirió a Maeve que lo único que le faltaba a su acogedor escenario otoñal era una hoguera, alrededor de la cual pudieran charlar sobre los fundamentos de la magia curativa, Annie abandonó a regañadientes su fuerte de cojines. Puede que Annie se sintiera distinta a quien era antes, pero seguía siendo incapaz de resistirse a los malvaviscos tostados y pegajosos. Era, sin más, una regla del universo.

Para protegerse un poco más del frío de la noche, se puso una camisa de cuadros que había por allí encima de su vestido rosa de

organza. Puede que ya no fuera perfecta, pero su color siempre sería el rosa. Se cubrió las manos con las mangas, un gesto reconfortante que la hacía sentir como una criatura pequeña y delicada. Era justo la sensación calmante que necesitaba para aplacar el cúmulo de sentimientos que se acumulaban en su pecho: temor, arrepentimiento, frustración y una duda egoísta sobre si no debería acabar con aquello de una vez y regresar a las garras del hechizo… Todas eran emociones nuevas, desconocidas para ella y ardían como ascuas al rojo vivo.

Con un bufido malhumorado, se sentó en un fardo de heno que Hal había colocado alrededor de la pequeña hoguera, que escupía una espectacular lluvia de chispas arcoíris, cortesía de la magia de Maeve. Esta había insistido en tirar fuegos artificiales, pero Hal le había rebatido que Annie era un factor de riesgo demasiado alto como para introducir cualquier tipo de cohete esa noche. Ella se inclinaba a pensar que lo más probable fuera que tuviese razón. Los rasgos oscuros de Hal se iluminaban y oscurecían con el resplandor del fuego. Annie notó cómo su nuez se movía al tragar cuando se sentó frente a él y extendió las manos para calentarlas.

—Eso es mío —dijo él con la voz pastosa.

—¿La camisa? Oh, perdón. La he encontrado por ahí y hace mucho frío. ¿La quieres? —Hizo ademán de quitársela de los hombros.

—Quédatela —gruñó él, y se detuvo un momento mientras aplastaba un malvavisco derretido entre dos galletas—. De todos modos, te queda mejor a ti.

Bañados por la tenue luz del fuego, se dio cuenta de que Maeve ponía los ojos en blanco con tanta fuerza que casi se cayó de

espaldas del fardo de heno.

Bajo la plateada lupa de una luna creciente que los observaba desde arriba, Annie comprendió que ya no sentía esa obligación de correr a medianoche. La hora ya no importaba. No tenía por qué pasarse la velada mirando el reloj, contando los minutos en lugar de disfrutarlos. Esa noche y todas las que aún le aguardaban en la Cabaña Arden, podía simplemente ser ella misma. Hal estaba haciendo que Maeve se riera a carcajadas con la imitación de un trol que se había encontrado en las profundidades de Devon hacía varios veranos, y Karma estaba acurrucada a su lado.

Los sentimientos sombríos y pesimistas no desaparecieron del todo. Sin embargo, Annie se sorprendió un poco al darse cuenta de que, por primera vez en lo que alcanzaba su memoria, todo en su interior se sentía… vivo. Despierto. Variado. Armonioso. Su alegría era como una manta que hubiera sacado de una caja en el desván: poco familiar, con un aroma que traía recuerdos, pero algo suave y reconfortante que redescubrir. Un mundo alejado del vacío contra el que solía luchar cada vez que se quedaba quieta. Aunque esos primeros días sin el hechizo habían resultado difíciles, la silenciosa orquesta de flora y fauna que inundaba el prado nocturno era una banda sonora apaciguadora para reflexionar sobre el hecho de que, si bien muchas cosas parecían no poder haber salido peor, ese momento con Maeve y Hal, de alguna manera, le parecía del todo correcto.

—¿Quieres un malvavisco? —preguntó Maeve, apenas capaz de articular palabra por el pegote de golosina derretido que le mantenía los labios casi pegados. Esbozó una sonrisa llena de chocolate y Annie soltó una carcajada.

—En realidad, me gustaría comerme varios. Estos malvaviscos están a punto de solucionar todos y cada uno de los problemas de mi vida. —Annie convocó con magia uno de los palos largos que Hal había recolectado para tostarlos.

—¿Por qué no cenamos esto todas las noches? —preguntó Maeve.

—Porque, al contrario de lo que se cree en esta casa, hay que comer algo de verdura de vez en cuando —respondió Hal con voz gruñona—. Vuestra pasión compartida por el azúcar es alarmante.

—Es que me apasionan todos los dulces, en todas sus formas —se defendió Annie, mientras daba vueltas a su palo sobre las llamas—. Además, el de malvavisco es el mejor sabor de brillo de labios que existe, así que mi interés aquí es doble.

—Ni siquiera sabía que eso existía —dijo Maeve con tono de asombro.

—Ay, aún tengo tanto que enseñarte, niña.

La respuesta de Maeve fue un toque en el brazo de Annie con una golosina medio derretida, ya fría, que tenía en el extremo de su palo, lo que le provocó un chillido.

De repente, Hal saltó del fardo de heno y rodeó la hoguera a toda prisa.

—¡Annie! ¿Quieres hacer el favor de…? —Situándose tras ella, le rodeó la cintura con una mano para apartarle el brazo del fuego y quitarle el palo, que había comenzado a arder mientras Maeve la distraía. Annie soltó un grito ahogado; no estaba del todo segura si era por las llamas o por la cercanía de Hal pegado de nuevo a ella. El hombre suspiró aliviado una vez logró apagar el malvavisco. La miró con un leve rictus en los labios—. Quizá esté un «poco» quemado. ¿No tienes tú una pastelería?

—En realidad, así es como me gustan —respondió Annie altiva; hacía todo lo posible por no reírse—. Todavía se puede comer, solo tiene un… toque ahumado.

Pero cuanto más se resistía, más insistía la risa en brotar de su interior. Y, como siempre ocurría allí, la risa resultó ser contagiosa. La visión de la golosina negra y chamuscada de Annie, que humeaba triste en el suelo, hizo que Maeve resoplara y luego se riera tan fuerte y con tanta libertad que envolvió toda la Cabaña Arden en un eco. Un momento después, Hal también estaba doblado por la mitad, soltando una risa profunda y afectuosa que le llenaba los ojos de arruguitas. Pronto, Annie se reía tanto que las lágrimas empezaron a brotarle. Lágrimas de felicidad. Reales, de pura felicidad. Era un momento que parecía envolverla en un abrazo cálido. Un destello, un fulgor, un recuerdo que echaría de menos incluso antes de que terminara. Algo precioso y perfecto de verdad.

«Sí —pensó para sí entre risas—. Esto es. Así es como se supone que debe sentirse la vida».

Una ráfaga de ceniza salió disparada desde lo alto de la hoguera y cayó como si fueran luciérnagas.

Annie tardó un segundo en calmar su risa y percatarse de la forma en que las cenizas titilaban al posarse sobre la hierba. Al principio pensó que era la brisa fresca de la noche, que prendía los fragmentos como luces de ámbar. Pero entonces volvieron a moverse. Más lejos, con más determinación. No eran simple ceniza. Poco a poco, cada fragmento translúcido se fue uniendo, y los bordes chamuscados se fundieron de nuevo los unos con los otros entre finos hilos de humo. Por último, una hoja de papel entera se desprendió sin quemarse para revelar la ilustración de una intrincada

estrella plateada, mientras una lluvia de chispas mágicas se dispersaba ante sus zapatillas. Era una carta. Miró con incertidumbre a Hal y luego a Maeve. Las risas habían cesado.

—¿Eso es…?

Maeve se tragó el final de la pregunta. El silencio se extendió entre los tres mientras la carta levitaba sobre la hoguera; el sobre reflejaba su resplandor con tal aire de importancia que Annie sintió un repentino odio hacia él. Hacía alarde de su poder para interrumpir el momento. Por fin, Hal rompió el silencio.

—No la abras.

Quizá fuera el humo de la hoguera, o el conocimiento de lo que contenía el sobre, lo que hizo que los ojos de Annie se llenaran de lágrimas punzantes y ardientes.

—Tengo que hacerlo —repuso ella en voz baja.

—No, no tienes por qué. ¿Quién ha dicho que tengamos que hacerles caso? —La voz de Maeve era ligera y burlona, pero Annie reconoció ese leve y revelador temblor que solía oírle cuando se conocieron semanas atrás. La chica se había quedado inmóvil, con una golosina a medio comer todavía entre los dedos.

En un caso normal, el *Splendidus Infernum* entraría en acción en cualquier momento, para difuminar la escena y suavizar de manera agradable la situación. En su lugar, Annie podía ver la realidad sin ningún filtro de color rosa.

Annie extendió la mano hacia la carta, con un movimiento rápido para evitar las llamas. Las hojas se desplegaron por sí solas y la caligrafía brilló con la misma intensidad que el fuego que ardía detrás.

Andrómeda:

El departamento de vigilancia mágica me ha informado de que no se han registrado picos significativos en el uso de la magia de la señorita Cadmus desde hace algún tiempo; veintiuna noches, de hecho. Como resultado, envío el decreto oficial para que ambas regreséis mañana mismo a vuestra situación habitual dentro del reino no brujo, bajo la confianza de que Selcouth mantendrá una estrecha vigilancia sobre ella y su magia en una nueva ubicación para el proceso de Obscuración. Por favor, considera esto como la conclusión inmediata de tus responsabilidades de tutela.

Ciertas lecturas han correlacionado un uso de magia particularmente intenso con las coordenadas de la Cabaña Arden, pero he informado a nuestro vigilante de que esto se debe a que tres integrantes de la comunidad de brujas y hechiceros residen bajo un mismo techo y de que, por supuesto, me habrías informado de cualquier cosa extraña. Asumo que estoy en lo cierto, como siempre es el caso.

Morena

P. D.: Espero que la llegada sin previo aviso del señor Bancroft no haya causado demasiados problemas y que no haya insistido en agobiarte con las mismas peticiones absurdas —por lo general, relacionadas con grifos— con las que tanto disfruta en importunarme a mí.

Annie tragó saliva y miró a los demás.

—Es de Selcouth.

Hal se limitó a negar con la cabeza y volvió a sentarse en su propio fardo de heno.

—El aquelarre dice que tu magia está bajo control. Nosotras… tenemos que volver a casa —anunció Annie con un nudo en la garganta. Decirlo en voz alta resultaba irreal e incierto, como si sintiera el escozor de una bofetada en la mejilla. Los recuerdos de su otra vida, su vida real, la vida que se suponía que debía llevar, regresaron de golpe.

La seguridad de que tendrían más tiempo se esfumó. Había sentido que aquello podía ser infinito, algo para siempre.

Maeve resopló; aquel sonido incómodo fue como una tirita puesta a toda prisa sobre una herida abierta y reciente.

—Bueno, es una decisión estúpida. Y, obviamente, errónea. ¿Así que paso unas míseras semanas sin hacer explotar nada ni convertir a alguien en una mandarina y ya creen que estoy lista para volver al colegio con toda esta… esta magia? —Casi escupió la última palabra.

Annie se giró hacia ella.

—En teoría, tienen razón.

De repente, las fauces de la obligación y la expectativa volvieron a cerrarse con fuerza sobre ella. Las había abierto sin darse cuenta en algún momento entre ese instante y tres semanas atrás. Pero en ese momento, sus brazos cedían ante el peso de mantenerlas a raya. Pensó en la Sortiedad. En el aquelarre. En su trabajo. En todas las expectativas.

Maeve vaciló; aquella respuesta traicionera no era, por supuesto, lo que esperaba oír.

—Lo que quiero decir es que hemos visto a tu magia hacer cosas asombrosas durante las últimas semanas. —Annie dio un paso hacia Maeve—. Has avanzado muchísimo. —Su voz sonaba demasiado aguda. Hizo todo lo posible por que sonara como una buena noticia, pero sentía como si las palabras fueran a ahogarla—. Estoy muy orgullosa de ti. Lo has conseguido.

—Entonces, ¿por qué me echas?

—Maeve. —Annie se rio, o al menos lo intentó. Fue una risa seca, áspera—. No te echo a ninguna parte. No digas eso. Tenemos que volver a casa.

—Pero… pero esto se parece más a un hogar que cualquier otro sitio donde haya vivido nunca.

Annie tuvo que cerrar los ojos un momento para impedir que el desconsuelo se apoderara de ella. En su lugar, se llevó las manos a las caderas en un intento de aparentar autoridad y trató de dar una respuesta desenfadada.

—Bueno, no podemos quedarnos aquí para siempre, ¿verdad? Para empezar, esta es la casa de Hal, y él no nos quiere aquí.

—Eso no es verdad —contradijo el aludido, que permanecía muy quieto, con los ojos fijos en Annie. Había una fría determinación en su rostro.

—¿Ves? —Maeve se cruzó de brazos. Los dos se lanzaron una mirada conspiradora por encima del fuego. Annie se rio ante la ridícula sinceridad de la respuesta de Hal, pero lo que le salió fue más bien un suspiro de incredulidad y enfado.

—Ah, ¿así que se supone que los tres vamos a abandonar nuestras vidas y quedarnos a vivir juntos en esta casa? Estáis locos. Si ya queremos estrangularnos la mitad del tiempo. Es imposible.

—¿Por qué no? —replicó Maeve.

—Porque la vida no funciona así, ¿vale? —La voz de Annie fue subiendo de tono; ese genio que había mantenido bajo llave durante tantos años eligió justo ese momento para despertar con el bostezo impaciente de un león. No era justo—. Esto no es la vida real; nosotros tres aquí metidos en una cabaña acogedora como la familia más dispar y disfuncional de todos los reinos. Yo tengo un trabajo y responsabilidades de verdad. Ya tengo una vida, una en la que no estáis vosotros dos haciendo que todo resulte tan sumamente confuso y…

—Vaya, qué bonito, ¿verdad, Hal? —interrumpió Maeve.

Él hizo una mueca.

—Tenía una misión que cumplir para el aquelarre. Y mira, lo hemos hecho.

Annie agitó la carta en el aire, pero Maeve se la arrebató de las manos y, sin pensárselo, la arrojó al fuego.

—Yo no soy una misión —espetó Maeve. Annie volvió a percibir la chispa de magia desenfrenada entre los dedos de la chica, algo que no había visto desde sus primeros días. Pero Maeve se contuvo a toda prisa y el arrebato de su poder se apaciguó—. Annie, vamos —continuó Maeve, con un tono más conciliador—. Tú misma has dicho que no eres feliz con la situación en la que estás. Yo tampoco lo soy. Sé que desearías poder volver atrás y cambiar las cosas por ti misma. Quizá así es como nosotros…

—Aquí no existe un «nosotros», Maeve. Tú tienes que volver a casa y yo también. Y Hal tiene que recuperar su vida normal sin que nosotras dos se la arruinemos.

Maeve la miró, boquiabierta. Se volvió hacia Hal en busca de apoyo.

—Vamos, vaquero, échame una mano.

Incluso al otro lado de la hoguera, Annie oyó el profundo suspiro de Hal mientras se ponía de pie para hablar.

—Annie tiene razón, Maeve.

La chica vaciló.

—¿Desde cuándo me llamas Maeve?

—Desde que estoy de acuerdo con tu tutora en esto, niña. Ninguna de las dos pertenece a este sitio, encerradas aquí conmigo.

Así es como tiene que ser. Así es como se suponía que debía acabar esto desde el principio.

Annie deseó haberse imaginado cómo se le quebraba la voz. Se armó de valor para decir la última palabra. Le pareció antinatural y desagradable saber que era la causa de algo distinto a la felicidad para alguien a quien quería. Y no a alguien cualquiera, sino a Maeve.

—Lo siento, cielo, pero el asunto está cerrado. Nuestro tiempo aquí ha terminado.

Maeve parecía haber recibido una bofetada; Annie apenas podía creer que fuera ella misma quien hablaba o actuaba así. Se sentía como si la hubieran metido en un cuerpo que no era el suyo. Se secó con rapidez una lágrima rebelde que se había escapado a pesar de sus esfuerzos.

—Ve a hacer las maletas, por favor.

Sintió que el corazón se le hacía añicos al notar que el labio inferior de Maeve temblaba por una fracción de segundo, vacilante como las sombras de las llamas de la hoguera. Pero la chica se armó de valor a toda prisa, como hacía siempre. Maeve se marchó furiosa y Karma se levantó de un salto para seguir a su amiga. Momentos después, el sonido de una puerta que se cerraba de golpe resonó por toda la cabaña con tanta fuerza que la casa se estremeció.

Annie soltó un suspiro pesado y se dejó caer de nuevo en el fardo de heno; se dobló sobre sí misma para abrazar sus piernas y apoyar la frente en las rodillas. El silencio, salpicado por el crepitar furioso del fuego, pesaba como una losa.

Al final, Hal se atrevió a romperlo.

—Quédate.

Él también estaba encorvado, con los ojos fijos en sus propios dedos entrelazados y los codos apoyados en los muslos. Uno frente al otro, sus cuerpos parecían un reflejo a ambos lados de la hoguera, que perfilaba sus siluetas en naranja y rojo.

—Pero acabas de decir…

—Bueno, tenía que apoyarte delante de la cría, ¿no? Pero hablo en serio, deberías quedarte. Todo el tiempo que quieras. —Hal se inclinó hacia ella, con el rostro iluminado por las llamas—. ¿Qué es exactamente lo que intentas demostrar, Annie?

Ella apretó los labios y luchó contra la tentación de decir la verdad, pero acabó cediendo; la respuesta se formó por sí sola, sin maleficios ni maldiciones ni hechizos que la suavizaran para convertirla en una verdad más digerible y menos impactante.

—Ya ni siquiera lo sé.

Hal no respondió, solo arqueó las cejas para invitarla a explicarse.

Annie se pellizcó una cutícula hasta que se dio cuenta de que estaba estropeándose la uña. Entonces desvió la atención hacia el fardo de heno mientras intentaba hacerle entrar en razón, sin permitirse aún mirarlo a los ojos, a la vez que tiraba de briznas sueltas.

—Ahora puede parecer que todo está bien, pero unos días más y acabaremos volviéndote loco. Los coleteros de Maeve tirados por todas partes, mi purpurina por cualquier lado… —Annie soltó una risa vacía—. Ya piensas que soy lo peor.

—A veces. —Hal se echó hacia atrás y se pasó una mano por la barba con brusquedad —. Otras veces… —Hizo una pausa, que atrapó su mirada, sin dejarla escapar—. Otras veces, pienso que podrías ser, ni más ni menos, perfecta.

Todo a su alrededor se detuvo; las motas más diminutas de las brasas quedaron suspendidas en el aire como chispas frescas de magia. El crepitar de las llamas rompía el silencio. Annie fue la primera en apartar la mirada, que desvió de nuevo hacia la hoguera a la vez que esperaba que el rubor de sus mejillas pareciera solo fruto del calor.

Aquello no formaba parte del plan. Se puso en pie de un salto, apretando los puños y cerrando los ojos con fuerza.

Hal lo intentó de nuevo con suavidad; la miraba con las manos aún entrelazadas, como si no se atreviera a moverse por miedo a asustarla y que saliera huyendo.

—No solo por Maeve, aunque creo que hacemos muy buen equipo con la cría. Esto… esto está bien. ¿Por qué no le das una oportunidad?

No podía soportar oír ni una palabra más. Annie giró sobre sus talones y siguió el rastro que el torbellino de Maeve había dejado en la hierba de vuelta a la cabaña. Al llegar a la cocina, se aferró a la encimera para intentar estabilizarse mientras la cabeza le daba vueltas. Tenía los nudillos blancos otra vez; hacía semanas que no le pasaba.

—Es una pregunta razonable, Annie —dijo Hal en voz baja a su espalda. La había seguido al interior, pero mantenía las distancias, apoyado en una de las vigas de madera con los brazos cruzados—. Dame una sola razón que sea buena de verdad y lo entenderé.

—Porque esta no es la vida que se supone que debo tener. Mi verdadera vida está en Londres, mi vida real está en Celeste, mi vida real está en la Sor… en la ciudad —respondió ella con brusquedad, mientras golpeaba la encimera con el dedo—. Hay mucha gente que

cuenta conmigo y no puedo abandonarlos sin más. No puedo fallarles.

—Claro, por supuesto —aceptó él con calma—. ¿Y qué clase de felicidad recibes tú a cambio de eso?

Dio un paso hacia ella por la cocina. Annie tragó saliva y se mantuvo firme, levantando aún más la barbilla.

—Eso no importa. Estoy bien.

Hal se limitó a asentir, con los ojos tan fijos en los de ella que parecía escrutar su alma.

—Tienes derecho a hacerlo, ¿sabes? ¿Por qué no ibas a empezar de nuevo, por ti misma? —Otro paso más cerca. Ella retrocedió—. ¿Por qué conformarte con estar solo «bien»? ¿Por qué no deberías ser feliz?

Annie se sobresaltó al retroceder de nuevo y sentir la pared en los omóplatos. Se fijó en cómo se tensaban los músculos de la mandíbula de Hal mientras acercaba con lentitud la mano a su cara y le colocaba un mechón suelto detrás de la oreja; algo que nunca habría ocurrido si ella siguiera bajo el hechizo. Un gesto tan perfecto y tierno que él ni siquiera habría tenido oportunidad de hacer.

—Eres demasiado buena para encadenarte a la gente por miedo en lugar de por amor. —Su voz era un susurro denso y ronco—. Sé que es una locura pedirte que te quedes. Sé que eres demasiado buena, inteligente y brillante para una vida tan insignificante como la mía. Pero tengo que ser egoísta e irracional y pedírtelo de todos modos. Quédate, aunque sea por ahora, y ya lo resolveremos día a día.

Sus miradas parecían imantadas mientras él se inclinaba sobre ella, con un brazo apoyado en la pared por encima de su cabeza.

Annie sabía que debía apartar los ojos y romper el momento, pero había sinceridad en su rostro. No había sarcasmo ni rudeza; nada más que una confianza sincera y un ápice de vulnerabilidad que, al venir de él, parecía un mundo entero.

Pero eso no era lo que debía suceder. Aquel plan era desordenado, imprevisible y caótico. Ni siquiera podía llamarse plan. No era así como ella hacía las cosas.

—¡Esto no es la vida real! —exclamó Annie irritada, mientras algo en su interior se encendía sin control.

—Lo más probable es que esto sea lo más real que has vivido nunca, Annie.

Hal se contuvo y tomó aire con los ojos cerrados en señal de derrota. Annie lo miró con expresión vacía y dejó que años de disciplina tomaran el control.

—Esto no puede ser real para mí —sentenció Annie con sencillez —. De lo contrario, todo lo que he hecho, todo lo que he sacrificado, habrá sido en vano.

Habló con tanta calma y suavidad que el entumecimiento volvió a recorrerla de la cabeza a los pies. Era como si el duro recordatorio de su antigua vida hubiera despertado los últimos restos del hechizo. Como si hubiera prendido algo en la boca de su estómago para arreglar las cosas en su nombre, dentro de los confines de sus huesos. Se deslizó bajo el brazo de él y se dirigió a la escalera.

—No te vayas.

Hal lo intentó una última vez. Ella se volvió y vio que el hombre seguía mirando el lugar que acababa de abandonar, con la cabeza baja. Con un suspiro, dejó caer el brazo, pero se negó a girarse para verla desaparecer escaleras arriba.

Annie solo pudo responder con la verdad.

—Tenemos que hacerlo.



Capítulo 21

HORA DE IRSE

Parecía que a la Cabaña Arden se le rompía el corazón del mismo modo que a Annie; una lluvia incesante cayó con tanta fuerza desde el amanecer hasta el anochecer en su último día juntos que el golpeteo contra los cristales se transformó en un suspiro constante y doloroso de fondo. Karma no se separaba del lado de Maeve mientras esta recogía sus cosas, centrada por completo en su maleta a excepción de miradas asesinas puntuales a Annie, de las que ni todas las natillas del mundo serían capaces de salvarla.

Annie se sentía como si la hubieran atrapado dentro de una bola de nieve; como si alguna mano enorme y no deseada hubiera sacudido toda su vida de forma brusca e inesperada, y de repente los fragmentos de esta cayeran a su alrededor a cámara lenta. Y ella solo podía quedarse allí, en medio de la ventisca, impotente y sin palabras, para observar cómo todo se desvanecía a sus pies.

Lo único que había intentado siempre era hacer lo correcto para los demás. Pero, de algún modo, eso había acabado por provocar que dos personas muy importantes ya no quisieran hablarle, ambas decepcionadas sin solución aparente y dolidas por unas decisiones

que, en teoría, eran las correctas, las que debía tomar. Annie nunca se había sentido peor.

Maeve terminó de hacer la maleta entre el estruendo de cajones que cerraba con furia, ropa metida a la fuerza y, para mayor consternación de Annie, unos cuantos sollozos disimulados que, sin duda, no debería haber escuchado. Maeve rechazó cualquier tipo de desayuno: dejó intacta una pila de sus tortitas favoritas con pepitas de chocolate, y ni siquiera aceptó un café. En su lugar, salió un momento de su habitación para preparárselo ella misma, e ignoró todos sus intentos desesperados y edulcorados por tratar de reparar la grieta que se había abierto de manera tan repentina entre ellas.

Como era de esperar, Annie no había pegado ojo, pero esa vez no podía culpar a ningún hechizo retorcido, siniestro y heredado. Su propia culpa y sus sentimientos enredados y complejos le impedían conciliar el sueño, así como el dolor y el rechazo que Maeve desprendía desde la habitación de abajo, y que se propagaban hacia arriba hasta llegar a su corazón.

Había oído a Hal pisar los tablones del porche mientras salía el sol, mientras ella miraba el techo con los ojos cansados. Había tenido la esperanza de que él aceptara una taza de café con sirope de arce como ofrenda de paz, tal y como había hecho aquella primera mañana. Podrían recuperar ese momento y terminar lo que hubiera entre ellos de una forma pacífica y comprensiva. Pero en cuanto bajó uno de los peldaños que crujían de la escalera y reveló que ella también estaba despierta, Hal se alejó veloz hacia el bosque con el sombrero echado hacia delante. A lo lejos, oyó el galope de los cascos de Mage. Hal no quería hablar con ella, ni siquiera quería verla. Lo más probable es que no volviera a hacerlo nunca más.

Pero ¿qué otra opción tenía? Él la olvidaría pronto. Ambos estaban de acuerdo: no encajaban ni estaban hechos el uno para el otro.

Tras una respuesta apresurada a la carta de Selcouth, para evitar cambiar de opinión, Annie acordó con Morena que, a las tres en punto de la tarde, ni un segundo antes ni después, recogería a Maeve mediante un teletransporte por invocación. Igual que Annie había traído a Morena semanas atrás, cerca del colegio, la Bruja Sabia se aseguraría de que Maeve y su magia, ya estabilizadas, se teletransportaran de forma instantánea a una nueva casa de acogida predispuesta por el aquelarre. Annie le explicó el plan con toda la delicadeza de la que fue capaz, pero Maeve se limitó a lanzarle una mirada que la habría matado si hubiera conocido un hechizo asesino adecuado para la ocasión. Por suerte, Maeve se conformó con apartarla de un empujón con el hombro al marcharse y salir al porche para pasar sus últimas horas en la Cabaña Arden en el columpio, con los ojos vidriosos clavados en el prado y Karma acurrucada con melancolía en su regazo. Por supuesto, la gata sabía que algo iba muy muy mal; los familiares siempre lo sabían.

La devastadora idea de que apartaran a Maeve de su cuidado y de que tuviera que empezar de cero en otro lugar desconocido fue casi suficiente para que Annie se desmoronara. Quizá podría provocar que Maeve causara algún tipo de incendio mágico «accidental», lo justo para que con un suspiro dijeran al aquelarre que sería mejor dejar que se quedaran un par de semanas más en la cabaña…

Eso podría mantenerlas unidas un poco más, pero no sería más que retrasar lo inevitable. Nada tan bonito como eso podía durar. Y lo más probable era que fuera mejor para todos romper esos vínculos hoy mismo, antes de que su extraño y pequeño lazo se

hiciera aún más fuerte y doloroso de romper. De todos modos, ¿quién decía que se había roto para siempre? Maeve acabaría por entenderlo, tarde o temprano. Aún podrían ser amigas.

En el fondo, por supuesto, Annie sabía que el fiero orgullo de la chica garantizaría que eso nunca sucediera. Se cruzarían en la Casa Hécate dentro de unos años, cuando ella se hubiera convertido en una joven a la que Annie no reconocería. Se saludarían con educación desde ambos lados del atrio y las dos intentarían no recordar los momentos que habían compartido en la Cabaña Arden. Para la chica, no había vuelta atrás después de esa decisión.

Annie logró por fin cerrar las cremalleras de su pila de maletas, que se habían ido acumulando mediante hechizos de invocación a lo largo de las semanas (incluso a la magia le costaba cerrarlas), y lanzó el encantamiento de equipaje sin peso que tanto había impresionado a Maeve en el comedor. Tras retirarse de la cara de un soplido su pelo revuelto y lacio, que ya no tenía volumen ni vida, sino que estaba recogido a toda prisa con una pinza, se dio cuenta de la hora con un sobresalto. Faltaban apenas unos minutos para las tres. Había deseado con todas sus fuerzas que Maeve viniera a despedirse por voluntad propia, que aceptara una tregua para que sus últimos momentos juntas fueran felices. Pero eso no era muy propio de ella. Todavía le quedaban tantas cosas por decirle antes de separarse para siempre…

Annie bajó corriendo las escaleras de caracol, pero tropezó con sus propios pies y se precipitó por ellas a toda velocidad; se deslizó por los tablones del suelo tan rápido que casi levitó (puede que incluso lo hiciera un poco) antes de salir disparada por la puerta principal.

—Gracias al universo, todavía estás aquí —soltó de golpe.

Tras dejar a Karma en el suelo a regañadientes, Maeve se levantó del columpio.

—No sé por qué. Debería haberme largado anoche.

Las dos brujas se quedaron frente a frente, incapaces de expresar con palabras lo que sentían. Annie, que había planeado decir tanto, no lograba encontrar ni una sola palabra que le pareciera correcta.

—Por favor, no me obligues a irme —lo intentó Maeve una vez más; dejó que las lágrimas cayeran por fin.

—Las dos tenemos que volver a casa.

—Pero este es mi hogar.

Los hombros de Maeve se agitaban al ritmo de su respiración. Soltó un suspiro para serenarse, intentaba mostrarse fuerte como siempre hacía, pero un sollozo ahogado se transformó en un hipo, que a su vez se convirtió en un suspiro frustrado y resignado. Mientras el sol, de un amarillo intenso como un botón de oro, se deslizaba hacia abajo entre un grupo de nubes oscuras, la mirada de Maeve atravesó a Annie con todo el dolor de una chica que había creído encontrar, por fin, su hogar.

—Maeve, lo siento muchísimo. Pero, por favor, escúchame…

Mientras los rayos de sol perfilaban la silueta de Maeve con un halo dorado, la chica soltó un suspiro de resignación y derrota. Un destello leve de magia la volvió translúcida, con un vaivén como el de una cascada, y las tres en punto cayeron sobre la Cabaña Arden. Annie solo pudo observar a través de las lágrimas cómo esa joya accidental y asombrosa que había encontrado, como un tesoro enterrado, se le escapaba de las manos para pasar a las de otra persona.

Un parpadeo más y Maeve se había ido.

Annie y Karma se quedaron solas en el porche, con la única compañía de la brisa fresca y terrosa de octubre, que cobró fuerza a través del prado como si intentara perseguir a esa chica tan especial que había venido para quedarse. El viento atrapó el pelo de Annie en una ráfaga repentina y se llevó consigo el aroma de lo que finalmente sentía como un hogar: un crujir dorado, el humo de la chimenea y el azúcar con canela más dulce del mundo. La brisa agitó la hierba alta y pálida, y Annie habría jurado que el eco lejano de sus risas en el corro de brujas aún viajaba en el viento, y envolvía la cabaña como una pulsera de amistad eterna.

Annie esperó a que Hal regresara hasta que se puso el sol. Ya ni siquiera podía llorar mientras observaba el horizonte, acurrucada en el columpio. Dejó que el movimiento relajante la meciera con suavidad, con los pies recogidos bajo la falda y Karma en su regazo, a la vez que el crepúsculo se ocultaba tras los árboles y envolvía la Cabaña Arden con el gris lila del anochecer.

—No va a volver —murmuró, con el rostro hundido en el pelaje húmedo y desordenado de Karma. Le dio un pequeño beso, que dejó un rastro de pintalabios rosa, y luego posó las patitas de la gata en el columpio para comenzar sus últimos preparativos. Hal se había marchado lejos, embarcado en otra aventura más grande, mejor y más auténtica de lo que ella podría ser jamás.

Annie echó una mirada cariñosa a la cabaña: libros de hechizos a medio leer abiertos sobre las estanterías, vasos olvidados con agua teñida de pintura multicolor, lápices de colores esparcidos, un tarro

de galletas siempre abierto, montones de mantas, zapatillas a juego, sombreros tirados por ahí y platos de tarta cubiertos de migas.

Hal querría su casa tal como estaba antes de que ella y Maeve llegaran y la pusieran patas arriba. Annie movió los dedos de su mano izquierda para reunir un hilo de magia; una ristra de chispas de color rosa pálido recorrió la cabaña en un bucle resplandeciente. La magia se coló por los huecos de las tablas del suelo y entró y salió de cada armario de la cocina. Recorrió las estanterías, atravesó las alfombras, bordeó la mesa y las sillas, y subió por la escalera. Un último rastro cayó de las vigas del techo y borró las palabras «Habitación de Maeve» que ella había escrito en la puerta del dormitorio.

Un recordatorio de que algo tan precioso y dulce era también efímero, imposible de conservar para ella. Las estrellas se llevaron hasta el último rastro.

Momentos después, Annie se quedó sola en medio de la cabaña vacía, que tenía el mismo aspecto que antes de que ella hubiera desplegado su magia. Lo único diferente era la ventana de la cocina, que había estado tan llena de calidez y promesas cuando llegaron por primera vez. Pero en ese momento, su resplandor se había ido.

Al salir al porche y cerrar la puerta tras de sí con un suave clic, Annie respiró por última vez el aire del prado; se esforzó por recordarlo tal y como era cuando aún era un lugar feliz. Tomó en brazos a Karma, que se paseaba entre sus tobillos. Su familiar dejó escapar un único maullido lastimero.

—No me mires así —respondió en voz baja—. Esto nunca fue para nosotras.

Como Maeve le había dicho una vez, tal vez lo único que quedaba por hacer era dejarlo ir, como un globo. Tenía que intentarlo, olvidarlo.

Annie movió los dedos de los pies dentro de sus zapatos de charol, al sentir despertar su magia de teletransporte. Levantó una mano para lanzar el hechizo, casi como un gesto de despedida, mientras la punta de sus dedos brillaba con un destello rosa. Un instante más y la casa quedó vacía.

La Cabaña Arden pareció soltar un suspiro curioso y decepcionado, vacía de verdad por primera vez en semanas, como si las paredes de madera se preguntaran adónde se habían llevado de repente aquel amor recién florecido que la había llenado hasta el techo.

Se oyeron cascos al galope, que golpeaban con fuerza el suave prado antes de detenerse junto al porche. El caballo se irguió sobre sus patas traseras mientras dos botas tocaban el suelo con una prisa desesperada. La puerta principal se abrió de par en par, con palabras sinceras listas para salir, pero cayeron en un hogar vacío. No había nadie que las escuchara, solo el persistente aroma a azúcar de vainilla que se posaba en el suelo en un disperso rastro de destellos rosados, como nieve.



Capítulo 22

DULCE HOGAR

Celeste estaba tal y como la había dejado, lo que llenó el corazón de Annie de una mezcla de consuelo y desasosiego aquella mañana. Un resplandor amelocotonado se extendió por el suelo de la pastelería mientras el amanecer se esparcía como una yema de huevo líquida. Agradecía tener, al menos, una rutina familiar en la que volcarse de inmediato. Nada la ayudaría a asimilar mejor su regreso que retomarla, sin dejar espacio para pensar en todo lo que había dejado atrás.

Todo parecía inmaculado y precioso, como siempre. Las mesas y los mostradores estaban impecables; los apliques y la cafetera, relucientes; las ventanas y las pizarras, cubiertas con las ilustraciones de Pari. La decoración de Halloween también estaba en pleno apogeo, con un aire acogedor y nostálgico. Annie se abrazó a sí misma, como si su cuerpo necesitara sentir algo firme y estable, aferrarse a algo sólido antes de desaparecer por completo. En ese momento, Celeste estaba ligada de forma intrínseca a emociones intensas que le aceleraban el corazón. Aquello implicaba una presión que no había querido atraer, más plazos de los que nadie debería

tener que asumir y unas expectativas tan enormes que solo su magia podía alcanzar.

Lo peor de todo era que Annie sabía, en el fondo de su corazón, que pronto tendría que admitir la derrota y volver a recurrir al *Splendidus Infernum* para salvarse de sí misma y de los estándares imposibles que se había impuesto.

Annie tragó saliva para aliviar el nudo en la garganta y comenzó a lanzar ráfagas de magia hacia sus tareas: encendió los hornos, revivió las rosas marchitas de las mesas y puso a levitar el tamiz para cernir la harina de la mañana. Se recordó a sí misma que su jaula dorada debía mantener su brillo.

Poco después, el tintineo de la campana de la puerta se esparció por la pastelería como virutas de colores. Annie se echó hacia atrás desde su puesto en el mostrador de la cocina. Pari soltó un chillido y corrió directa hacia ella, a punto de derrapar sobre las baldosas.

—¡Estás aquí! ¡Te hemos echado de menos! —Abrazó a Annie y la apretó con tanta fuerza que esta se quedó sin aliento. Tenía la sensación de que, en cuanto Pari la soltara, se desharía como un azucarillo. Poco después apareció Faye, que dejó caer sus numerosas bolsas al suelo.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo, aunque Annie ya podía percibir la preocupación en su mirada. Eso la hizo ponerse a la defensiva; odiaba saber que alguien la observaba con demasiado detalle.

—Pareces distinta —comentó Pari, mientras jugaba con afecto con la coleta suelta de Annie entre sus dedos.

—Oh, lo sé —confesó Annie con timidez—. Un desastre andante, la verdad.

—¡Para nada, estás guapísima! —la reconfortó Pari con entusiasmo—. Siempre estás guapa. Como nuestro pastelito de coco con chocolate.

Annie se echó a reír; el brillo que siempre irradiaba su amiga le sentaba como un necesario rayo de sol sobre la piel.

—Gracias, cariño. De verdad que os he echado de menos a las dos. ¿Podéis creer cuánto tiempo he estado fuera?

—Me temo que no hay tiempo para cortesías. El tiempo no espera a nadie y los pasteles tampoco, así que vamos al grano… hay que hacer un huevo. Lo digo tanto en sentido literal como figurado —gritó Faye mientras le lanzaba un delantal a cada una—. Annie, no te vas a creer la lista de pedidos que tenemos que sacar esta semana. Ya puedo sentir el colapso nervioso que emana de ti. ¡Esto va a ser divertido!

Solo bastaron unos segundos para que Annie sintiera cómo la chispa temporal de alegría que le daban sus compañeras desaparecía de nuevo. Ningún *Splendidus Infernum* flotaba en la boca de su estómago, listo para mantenerla a flote de forma artificial.

—No hace falta que te pongas tan contenta —le espetó Faye, poniendo los ojos en blanco—. Es algo bueno. Es increíble. Celeste está conquistando el mundo, Annie, bocado a bocado. Lo tenemos controlado, no te preocupes.

—Lo sé —dijo Annie con una sonrisa tranquila. Claro que ellas lo tenían todo bajo control; ella, en cambio, no estaba tan segura de poder decir lo mismo de sí misma.

—¿Y qué tal ha ido? —preguntó Faye, mientras encendía la cafetera, se ataba el delantal y se echaba un trapo al hombro—. ¿Te

ha dado una paliza la adolescente?

—Solo emocional —dijo Annie con una sonrisa cariñosa—. Fue una superestrella. Me encantó.

—Bueno, eso suena genial —asintió Pari, aunque no parecía muy convencida—. ¿Y cómo te sientes ahora que ha terminado?

Annie se mordió el labio inferior y se preguntó hasta qué punto debía ser sincera.

—Esa es la parte que me está costando procesar.

Sus primeros días de regreso transcurrieron en un torbellino de intentos: intentaba volver a adaptarse, estar presente, recordarse que ese era el lugar donde debía estar y dar lo mejor de sí misma, aunque nunca se hubiera sentido peor.

Annie disfrutaba de estar con Faye y Pari, por supuesto, pero forzar su ánimo para igualar el de ellas le exigía más energía de la que podía reunir. También sintió un pequeño vuelco de gratitud en el pecho cuando clientes habituales como Joe y Olive la vieron tras el mostrador por primera vez desde hacía semanas. Se aseguró de dedicar tiempo a que cada uno se sintiera especial, como siempre hacía. Armada con dulces y pastas personalizadas para todos y cada uno de los clientes, escuchaba sus historias y formulaba las preguntas que sabía que los harían sentirse más ligeros, mientras abría la puerta para que entraran y se pusieran cómodos. Pero, sin el hechizo, Annie descubrió que necesitaba que le recordaran cosas que antes sabía de memoria. Los chistes que intentaba contar no siempre surtían efecto, y los silencios incómodos parecían alargarse

más de lo que sería normal. La torpeza social, al fin y al cabo, resultaba ser una sensación horrible.

No era que le importaran menos esos rostros conocidos. Por supuesto que no; Annie siempre se preocuparía mucho por ellos. Solo parecía que tuviera menos de sí misma que dar a cambio, como si su corazón se hubiera quedado atrás. De la fuente que había sido, ya casi no salía agua.

—Si nos hubieras dicho que esto era así de adorable, habríamos venido a visitarte antes.

Los ojos de Annie se abrieron de par en par. Se dio la vuelta tan rápido que un chorro de glaseado salió disparado de la manga pastelera que estaba usando para dibujar caras en los *macarons* de chocolate y naranja con forma de calabaza, llenos de optimismo. A Hal y a Maeve les habrían encantado, pero Annie los apartó de su mente, porque allí estaban Romily y Vivienne, una al lado de la otra, con los brazos entrelazados.

—¡Estáis… estáis aquí! ¿En mi pastelería? —tartamudeó Annie.

—Pues claro, cariño. No nos habríamos perdido tu regreso triunfal, ¿verdad? Te echamos muchísimo de menos —dijo Romily, con un puchero en la cara; después, tomó una de las calabazas que su amiga pintaba y la mordisqueó con delicadeza.

Annie se rio, sorprendida por la calidez del momento.

—No me puedo creer que por fin hayáis venido de visita. ¿Cómo supisteis que había vuelto?

Romily se encogió de hombros con aire despreocupado.

—Una corazonada.

—No hay secretos que se nos escapen —dijo Vivienne—. No puedo creer que hayas pasado casi todo octubre haciendo

voluntariado. ¡Por el universo, búscate una vida, Wildwood! Podrías haberte ido a algún lugar maravilloso para desconectar e hibernar todo el invierno, en lugar de lamerle el culo al aquelarre incluso más de lo que lo sueles hacer. —Sonrió con suficiencia, mientras examinaba su imagen en el reflejo de la parte trasera del dispensador de servilletas—. ¿Mucho trabajo, supongo? Tienes un aspecto espantoso.

—¡Harmony! —espetó Romily, y acompañó sus palabras con un chasquido de dedos, como si su amiga fuera un chihuahua al que tuviera que llamar para que volviera a su lado. Solo entonces Annie se fijó en que Harmony, al entrar, se había distraído con un hombre guapo que se estaba comiendo un sándwich en una esquina. Entre ellos flotaba una oleada de iridiscencia; el hombre inhalaba chispas de su encanto heredado de sirena sin darse cuenta. Harmony asomó el labio inferior con gesto compungido y rompió el encantamiento, lo que dejó al hombre sacudiéndose la cabeza como si la tuviera llena de telarañas. Ruby también se había unido a la visita, pero se había sumido al momento en una animada conversación con Faye sobre la diferencia entre un americano y un café largo. Al cruzarse sus miradas, le dedicó a Annie una enorme sonrisa y un saludo algo caótico con la mano.

—Hola, Annie. —Harmony sonrió con alegría mientras se acercaba —. ¡Por el universo, tus raíces! ¿Es que has empezado ya a preparar tu disfraz de Halloween? La novia de Frankenstein sería muy divertido.

Annie se llevó una mano al pelo, insegura.

—Sí que pareces un poco desmejorada —dijo Romily con suavidad, mientras le frotaba el brazo con delicadeza—. ¿Qué te

pusieron a hacer esas brujas horribles, dondequiera que te tuvieran recluida?

—El populacho del aquelarre tiene tan poco respeto por el cuidado personal… Por suerte, todo el mundo en «ya-sabesdónde» entiende que la imagen lo es todo, en este mundo y en cualquier otro, algo que en Selcouth nunca se molestan en reconocer —criticó Vivienne.

—Es que son todas más feas que Picio, es probable que sea por eso —añadió Harmony con tristeza y sinceridad, como si hablara de una causa benéfica que le partiera el alma.

Annie les dedicó una sonrisa débil, pero le costó casi tanto esbozarla como moldear el duro tofe de melaza con una cuchara para hacer caramelos.

—¿Por qué no os sentáis? La mesa junto a la ventana es el mejor sitio. Os traeré té y algunos dulces. Solo… —bajó la voz para suplicarles—: nada de magia, ¿por favor?

—Ni se me ocurriría —asintió Vivienne con una sonrisa serena. Mientras Ruby charlaba con Faye y Pari, las Cuatro de la Fortuna se acomodaron junto a la ventana con elegancia y aplomo; Romily susurró algo al sentarse que hizo que Vivienne resoplara y Harmony soltara una carcajada. Aunque se sentía cohibida y, por alguna razón, segura de que el comentario había sido sobre ella o sobre su pastelería, Annie tuvo que admitir que estaban hermosas mientras el sol de la tarde entraba y las bañaba con la luz dorada del atardecer. Uno de los muchos trucos que Romily guardaba bajo la manga era un hechizo para encontrar siempre la iluminación más favorecedora allá donde fueran. La visión de su resplandor volvió a despertar en Annie ese gusanillo: el anhelo de regresar a lo de antes, de volver a ser perfecta. Lo bastante como para encajar entre ellas.

—Cuéntanoslo todo, entonces —pidió Romily con voz melosa, sin apartar la mirada de Annie mientras sorbía de la delicada taza de porcelana (Annie les había sacado lo mejor de su colección *vintage*). Su amiga sintió que se le arqueaban las cejas por sí solas ante la realidad de que Romily Whitlock le estuviera haciendo otra pregunta sincera sobre su vida y su paradero que no implicaba ningún tipo de cotilleo. Sonrió, sorprendida y conmovida. De vez en cuando, Romily dejaba entrever destellos de la persona que había sido, aquella con la que Annie había crecido. Resultaba emocionante y reconfortante, como redescubrir un juguete favorito que creías perdido.

—Fue… —Annie se esforzó por encontrar las palabras que no hicieran que las chicas chillaran entre juicios y risas—. Maravilloso. Gratificante. Estuve cuidando a una adolescente, ya sabéis…, que tenía problemas para refrenar su… «confianza» —explicó, antes de articular en silencio la palabra «magia» para una Harmony algo desconcertada. Recibió un prolongado «aaaah» como respuesta.

—Vaya, mírate. ¿Deberíamos haber traído una manzana para la profesora? —bromeó Vivienne con sequedad, mientras añadía una cucharada de edulcorante a su taza.

—¿Cómo era la chica? ¿Una auténtica pesadilla? Seguro que una brujilla de cuidado. —Harmony sujetaba el antebrazo de Annie sobre la mesa con una simpatía desbordante.

—¿Qué? —Annie se echó a reír para contener el repentino impulso de defender a Maeve—. Para nada. A ver, no es la niña más fácil del mundo, pero nunca he conocido a nadie con un corazón de oro tan grande. Bueno…, quizá solo a las dos chicas con las que trabajo aquí.

—¿Ah, sí? ¿Y nosotras qué somos? ¿Belladona podrida? ¿Hígado de tritón en escabeche? —se quejó Romily, ofendida.

—Y vosotras tres, por supuesto. Eso ni hace falta decirlo —contestó Annie con una sonrisa. Sintió cómo su paciencia se tensaba de una forma extraña, incómoda.

—¿Y qué tal su magia? ¿Lograste mantenerla bajo control? —preguntó Vivienne.

—Hicimos grandes progresos. Tiene talento y es muy lista. No tardamos mucho en darnos cuenta de que cualquier cosa creativa parecía hacer que su magia floreciera, así que realizamos todo tipo de actividades para combinar el arte con su magia. Es una chica muy especial. —Annie se dejó llevar por los recuerdos de aquellos días felices antes de poder contenerse, como solía hacer cuando estaba con ellas. Tan pronto hubo compartido aquello, se arrepintió.

—Una «chica especial», ¿eh? Cualquiera pensaría que de verdad te lo pasaste bien, recluida con una espantosa adolescente sin modales ni dinero.

A Annie le dolió el comentario y, para distraerse, volvió a doblar la servilleta sobre su regazo.

—La verdad es que sí, Viv. Creo que al final consiguió enseñarme mucho más de lo que yo le enseñé a ella.

—¿Como qué? ¿A preparar fideos instantáneos y a aplicarte demasiado *eyeliner*?

—Era bastante extraordinaria. —Annie quería defender a Maeve de sus duros prejuicios. El juicio de las chicas le dolía aún más sin el hechizo que suavizara sus respuestas.

—Sí, sí, muy especial. Maravillosa. Un encanto, según dices. ¿Y dónde está ahora? —preguntó Vivienne con rapidez—. ¿Han

encontrado a alguien más a quien encasquetarle a la pequeña Maeve?

Annie abrió la boca para responder, pero la cerró de nuevo, al tropezar con un pensamiento desagradable y molesto. Un pensamiento que hizo que se le tensaran los hombros y que su sangre pareciera dejar de circular.

—Yo… —tragó saliva con dificultad—. Creo que no he mencionado su nombre.

Los ojos de Vivienne brillaron, pero solo por una fracción de segundo.

—Ha sido suerte. —Se encogió de hombros con precisión.

—Oímos cómo la mencionaban en el primer simposio, después de que aceptaras el puesto —explicó Romily veloz, en nombre de Vivienne—. No puedes pretender que una joven bruja cause un pequeño desastre en el colegio y que eso no acabe siendo noticia de primera plana en el club, Annie.

—Pero no es asunto de nadie. Quizá del aquelarre, a lo sumo, pero…

—La Sortiedad siempre se entera de los asuntos mágicos. Ya lo sabes.

Annie se sintió reprendida, un poco tonta. Por supuesto que lo sabía.

—Claro. Es verdad.

—¿Su magia era tan extraordinaria como todos dicen? —apremió Harmony, con la voz un poco ronca. Annie dejó que el momento se alargara en el aire por un segundo. Esa pequeña pausa fue todo lo que necesitó para darse cuenta de que las tres chicas estaban, por una vez, pendientes de cada una de sus palabras. Algo no iba bien.

—¿Solo habéis venido para preguntar por Maeve? —preguntó, insegura.

Romily se rio.

—Sin ofender, cariño, pero en realidad no nos importa tanto el último proyecto caritativo del aquelarre. Solo queríamos escuchar todo lo que has hecho este tiempo y felicitarte por tus logros. Somos tus mejores amigas, ¿recuerdas? —añadió, con una sonrisa que hizo que Annie se ablandara.

—No tenemos por qué hablar de ella si no quieres —la tranquilizó Harmony.

—Desde luego. Como no hablemos pronto de algo más interesante, voy a acabar asfixiándome con uno de estos *scones* de queso. Y ya sabes cómo me pongo con los lácteos —bromeó Vivienne.

Annie se obligó a calmarse. Estaba exagerando. Estaba agotada. El instinto protector que había desarrollado hacia Maeve se le había ido de las manos, incluso cuando la chica estaba a kilómetros de distancia. Ya no le correspondía cuidar de ella. Annie sospechaba que haber abandonado el hechizo empezaba a descontrolar sus instintos. Estaba haciendo casi lo contrario de todo lo que solía hacer: ponerla a prueba, fastidiarla, empujarla a volver a preparar una última pócima.

—¿Qué me he perdido? Oh, perdona, hazme un hueco, ¿quieres, amiga? —Ruby se apretujó al lado de Vivienne en el ventanal, con lo que se ganó una mirada de puro odio—. Annie, ¡tengo muchísimas ganas de que nos cuentes todo sobre tu tiempo fuera! He estado charlando con tus compañeras, ¡son geniales! Y esto… ¿lo has hecho tú? Me acabas de cambiar la vida —preguntó, con un *cupcake* de

arce y nuez pecana coronado con trocitos de *pretzel* crujientes y salados en la mano.

—Cuando termines de abrirte paso a codazos por la mesa… —le soltó Vivienne a Ruby entre dientes.

—Estábamos a punto de darle a Annie la gran noticia —intervino Romily, algo más amable, aunque con un brillo afilado en la mirada.

—¡Oh! ¡Qué bien! Perdona, Viv, culpa mía. Tú vendrás, Annie, ¿verdad? Sé que no eres de las que dejan pasar una excusa para arreglarse —sonrió Ruby.

—Perdona —Annie sacudió la cabeza, algo desconcertada—. ¿Ir adónde?

—¡Al baile de Samhain! —chilló Harmony.

—Oh —musitó Annie. Con todo lo que había pasado, se había olvidado por completo de uno de los eventos de Halloween más importantes del calendario de la Sortiedad para dar la bienvenida al comienzo del invierno—. No estoy segura de estar invitada.

—Annie, no seas tan modesta. Por supuesto que estás invitada. Mamá me preguntó si tú en particular estarías allí —dijo Romily—. Finge que no te lo he dicho, pero puede que haya escuchado, o no, el rumor de que tu estatus de Medialuna forma parte de la celebración.

Harmony soltó un chillido y apretó la mano de Annie. Incluso Vivienne parecía complacida por la noticia. Ruby puso una especie de mueca pensativa, como si sopesase la revelación.

Annie estaba tan sorprendida que no lograba encontrar las palabras. Una invitación a un baile de la Sortiedad, el más importante del año, nada menos que de Glory Whitlock, la Emisaria Suprema. Y, por fin, la membresía de pleno derecho que siempre

había anhelado. Por fin había hecho lo suficiente para complacerlas. Por fin era lo bastante buena.

—Tienes que venir —continuó Romily con ese mismo tono entusiasta y alentador, poco habitual en ella—. Será divertido. Bueno, no será tan divertido. Pero mamá se ha propuesto que este año primen los lujos por encima de todo, sin reparar en gastos, así que por lo menos el teatro Tempestad estará en todo su esplendor y podremos ponernos unos vestidos espectaculares.

—Estaremos más guapas que ninguna, y eso siempre es agradable —intervino Harmony.

—Y, pase lo que pase, no faltará la bebida —añadió Vivienne.

—Sí, vamos, Annie. Tienes que venir —animó Ruby, mientras se sacudía las migas del *cupcake* de los dedos sin darse cuenta de que caían derechas dentro del bolso de Harmony—. Tengo unos pasos de baile alucinantes que hay que ver para creer.

Annie sonrió, conmovida de nuevo por la forma en que de verdad parecían haberla echado de menos. Volver a su antigua vida le había parecido un desgarro en el universo: incómodo y lleno de aristas. Pero eso tenía que ser la prueba de que había tomado la decisión correcta. Poco a poco, todo encajaba como debía. Tenía que dejar de cuestionárselo.

—Me encantaría ir.

Nunca la habían incluido de forma tan activa; no de verdad, no desde que su padre cometió esos errores. A lo largo de los años, incluso con el hechizo para aplacar sus sentimientos, siempre había sido ella la que tiraba del borde de la capa de Romily; la que negociaba y se comprometía a cosas para colarse en sus planes a cambio de lo que pudiera ofrecerles. Pero aquí estaba, invitada al

baile de Samhain con sus mejores amigas. Como en los viejos tiempos. La perspectiva le provocó la misma emoción sagrada que había sentido a los quince años. Las viejas costumbres nunca mueren. Su corazón reaccionó del mismo modo, como un animal adiestrado que responde a una llamada.

Tendría que asegurarse de estar lo más perfecta posible.



Capítulo 23

EL BAILE DE SAMHAIN

La noche antes de Halloween se cernió sobre Londres, oscura y misteriosa, como un nubarrón cargado de tormenta. El aire parecía impregnado de magia.

Annie siempre había considerado su casa un santuario. Pero ahora que conocía una alternativa, que había experimentado cómo podía y debía sentirse un hogar de verdad, apenas soportaba estar allí. El silencio y el aire estancado, que no había sido exhalado por pulmones llenos de amor, parecían rebotar contra las paredes para desestabilizarla. Karma se enredaba entre sus tobillos, de un lado a otro, como para recordarle que no estaba sola.

De vuelta en su baño, Annie se aferraba a la colorida colección de frascos que tintineaban; hacía malabares con cada ingrediente y los sostenía a distancia, como si no estuviera segura de poder confiar en ellos otra vez. ¿De verdad había sido tan mala su vida antes, cuando el hechizo marcaba el camino? Desde luego, no había resultado más fácil sin el control del *Splendidus Infernum* para dirigirla. De hecho, su vida se había vuelto mucho más difícil desde que había regresado

de la Cabaña Arden; la desgarraba en más direcciones de las que podía contar.

Annie dio un paso cauteloso hacia la bañera a medio llenar; de ella se elevaba el vapor en volutas y espirales que empezaban a arrullar su mente de forma tentadora. Cumplir las expectativas era lo más sencillo, en muchos sentidos. La empujaba sin cesar, con un dedo acusador y señalador, pero hacia delante. ¿Acaso había sido tan difícil vivir una vida junto a esos susurros de dolor y arrepentimiento? Siempre había logrado soportarlo todo; nunca se había derrumbado. Quizá había sido exagerada al considerarlo tan agotador.

Pero la voz de Maeve persistía como un eco, una y otra vez, esa voz tan molesta con la que le encantaba regañarla: «Es tu vida y permites que la gente te haga sentir infeliz».

Los frascos chocaron contra el suelo con estrépito. Los charcos de poción se extendieron por las baldosas, mientras los polvos de hierbas trituradas y fragmentos de pétalos caían a sus pies. El influjo de las voces embrujadas que acompañaban al hechizo empezó a desvanecerse en la distancia.

—No, Annie —se dijo con firmeza.

Le debía a Maeve al menos eso: dejar que su propia alegría importara, ver hacia dónde la llevaba el corazón. Debía intentarlo por el camino difícil un poco más.

Si no iba a recurrir al hechizo esa noche, al menos eso le daba un poco más de tiempo para pensar en el vestido que se pondría para el baile. Tenía que acertar de pleno y, sin la ayuda del hechizo, tuvo que aferrarse a la esperanza de que su propia magia natural fuera suficiente. Annie dejó el desastre por recoger para más tarde

(aunque cerró la puerta del baño para evitar que unas patitas curiosas se pasearan por los charcos) y se sentó, en pijama, con cierta inseguridad ante su mesa de costura. Frunció el ceño. Lo normal hubiera sido que el *Splendidus Infernum* actuase por su cuenta en estas situaciones, que surgiese desde su interior. Le tiraría de los brazos como si fueran hilos de marioneta, subiéndolos y bajándolos sin necesidad de pensar, hasta crear la combinación perfecta de ropa y accesorios.

Annie tamborileó con los dedos sobre los muslos. ¿Qué quería permitir que hiciera su magia? Silencio, salvo por el segundero del reloj de la repisa, que sonaba con una fuerza imposible. Por una vez, sin verse atormentada a medianoche por los sentimientos y pensamientos de los demás, podía oír su propia respiración. Su propio pulso. Su propio fuego. Apenas se atrevía a respirar, pero entonces Annie sintió un impulso que le resultó familiar: la necesidad de crear, de dejar que su magia fluyera y floreciera. Antes de que pudiera dudar de sí misma, puso en marcha su fiel máquina de coser.

Metros y metros de tela caían a su alrededor como si estuviera atrapada en un ciclón de tul. Los carretes de hilo volaban y las cintas se desplegaban como helechos para bailar y revolotear por su espacio de trabajo. De vez en cuando, Karma perdía toda dignidad y se abalanzaba sobre ellos con contoneos del trasero y las orejas inquietas, todavía sin recuperar su tamaño normal. Sus patas aterrizaban sin ceremonia, con un pequeño maullido, pero Annie apenas le dedicaba una breve caricia de felicitación. Estaba absorta en un torbellino de concentración: disfrutaba de ver cómo su propia

magia, su propio talento, daba vida a una creación que hasta entonces solo había imaginado.

Un pensamiento se le cruzó mientras cosía la tela en ondas y pliegues. ¿Había tenido el *Splendidus Infernum* tanto poder sobre ella como siempre había creído? ¿Cuántos elementos de su personalidad perfeccionada hasta el último detalle eran, en realidad, suyos de verdad? Consideró la posibilidad de que, en ocasiones, su creatividad hubiera sobrepasado al hechizo y hubiera tomado las riendas por sí misma con la confianza y seguridad de que alguna otra fuerza podría reconducirla si algo salía mal. ¿Había sido así todo el tiempo? ¿Podría parte de su yo perfecto haber sido real y auténtico? La magia le recorría las yemas de los dedos con un leve cosquilleo ante aquella idea tan tentadora.

Horas más tarde, tras pasar por última vez la delicada tela bajo el pie de la máquina de coser, Annie se recostó contra el respaldo de su silla, como si despertara de un sueño. Sostuvo el vestido frente a ella entre pulgares e índices, como si hubiera aparecido por arte de magia, enviado desde algún otro lugar.

—¿Qué te parece? —Annie se mordía el interior de la mejilla—. ¿Será suficiente para el baile de Samhain? Esas brujas no se andan con tonterías en esta época del año.

Karma saltó a su regazo con un tintineo del cascabel y apoyó las patas con delicadeza sobre los muslos de Annie. Miró el vestido y ladeó la cabecita hacia un lado, pensativa. Tras un par de segundos de reflexión, volvió a lamerse la parte superior de la pata izquierda y a ahuecarse el pelaje tras las orejas.

—Tienes razón. Le falta algo.

Con un leve giro de muñeca, Annie añadió lo que intuía que podría ser el toque final. Había perdido su chispa; la había dejado atrás en la cabaña, entre las flores silvestres y la hierba alta. Necesitaba un recordatorio de que, tal vez, algún día volvería a ella. Una fina capa de su magia cubrió el vestido de arriba abajo, que dejaba un destello de luz estelar cada vez que la tela se movía. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

Según la experiencia de Annie, pocas cosas podían animarla tanto como estrenar un vestido. Era cierto que, en ese momento, su ánimo parecía haberse quedado atrapado en algún lugar cercano al inframundo, pero aquel era un vestido especial, capaz de obrar un pequeño milagro. Las capas de tul delicado se deslizaban sobre su piel y flotaban alrededor de su figura, para caer en suaves pliegues hasta el suelo. Era, por supuesto, de un tono rosa pálido que le sentaba perfecto, pero se difuminaba en la cintura y a lo largo de las mangas en una mezcla de plata salpicada de azul marino. Annie sabía que su corazón había buscado el recuerdo del amanecer que florecía sobre el bosque cada mañana en la Cabaña Arden. Desde la parte superior del vestido, que rozaba sus hombros de forma sutil, un ribete de flores silvestres, tallos rastreros y estrellas estaba bordado con su magia, lo que daba vida propia al conjunto.

Se echó el pelo tras los hombros y decidió que el resto del conjunto sería discreto. Todo lo discreto que pudiera llegar a ser con un vestido maravilloso y mágico, claro. Era un vestido que hablaría por sí solo, y Annie conocía las reglas de la moda mejor que nadie… con hechizo o sin él.

Los escalones del auditorio del teatro Tempestad estaban salpicados de restos de hojas arrastradas por la tormenta que se avecinaba, pero Annie se permitió disfrutar de su momento de princesa en la gran escalinata. Bajar con aquel vestido era una tentación demasiado irresistible como para ignorarla. Se tomó su tiempo y descendió despacio, a la vez que deslizaba la mano por la barandilla de latón.

A pesar de los nervios que le burbujeaban en el estómago y del peso de la inquietud que le oprimía el pecho antes de cada reunión de la Sortiedad, por un instante se permitió olvidarlos. Como siempre, apenas pudo contener la risita nerviosa que se le escapó.

Ya en el escenario, mientras la bola de espejos giraba sobre su cabeza, Annie rozó con los dedos las teclas de marfil del piano de cola. La melodía tintineó bajo su piel, y atravesó la densa atmósfera hasta posarse sobre las butacas del teatro como otra capa de polvo y alas de polilla.

La transformación fue, como siempre, a cámara lenta a la vez que instantánea; la magia que se extendía por el teatro parecía doblar el tiempo a su antojo y traer consigo una marea de encantamientos. Con ese familiar giro de las butacas y los destellos de plata sobre el escenario, el teatro Tempestad se sacudió el sueño y reveló, una vez más, su esencia más auténtica y majestuosa.

Las noches de gala eran dignas de contemplar incluso para las brujas, hechiceros o gente mágica que ya se habían acostumbrado al esplendor habitual del teatro. Esa noche, para celebrar la llegada de Halloween y el cambio de estación, su belleza resultaba cegadora.

El teatro se había convertido en un gran salón de baile donde cada detalle rebosaba riqueza, desde los techos altos hasta las paredes

adornadas con tapices que representaban a las seis familias al frente de la Sortiedad. La bola de espejos lucía una corona, con esferas de luz que se reflejaban sobre el suelo pulido de obsidiana. El negro relucía con un movimiento sinuoso, como un lago en la noche, lleno de símbolos, sombras y figuras sin rostro que resplandecían tenues bajo la superficie.

Las mesas estaban adornadas con manteles de terciopelo a juego con las cortinas que velaban los ventanales, los cuales enmarcaban la silueta del parque, que apenas se divisaba a través de la tormenta que por fin había estallado. La única luz provenía de la luna, un doblón de plata en el cielo, circular y perfecta con su brillo nacarado. Su luz se enredaba en frágiles decoraciones de telarañas fantasmales, tejidas como hilo de plata y suspendidas de los altos techos. En un rincón del salón, una orquesta de músicos espectrales tocaba frente a una imponente pared de espejos, lo que creaba la sensación de que el espacio era infinito, como si Annie pudiera no marcharse nunca, como si pudieran retenerla allí para siempre.

Romily, Vivienne y Harmony estaban en pleno centro del bullicio; disfrutaban de sus copas, pero sobre todo del grupo de hechiceros que parecía gravitar a su alrededor como si tuvieran su propia órbita. Annie se abrió paso entre la multitud con cuidado, dejando a su paso una estela de besos al aire sobre las mejillas de los herederos de hechizos.

—Siento mucho llegar tarde —se disculpó con voz entrecortada, a la vez que se alisaba la falda y se colocaba a su lado. Las tres se tomaron su tiempo para examinarla en silencio de la cabeza a los pies antes de intercambiar miradas cargadas de intención.

Los ojos de Romily recorrieron el vestido de Annie.

—¿Qué es esto? —Su rostro, por lo general sereno, se veía inusualmente tenso, como si estuviera esforzándose por mantener sus facciones bajo control—. Se suponía que tenías que ir de rosa.

—¡Es rosa! —contradijo Annie, y dio una pequeña vuelta, algo cohibida, para comprobar que el color había quedado como quería—. Claro que es rosa. Un poco diferente, pero… —vaciló—. ¿No os gusta?

—Supongo que está bien —respondió Romily con tono seco—. Si te gusta ese tipo de cosas.

—Quizá sea algo excesivo —reflexionó Annie; de repente deseaba haber optado por algo menos llamativo. Otra decisión equivocada que sumar al resto. Cruzó los brazos sobre el cuerpo, como si ese gesto pudiera hacerla retroceder, desaparecer hacia otro lugar.

—¿Desde cuándo no damos el visto bueno a los vestidos de las demás antes de un baile? —le preguntó Harmony a Vivienne; quizá con la intención de que fuera un comentario privado, pero sin bajar el volumen ni un ápice.

—Por lo visto, la señorita Andrómeda se siente un poco más segura de sus propias decisiones estos días. —Los ojos de Vivienne brillaban a la luz de las velas—. Vaya, vaya… Las cosas han cambiado mucho mientras estabas fuera, ¿no?

Annie no estaba segura de cómo responder a eso. Se colocó el pelo tras las orejas, con una sonrisa de disculpa.

—No sé en qué estaba pensando. Lo siento. Todo ha sido un poco caótico desde que volví. No soy del todo yo misma.

—Ya nos hemos dado cuenta —espetó Romily, mientras hacía girar el tallo de la copa entre los dedos.

—Estáis espectaculares —dijo Annie, de forma atropellada para desviar el foco de atención. Era increíble lo rápido que la habían puesto en su lugar aquellas tres. Había vuelto a su papel como si de un guion aprendido de memoria se tratase.

—Para sorpresa de nadie —se mofó Vivienne, mientras desviaba la atención para observar la sala—. Es un Vespertine *vintage* —añadió con aire despreocupado, sin siquiera mirarlas.

Annie contuvo el aliento, consciente del valor de una pieza así. Fascinada, tuvo que contenerse para no alargar la mano y tocar la seda suave como mantequilla que se ceñía a la figura de Vivienne y caía a su alrededor como chocolate fundido. Unas pequeñas mangas con remate ondeaban sobre sus hombros, unidas por un hilo casi imperceptible del que pendía una hilera de diamantes negros. Lo había combinado con un brazalete en forma de serpiente que se deslizaba por su brazo derecho, con una lengua de víbora que parpadeaba con un rubí brillante antes de descender de nuevo hacia su muñeca.

—Exquisito —se maravilló Annie, con una admiración imposible de disimular, y Vivienne pareció aplacarse de forma momentánea con el cumplido.

—¿Y el mío? —intervino Harmony mientras se abría paso hacia delante. Vivienne y Romily se miraron, y la primera se desplazó al otro lado del círculo para que pudieran cuchichear. Era el único momento en el que Annie sentía siempre una afinidad sincera con Harmony: cuando quedaba claro que había clases incluso dentro de las Cuatro de la Fortuna.

—Un poco más refinado que el tuyo, Annie, ¿no? Mucho más elegante —se jactó Harmony, antes de darse cuenta de que quizá

había ido demasiado lejos—. No es que el tuyo no sea precioso también.

La afinidad estalló como una burbuja.

Annie se detuvo un momento a admirar el vestido de Harmony, un conjunto espectacular que poseía toda la grandiosidad del de Vivienne, pero no su naturalidad. Sin duda también era caro; la combinación de seda naranja, que caía en una falda larga con volante hasta el suelo, y el forro de encaje negro brillante debajo era un poco… de Halloween. Aun así, el corpiño tipo corsé era impresionante, al igual que los guantes de ópera y los enormes pendientes. Annie pudo ver que, en cierto modo, Harmony se esforzaba tanto como ella por defender su posición.

—Es precioso, Harm.

La aludida pareció encantada con la valoración de Annie y enseguida se enganchó a su antebrazo en señal de aprobación, apoyada en su hombro como si fueran almas gemelas.

—¿Dónde está Ruby? —preguntó Annie, mientras la buscaba con la mirada por la sala—. Creía que vendría esta noche.

Aunque en realidad solo había sentido determinación por impresionar a las Cuatro de la Fortuna y afianzar su favor, lo cierto era que tenía ganas de ver a Ruby, sin más. Vivienne resopló y Annie frunció el ceño.

—¿Me he perdido algo?

—Con un poco de suerte, no volveremos a verla por aquí. Esa bruja lleva zuecos, por todos los astros. No pueden verme cerca de unos zuecos —se quejó Vivienne antes de apurar su bebida, con un tono tan venenoso que habría quemado el suelo bajo sus pies de haber caído una sola gota.

—Espera, ¿qué quieres de…? —Antes de que Annie pudiera terminar, sin entender a qué se refería exactamente Vivienne, Romily la interrumpió:

—Vaya si te estás perdiendo algo, cariño. ¿Qué te parece mi vestido? —preguntó Romily con una sonrisa imperturbable, y levantó la cola de su capa para asegurarse de que captara la luz en el momento justo.

Siempre era la mejor vestida del grupo, pero aquella noche se había superado. El vestido, de un tono champán pálido, estaba cubierto de delicados destellos, con un diseño de hojas y zarcillos que se enroscaba alrededor del cuerpo y un escote de vértigo. Era atrevido, ajustado y lo completaba una capa translúcida color crema que caía desde los hombros hasta el suelo. Tenía algo casi nupcial, como si fuera a casarse con la magia misma.

—Rom, es increíble. La reina del baile.

—Lo sé —se jactó Romily con una risita, acompañada de un guiño a Annie tan entrañable y sincero que a su amiga le dieron ganas de atraparlo y guardárselo.

Aquel era, sin duda, su lugar: junto a estas chicas que la habían acogido hacía tanto tiempo y le habían mostrado el camino. Ese era el mundo al que estaba destinada. Cuanto antes lo aceptara y aprendiera a vivir con ello de la mejor manera posible, mejor para todos los que la rodeaban.

Había una cosa que haría que todo fuera más fácil de retomar, que acallaría ese anhelo punzante de algo superior que sentía en el pecho.

Harmony le hizo una seña para que se acercara y le apartó el pelo antes de inclinarse hacia ella.

—Tengo un secreto —susurró emocionada con un hipido tras beber otra copa de ponche.

—Harm, acordamos no decírselo. No queremos que su reacción sea rara —le recordó Vivienne para regañar con suavidad a su amiga, que no sabía guardar un secreto.

—¿Decirme qué?

—Mi madre tiene que hacerte una pregunta muy importante. Le diré que ya estás aquí —le informó Romily con un guiño mientras se alejaba.

—Eres la comidilla de la Sortiedad, Annie —dijo Vivienne con complicidad, con esa voz de clase alta que delataba que manejaba información privilegiada. Señaló con la copa teñida de negro hacia un círculo cerrado de brujas y hechiceros; la serpiente dorada se deslizaba hacia su mano mientras se movía. Annie se percató de que se trataba de una reunión de los Emisarios, los miembros más importantes de la Sortiedad, entre ellos Glory Whitlock. Se turnaban entre sí para observarla. Hablaban de ella.

Annie tragó saliva con dificultad. Era lo que tanto había esperado. Despertó algo en su interior, aunque no sabía decir si inquietud o felicidad. Fue más bien un golpe en el estómago que una caricia. El recordatorio de la presión por consolidar el hecho de que de verdad pertenecía a ese lugar, de que se había ganado su sitio, era algo monstruoso. Se aferraba a ella, hacía que su vestido pesara diez veces más, como si necesitara apartarse el pelo de la nuca. Tenía que estar perfecta esa noche. Para que la aceptaran de una vez por todas, para que todo valiera la pena. La atracción hacia el *Splendidus Infernum* crecía a cada momento y le envolvía los brazos

con dedos fríos. Quizá era imposible existir en el mundo sin el hechizo.

Pero por fin había llegado el momento. Debía de haber hecho ya lo suficiente. Eso era aquello por lo que tanto había trabajado.

Momentos después, Romily reapareció con Glory del brazo; ambas con los labios fruncidos en un mohín de autosuficiencia que acentuaba sus pómulos. Todas las Whitlock compartían la misma expresión facial altiva, una familia que inspiraba admiración con su mera presencia.

—Annie, cielo. —Glory Whitlock se abrió paso hacia el círculo, rodeada de un campo de fuerza hipnótico y seductor que parecía ondular a su alrededor. Sostuvo a Annie a la distancia de sus brazos antes de atraerla en un fuerte abrazo. Annie suspiró, envuelta en la embriagadora sensación de que una figura materna la estrechaba justo como ella necesitaba.

—Glory —saludó Annie en voz baja.

—Se dice por los calderos del simposio que nos deberíamos sentir orgullosos por tu trabajo en Selcouth, cielo. ¿Un pequeño encargo para esas Brujas Sabias de la Casa Hécate, según tengo entendido? Deberías haberme informado al momento, Annie. Qué traviesa. —Glory le dio un golpecito en la nariz y le guiñó un ojo de una forma tan parecida a Romily que Annie solo pudo mirarla, estupefacta—. Tienes que contármelo todo, sin falta.

—Os dejamos un momento a solas —se excusó Romily con una sonrisa felina. Hizo un leve gesto con la cabeza para despedirse, y Vivienne y Harmony la siguieron de inmediato. Annie no pudo ignorar la sensación de que Romily obedecía una orden silenciosa.

—No es nada fácil conseguir un papel así en Selcouth, Annie. Como siempre, no dejas de superarte. Y no podría estar más orgullosa de ti.

El corazón de Annie dio un vuelco. Era todo lo que siempre había anhelado oír: que lo había hecho bien, que había hecho justo lo que se esperaba de ella y que alguien estaba orgulloso por eso.

—Siempre fuiste como una segunda hija para mí. Y no sé tú, pero tengo la impresión de que ese precioso vestido tuyo estaría aún más espectacular con un broche de Medialuna como complemento. Es justo que te devolvamos el favor por todo tu esfuerzo.

Annie contuvo el aliento. Iba a suceder de verdad. Sin embargo, nada de aquello tenía sentido. Había luchado y se había desvivido por ese momento toda su vida, desde que su padre había echado por tierra esa posibilidad, pero nada había funcionado hasta el momento. Hasta que había tenido que hacerle ese favor inesperado al aquelarre y a la niña.

—Estoy encantada, Glory, de verdad. Pero no tengo muy claro qué he hecho para merecerlo.

—Por lo que he oído, parece que has detectado un pequeño contratiempo que debemos examinar más de cerca. ¿Una jovencita de origen incierto que convendría investigar?

El mundo dejó de girar. Era como si el cielo se hubiera derrumbado y la tierra se alzara para alcanzarlo, una sensación de claustrofobia que anclaba a Annie al sitio como pegamento. El pánico le subía por la garganta y la asfixiaba. Ese repentino interés por Maeve desde todos los flancos… Algo no iba bien.

—Bueno, no pongas esa cara de sorpresa, Andrómeda. A estas alturas ya deberías saber que no hay secretos para los herederos de

hechizos.

—¿Qué queréis de ella? —se atrevió a preguntar Annie en un susurro ahogado. Todo lo demás se había vuelto borroso en su visión, como una mancha a su alrededor. Pensaba que había mantenido el talento de Maeve oculto ante el aquelarre y la Sortiedad.

—No hay necesidad de que suene tan siniestro, cielo.

—Yo… me temo que no puedo ayudarte, Glory. —Annie hizo todo lo posible por mantener la compostura—. No sé dónde la ha llevado el aquelarre. Dondequiera que esté, estará a salvo y protegida, al igual que su magia. Ahora todo está bajo control.

Glory resopló con desdén.

—Tienes mucha fe en un aquelarre que no deja de demostrar ser del todo inútil. No te preocupes, tenemos nuestros métodos para localizar a quien necesitemos. Estoy deseando conocerla; es una niñita de lo más intrigante. Mis fuentes sospechan que podría resultarnos muy útil, si le interesara hablar con nosotras. Y si no…, bueno… —Glory esbozó una mueca.

Annie hizo todo lo posible por mantener la calma, aunque sentía como si la tormenta que se cernía fuera ya empezara a gestarse también bajo su piel. Soltó una risa ahogada con una sonrisa forzada para restarle importancia a Maeve tanto como pudiera delante de Glory.

—No es lo que piensas.

Como solía hacer, Glory alargó una mano con dulzura para sostener el rostro de Annie, algo que la chica siempre había sentido como un gesto de afecto delicado y cariñoso hacia una «segunda hija», dadas las circunstancias. Pero esa vez fue distinto. Movió la

cara de Annie de un lado a otro para orientarla hacia la luz, como si examinara un jarrón desconchado y estropeado para decidir a qué precio rebajarlo. De repente, dejó caer la mano.

—¿Es necesario que te recuerde, Andrómeda, lo… precaria que es tu situación? —amenazó Glory—. La pobre Romily y yo hemos hecho una gran excepción por ti, para evitar que te echaran y te olvidaran por completo. No ha sido fácil mantener tu posición. Y espero, si eres la chica que creo que eres, que lo entiendas. Nos lo debes, Annie. Y harás lo que se te pida a cambio.

Annie miró detrás de Glory y se dio cuenta de que el estrecho círculo de Emisarios observaba su conversación con gran interés. Tragó saliva y se esforzó por ponerle fin. No podía procesar la realidad con Glory tan pegada a ella.

—No sé quiénes son tus fuentes, Glory, pero creo que quizá estén equivocadas. Es solo una niña —rio Annie.

Los penetrantes ojos azul violáceo del rostro de Glory atravesaron a Annie con la mirada. La sorprendió sentir una repentina oleada de furia tan palpable que parecía atravesar cualquier barrera contenida con sumo cuidado.

—No es solo una niña.

Sin despedirse, Glory dejó a Annie allí plantada, sola.

Aturdida por la marcha de una presencia tan poderosa, la chica se sintió de repente mareada, como si necesitara algo a lo que agarrarse.

—¿Qué tal si probamos algunos de esos postres? —intervino Harmony al reaparecer al lado de Annie—. Sé que se supone que estoy a dieta, pero es Samhain… Annie, esos profiteroles que has enviado de tu panadería tienen una pinta estupenda, de verdad.

—Luego, Harm. Necesito… —Annie estaba conmocionada. No podía pensar con claridad, no podía oír sus propios pensamientos. Se sentía insegura, perdida. Se llevó la mano a la frente; trataba de evitar tambalearse. ¿Estaba Maeve en peligro? ¿Lo estaba ella?

La presión le oprimía las sienes. Si pudiera averiguar cuál era el próximo paso a dar…

—En realidad, ¿te importa si nos sentamos? —intervino Harmony, con un aspecto algo agotado bajo la luz fantasmal del salón de baile —. Demasiado ponche.

Fue un alivio oportuno.

—Por supuesto, de todas formas, necesito un poco de aire — asintió Annie, aturdida mientras guiaba a Harmony hasta el borde del salón de baile y la sentaba en una silla.



Capítulo 24

SERPIENTES

Annie se recogió la falda mientras se abría paso entre la multitud que inundaba la pista de baile, un laberinto de hombros pegados y codazos. Atravesó el gentío y empujó las puertas de la parte trasera del teatro, para inhalar de golpe el aire frío que refrescó sus hombros desnudos. Un largo pasillo se desplegaba ante ella, con paredes verdes revestidas de papel damasco oscuro y retratos de siglos de miembros de la Sortiedad. El repiqueteo de sus tacones contra el suelo le sonaba como el tictac de los segundos, una cuenta atrás al ritmo de su pulso acelerado.

Abrió con un empujón la puerta del baño y se detuvo en seco.

—¿Ruby?

Ruby estaba encogida junto a los lavabos, con las rodillas pegadas al pecho y la espalda rígida contra la porcelana. Tenía las manos entrelazadas con fuerza alrededor de las piernas y la cabeza gacha. Annie se quedó tan desconcertada al verla que tuvo que obligarse a reaccionar, a moverse y correr a su lado. Era como si la hubieran transportado de vuelta a la Cabaña Arden, y viera a Maeve en ese mismo estado de fragilidad, cuando se hacía tan pequeña como

podía ante el miedo. Pero no era Maeve. Era Ruby. Su amiga Ruby, que en el poco tiempo que se conocían tantas veces la había defendido y, sin saberlo, había sido su escudo. Al tropezar con el vestido, Annie se arrodilló frente a la chica y la agarró por los hombros.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre?

Ruby levantó la vista, con la frente apoyada en los brazos cruzados, y miró a Annie con los ojos rojos e hinchados; unas manchas de rímel le salpicaban el rostro. Se frotó la nariz con el dorso de la mano.

—Este sitio, la presión… No sé cómo lo haces, Annie.

La aludida frunció el ceño, sin entenderlo.

—¿Hacer qué?

—La Sortiedad. Nos van a echar… a mi familia. A mí, a mis hermanos y a mis padres. Nos van a desechar como si ni siquiera importáramos, y todo es culpa mía.

A Annie le dio un vuelco el corazón, mientras las llamas de la empatía se avivaban de la forma más feroz. Conocía demasiado bien esa sensación: el rechazo, las dudas, el dolor punzante… Pero debía de haber algún error, ¿cómo podían haber decidido que Ruby Wrathshade no era lo bastante buena? No tenía sentido. Ruby era uno de los rayos de sol más vivaces y brillantes que Annie había conocido jamás. Su familia era amable, humilde y generosa, siempre dispuesta a incluir a los demás, igual que Ruby había hecho con ella.

Quizá ese era el problema.

—No me puede dar más igual lo que piensen de mí, nunca me ha importado ni me importará. Pero ¿mis padres? Ellos solo querían encontrar a los suyos, sentirse integrados… y yo les he arruinado

esa oportunidad. ¿Cómo se lo voy a decir? Los va a destrozar —se lamentó en voz más baja, sin apenas poder terminar la frase antes de que sus palabras se vieran interrumpidas por unos sollozos profundos y tristes.

—No lo entiendo. —Annie negó con la cabeza—. ¿Cómo lo sabes? ¿Y por qué os expulsarían? ¡Eres… eres maravillosa! Toda tu familia lo es.

—Glory me citó para una «conversación delicada». —Ruby marcó las comillas con los dedos en el aire—. Al parecer, alguien les dijo a los Emisarios que yo era una deshonra, que avergonzaba a los miembros de la Sortiedad. Que no cumplía con los estándares que esperan de los herederos de hechizos. Pero… —sorbió por la nariz— no entiendo qué he hecho mal. Solo he sido yo misma.

—Oh, Ruby. —Annie sentía cómo el corazón se le rompía al unísono con el de su amiga. Se sentó a su lado en el suelo y la abrazó con fuerza para que pudiera apoyar la cabeza en su hombro. Al menos había habido una razón sólida e inamovible para que expulsaran a Griffin y a Cressida. Pero lo de la familia de Ruby no era más que puro esnobismo, malicia y prejuicios—. No has hecho nada malo, por favor, no pienses eso.

—Annie, puedo confiar en ti, ¿verdad? ¿Somos amigas? —Ruby, que por lo general se mostraba tan segura de sí misma, tan confiada en su forma de ser y de moverse por el mundo, tan ajena a la opinión de los demás, parecía vulnerable a más no poder al hacer esa pregunta. Y algo cambió dentro de Annie al verlo. La Sortiedad había conseguido sacar a la luz esa parte expuesta y vulnerable de una mujer que, hasta verse envuelta en todo aquello sin querer, lo más probable es que nunca hubiera tenido que hacerse esa

pregunta. Annie los odió por ello, por hacerle eso a Ruby. Le hizo preguntarse qué le habían hecho a ella también.

—Somos amigas. —Annie le dedicó una sonrisa que esperaba que fuera lo más reconfortante posible.

—Eso pensaba —respondió Ruby, con una débil sonrisa como respuesta mientras volvía a secarse la nariz con la manga acampanada—. No sé cómo arreglar esto. Por mi familia. Tiene que haber una forma. A ti te dejaron volver, ¿no?

Annie le acarició el pelo mientras miraba hacia el cuarto de baño.

—Lo hicieron. Pero no sé si va a durar demasiado. Todo es tan… superficial. Tan precario. No puedes obligar a la gente a que le gustes, Ruby. Esa es una verdad fría y dura que alguien intentó enseñarme hace poco.

—Pues qué mal.

—Un poco —admitió Annie—, pero la otra cara de la moneda es que así las personas a las que sí les gustas, las que de verdad te entienden, te hacen sentir como si fueras mágica.

Ruby negaba con la cabeza, solo escuchaba a medias.

—Precario. ¿Qué tiene esa palabra? Sale a relucir todo el tiempo por aquí. Tienes toda la razón —dijo Ruby—. He sentido que nadaba a contracorriente todo este tiempo. Estoy agotada. Es horrible.

—Lo es, pero las personas adecuadas no son precarias —le aseguró Annie—. Dan seguridad y son constantes. Sientes que van a estar ahí siempre.

Hal cruzó por su mente durante un instante.

La puerta del baño se abrió de golpe y chocó contra la pared con tal estruendo que Annie y Ruby se sobresaltaron. Romily, Vivienne y Harmony entraron a trompicones, se detuvieron un instante al ver la

escena y enseguida estallaron en carcajadas. Romily fue la primera en recomponerse; le dio un golpecito a Vivienne, que a su vez se lo pasó a Harmony, aunque con bastante más fuerza.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —preguntó Romily, con una expresión de preocupación poco convincente en el rostro.

—Ay, querida Rubes, ¿se han quedado sin canapés? —se burló Vivienne, con un puchero.

—¡Annie, ahí estás! Nos preguntábamos adónde habías ido, pensamos que te habías caído dentro del váter. —Harmony arrastraba un poco las palabras, con tono animado.

Se retorcían unas contra otras, como serpientes. El brillo de su piel reluciente reflejaba la luz de las velas de la lámpara de araña con tal intensidad que parecía como si ellas también estuvieran hechas de cristal inmaculado y resplandeciente.

Annie se puso en pie y levantó con determinación a Ruby con ella.

—Supongo que mamá por fin te ha dado la noticia. —Romily focalizó su atención en Ruby—. Es una verdadera lástima; estamos todas muy tristes, de verdad. Pero a veces las cosas… no salen bien.

—Ya —escupió Ruby con frialdad.

—Sin rencores. Muchas brujas han descubierto que las Cuatro de la Fortuna las consideran insuficientes. La mayoría ha vivido para contarlo —añadió Vivienne, con una expresión tan complacida que a Annie le quemó la piel.

—Habla por ti. Para mí todo esto es nuevo —replicó Annie. No se atrevió a dejar que nada de aquello se reflejara en su rostro, pero sintió que una ira visceral se apoderaba de todo lo demás mientras le sostenía la mirada a Vivienne.

—Por supuesto que lo es. Déjame decirte, Annie, que hay muchas cosas que no sabes. No estás al tanto de todo lo que crees —respondió Vivienne—. Te vendría bien recordarlo de vez en cuando.

—¡Oh, cállate! Fuisteis vosotras tres, ¿verdad? Vosotras sois las que habéis hecho que me echen —gritó Ruby desafiante, aunque la voz se le quebró un poco al final. A Annie se le volvió a romper el corazón y apretó con más fuerza los hombros de Ruby. No le cabía duda de quién había sido ese «alguien» que había traicionado a Ruby ante Glory; la mirada de suficiencia en el rostro de Vivienne lo confirmaba con total claridad. Pero Annie sintió que su amiga se tensaba a su lado, como si se obligara a sí misma a erguirse—. Claro que fuisteis vosotras. ¿Sabéis una cosa? Las tres estáis fatal de la cabeza.

—Pero bueno, qué borde —dijo Harmony, incrédula—. ¿Qué te hemos hecho nosotras? —vaciló—. Ah, claro… lo de las «amienemigas».

—Si hubiera dependido de mí, ni siquiera nos habríamos codeado con alguien tan vulgar para empezar. Pero la filantropía es una parte fundamental de ser una buena persona; es lo mínimo que podíamos hacer. Es el mismo motivo por el que Annie sigue aquí pegada, como la peste —comentó Vivienne, mientras una sonrisa perezosa se dibujaba en sus labios.

—No soporto mirar a estas tres brujas ni un segundo más. —Ruby hizo una mueca—. Me largo de aquí.

Se abrió paso a empujones entre Romily, Vivienne y Harmony y salió corriendo del baño.

—Ruby, espera… —gritó Annie.

Lo único que pudo hacer fue mirarlas, atónita. Se sentía como si estuviera frente a tres completas desconocidas. Quizá lo eran. Tal vez nunca las había conocido de verdad, sino solo a la versión de ellas de la que se había autoconvencido que eran.

—Qué rarita —le soltó Vivienne a Romily entre carcajadas.

De repente, Ruby era Maeve en el comedor todas aquellas semanas atrás, y Maeve era Ruby, con todas sus brillantes y singulares peculiaridades. Todo se volvió borroso. Annie solo lograba identificar un sentimiento de rabia defensiva, terrible y ardiente. Sintió que su magia chispeaba. Tuvo que hacer acopio de todo su control para contenerse y no empujar a Vivienne en el pecho y hacer que se cayera sobre Romily. Por fin podía ver la jerarquía del grupo, una en la que ella siempre se había mantenido en lo más bajo. Era un contraste nítido frente a la equidad, la paciencia y el apoyo que la habían arropado en la Cabaña Arden.

Hacía mucho tiempo que sospechaba de lo que eran capaces sus supuestas amigas. Había experimentado los golpes y rasguños de su impacto durante toda su vida, pero verlo con tanta claridad fue como una bofetada aguda y punzante.

Se volvió hacia Romily, tratando de encontrar algún rastro de su vieja amiga, la versión más joven, amable y compasiva, que creía en algo más que las apariencias.

—Rom, vamos…

Por un breve instante, Annie creyó ver un destello de algo más tras los ojos marrones de Romily, pero desapareció antes de que pudiera siquiera procesarlo.

—Si no sigues el ritmo, te quedas atrás —dijo Romily con frialdad —. Y ahora mismo vas muy muy por detrás de todas nosotras,

Annie. Esto… —Señaló el espacio que las separaba en la habitación —. Bueno, empiezo a preguntarme si todavía funciona.

—A Ruby se le ha acabado el tiempo, Wildwood. Ten cuidado de no terminar igual —la interrumpió Vivienne.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Cuanto más tiempo te quedes en ese lado de la habitación, más fácil nos será a las que estamos aquí olvidar por qué narices aún cuelgas de un hilo de segundas, terceras y cuartas oportunidades —sentenció Vivienne.

—No… Yo… lo siento.

Annie podía oír a alguien pedir perdón con un tartamudeo apenas audible, pero no parecía que ninguna de ellas hablase. La boca de Romily estaba cerrada, las cejas de Vivienne arqueadas y Harm distraída con su propio reflejo en el espejo de enfrente. Debía de ser su propia boca; de algún modo, era ella la que se disculpaba. Repetía «lo siento», para expiar esa traición constante y despreocupada. El impulso estaba grabado en su interior tras todos estos años.

Pero, por primera vez, se dio cuenta con una claridad brutal de que no sentía ni una palabra de lo que decía.

—No pasa nada, Annie. Siempre cometes tantos errores tontos que ya estamos acostumbradas —achacó Romily con dulzura. Extendió un brazo hacia ella para animarla a que le tomara la mano —. Volvamos. ¡O nos perderemos la fiesta!

—¡Vamos, ven a bailar! —Harmony cruzó la habitación de un salto para tirarle del brazo, pero este cayó inerte junto a su costado. Harmony regresó al grupo como un animal confundido.

—La fiesta. —Annie asintió despacio mientras reflexionaba sobre cómo todo podía desarrollarse con total normalidad justo al otro lado del baño, mientras su intrincado sistema de creencias se desmoronaba—. Queréis volver a la fiesta. ¿Queréis fingir que todo sigue siendo perfecto? —El volumen de su voz se elevó por sí solo, hasta que el final de la pregunta se convirtió en un grito. Se tapó la boca con las manos, como si intentara meter las palabras de nuevo hacia dentro. La sensación que le producían la rabia y el dolor, auténticos y viscerales, parecida a un terremoto, era tan volátil, tan impredecible, que parecía reflejarse en su tono. Su grito hizo que Harmony, Vivienne y Romily se sobresaltaran; sus cejas se arquearon al unísono. Se lanzaron una mirada furtiva de duda, sin saber muy bien qué rumbo tomarían las cosas.

Annie recuperó su compostura y se la puso con cuidado, como quien se enfunda en una bata de seda. Con los ojos cerrados y una respiración serena, suavizó de nuevo su voz.

—¿Por qué me habéis mantenido a vuestro lado todos estos años?

Romily soltó una risita y luego puso los ojos en blanco cuando Annie no se rio con ella.

—No sé a qué te refieres. Actúas como una loca. Deja de imaginarte cosas —dijo mientras se encogía de hombros; el brillo de su precioso vestido centelleó bajo la luz tenue.

—No puedo fingir más que todo esto es normal y que está bien —dijo Annie—. Pretender que no me vais a hacer lo mismo que a Ruby en cuanto dé un paso en falso. Fingir, fingir y fingir. No puedo más.

Miró a Romily con ojos suplicantes. Tenía que haber alguna señal de que la chica que una vez había conocido seguía ahí, en algún lugar.

—Todo el mundo parece estar bien. ¿Por qué eres la única que está disgustada? Te queremos, Annie. Lo sabes. —Romily volvió a tenderle la mano, con más insistencia. Annie la miró con expresión vacía, como si su propia mano estuviera desconectada de su cuerpo. Quiso sentir de nuevo esa alegría en el pecho que siempre surgía cuando Romily le mostraba cualquier tipo de afecto. Quiso que todo volviera a ser familiar y fácil. Pero esa vez no fue así.

—Vais a libraros de mí también, ¿verdad? En cuanto me niegue a ayudar con lo que sea que se traiga tu madre entre manos, con ese interés por Maeve Cadmus.

Se hizo el silencio.

—Ah, y la moneda cae en el caldero con un golpe estrepitoso. —Vivienne puso los ojos en blanco.

—Viv —dijo Romily, con tono de advertencia.

—Oh, venga ya, Romily. Estoy harta de esta conversación pomposa y patética mientras hay una pista de baile llena de hechiceros que esperan a que juguemos con ellos.

Annie lo intentó de nuevo, con los puños cerrados.

—¿Qué quiere tu madre de ella?

Vivienne la fulminó con la mirada.

—Harías bien en hacer menos preguntas, Wildwood. La Sortiedad tiene un talento excepcional para hacer que la gente… desaparezca si deja de ser útil. —Annie vaciló—. ¿Has sabido algo de tu madre en los últimos tiempos? —preguntó Vivienne, un poco más bajo, para dejar que la pregunta capciosa flotara en el aire.

Romily se dirigió hacia el lavabo y se encaramó a la encimera, con un movimiento muy fluido, y luego volvió a mirarse al espejo. Empezó a recolocarse la tiara con un destello de magia.

—Annie, no hagas preguntas cuya respuesta no quieras saber, cariño.

—¡Dímelo! —demandó Annie otra vez.

Romily se sobresaltó y también gritó.

—¡No lo sé! ¿Vale? —Se incorporó de un salto y se acercó a Annie despacio, como si acechara a una presa—. Por una razón o por otra, mi madre está fascinada por completo contigo y con tu patética amiguita. Y, sin embargo, aquí sigues, dando vueltas en círculos, desesperada. «¡Pobre de mí, pobre de mí!» ¡Es tan propio de ti ser así de egoísta!

La confesión torrencial de Romily fue tan repentina y contundente… Cada palabra que salía de aquellas tres brujas estaba tan cargada de malicia que el suave silencio que llenó el baño después resultó fuera de lugar, incompleto. Annie supuso que aquel era el espacio que debía ocupar su rabia, pero ni aun así lograba invocarla del todo. Era como un motor que necesitaba un empujón, pero ella ya no tenía fuerzas.

Tal vez porque sabía que era inútil, porque ese iba a ser el resultado tarde o temprano. Sabía que, algún día, se desviaría del camino que con tanto cuidado había trazado y descubriría pruebas fehacientes y desagradables de que a ninguna de esas personas le importaba de verdad. Que ninguna de ellas la consideraba más allá de lo que ella pudiera ofrecer en un intercambio unidireccional. Hacía todo lo posible por no ser egoísta, por no decir nunca que no… incluso cuando de verdad, de verdad de la buena, quería hacerlo. Y todo eso solo había servido para que la quisieran mientras pudiera ser útil. Ella solo era lo que podía aportarles. Romily, Vivienne, Harmony, Cressida, la Sortiedad… Ninguna la quería.

Pero había otros que sí. Tenía la suerte de que eso fuera cierto.

—Ojalá no hubiera tardado tanto en darme cuenta —se dijo Annie a sí misma.

—¿Darte cuenta de qué? —cuestionó Vivienne con fastidio, a la vez que adoptaba una postura despreocupada, como si estuviera aburrida.

Annie soltó una risita.

—No existe suficiente perfección en el mundo para complaceros, ¿verdad?

La confesión se suspendió en la penumbra como una constelación. Una vez que la mantuvo en su sitio, brilló con más intensidad. Podía verla allí, frente a ella, con palabras reales.

—Nunca, jamás, sabréis hasta qué punto intenté estar a vuestra altura. Todas vosotras. Os tenía subidas a pedestales, mientras yo me quedaba abajo y dejaba que pisotearais las partes de mí que merecían estar ahí arriba tanto como vosotras. ¿Y por qué? ¿Para qué? ¿Para sentir que hay perros salvajes que me muerden los talones el resto de mi vida? ¿Como si por un pequeño tropiezo o un paso en falso fuera a terminarse la carrera y me devorasen?

—¿No crees que estás siendo un poco dramática? —gruñó Romily.

—¿Dramática? —dijo Annie con calma, con un brillo nuevo en los ojos.

El silencio volvió a caer como si alguien hubiera extendido una sábana de seda sobre ellas, un silencio perfecto que ondulaba en el aire. Y, de entre todos los momentos y lugares en los que pensar en ese instante, la mente de Annie retrocedió a aquel paseo por el bosque con Maeve, cuando buscaban a Karma. Sabía lo que Maeve, inteligente y fuerte, querría que hiciera.

—Ten cuidado con lo que deseas, Romily.

Annie respiró hondo. Apretó los puños, echó la cabeza hacia atrás y sintió que un sonido brotaba de ella con tanta intensidad y furia que podría haberle desgarrado la garganta. Gritó. Gritó de verdad. Su rabia abrasaba, un aullido de sirena horrible y agudo, ondulante y… fantástico. Imperfecto, feo y libre.

Antes de que pudiera detenerlo, su magia lo reflejó todo de dentro hacia fuera. Una intensidad así, cuyo origen fuera una bruja, siempre se manifestaría también en sus poderes. Annie era volcánica; su magia, candente y abrasadora. La energía chisporroteaba entre sus dedos mientras gritaba. Antes de que pudiera siquiera procesar o controlar la necesidad de detenerlo, la magia salió disparada de sus palmas en explosiones de energía cinética. Había estado reprimida en su interior, contenida durante tanto tiempo, que estaba a punto de estallar al salir a la superficie. Era el resultado de toda una vida de contención. Las paredes de espejos de la habitación se agrietaron justo cuando su voz lo hizo y luego estallaron en mil pedazos.

Cintas de cristal cayeron en cascada por el aire. Romily, Vivienne y Harmony se cubrieron la cabeza con los brazos para protegerse de la explosión. Annie se dobló, sin aliento, con los ojos llorosos y el pelo revuelto mientras chocaba contra la pared del baño.

Finalmente, el último trozo de cristal tintineó de forma inestable y luego cayó de lado con una nota final.

Ya era suficiente.

Annie respiró hondo y una pequeña y tímida sonrisa se dibujó en un lado de sus labios.

Dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—Qué bien me ha sentado.

Romily se puso en pie con cuidado, con una mirada de asco y furia en los ojos mientras se tambaleaba con los tacones rotos y el vestido destrozado y hecho jirones.

—¡Puaj! —gritó Harmony.

—¡Estás loca! —chilló Vivienne.

—¡Podrías haberme matado, Annie! —gritó Romily, furiosa.

—¿No crees que estás siendo un poco dramática, cariño? —preguntó Annie, con una sonrisa—. Solo está un poco patas arriba. Lo podéis arreglar vosotras solitas.



Capítulo 25

MAGIA ENCENDIDA

Tras dejar al resto con el marrón en las manos, literalmente, Annie se recogió la falda y atravesó el salón de baile a toda prisa. Apartó tanto a los miembros de la Sortiedad como a los Emisarios, por una vez sin importarle su opinión ni lo que pensaran, mientras corría convertida en un torbellino de color rosa, maquillaje corrido y pelo alborotado. Ya lo superarían. En un siglo o dos. De hecho, Annie sabía muy bien que a los herederos de hechizos les encantaría tener más cotilleos sobre los Wildwood de los que alimentarse; los asuntos antiguos empezaban a resultar aburridos. Era justo lo que habían estado esperando: otra oportunidad para descoserle las costuras como a una muñeca de trapo, y ella estaba encantada de complacerlos si eso significaba no tener que volver jamás a su codicioso control.

Annie salió del teatro Tempestad y se topó con una lluvia torrencial que calaba hasta los huesos. Caía en cortinas implacables sobre la imagen borrosa del parque Richmond. El baile de Samhain siempre traía consigo feroces tormentas, resultado de tanta magia de alto nivel concentrada en un espacio reducido. En años

anteriores, se había deleitado con el encanto de todo aquello, hipnotizada por la sensación de dejarse envolver por el polvo de estrellas, pero esa noche Annie no veía la hora de dejarlo todo atrás. Sus faldas vaporosas y brillantes desprendían una estela mientras cruzaba el parque bajo la tormenta y dejaba a su paso un sendero de barro, hasta que corrió lo suficiente como para estar segura de que nadie la seguía.

Se detuvo un momento para recuperar el aliento. A su pesar, una parte de ella, antigua y muy arraigada, todavía esperaba que Romily corriera justo detrás, lista para hacerla girar y decirle que había cometido un error tremendo al abandonarla por las demás, que debería haber elegido a Annie desde el principio. Pero eso nunca ocurriría. Y tampoco era lo que de verdad anhelaba. Ni la disculpa ni aquel falso intento de amistad importaban ya.

Su corazón ya tenía un hogar. Había dos personas que la habían elegido.

Annie se dejó caer contra un robusto roble y se refugió bajo sus ramas extendidas y nudosas para resguardarse de la lluvia que empezaba a inundar el parque. Su vestido estaba empapado, los mechones del pelo se le pegaban a la cara y las gotas de agua le caían de las pestañas y en los labios. Jadeaba para recuperar el aliento, y se secó la cara con el dorso de la mano, que estaba igual de empapado. No se había parado a pensar, al quemar todos sus puentes allí atrás en un arrebato tan feroz, que necesitaría dar un siguiente paso. En realidad, no había pensado demasiado en nada… hasta entonces.

Tenía que llegar hasta Maeve y mantenerla a salvo de lo que sin duda sabía que serían complicaciones. Pero para eso necesitaría

ayuda.

Annie sabía adónde quería ir. El problema era… bueno, había varios problemas, pero el más acuciante era que no tenía ni idea de cómo llegar allí. Por lo general, para teletransportarse se necesitaban al menos unas coordenadas o una ubicación concreta en mente, pero Morena nunca le había explicado con exactitud dónde encontrarla. Annie solo podía esperar que su magia tomara la iniciativa y completara un hechizo de teletransporte bastante precario en su nombre. Un rayo cruzó el cielo nocturno, una línea blanca, brillante y definida. Tenía que ser rápida. No era seguro estar a la intemperie. Annie volvió a salir a la lluvia, e inclinó la cabeza para sentir el frío caer sobre su rostro.

Gritó al aire.

—Por favor, por favor. Magia, si es que me escuchas…, necesito ayuda. Necesito ayuda —repitió, para acostumbrarse al sonido de esas palabras poco familiares—. Llévame a la Cabaña Arden. Por favor. —Annie apenas podía oírse a sí misma por el estruendo de la lluvia torrencial que chocaba contra las copas de los árboles, a pesar de que estaba gritando—. ¡Tengo que ir a casa!

Debería haber sabido que siempre podía confiar en su propia magia. El instinto de una bruja era uno de sus mayores activos. No solo podía arreglar las cosas para otros, sino también para sí misma. Annie sintió que sus pies se elevaban del suelo empapado, tan mojado y resbaladizo que se deslizaron fuera de los tacones de cristal que había elegido con tanto cuidado para el baile. En medio de la tormenta, la bruja rosa, sola en el parque, se desvaneció. Solo quedaron atrás los zapatos, y entonces un brillante rayo cayó sobre ellos con tal precisión que estallaron en pedazos.

Annie se desplomó en un montón de tul empapado; el peso de las faldas mojadas la hizo perder el equilibrio. Resopló y se apartó el pelo de la cara, para encontrarse al retirar la mano una mancha de rímel negro en el dorso. Todo aquello resultaba muy poco glamuroso, y no era, ni de lejos, como se había imaginado ese momento. Aunque tampoco es que se hubiera atrevido a imaginar que alguna vez volvería.

Allí estaba la cabaña, al otro lado del prado, tal como la había dejado, aunque estaba claro que más empapada por la lluvia esa noche; la hierba húmeda se le pegaba a las faldas y dejaba manchas de barro en el tul. Una columna de humo tenaz se elevaba por la chimenea a pesar de la lluvia, y el aroma a leña quemada apenas se percibía frente a la humedad del exterior. Annie intentó decidir si aquello que veía tras las dichosas cortinas de cuadros era una silueta. Tras haberse teletransportado hasta allí, con la magia encendida, la rabia y la pasión empezaban a diluirse en incertidumbre. El miedo a que aquello hubiera sido una mala idea. Porque, si lo era, no estaba segura de qué vendría después. Solo había un lugar donde quería estar, un lugar que fuera lo bastante seguro como para intentar recomponer su corazón y empezar de nuevo.

Con cautela, se dirigió al porche, arrastrando su vestido rasgado por el barro. Hacia el resplandor dorado que se filtraba a través de los cristales de las ventanas, que se reflejaba en cada gota de lluvia como si fueran chispas mágicas propias del prado. Un faro que la guiaba hacia un lugar seguro tras haber estado perdida en el mar durante tanto tiempo. Se sentía desconectada de su cuerpo; notó cómo sus pies descalzos se hundían en la tierra húmeda y le

salpicaban las piernas; luego, la firme y familiar suavidad de los tablones del porche bajo sus dedos. El sonido de la lluvia torrencial se había intensificado, y resonaba contra el techo de paja. Llegó a la puerta principal, tomó una única bocanada de aire para armarse de valor y contuvo el aliento.

Estaba allí. Era real.

Sintió como si el mundo hubiera dejado de girar al levantar la mano para llamar a la puerta.

Antes de que tuviera oportunidad de hacerlo, la puerta se abrió de golpe.

—Tenía que volver a casa —dijo con la voz quebrada.

El momento quedó suspendido entre ellos, como si el universo se hubiera detenido, como si el aire mismo se hubiera convertido en algo sólido e inamovible y esperase a que decidieran qué pasaría a continuación.

—Tu lugar está aquí, ya lo sabes —dijo él en voz baja.

Annie asintió.

—Lo sé.

Hal dio un paso hacia ella. Iluminado por la luna perlada tras la lluvia y el cálido resplandor que escapaba de la cabaña, se movió despacio para sostenerle el rostro con ternura entre las manos. Annie lo vio tragar saliva, con la mandíbula tensa de forma apreciable mientras le acariciaba la barbilla con delicadeza. Le levantó con suavidad el rostro para inclinarlo al encuentro del suyo bajo la luz, como si acabara de descubrir un gran tesoro y no terminara de confiar en que fuera real. Allí donde él la tocaba, un chasquido de su magia cobriza chispeaba y siseaba al entrar en contacto con la lluvia. A contraluz, en el umbral de la puerta, Annie

podía ver su pulso, que latía con fuerza en la base de su garganta. Su respiración se había vuelto pesada; el pecho subía y bajaba bajo su suave camisa de lino. Otro estallido de magia, visible y tangible, surgió entre ambos: chispas que saltaban de su piel desnuda a la de ella. La de Annie respondió del mismo modo: dejaba tras de sí pequeños estallidos de humo y calor, brasas en la lluvia.

Entonces, de repente, el fuego se encendió.

La frágil calma del momento desapareció en el instante en que sus labios se tocaron. Hal la levantó en volandas, para atraerla hacia sí con todas sus fuerzas, y acortar de un solo movimiento la exasperante distancia que los separaba; la abrazaba con tanta fuerza que parecía que sus brazos la envolvían por completo y no estaban dispuestos a soltarla. Como si hubiera decidido aferrarse a ella para siempre, antes de que desapareciera de nuevo ante sus ojos. Por suerte, su antebrazo le rodeaba la cintura con firmeza: Annie sintió que las rodillas le fallaban y la espalda se le arqueaba mientras acoplaba su cuerpo al de Hal. Su magia se avivó con ese contacto que deseaba en silencio, como si se lo hubiera pedido a las estrellas, desde la primera vez que él le mostró su inquebrantable bondad.

—Te he echado de menos —logró susurrar Annie.

Sus poderes, llenos de vida y energía, se enroscaban a su alrededor como enredaderas invisibles. Como dedaleras trepadoras y dalias en flor, las chispas los envolvían mientras todo el cuerpo de Annie vibraba en respuesta a su contacto firme y hechizado. Esperaba que él también lo sintiera, pero la forma en que sus dedos se cerraron sobre su vestido lo confirmaba. Las manos de Hal se hundieron en su pelo empapado y se lo apartó de la cara para que

sus labios pudieran recorrerlo por completo, como si intentara besar cada gota de lluvia hasta hacerla desaparecer. Sus labios descendieron por su mandíbula, bajaron por su cuello con una respiración entrecortada y regresaron a su boca de una forma que parecía hecha a medida para una tormenta de octubre. El aire a su alrededor brillaba como una ola de calor, un espejismo de magia que se extendía de bruja a hechicero, que atrapaba reflejos y convertía las gotas de lluvia en luciérnagas.

La vida podía ser así de hermosa si se dejaba que el caos tomara las riendas, aunque solo fuera por un instante fugaz.

Por fin, Annie se separó de él para recuperar el aliento, aunque estaba bastante segura de que habría sacrificado algo tan insignificante como el aire con tal de vivir ese momento un poco más.

—¿De verdad eres real? —preguntó Hal con voz ronca y la mirada nublada.

Annie rio y asintió con timidez.

—Creo que sí. ¿Y tú?

—No estoy seguro —dijo él—. He soñado con esto demasiadas veces como para no dudarlo.

Ella volvió a reír, de repente cohibida de una forma deliciosa y dulce, ambos sin aliento y con los ojos brillantes y salvajes. Él volvió a atraerla hacia sí con un beso un poco más suave que el anterior, menos frenético, pero no menos apasionado. Annie podía sentir el cariño y la preocupación detrás del gesto, tan apasionado como el deseo y la premura.

Sin romper el beso ni dejar de rodearle la cintura con el brazo, Hal los hizo girar y los guio con un leve tambaleo más allá del umbral de

la cabaña. Cerró la puerta principal de una patada a sus espaldas, antes de dejarse caer contra ella, y atraer a Annie hacia él.

—¿Tienes frío? Seguro que tienes frío —murmuró contra sus labios, con la voz cargada de deseo. Se movieron juntos, y Annie le subió la camiseta a Hal por encima de la cintura para deslizar las manos por sus caderas; jadeó al sentirlas heladas.

—Ya no.

En medio del torbellino de pensamientos sobre Hal, el hogar y el corazón, Annie se preguntó cómo podría superar alguna vez aquella sensación. Quizá nunca lo haría. La retendría para siempre. Era algo embriagador, consuelo y pasión a partes iguales. Qué afortunados eran de haberse encontrado, de quererse tan profundamente y con seguridad, y de sentir ese amor correspondido de una manera que hacía chisporrotear la magia.



Capítulo 26

LA COSA MÁS RARA

DEL MUNDO

Debo de tener un aspecto espantoso —comentó Annie entre risas. Se apresuró a limpiarse los rastros oscuros de rímel de las mejillas, pero enseguida se arrepintió al ver las manchas negras que cubrían la manga de la camisa de Hal que se había puesto.

Hal soltó un «mmm» ronco y se recostó contra el brazo del sofá; la miró con un ojo entrecerrado.

—Estabas preciosa en el momento en el que te vi por primera vez y lo estás ahora. Si es posible, eres incluso más hermosa. —Le acarició con el pulgar el hombro, por el que se le había bajado la camisa.

Annie negó con la cabeza.

—Hace unas semanas estaba impecable… y mírame ahora.

—Oh, te estoy mirando con mucho detalle, créeme. Quizá me guste aún más este momento porque no estás amenazando con matarme con una cuchara de madera, no sé —dijo él.

—La amenaza sigue en pie —replicó Annie—. Siempre.

Estaba tumbada con la cabeza sobre su pecho, como si estuvieran hechos a medida el uno para el otro, igual que aquella mañana en que habían compartido la cama. Pero esa vez no tenía que huir. Estaba cubierta por una de las mantas que ella había conjurado en su primera noche en la Cabaña Arden. Poco a poco estaba recuperando el uso de los sentidos, y Annie notó que muchos de los detalles que había retirado antes de marcharse habían vuelto de forma sutil. Quizá su hechizo se había desvanecido… Había muchas más botas llenas de barro junto a la puerta, varios libros abiertos a medio leer esparcidos por ahí y arreos de caballo abandonados en lugares inexplicables, pero todo convivía con algunos de los detalles que había conjurado en su momento, las partes más bonitas. Incluso había una fotografía que Maeve les había hecho a los tres con Mage y Karma en un pequeño marco de madera sobre la repisa de la chimenea. Todo parecía encajar: un hogar lleno de vida y de amor. La sensación se multiplicaba con el sonido del fuego crepitante que Hal había conjurado en la chimenea. Annie no había podido resistirse a usar su propia magia para añadir el aroma de malvaviscos fundidos junto al humo de la madera. Olía exactamente igual que Hal.

—Lo siento. Hay tanto que necesito contarte —musitó.

—Nada de «lo siento». Quiero que tengas ganas de compartir tus problemas conmigo, Annie, en lugar de verme como tu última opción. Como ya te dije, formamos un buen equipo.

—De verdad que quiero, lo juro. Es solo que todo esto es muy nuevo para mí, como concepto. Estoy acostumbrada a ocuparme de las cosas yo sola —respondió ella.

—Inténtalo —dijo Hal con sinceridad, a la vez que se incorporaba un poco—. ¿Por dónde empezamos?

—Por… un hechizo —se aventuró Annie, que apoyó la barbilla en su pecho para mirarlo desde abajo—. Mi hechizo.

Los ojos de Hal se entrecerraron mientras la observaba durante un instante extraño y silencioso; luego soltó un suspiro de alivio. Se apartó el pelo revuelto y una leve sonrisa apareció en sus labios mientras se recostaba de nuevo.

—Ya era hora de que por fin habláramos de eso.

Annie parpadeó.

—¿Hablar de qué?

—¿De tu hechizo? Lo de la bañera.

Annie estaba casi segura de que su corazón había dejado de latir por completo.

—Supe que pasaba algo raro en cuanto te vi —confesó Hal con un profundo suspiro y la mirada ausente, como si reviviera el recuerdo —. Alguien echó abajo la puerta de mi casa y, al entrar, me encontré a una princesa y a un pequeño demonio escondidos detrás de mi sofá. Pude sentir que había algo sobrenatural a tu alrededor, más que la brujería habitual. Siempre se me ha dado bien detectar cuando hay magia oculta de por medio. Supongo que viene de trabajar con animales, que suelen ser mucho más directos que las brujas y los hechiceros, pero…

Hal lo había sabido. Annie había asumido todo ese tiempo que Hal había estado bajo el hechizo tanto como cualquiera. Que su perfección había tenido, al menos al principio, un papel en sus reacciones pacientes y tiernas ante sus manías. Que debía de ser la razón principal de sus inusuales muestras de amabilidad y tolerancia.

Incluso más tarde, había creído en el fondo que sus sentimientos no habían sido nunca más que un efecto residual del *Splendidus Infernum*. Una obligación encantada de quedarse a su lado.

—¿Lo sabías?

—Digamos que fui atando cabos —refunfuñó él, un poco cohibido por haberlo revelado—. Me llevó bastante investigar si algo como lo que tenía en mente podía siquiera existir de verdad. A eso solía escaparme cuando tú ayudabas a la cría: muchas visitas a regañadientes a la Casa Hécate para usar la biblioteca después de alimentar a Mage. Le dije a Morena que barajaba emprender un viaje a las islas Hébridas Exteriores para tener un encuentro con sirenas. No estoy seguro de que se lo creyera. Me dijo que me comportaba como un… ¿cómo era la expresión? «Tonto enamorado», creo. —Un rubor rosado se extendió por la parte superior de sus mejillas, por encima de la barba.

—La noche que Maeve estaba tan alterada, entraste tan rápido en la cabaña para cuidarla que te olvidaste de vaciar la bañera. Primero tropecé con un montón de ingredientes invisibles para pociones y luego vi el color que tenía. Pensé que se trataba de un animal herido o… Podríamos decir que confirmó mis sospechas de que una poción así existía de verdad. Pero conmigo no funcionó, ¿verdad? Nunca lo hizo. Por… razones obvias —dijo él, con voz ronca pero suave—. Desde el primer momento pensé que eras perfecta.

—Yo… —Annie se atragantó con las palabras y negó con la cabeza, demasiado conmovida y avergonzada para decir mucho más—. No sé ni por dónde empezar a contártelo.

—Bueno… —dijo Hal vacilante; un chispazo de magia brotó de su palma al rozarla mientras le levantaba la barbilla y se inclinaba para

besarla—. Tenemos tiempo.

Annie sentía los párpados pesados; su cuerpo entero sucumbía tras tantas oleadas de adrenalina. Pero no podía dejar que el sueño ganara todavía. Volver a la Cabaña Arden había sido una distracción, pero garantizar la seguridad de Maeve seguía siendo su máxima prioridad.

—Hay algo más. Bueno, en realidad hay mucho más. Pero creo… —Tragó saliva, y se armó de valor para confesar verdades que le parecían de lo más arriesgadas—. Creo que estoy en peligro y Maeve también.

Hal frunció el ceño. La lluvia tamborileaba como un murmullo sobre el techo de paja y el fuego chispeaba impaciente. El golpeteo de un pájaro carpintero resonaba contra la pared de la cabaña mientras Annie se armaba de valor para contárselo todo.

El golpeteo persistió.

Se hizo más fuerte, más contundente. Annie se incorporó de golpe y agarró la manta para cubrirse. Miró hacia Hal, quien había fruncido el ceño.

—¿Esperas a alguien? —preguntó.

—No —dijo él, dubitativo, y se volvió a poner la camiseta mientras bajaba las piernas del sofá—, pero tampoco esperaba encontrarme esta noche con una princesa empapada y con el corazón revuelto en mi puerta… y aquí estamos. Quédate aquí —dijo con voz más firme al formular esta última petición.

Se dirigió a la puerta principal y, mientras Annie conjuraba a toda velocidad unos vaqueros para ponérselos, lo vio armarse de valor para abrirla. Era plena noche, y el aroma a tierra mojada de la tormenta aún flotaba en el cielo negro como el carbón. No podía

culparlo por sentirse inquieto ante la posibilidad de recibir un visitante inesperado. El corazón de Annie volvió a acelerarse, invadido por un repentino pavor. Alguien la había seguido. Glory, Romily o cualquier otro miembro de la Sortiedad podía haberla acechado hasta aquí para descubrir adónde había huido. La Sortiedad no era algo de lo que pudieras marcharte sin más, darle la espalda sin consecuencias. Y estaban enfermos de una curiosidad siniestra por su estancia en la Cabaña Arden. Annie se estremeció, a pesar del fuego crepitante. Debería habérselo contado a Hal de inmediato, debería haber abordado el tema de la Sortiedad con él semanas atrás, haber confesado lo del *Splendidus Infernum* y todas las demás partes complicadas de su historia. Pero aquello era como tirar del extremo de un ovillo de lana: se desenredaría más rápido de lo que pudiera imaginar.

Hal abrió la puerta de par en par, con todo el cuerpo tenso, en posición defensiva.

—Bueno, ¿puedo entrar o qué?

Annie soltó algo entre un chillido y un alarido. Maeve estaba allí, expectante, con las cejas altas y arqueadas en señal de indignación, a la espera impaciente de una respuesta, como si Annie y Hal no debieran sorprenderse de encontrarla empapada en el umbral, con la maleta levitando a su lado. Se sacudió los puños de las mangas de su abrigo largo, lo que salpicó agua sucia en todas direcciones.

Annie corrió hacia la puerta y casi la ahogó; apretó a la joven bruja empapada en un abrazo muy fuerte, sin importarle lo mojadas que quedaran su ropa y la camisa de Hal en el proceso. Al principio, Maeve se mantuvo rígida, todavía enfadada, con una expresión de profundo disgusto en sus cejas oscuras. Pero al cabo de un

momento cedió, se dejó estrechar y rodeó a Annie con los brazos en respuesta.

—¿Cómo demonios has llegado hasta aquí? —dijo Annie, sin aliento.

—Hechicé mi maleta con una copia de ese hechizo de navegación que usaste en el bosque el día que nos conocimos. Por cierto, ¿por qué llevabas un maletín? ¿Y podrías soltarme ya? —dijo Maeve, con la voz amortiguada por el hombro de Annie.

Annie por fin la soltó, pero solo para poder sujetarla por los hombros y mirarla bien. De repente, el pánico se apoderó de la alegría del reencuentro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Annie; sentía que sus sentidos se aguzaban y su agarre se tensaba. El hechizo ya se había desvanecido de su organismo, eso era evidente por la forma en la que su vida había implosionado en cierto modo. Pero su instinto protector hacia Maeve no había cambiado. Podía sentir que la joven guardaba un secreto y percibía su magnitud, como un lastre colgado del cuello de Maeve.

Maeve, por supuesto, solo se encogió de hombros, lo cual fue respuesta suficiente. Annie la guio al interior, preocupada por el abrigo mojado y por el pelo que dejaba un rastro de gotas por toda la cabaña.

—Menos mal que no soy un tiquismiquis con este sitio. Mira en qué estado estás —dijo Hal con fingida brusquedad, con las manos bien metidas en los bolsillos. Pero no pudo ocultarlo: su voz se suavizó cuando Maeve se lanzó hacia él en un abrazo descontrolado y un poco torpe. Hal le dedicó una media sonrisa a la coronilla de su cabeza—. Hola, niña.

De repente, consciente de su vergonzoso arrebato de afecto, Maeve se soltó y dio un paso atrás; se subió las gafas y se recolocó el pelo tras las orejas. Levantó la vista hacia ambos, como para tratar de evaluar su verdadera reacción ante su llegada. Un momento después, frunció el ceño al percatarse de la camisa de Hal que Annie llevaba puesta.

—¿Por qué llevas eso?

Se quedó boquiabierta al terminar de procesarlo.

—Oh, por favor, no me digáis que acabo de pillaros a los dos… en plena acción. —Maeve hizo una mueca de asco.

—¡Maeve! Por supuesto que no. Llegué aquí apenas unos instantes antes que tú —dijo Annie; su voz subió varios tonos por la vergüenza mientras guiaba a la chica hacia la cocina. Conjuró una toalla mullida en su mano izquierda y envolvió el pelo de Maeve con ella hasta cubrirlo por completo. Maeve se la quitó de un tirón y, con un sencillo hechizo, se secó el pelo hasta dejarlo liso y pulcro, como siempre.

—Demos gracias al universo por eso. No me importa que estéis juntos. De hecho, ya era hora de que os dierais cuenta. Pero os prohíbo terminantemente que os liéis mientras yo esté en un radio de tres kilómetros de la casa. ¿Entendido?

—Ya estamos bajo la dictadura de Cadmus, ¿eh? —bromeó Hal, que estaba apoyado en la escalera con los brazos cruzados—. ¡Pero si acabas de llegar!

—Ahora no hay tiempo para eso, pirata vaquero —murmuró Maeve mientras dejaba caer su mochila sin miramientos sobre la mesa del comedor—. Tenemos que hablar.

—¿Ah, sí? Maeve, ¿por qué tengo la sensación de que nadie sabe que estás aquí? —preguntó Annie.

—Todo a su debido tiempo, amiga mía. ¿Puedo tomarme un café? He pensado en esa mezcla de arce al menos cinco veces al día desde que nos separamos. Y ha sido una noche larga. El teletransporte te deja agotada, ¿verdad?

—¿Acaso…? —La comprensión asomó al rostro de Annie—. ¿Te has teletransportado hasta aquí sin supervisión? Maeve Cadmus, sabes que no tienes permitido, de ninguna forma, hacer eso sin que una bruja mayor realice el hechizo en tu nombre —la riñó, enfadada.

Maeve se rio.

—Creo que un tirón de orejas del aquelarre es quizá el menor de nuestros problemas ahora mismo. ¿Hay galletas para acompañar ese café?

Annie puso los ojos en blanco y se dirigió a la cocina. Había dejado preparada una masa de galletas de jengibre con pepitas de chocolate, aún sin hornear, en la cocina de Celeste, abandonada por el momento. La mantequilla tostada aderezada con valentía que había usado en la mezcla podría ayudar a animar a Maeve a decir la verdad sobre el motivo real por el que había vuelto a ellos.

—Maeve —advirtió Hal con franqueza—. Por una vez en tu vida, no te hagas la lista. Nada de chistes de piratas ni juegos de palabras de vaqueros cuando te pregunte esto. Necesito una respuesta directa, porque nos importas por encima de todo.

Maeve se limitó a tirar de sus mangas, con lo que se ganó un suspiro de resignación de Hal.

—¿Estás en peligro, niña? ¿Tenemos que preocuparnos?

Maeve se atrevió a mirarlo de nuevo, sorprendida por su sinceridad. Abrió la boca, como si intentara decidir si dar una respuesta honesta, pero enseguida la cerró otra vez.

—No estoy segura. Quizá.

—¿Qué demonios pasó en el hogar de acogida? —gritó Annie desde la cocina mientras la masa de las galletas llegaba en un remolino de harina y magia. Con otro movimiento, y entre chispas que caían sobre la bandeja como virutas de colores pastel, las galletas crecieron, se hincharon y se hornearon al instante, lo que llenó el aire con un cálido aroma a jengibre. Annie regresó veloz a la mesa, con el corazón acelerado.

Maeve empezó a juguetear con los pétalos de las hortensias azul pálido, metidas sin miramientos en uno de sus viejos tarros de agua para pintar en medio de la mesa: una combinación visual perfecta de los tres. Dio un golpecito con la bota embarrada contra el rodapié. Su respuesta fue poco más que un murmullo, aunque escondía una sonrisa.

—Pasó la cosa más rara del mundo. Las cortinas salieron ardiendo.

Una vez que los tres habitantes de la Cabaña Arden hubieron devorado una cantidad más que respetable de galletas y que el cuarto miembro fuera invocado en una nube de pelo y bigotes, Annie se armó de valor para ponerse seria. Intuía que, en ese momento, Maeve necesitaba confianza, apoyo y la promesa de que la tomarían en serio.

—Hicimos un trato: galletas a cambio de la verdad —le recordó Annie.

—¿Y qué aporta Hal? —preguntó Maeve, de mal humor.

—Creo recordar que, en algún momento, esta era mi casa —respondió el aludido con el ceño fruncido—. Aunque quizá me equivoque. Ahora mismo me resulta imposible imaginarla sin vosotras dos aquí, adueñándoos de mi vida.

Annie se dio cuenta de que esa última frase, que tal vez pretendía ser un dardo, sonaba mucho más complacida que gruñona. Karma debió de notarlo también. Soltó un maullido que bien podría haber ido acompañado de un «ay, por favor», antes de volver con aire desdeñoso a acicalarse las orejas, peludas en exceso.

—Estamos esperando —le dijo Annie a Maeve, con un tono un poco más autoritario de lo que le habría gustado. Lo suavizó enseguida—. ¿Qué te dije cuando nos conocimos? Puedes contármelo todo.

Maeve frunció aún más el ceño.

—No os va a gustar.

—Rara vez me gusta algo de lo que tienes que decir, y aun así sigues aquí, bebiéndote todo el café, ¿no? —Hal empujó el plato de galletas hacia Maeve.

Ella masticó pensativa durante un minuto mientras Annie y Hal intercambiaban miradas cada vez más preocupadas por encima de su cabeza.

—He establecido contacto.

Annie parpadeó.

—¿Con quién?

Maeve pareció ofendida.

—Con el espíritu. Ya sabéis… ese que me perseguía día tras día. La voz, la presencia y todo ese rollo tan guay, aunque un poco

espeluznante.

—¡Maeve! ¿Qué te he dicho sobre tontear con la Nigromancia?

—Lo sé, lo sé, no te pongas así. Pero al menos escúchame antes de ponerte hecha una furia.

Annie resopló.

—Pensé que ese problema había mejorado después de que habláramos.

De pronto cayó en la cuenta de que, incluso sin que el maleficio acechase cada noche, el causante de la presencia de espíritus que persiguieran a Maeve en sus sueños más profundos y oscuros, esa presencia en particular estaba a todas luces decidida a permanecer cerca. Y quizá había una buena razón para ello.

—Sí, mejoró durante un tiempo —admitió Maeve—, pero luego dejó de hacerlo. Y sé lo que vais a pensar, pero algo dentro de mí, ese instinto de bruja sobre el que siempre das la lata, me dijo que tenía que hablar con ellos. Con ella. Sabía que tenía algo que decirme.

Annie se quedó desconcertada ante ese nuevo detalle.

—¿Ella?

Maeve asintió con la cabeza.

Annie trató de saltar de una deducción lógica a otra; tenía que entenderlo todo.

—¿Y qué tenía que decir, entonces, ese espíritu misterioso?

—Bueno, ese es el problema —vaciló Maeve, frustrada—. Sentí que mi intuición ardía en llamas desde el momento en el que dejé este lugar. Pensé que la presencia era fuerte mientras estaba aquí, pero la primera noche que me encontré sola de nuevo, me siguió… y era como si todo se iluminara de rojo. Como si tuviera una

advertencia para mí. Sabía que necesitaba hablar con ella, que tenía algo que decirme. Así que intenté que sucediera, pero no pude mantener el hechizo de Nigromancia. Intenté seguir las instrucciones de mi grimorio, pero la conexión no dejaba de fallar. No tenía ni idea de lo que intentaba hacer.

—¿Me estás diciendo que nunca antes habías tenido una charla informal con un espíritu atormentado, niña? No suena propio de ti —bromeó Hal. Maeve le lanzó una mirada fulminante y él le devolvió una mueca.

—Creo… creo que está intentando decirme que estoy en peligro —concluyó Maeve con incertidumbre.

—Entonces tenemos que hablar con ella. Como es debido. —Hal se dio una palmada decisiva en los muslos—. Todos sabemos que tu intuición no se puede tomar a la ligera. Podemos encargarnos de esto. Juntos.

—¿Y qué propones, entonces? ¿Una sesión de espiritismo? —gimió Annie mientras él se levantaba.

La idea era una auténtica locura. Ella siempre había creído con firmeza que nada bueno podía salir de ese tipo de magia siniestra. Lo había vivido en sus propias carnes, arrastrada por la marea arrolladora del *Splendidus Infernum*. No le había traído más que angustia.

—Bueno, ¿y por qué no? La niña ya ha establecido contacto; ha abierto la puerta a sea lo que sea o quienquiera que sea este espíritu. Y no la van a dejar en paz hasta que descubramos cuál es su problema. De hecho, es probable que esa chica-espíritu ya esté aquí —supuso Hal con tanta naturalidad que a Annie le dieron ganas de tirarle la galleta a la cabeza.

—Desde luego que no —exclamó ella con firmeza, con un golpe de la mano en el aire—. Ni hablar.

—Pero por eso estoy aquí, por eso he vuelto: para que me ayudes a hacerlo bien. ¡Es Halloween! Es el momento perfecto —insistió Maeve, con voz quejumbrosa mientras golpeaba la mesa con el dedo para enfatizarlo.

Annie frunció el ceño al darse cuenta de que, sí, quizá Maeve tuviera razón en eso, como de costumbre… Pero no era tan sencillo. Se aferró a cualquier motivo posible para convencerse de que aquello era una idea pésima.

—Aunque quisiéramos —intentó Annie—, necesitaríamos algún tipo de imagen o vínculo afectivo con el espíritu para garantizar que funcione. Una foto, un objeto… Las sesiones de espiritismo nunca salen bien sin algún vínculo identificable con el espíritu y ni siquiera sabemos quién es. No puedes abrir una conexión al azar, Maeve. Entiendo que te guste la idea de tener una amiga fantasma, pero…

—Es ella —soltó Maeve de golpe. De inmediato empezó a morderse el interior de la mejilla, como si se arrepintiera de haberlo dicho en voz alta. Con vacilación, buscó la mochila bajo la mesa del comedor para abrir la cremallera y sacar el cuaderno de bocetos más lleno de su colección. Lo dejó caer sobre la mesa con un golpe seco que hizo que las orejas de Karma se echaran hacia atrás. Pasó las páginas a toda velocidad: montones y montones de los mismos bocetos, una y otra vez.

La chica de pelo oscuro que había dibujado.

—Es ella quien ha intentado hablar conmigo —dijo Maeve—. Por eso llevo tanto tiempo dibujándola. Siempre la he podido ver en mi mente y la imagen se volvió más intensa cuando despertó mi magia.

He pasado mucho tiempo intentando recomponer su rostro a medida que se volvía más nítido. Luego todo se volvió aún más claro y definido cuando llegamos a la Cabaña Arden y la vi. Necesito hablar con ella.

Annie vaciló. Había dado por hecho que la chica era un amor platónico del instituto o quizá un personaje de algún libro por el que Maeve sentía debilidad. Pero se trataba del espíritu que, por una razón u otra, la había elegido para manifestarse.

Con el tiempo, los bocetos se habían vuelto más detallados y realistas, hasta el punto de que los más recientes parecían auténticos retratos fotográficos gracias al talento artístico de Maeve. Al examinarlos más de cerca, a Annie empezó a surgirle una sospecha inquietante. No podía ser posible…, ¿o sí?

—Bueno, todo esto es muy intrigante, ¿verdad? —Annie sacudió la cabeza con vehemencia mientras sus mejillas empezaban a ponerse rojas—. Pero, jovencita, si crees que voy a permitir que celebres tu primera sesión de espiritismo a los quince años para contactar con un fantasma atormentado y sin identificar, estás muy equivocada.

Una hora más tarde, Hal y Annie se preparaban lo mejor que podían para que la joven bruja celebrara su primera sesión de espiritismo a los quince años para contactar con un fantasma atormentado y sin identificar.



Capítulo 27

LLAMADA ENTRANTE

Hal había movido la mesa del comedor al centro de la cabaña tras apartar el sofá a un lado (mientras Karma se aferraba a él con las garras) para asegurarse de que tuvieran espacio de sobra. Annie no estaba muy segura del todo de para qué, pero sospechaba que él solo quería mantenerlas a salvo lo máximo posible y se engañaba a sí mismo pensando que el espacio marcaría alguna diferencia a la hora de intentar comunicarse con los muertos.

Crear algo bonito con lo que distraerse de una montaña de preocupaciones era la especialidad de Annie, así que había conjurado unos cuantos adornos mágicos adicionales para completar la escena. Un suntuoso mantel de terciopelo verde cubría la mesa, con estrellas y lunas bordadas en los dobladillos con flecos. Había llenado toda superficie posible de la cabaña con velas, transformado las llamas de la chimenea en un púrpura amatista, e incluso había reemplazado las cortinas de cuadros por unas oscuras y pesadas, tras prometerle a Hal que las volverían a cambiar en cuanto todo acabara. Con unos cuantos pañuelos colocados sobre las lámparas,

Annie tuvo que admitir que, a pesar de sus temores, el lugar tenía el aspecto perfecto para Halloween.

También, por supuesto, se había encargado de proporcionar la indumentaria adecuada para la ocasión. Hal se había negado en rotundo a ponerse un poco de *eyeliner* que, según Annie, le daría un aire más oscuro a su *look*, pero había aceptado a regañadientes el hecho de que, al igual que las chicas, llevara puesta su capa del aquelarre para dar un toque de formalidad. Annie había optado por un vestido de retales en tonos rosas y púrpura, con un poco de lavanda entretejida en su trenza para aportar un extra de suerte y calma. Insistió en que Maeve, al menos, se pusiera un pequeño ramillete en el coletero. Mientras Hal y Maeve buscaban una vieja bola de cristal que él juraba que estaba en algún rincón del cobertizo, Annie confeccionó un vestido sencillo para la chica, negro y con enormes mangas acampanadas. Colgó unos cuantos amuletos de la suerte de plata (un pequeño lápiz de artista, una pila de libros y una estrella) a modo de cinturón y esperaba que Maeve apreciara el simbolismo de una pequeña llama plateada como toque final.

Las dos brujas, una ansiosa y la otra aprensiva, y el hechicero, siempre vigilante, se sentaron a la mesa, todos sumamente inseguros de en qué estaban a punto de adentrarse. Sus rostros resplandecían a la luz de las velas, mientras el brillo de la chimenea acentuaba las sombras de la cabaña y las teñía de púrpura. En el centro de la mesa, Hal colocó una bola de cristal polvorienta y la limpió con el extremo de su manga; la superficie bullía con las más tenues volutas de humo. El movimiento hipnótico de la bola despertó algo en Annie y le recordó con tanta fuerza cómo el *Splendidus Infernum* la había atrapado que tuvo que apartar la mirada

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Maeve, con los ojos muy abiertos tras las gafas, que reflejaban las pequeñas mechas brillantes de las velas. Acercó la silla hasta que sus costillas quedaron pegadas a la mesa y se inclinó todo lo que pudo para observar la bola de cristal de cerca.

—Hay que colocar las palmas de las manos sobre la mesa —explicó Annie con calma. Si iban a hacerlo, al menos se aseguraría de que fuera siguiendo las reglas, paso por paso: una sesión de espiritismo como es debido—. Y las puntas de nuestros dedos deben tocarse.

Apoyó las manos sobre el mantel y enseguida notó cómo las yemas de los dedos de Maeve rozaron su mano derecha. Las de Hal no tardaron en llegar y tocaron la izquierda. Un instante después, quizá algo más valiente, él colocó la palma completa sobre el dorso de la mano izquierda de Annie y la apretó con fuerza. Annie sintió que su corazón daba un vuelco ante aquel gesto de consuelo y estuvo a punto de echarse a llorar cuando, poco después, Maeve tomó la misma decisión. La palma más pequeña se posó sobre su mano derecha. Aunque aquello no bastaba para disipar del todo su miedo, fue como si se hubiera puesto una armadura sobre el vestido. El cariño de los demás era algo muy poderoso.

—Ahora, cerramos los ojos. Maeve, pronunciarás el conjuro tal como lo hemos practicado. Y luego esperaremos y confiaremos en no encontrarnos con nadie… inapropiado —farfulló Annie, con un tono de aprensión en la voz.

—Te lo prometí hace tiempo, niña. Mientras yo esté de guardia, ningún fantasma va a molestar a nadie —recordó Hal—. Ambas estáis a salvo —añadió con firmeza.

Annie entrelazó los dedos con los suyos y le apretó la mano, como para que aquel gesto transmitiera lo que no sabía muy bien cómo decir en voz alta.

—Estamos listos, entonces —anunció Maeve; una sonrisa pícara le iluminaba el rostro a la luz de las velas. Annie nunca la había visto tan emocionada, aunque la conocía lo suficiente como para reconocer que aquella confianza era, en parte, una manera de compensar sus nervios. Le dedicó una débil sonrisa y asintió para que empezara.

Todo saldría bien. La chica era extraordinaria. Estaban a salvo. El *Splendidus Infernum* estaba fuera de su organismo. Annie se estremeció un poco cuando Maeve se aclaró la garganta y comenzó:

Trazad el aire con aliento de plata,
almas que vagáis tras la muerte ingrata.
Os damos voz para hablar aquí,
magia triple, escúchanos así.
Os llamamos para una palabra compartir,
sabiendo que de buena fe os vamos a oír.
Viajad desde las constelaciones,
acudid ante mis invocaciones.

Maeve tropezó un poco con las palabras y el ritmo del encantamiento, pero lo recitó con gran determinación y Annie sintió un orgullo tan grande que estuvo a punto de aplaudir. Se contuvo para no arruinar la delicada atmósfera.

Por un momento, pensó que el hechizo había fallado. Maeve entreabrió un ojo al mismo tiempo que Annie, y ambas se sorprendieron al ver que no pasaba nada. Annie notó cómo la palma

de Maeve sudaba contra la suya, esa reacción traicionera que delataba lo mucho que se jugaban en ese instante.

De pronto, todas las velas se apagaron de golpe, de forma tan repentina e inesperada que fue casi audible. Su humo gris ascendió hacia el techo y dejó solo al fuego como fuente de luz.

Una suave brisa agitó las cortinas, a pesar de la quietud que reinaba en el prado tras haber pasado la tormenta. Annie sintió que sus sentidos se replegaban sobre sí mismos con precisión milimétrica, en tensión absoluta. Un poder silencioso vibraba a su alrededor, como si la propia cabaña contuviera la respiración.

El aroma, perfumado y embriagador, resultaba casi soporífero… de no ser por los movimientos que empezaban a cobrar forma.

La bola de cristal se iluminó de pronto. Se encendió como un interruptor eléctrico: irradiaba un resplandor blanco azulado, tan suave e hipnótico que resultaba imposible apartar la vista. Las volutas de humo comenzaron a danzar tras el cristal a medida que la magia de su hechizo a tres bandas cobraba vida, hasta que empezaron a filtrarse fuera de la esfera. Annie reconoció aquella magia al instante, igual que la invocación de los espíritus dentro del maleficio al que había recurrido durante tanto tiempo. El humo se espesó y subió hacia el techo sobre la mesa como una hiedra fantasmal, para extenderse por la cabaña hasta llenar la estancia de una bruma que se volvía violeta frente a la chimenea. El aroma perfumado era sedante y embriagador, casi narcótico, si no hubiera sido por los movimientos que empezaban a dar forma a una imagen. Una silueta. Un cuerpo. Un espíritu.

—Me has encontrado, Maeve.

Annie se había preguntado si debía existir una conexión profunda, un vínculo de sangre entre el espíritu y Maeve; incluso había sospechado lo que podrían ser la una para la otra, pero no había sido capaz de comprender cómo encajaba todo. Hasta ese momento, con los cuatro entrelazados por la brujería.

Reconoció la voz al instante. Una voz que conocía demasiado bien, después de tantas noches de escuchar su mayor arrepentimiento, su dolor más hondo y desgarrador. Una decisión imposible. Una hija amada a la que tuvo que dejar atrás.

Y al ver el rostro que acompañaba a esa voz, resultaba evidente. Maeve había visto la imagen y Annie había escuchado los quejidos. En la cabaña, ambos se unieron a la perfección, como las dos mitades de un corazón roto.

La madre de Maeve.

Annie miró de reojo a Hal para ver si él había logrado encajar las piezas por sí mismo y vio que lo tenía escrito en la cara. Estaba paralizado, sumido por completo en su preocupación por la chica. ¿Cómo demonios iban a explicarle eso a Maeve?

—Hola, mamá —susurró Maeve, cautivada. Tenía los ojos muy abiertos y vidriosos. Annie notó un leve temblor en su barbilla, pero la chica se armó de valor en un instante, como siempre hacía, y pronto la expresión de incertidumbre se transformó en una alegría pura y casi infantil.

Por supuesto que Maeve lo sabía. Como si alguna vez hubiera podido quedarse atrás frente a Annie a la hora de descubrir la verdad sobre cualquier cosa. El corazón de Annie se hinchó de un orgullo protector; hacía mucho tiempo que se había resignado a que

Maeve se las ingeniaría para ser más lista que ella de todas las formas posibles durante el resto de sus días.

El fantasma se deslizó hacia ellos desde la chimenea hasta situarse detrás de Maeve en el círculo.

—Quiero abrazarte —susurró Maeve.

—Lo sé, cariño. Pero no levantes las manos o romperás el hechizo. Déjame a mí —la tranquilizó el fantasma con una voz amable y dulce. La madre de Maeve dio un último paso hacia su hija y rodeó sus hombros con unos brazos fríos y cariñosos. Maeve cerró los ojos; se entregó a esa sensación de solidez que los fantasmas amados y bienvenidos siempre podían brindar, y dejó escapar un suspiro de alivio inconfundible mientras se le escapaban un par de lágrimas a pesar de sus esfuerzos por contenerlas. Su madre se inclinó para depositar un beso firme y tierno en su coronilla mientras la estrechaba contra ella—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, mamá.

Annie hizo todo lo posible por controlar el temblor de sus hombros mientras lloraba, desesperada por no arruinarle el momento a Maeve. Era una mezcla extraña de las emociones más abrumadoras posibles, incluso para sus estándares extremos. Alegría y deleite por Maeve, que por fin podía contactar con la madre que tanto había anhelado. Pero también un profundo y marcado torrente de desolación por las circunstancias que habían hecho posible aquel encuentro; porque a una niña tan buena le hubiera tocado vivir una situación tan dura. La vida era cruel en todos los ámbitos. Y, de manera egoísta, algo por lo que se odió a sí misma, sintió anhelo de tener un padre o una madre que le dijera esas palabras a su hija y las sintiera de verdad, de forma incondicional.

—Annie, ¿estás bien? —preguntó Maeve, lo que la devolvió al presente.

—¡Claro! No te preocupes por mí, ¡son lágrimas de felicidad! —exclamó Annie con una sonrisa radiante mientras se sorbía la nariz.

—Cariño, no queda mucho tiempo —apremió la madre de Maeve, con un tono bastante suave como para no interrumpir, pero con una urgencia que dejaba claro que su visita tenía un propósito que requería atención. Rodeó de nuevo la mesa para situarse frente al trío—. Enid Cadmus —se presentó en voz baja.

—Ellos son… son Annie y Hal —balbuceó Maeve; las palabras se le tropezaron.

—Nunca podré agradeceros lo suficiente por todo lo que habéis hecho por Maeve —dijo Enid, con las manos retorcidas. Era muy joven; no podía tener más de veinticinco años. A primera vista, ella y Maeve no se parecían mucho, pero al verlas juntas se apreciaba algo indefinible en sus rostros: las mejillas redondas y pecosas, y esos ojos oscuros y decididos—. Pero me temo que debo pediros un favor más.

—Lo que sea —aseguró Annie para tranquilizarla—. Haría cualquier cosa por esta niña.

—Los dos lo haríamos —asintió Hal con firmeza.

—Lo sé —respondió Enid con un suave acento del norte, igual que el de Maeve—. Verlo me ha dado mucho consuelo.

—¿Está a salvo? —preguntó Hal con la mirada severa fija en la visitante.

—No lo sé, yo… no lo creo. —Enid negó con la cabeza y levantó los ojos al cielo como si se obligara a sí misma a no llorar. Annie

había escuchado muchas veces el sonido de su llanto, pero apenas pudo soportar verlo por primera vez.

—Es la Sortiedad, ¿verdad? —Annie tuvo que preguntarlo. Sintió que Hal giraba la cabeza hacia ella, a su izquierda, pero mantuvo sus ojos fijos con determinación en Enid mientras esperaba la respuesta. El espíritu asintió con lentitud.

—Las noticias vuelan entre los herederos de hechizos —confirmó Enid con tristeza—. Siempre supe que vendrían a por Maeve, pero nunca imaginé que sería tan pronto, recién despierta su magia. Pensé que tendríamos más tiempo, que sería mayor, que estaría más preparada para protegerse, para esconderse… Pero entonces la emparejaron contigo, Annie, y todo se aceleró. Pude sentir que eras una nigromante hábil y la oportunidad era demasiado grande como para no intentar avisaros a ambas.

—¿Nigromante hábil? ¿Hemos conocido a la misma bruja? —preguntó Maeve, desconcertada—. ¿A qué te refieres? ¿Os conocíais de antes?

—Annie ha escuchado mis lamentos durante muchos muchos años. Mantienes una comunicación nocturna, ¿no es cierto? —preguntó Enid, algo vacilante, como si temiera haberse confundido.

—Sí —confesó Annie en voz baja, y luego negó con la cabeza—. Bueno, no… Al menos, antes lo hacía.

—He sentido que el puente se ha cerrado en los últimos días —dijo Enid con dulzura, con una expresión amable y comprensiva—. Así que tuve que aprovechar mi última oportunidad de contacto. He estado velando por Maeve desde que crucé al otro lado y la dejé atrás. Pero hay un límite para lo que puedo hacer desde el más allá.

Annie tragó saliva con dificultad.

—Vienen a por ella, ¿verdad?

Enid asintió y cerró los ojos como si el dolor fuera demasiado grande para soportarlo.

—Los Emisarios daban por hecho que el linaje Cadmus se había extinguido, que no quedaba nadie para revelar su secreto más oscuro. Pero el hecho de que el universo os haya unido a Maeve y a ti ha revelado lo contrario. Saben que Maeve está, de hecho, vivita y coleando… y que además es poderosa. Saben que es ella; que es la última Cadmus que queda en el mundo.

—¿Podría alguien decirme de qué demonios habláis? —intervino Hal; su voz se había alzado un poco, con un deje de nerviosismo.

—Yo también lo quiero saber. Vuestras palabras parecen acertijos. ¿A qué os referís? —dijo Maeve, exasperada.

—¿Quieres explicarlo tú? —le preguntó Enid a Annie con suavidad. Annie tomó aire; sabía que, en cuanto empezara, la verdad saldría a borbotones.

—Hay muchas cosas que aún tengo que contaros para que todo encaje, lo prometo. Pero Enid y yo… nos conocemos. Hemos hablado antes. Varias veces, de hecho. —Se volvió hacia ella y encontró en su mirada un gesto cómplice y alentador—. Y parece que hay un vínculo entre Maeve y cierta élite mágica clandestina, lo cual es… poco afortunado y…

—¿Élite mágica clandestina? —tartamudeó Hal, a la vez que apretaba con más fuerza la mano de Annie.

—Espabila, vaquero —dijo Maeve con los ojos en blanco.

—Exacto, una élite mágica clandestina —continuó Annie—. De la que mi familia también formó parte en su momento, hasta que mi padre lo arruinó todo. Aunque esa historia mejor la dejamos para

otro momento. —Annie se llevó la mano a la frente por un instante, pero la devolvió de inmediato al círculo cuando el contorno de Enid titiló al romperse el contacto—. Enid, tendrás que contar tú el resto de la historia.

—Por supuesto —El fantasma centró su atención en Maeve—. Amor mío, la Sortiedad ha existido en secreto durante muchos siglos, con ciertas familias al mando; aquellas con los legados mágicos más antiguos y, por tanto, más poderosos. Entre todas ellas, acumulan una cantidad desorbitada de magia del universo, y su estatus se mantiene gracias a la naturaleza engañosa de su club. Acaparan magia, la arrebatan y nunca la comparten.

Maeve parpadeó y luego frunció el ceño.

—Vale…

—Pero hay algo más. La fuerza de esas familias no es natural. Depende de un ritual secreto, la magia más abominable y retorcida que los líderes de las familias puedan conjurar. Hechizos capaces de llevar a las brujas y a los hechiceros al borde de la muerte, lo suficiente para difuminar los límites de su propia magia, alterar el equilibrio y confundir su dirección. Entonces, mientras los lazos con la vida se desvanecen y los vínculos mágicos se debilitan, extraen magia adicional de las reservas del universo. Su poder crece gracias a sacrificios peligrosos.

—Hay seis de esas familias —añadió Annie, confundida por las revelaciones, pero deseosa de ayudar—. Cada una con un Emisario al mando en la Sortiedad.

—Seis ahora —dijo Enid con cautela—, pero en el pasado eran siete. La familia Cadmus.

Annie se sobresaltó. Hubo un silencio.

—De ahí que mamá esté muerta —entendió Maeve, con un tono de asombro en la voz.

—Nunca, jamás, te habría dejado atrás por voluntad propia, mi niña —continuó Enid—. Desde hacía tiempo sospechaba que mi padre planeaba llevar el ritual al límite. Había cambiado, se había vuelto obsesivo con secretos y ausencias inexplicables, obcecado en investigar más para aumentar su poder mágico. Así que, con la llegada de la luna llena y el simposio de la Sortiedad cada vez más cerca, escondí a Maeve en un lugar seguro, donde sabía que, pasara lo que pasara, nada la alcanzaría.

Annie notó cómo Maeve se tensaba a su lado.

—Había visto la codicia en sus ojos cuando se comparaba con el resto de los Emisarios de la Sortiedad —continuó Enid—. La magia de nuestra familia siempre fue la más potente por naturaleza; podía dominar a todas las demás si se lo permitieran. Y mi padre quería más. Nunca sería suficiente, y yo sabía que, tarde o temprano, eso acabaría por condenarnos. Nos costó la vida a todos: a mi madre, a mis hermanos… Para algunas personas mágicas, nunca es suficiente. En sus mentes, siempre merecerán más, aunque ese «más» ponga en peligro la seguridad de su propia familia.

Annie, en medio de la confusión, sabía que eso era cierto por experiencia propia. Su propio padre había hecho lo mismo.

—Por supuesto, los Emisarios nunca podrían revelar lo que le había sucedido a la familia Cadmus. Jamás podrían confesar que el ritual había ido demasiado lejos en manos de mi padre, por miedo a exponer lo que ellos mismos llevaban a cabo en secreto para mantener un control tan férreo. Así que borraron nuestra existencia de todos los registros; los Emisarios ejecutaron los hechizos más

poderosos de memoria sobre el resto de la Sortiedad para asegurarse de que ningún miembro hiciera preguntas incómodas o se cuestionara adónde habíamos ido. Las seis familias nos hicieron desaparecer de la historia.

A Annie le escocían los ojos. Aquello explicaba por qué había estado tan ciega ante la verdad, ignorante de los verdaderos y malévolos secretos de la Sortiedad. Pero no era consuelo suficiente por todo lo demás que ella misma había provocado.

Sus peores temores se habían hecho realidad. Todo había acabado salpicando a Maeve por su culpa: los retorcidos vínculos de su familia con la Sortiedad y su propia y patética desesperación por demostrar su valía, por hacer que todo el mundo la necesitara, costara lo que costase.

—Los he guiado directos a ella. Todo es culpa mía.

—No —la reconfortó Enid con voz suave pero firme. Hal y Maeve se hicieron eco de esas palabras.

—Parece que… —Maeve hizo con la mano el gesto de cortarse el cuello— siempre estuvo en los planes, Annie. Si no te hubieran usado a ti para llegar a mí, habrían utilizado a cualquier otro.

—En el momento en el que Glory Whitlock oyó el nombre de Maeve entrelazado con el tuyo, quedó escrito en las estrellas —explicó Enid—. El regreso de la última superviviente de la familia más poderosa, en un giro perfecto del destino. Y os han rastreado hasta aquí. Vienen a por mi pequeña. Vienen a por ti, Maeve.

El corazón de Annie dio un vuelco con un golpe fuerte en las costillas, como si quisiera volcar la mesa, agarrar a Maeve con una mano y a Hal con la otra, y salir corriendo. Sintió un dolor profundo por Enid, un deseo, con toda su magia, de hacer que aquella joven

bruja se sintiera mejor por sus decisiones; al fin y al cabo, habían sido las correctas. Había salvado la vida de su hija. La alternativa era impensable.

En el mundo de Annie, nadie había protegido a su yo más joven. Nadie se había preocupado lo suficiente como para intervenir y arroparla, para prometerle que todo iría bien o que podía dejar que otros se encargaran de solucionarlo de manera segura. Pero ella daría un paso al frente para proteger a Maeve. Sería la bruja que su versión más joven había necesitado con tanta desesperación.

—Ya vienen. Ya vienen.

Annie abrió los ojos de par en par, las lágrimas brotaron mientras la voz de Enid se volvía de repente más frenética. Su tono había cambiado, y su voz sonaba ahogada.

—Te quiero, Maeve. Siempre que me necesites, estaré cerca. —La imagen de Enid parpadeó y se desvaneció en la bruma de la habitación mientras retrocedía hacia la chimenea envuelta en una nube de humo. La conexión se debilitaba—. Annie, Hal, os ruego que la protejáis. Maeve, tienes que huir.



Capítulo 28

CAOS Y DESENFRENO

La silla de Hal chirrió contra el suelo de madera cuando se levantó de un salto. Se echó el pelo hacia atrás y empezó a recorrer la habitación de un lado a otro, sumido en sus pensamientos mientras hacía lo que mejor sabía: trazar un plan pragmático para cuidarlas lo máximo posible.

—Maeve, quédate en tu cuarto —gritó por encima del hombro mientras empezaba a recoger el abrigo y las botas.

—¿Qué? —gritó Maeve—. Acabo de dirigir con éxito una sesión de espiritismo, por si no os habíais dado cuenta. La Sortiedad viene a por mí porque mi magia es muy poderosa. ¿No habéis oído que soy la legítima heredera? ¡Creo que eso me da derecho a participar en la acción!

—Maeve, no voy a dejar que te acerques ni a cien millones de kilómetros de ninguna acción —la interrumpió Annie, a la vez que lanzaba un rápido hechizo por la habitación como si fuera un lazo para hacer desaparecer el montaje de la sesión de espiritismo y dejar la cabaña como estaba.

—Exacto —añadió Hal, sin dejar de caminar—. El único privilegio que vas a tener hoy es el de irte pronto a la cama en una habitación cerrada con llave. Luego ya veremos eso de la legítima heredera. Puede que ni siquiera tengas «aire legítimo» que respirar si la Sortiedad se sale con la suya.

Maeve soltó un bufido de incredulidad.

—Y yo que pensaba que ibais a ser unos padres enrollados. ¿Queréis pasar derechitos a la parte en la que me encerráis en una torre de marfil para que pueda lanzar mi trenza por la ventana y que un príncipe azul trepe por ella? Así nos ahorraríamos un poco de tiempo.

—Ahora que lo mencionas, lo de la torre no es mala idea —farfulló Hal—. Aunque ningún príncipe, guapo o feo, se acercará a ti hasta que tengas por lo menos cincuenta años.

—Si todos nos pudiéramos calmar un segundo —gritó Annie a pleno pulmón, por encima de sus discusiones—, entonces quizá seríamos capaces de escucharnos, pensar y trazar un plan que no implique el encarcelamiento ilegal de Maeve ni que mi sistema nervioso colapse.

Los tres se detuvieron, con el pecho subiendo y bajando al unísono.

—Mirad —expuso Annie con voz suave—. Yo arreglo cosas. Es lo que hago y lo que siempre he hecho. Esto no es diferente. De acuerdo, la escala es un poco mayor de lo que estoy acostumbrada, pero…

—Y yo cuido de la gente, la protejo. Eso es lo que hago yo —repuso Hal—. De acuerdo, suelen ser animales, pero…

—Y yo tengo poderes extraordinarios, de esos que no se han visto entre el gentío de la gente mágica en siglos. De acuerdo, quizá tenga incluso más talento y sea más inigualable de lo que cualquiera de nosotros podría asimilar, pero…

—Maeve —dijo Annie con una mirada de advertencia.

—Es broma, es broma —bufó Maeve—. Lo que quiero decir es que somos como una especie de «triple amenaza», ¿no? Arreglos, protección, habilidad… ¿Qué sociedad secreta y estúpida podría con nosotros? Con toda honestidad, todo su rollo me parece un poco ridículo de todas formas. Vamos, relajaos y disfrutad un poco, ¿vale?

Annie se frotó las manos, satisfecha con el tono optimista.

—Me gusta —afirmó—. Menos pánico y más planificación. Centrémonos en lo que tenemos a nuestro favor y saquemos partido a nuestros puntos fuertes. ¿Alguien tiene alguna sugerencia útil sobre por dónde empezar a protegernos de… bueno, de lo que sea que esté por venir?

Podía oír la desesperación en su propia voz, a pesar de que hacía todo lo posible por mantener la cordura. Miró a Hal, que fruncía el ceño, absorto en sus pensamientos. Maeve simplemente se encogió de hombros.

—No me miréis a mí. Soy la cría. Estoy aquí principalmente para soltar comentarios ingeniosos.

—Empezaremos por asegurar la cabaña y el prado, para que no puedan pillarnos por sorpresa —propuso Hal al fin, con voz decidida —. Annie, tú y yo podemos trabajar en reforzar los encantamientos de protección que puse por todas partes. Han pasado unas semanas; necesitarán un refuerzo. Podemos volver a tejerlos de nuevo.

—Y mientras vosotros dos levantáis el puente levadizo, yo haré lo que mejor se me da y me sumergiré en los libros —dijo Maeve, mientras se dirigía a las estanterías para deslizar los dedos por los lomos y sacar los que le llamaban la atención—. Cualquier cosa sobre protección, talismanes o amuletos de la suerte podría sernos útil ahora mismo.

Hal le lanzó el abrigo más gordo a Annie. Salieron apresurados al prado, envuelto en la oscuridad total, y se quedaron uno al lado del otro; los tonos naranjas oxidados del bosque estaban dormidos y ocultos bajo el manto de la noche. La pareja compartió una mirada tímida y Hal asintió, para indicarle a Annie que comenzara primero. Ella se echó el pelo hacia atrás y cerró los ojos, para concentrarse con tal agudeza que su atención podría atravesar el ojo más fino de una aguja.

«Mantén a Maeve a salvo. Mantenla a salvo. Protégela». Esa motivación bastó para que sintiera sus poderes encenderse; hervían con una ferocidad que no podía contener. Chispas de rosa intenso brotaron de sus dedos en ráfagas y se entrelazaron en nudos intrincados frente a ella, como muros de cota de malla. Hal levantó los brazos de la misma manera para imitar su hechizo.

—No tienes por qué hacer esto, ¿sabes? No nos debes nada —dijo Annie en voz baja a Hal, sin apartar la mirada de la magia mientras trabajaba.

Una explosión de chispas rosas y bronce estalló cuando sus encantamientos protectores se entrelazaron.

Por el rabillo del ojo, vio cómo él negaba con la cabeza con incredulidad.

—Pensé que ya lo sabrías. Me importa Maeve más de lo que jamás me he importado a mí mismo. Y tú, Annie…, tú eres mi prioridad, y lo has sido desde que las dos intentasteis dejarme fuera de combate en mitad de la noche, en mi propia casa. En el momento en que os vi a las dos en aquel salón, fue como si supiera que debíais estar allí. —Tragó saliva, como para armarse de valor—. Esta magia… es algo extraño, pero suele acertar en estas cosas.

Siguieron el curso del arroyo al moverse por el perímetro de la cabaña, y pronto un intrincado enredo de magia había amurallado la Cabaña Arden, para envolver la casa, el prado y el bosque circundante en un abrazo vigilante. La protección bloquearía cualquier hechizo de teletransporte hacia la zona, lo que les haría ganar tiempo. Annie sintió cómo sus hombros se relajaban de alivio al comprobar que habían avanzado, al haber logrado cualquier tipo de progreso, y esa sensación creció cuando una mano áspera se deslizó en la suya. Hal se aclaró la garganta.

—¿Crees que aguantará? —preguntó con incertidumbre.

—Por ahora —afirmó ella—, pero no es suficiente solo con nosotros dos. Los Cinders, los Morningstars, los Whitlocks… nunca has visto tanta magia junta.

—Tenemos que alertar al aquelarre —respondió Hal con calma y un lento asentimiento. Una extraña serenidad se había instalado en la escena ahora que la magia protectora estaba en marcha. Uno al lado del otro, frente al bosque, observaron los árboles oscuros como la tinta, salpicados por los destellos de su hechizo, como si cada uno estuviera decorado con luces luminosas.

Annie asintió también. Lo había aceptado.

—Lo sé.

Eso significaría desvelar otro secreto más, uno tan enorme y crudo que la vida nunca volvería a ser la misma. Significaría alertar a Selcouth sobre la existencia de la Sortiedad, lo que complicaría el sistema mágico de formas que no se habían visto en siglos. Pero nada de eso importaba de verdad. Todo se reducía a Maeve.

—Enviaré un mensaje de inmediato. —Hal se giró hacia ella y le acarició con suavidad el rostro—. Al fin y al cabo, es Halloween. Estarán preparados para cualquier problema.

—Tiene que haber algo más que podamos hacer —murmuró Annie, frustrada.

—Todavía me quedan algunos ases bajo la manga. Cuando descubrí la Cabaña Arden por primera vez, cuando estaba triste todo el tiempo y decidido a estar solo, una de las cosas que más me atrajo fue la sensación de que este lugar siempre velaba por mí —le contó Hal—. Este sitio está lleno de seres que pueden ayudarnos; es como el círculo de seguridad personal de Maeve.

Un pensamiento cruzó la mente de Annie con tal brillo que las palabras se le escaparon de la boca. Y, en ese mismo instante, Maeve salió disparada por la puerta de la cabaña y casi pareció que levitaba alrededor del poste del porche para saltar junto a ellos al prado.

—El corro de brujas —dijeron al unísono.

Annie sintió una oleada de alivio al oír el galope de los cascos que se acercaban a la cabaña. No habían pasado más que unos minutos desde que Hal salió corriendo hacia los establos a buscar a Mage, pero cada minuto sin saber si estaba a salvo le había parecido una

eternidad. Por supuesto, se había negado a dejar sola a Maeve ni un segundo, y había seguido a la pobre chica a todas partes como si fuera su sombra.

—¿Quieres alejarte un poco? Voy a terminar por apestar a magdalena de vainilla si te acercas más —se quejó Maeve, malhumorada, irritada porque hasta ese momento no se le había confiado gran parte de la misión.

—¿Llevas al menos dos jerséis puestos? ¿Y tus botas son cómodas? ¿Puedes correr si hace falta? —Annie se movía de los estantes de la cocina al caldero como un torbellino. Preparar un último brebaje rápido de poción curativa básica le había parecido un uso sensato del tiempo mientras esperaban el regreso de Hal.

—Sí, sí. Estoy preparada —gruñó Maeve, con todo el cuerpo cargado de tanta energía nerviosa que apenas podía quedarse sentada. Su rodilla subía y bajaba tan rápido que hacía vibrar los tablones del suelo.

—¿Y llevas la capa bien abrochada? Sé que no te gusta llevarla, pero ayudará al aquelarre a encontrarnos. Los instintos serán más fuertes si…

—Que sí, ya la tengo puesta. Me pica el cuello por esta maldita cosa y se me engancha con los cordones de las botas, pero está puesta. ¿No podía Selcouth haber elegido algo un poco más estilizado y aerodinámico que este terciopelo tan voluminoso?

—Te gustaría que el uniforme del aquelarre fuera de licra celestial ceñida, ¿eh?

Sus pullas se detuvieron cuando escucharon a Hal silbar desde fuera. A toda prisa, Annie vertió un cazo lleno de la poción curativa en un frasco, y Maeve la empujó hacia el porche; dio un portazo tras

ellas y echó a correr hacia Hal y Mage. El caballo se levantó sobre sus patas traseras, soltó un relincho fuerte y orgulloso, y sacudió la crin al aterrizar.

—Están cerca. Mage también puede sentirlo —dijo Hal con naturalidad mientras bajaba del lomo del caballo para ajustar la silla y las riendas.

—¿Cómo nos han encontrado? —jadeó Annie, que corría a ayudarle.

—Creo que hemos lanzado suficiente magia protectora al aire como para alertar a cualquiera bajo influencia mágica en todo el Reino Unido sobre nuestro paradero aproximado. El lado positivo es que ayudará al aquelarre a percibir lo que sea que esté a punto de ocurrir.

—Pero ellos no serán los primeros en encontrarnos —dijo Maeve con aire sombrío.

—Mage, el teletransporte está fuera de juego, así que tú te encargas de mis chicas. —Hal acarició con suavidad el hocico aterciopelado del caballo. Maeve no perdió tiempo; con un brillo en los ojos, agarró el pomo de la silla, metió un pie en el estribo y se impulsó hacia arriba. Hal le lanzó una manzana roja que ella atrapó y ofreció a Mage como agradecimiento.

—Pero ¿qué pasa contigo? No cabemos todos sobre Mage. —Annie se había dado cuenta de que la logística no cuadraba—. ¿Podrás seguirnos el ritmo?

—Nos vemos allí. Me topé con el corro de brujas una vez; me mostrará el camino de nuevo —afirmó Hal con determinación, pero Annie, que conocía su rostro lo suficiente, percibió cómo su ceño se fruncía un ápice, casi imperceptible, lo que revelaba su poca

convicción—. Tengo la suerte de que este bosque me quiera y, por extensión, eso significa que a vosotras también. Os mantendrá a salvo hasta que yo llegue.

—No voy a dejarte atrás.

—Sí que lo harás. A esta gente no le importa alguien como yo. Estaré bien.

—Hal…

—Por favor, nada de besos —refunfuñó Maeve desde arriba.

Annie no estaba del todo segura de cómo logró mover su cuerpo para alejarse de él, pero su lugar estaba al lado de Maeve. Sintió las manos ásperas de Hal rodearle la cintura y darle un apretón antes de impulsarla hacia arriba para colocarla detrás de la chica. Con una última y larga mirada a ambas, Hal dio una palmada firme en la pata trasera de su querido familiar.

—¡Vamos, chico! —animó—. Ya sabes qué hacer.

—¿Estás bien ahí atrás? —gritó Maeve, que sujetaba las riendas con todas sus fuerzas. Annie apenas alcanzaba a ver las puntas de las orejas de Karma; el pelaje blanco asomaba por la solapa del bolso de Maeve mientras la gata se acurrucaba en el fondo.

Bajo la luz de la luna, Mage surcaba el prado como un rayo de bronce; la capa rosa de Annie ondeaba tras sus hombros. Ella miró hacia atrás justo a tiempo para ver cómo la silueta de la cabaña y la tenue sombra de Hal desaparecían de su vista. Tenía que confiar en que él estaría bien y rendirse a lo que fuera que acabara sucediendo. No podía arreglarlo todo ella sola; todos tenían un papel que desempeñar.

—¡No, no estoy nada bien! ¡No creo que vuelva a poder peinarme nunca! ¿Y tú? —respondió Annie a gritos, a duras penas contra el viento cortante. Como respuesta, Maeve soltó una carcajada desenfrenada y cargada de alegría.

—Esta es la mejor noche de mi vida. Ya sabes, salvo por la muerte inminente que pende sobre nosotras. La verdad es que prefiero ignorar esa parte. Me lo estoy pasando de miedo.

Annie, a su pesar, se sorprendió a sí misma al soltar una carcajada. Una risa grande y sonora que se enganchó al viento y las envolvió como un superpoder; sus risas se unieron, como siempre, en algo más grande, mejor y más fuerte. La reacción eufórica de Maeve era una locura, dadas las circunstancias, pero tenía sentido que se sintiera aún más intocable de lo habitual. Había mucha magia flotando en el aire en la noche de Halloween, y Maeve tenía un historial probado de atraer esa energía como la marea hacia la orilla. Eso la fortalecía, la hacía creer en sí misma. Su entusiasmo encantado era contagioso.

—¡Eres un bicho raro! —gritó Annie para hacerse oír.

—¡Pensaba que ya habíamos quedado en que las dos lo somos! —le respondió Maeve, con otro chillido—. ¡Juntas!

Lanzó un grito de alegría a pleno pulmón y Annie no pudo evitar sonreír ante lo absurdo de todo aquello. Esa chica era la persona más valiente que había conocido.

Por fin, tras atravesar lo que parecía toda la extensión de los bosques británicos, Mage redujo el paso a un trote firme pero alerta. Levantaba los cascos con cautela entre las hojas para guiar a Maeve y Annie hasta el mismo claro con el que se habían tropezado semanas atrás. Al detectar el mismo aroma de magia concentrada

que atraía al caballo, la cabecita peluda de Karma asomó por el hueco del bolso de Maeve y lanzó un maullido curioso de reconocimiento.

Lo habían encontrado. Bueno, lo había encontrado Mage. Annie conjuró otra manzana roja en la palma de la mano para que él la devorara como recompensa. Las setas formaban un arco perfecto, intacto, sin que nadie lo hubiera tocado, con manchas de color rojo granate y blanco lechoso que le recordaron a Annie, en un instante que le encogió el corazón, a la mermelada con nata y a Celeste. Si pudiera volver a aquel día en que Morena la había convocado allí de forma tan inesperada, se preguntó si habría aceptado con la misma facilidad de haber sabido entonces lo que sabía ahora.

Lo habría hecho en cualquier universo. Aquello la había llevado donde debía estar.

Con los pies firmes de nuevo en el suelo, Maeve miró a Annie con incertidumbre.

—La última vez que estuvimos aquí, la regla de oro era no entrar. ¿No dijiste algo sobre unos bailes tan chungos que te mueres?

—En realidad, se trata más bien de bailar por toda la eternidad, incluso después de morir…, un destino bastante solitario y trágico —dijo Annie con ligereza.

—Fantástico —murmuró Maeve, con una mueca.

—Solo… muévete despacio. Hal conoce cada palmo de la Cabaña Arden y a todas las criaturas que lo habitan. Espíritus como estos son los guardianes del bosque, y está convencido de que querrán ayudarlo… y a nosotras por extensión, igual que hicieron con Karma.

Al oír su nombre, Karma saltó con elegancia del bolso de Maeve y aterrizó con las patas delanteras justo dentro del círculo. Annie y

Maeve soltaron un jadeo al unísono, sin saber qué podría desencadenar esa vez, pero la gata se limitó a sacudirse el pelaje, con el tintineo de su cascabel, y enseguida empezó a juguetear con una bellota.

—No deberíamos quedarnos aquí desprotegidas; llegarán en cualquier momento. Déjame ir primero —dijo Annie en voz baja, con una mano apoyada en el hombro de Maeve para retenerla.

—Entramos juntas —replicó Maeve, firme—. Si te da por bailar el merengue de la muerte, yo pruebo con un charlestón, ¿vale? A la de tres.

Con respiraciones profundas al unísono, un leve ajuste de gafas por parte de Maeve y un decidido movimiento de pelo de Annie, dieron un primer paso juntas y luego otro, hasta reunirse con Karma en el corro de brujas. De pronto, una ráfaga de viento furiosa surgió de la nada y enredó su cabello en un frenético latigazo. Luego cesó de golpe, como si el bosque hubiera juzgado su valentía y suspirara aliviado. Un brillo tenue e iridiscente brotó de la punta de sus dedos y se extendió por sus brazos antes de recorrerles los hombros y la espalda. Una magia protectora, sutil pero poderosa, se había activado, cortesía de la Cabaña Arden.

El tiempo transcurría, pero seguía sin haber señales de Hal. Annie había esperado que Mage regresara al galope a la cabaña en cuanto las dejara a salvo en el círculo, pero el caballo se colocó tras ellas, dio marcha atrás hacia los árboles para poder vigilar el claro. Hal debía de haberle ordenado a su familiar que permaneciera cerca.

Maeve sufrió un escalofrío; una oleada de piel de gallina erizó los centímetros desnudos de su cuello. Annie sintió cómo se le erizaban los hombros también. Estaba a punto de lanzarle una pulla a la chica

por no haberse puesto otro jersey, tal como le había indicado…, pero entonces el viento trajo un aroma dulce a tofe, con una rica combinación terrosa, como brasas y manzanas, tan familiar y otoñal que Annie tardó un momento en darse cuenta de que impregnaba todo el aire. Su lengua se inundó de un sabor a juego: ácido y metálico, con el rastro más leve y dulce de sangre animal. Maeve empezó a toquetearse la piel alrededor de las uñas y a rascarse las yemas de los dedos de forma distraída, como si le picaran.

—¿Oyes algo? —preguntó Annie, paralizada en el sitio justo cuando Maeve se tensó. Se oyó un crujido seco y quebradizo sobre la alfombra de hojas muertas, procedente de algún punto no muy profundo del bosque. Un murmullo de voces.

—Algo perverso se acerca —murmuró Maeve con una sonrisa pícara.

Annie levantó la mano de conjuración en posición defensiva y se esforzó por aguzar el oído, para adivinar al menos la dirección por la que podrían aparecer. Pero los susurros, cada vez más fuertes, llegaban desde todas partes. Como si cayeran del cielo, brotaran de la tierra bajo sus pies o acecharan en los confines del universo. Estaban usando su magia para cazar a Maeve, y solo era cuestión de segundos antes de que supieran hacia dónde dirigir sus velas. No tenían mucho tiempo. Annie sabía que debía aprovechar aquel momento, y Maeve también. Se giró hacia la chica y la sujetó con firmeza por los hombros.

—Antes de que todo esto se convierta por completo en caos y desenfreno… —empezó Annie.

—Mis dos cosas favoritas. —Los ojos de Maeve brillaban de emoción tras las gafas. Las voces se volvían cada vez más fuertes,

más agitadas. Annie podía percibir su furiosa desesperación. Estaban ansiosas por jugar su as, ansiosas por llegar. Las habían encontrado.

—Necesito que sepas que conocerte ha sido la mayor felicidad de mi vida, Maeve. He dado gracias a mis estrellas de la suerte cada noche desde que nos encontramos. Me has enseñado mucho sobre cómo vivir con autenticidad. Sobre la alegría. Sobre la vida. Sobre mí misma. Sobre cuál es el sentido de todo.

—Casi nada, ¿no? —respondió Maeve.

—Y sé que piensas que soy intensa, una loca y un caso perdido —continuó Annie—. Y tienes razón: yo sería, desde luego, la primera en morir en una película de terror. Así que, por si acaso nos encontramos en esa situación esta noche, necesito que sepas lo especial que eres, que puedes comerte el mundo. Necesito asegurarme de que lo escuches, porque eso es algo que yo nunca llegué a oír. Maeve, eres capaz de brillar más que todas las estrellas del cielo. No lo olvides nunca, ¿vale?

Maeve se mordió el labio inferior.

—¿Vale? —repitió Annie, con un suave apretón en los hombros de Maeve.

—Vale —asintió la adolescente, con una seriedad poco habitual. Abrió la boca para, como siempre, soltar alguna respuesta afilada como una daga, pero, en su lugar, murmuró—: Gracias por cuidar de mí.

Annie alargó el brazo para recolocarle el pelo con un gesto tranquilizador.

—Nos hemos cuidado la una a la otra.

Maeve puso las manos sobre los hombros de Annie para imitar su postura y devolverle el apretón.

—Y, Annie, no vamos a morir esta noche, que lo sepas. —Le brillaron los ojos—. No saben con quién se están metiendo.

Se sonrieron la una a la otra, muestra de una camaradería que, sin darse cuenta, se había enraizado a mayor profundidad que los robles. Pasara lo que pasara, fueran cuales fueran las cartas del tarot que una fuerza superior hubiera puesto sobre la mesa, o los poderes sobrenaturales que estaban a punto de estallar y desgarrar la atmósfera en la noche de Halloween, Annie había aprendido que algunas cosas eran inquebrantables. Iba a proteger a esa chica.



Capítulo 29

EL ERROR

Un torbellino de niebla espesa y gris se abrió paso entre los árboles, y Annie supo que aquel viento repentino, que se filtraba entre los árboles en penachos de humo, no era lo que parecía. Era una niebla enfermiza y antinatural que se extendió y se desplegó para enroscarse en los troncos y levantar montones de hojas caídas. Mientras el rastro de la niebla las rodeaba, Annie se aferró a Maeve y tiró de la niña hacia atrás al rozar el borde del corro de brujas, aunque sin llegar a cruzarlo nunca.

Annie sabía que los Emisarios encontrarían un resquicio en sus hechizos de protección. Glory le había prometido que tenían métodos para dar con quien hiciera falta. Pero Annie no esperaba un truco tan antinatural e inquietante. Los encantamientos de Hal y los suyos podrían haber prohibido el teletransporte, pero la Sortiedad se había transportado hasta allí por otros medios: una magia elemental retorcida a su antojo que los envolvía en los vientos mismos de la noche de Halloween. A medida que los zarcillos tormentosos de bruma comenzaban a disiparse, se revelaron varias figuras de entre las sombras.

Eran nueve —contó Annie con rapidez mientras ella y Maeve daban media vuelta— intrusos no deseados los que rodeaban el corro de brujas en un estallido de magia centelleante. Mage se irguió sobre sus patas traseras y resopló furioso. Annie reconoció a todos y cada uno de los miembros de la comunidad mágica que tenían la misión de asegurarse de que Maeve dejara de ser la amenaza extraordinaria que creían que era.

Justo delante de ellas estaba Glory Whitlock en persona. Y… a Annie se le cayó el alma a los pies al ver a Romily. Otra traición impensable por parte de la chica que una vez había considerado una gran amiga, una patada en el estómago tan incomprensible que Annie sintió cómo se incendiaba de rabia. Como si no le hubiera causado ya suficiente dolor.

La fuerza de la magia de las Whitlock, al irrumpir de forma tan brusca, resultaba abrumadora para los sentidos, como inhalar una y otra vez un perfume demasiado intenso. A Annie le dolía la cabeza y notó que Maeve vacilaba a su lado, pero no iba a dejarse intimidar. No volvería a ceder ante ellos.

A la izquierda de las Whitlock, Vivienne y Harmony, agarradas del brazo, discutían incluso en pleno hechizo. Vivienne intentaba zafarse de su amiga como si fuera una especie de pulpo pegajoso adherido a su chaqueta de piel. Harmony vio a Annie y la saludó con alegría con la mano, antes de que Vivienne la empujara para recordarle que, en efecto, estaban en bandos opuestos.

El resto de los Emisarios de las familias principales, incluidos los padres de Vivienne y Harmony, salieron de las sombras a la luz de la luna. Estaban rodeadas.

Annie dio un paso a un lado, con decisión, y se colocó delante de Maeve, para interponerse como una barrera, mientras cuadraba los hombros. Era hora de interpretar otro papel: el de una bruja a la que gente como aquella no lograría intimidar ni doblegar. Por dentro no sentía más que miedo, pero si algo había aprendido de Maeve era a mantenerlo bien oculto.

—Vaya grupito estáis hechos. Os ha costado lo vuestro encontrarnos. Podríais parecer un poco más contentos ahora que por fin habéis llegado. ¿Qué pasa, que en la vieja Sortiedad había un dos por uno en palos metidos por el culo?

—¡Maeve! —siseó Annie.

Maeve, como era de esperar, se empeñaba en lanzar el primer golpe antes de que nadie pudiera frenarla. La bruja mayor tiró de la chica para ponerla detrás de ella, con un fugaz recuerdo de aquella noche en la Cabaña Arden, cuando Hal apareció y ambas adoptaron la misma postura. ¿Dónde demonios estaba el hombre?

—No, Annie. —Maeve se abrió paso de nuevo hasta el frente del corro de brujas—. Déjame hablar con ellos. Al fin y al cabo, se han tomado muchas molestias para pasar un rato conmigo. —Su tono era burlón.

—Desde luego, es tan encantadora como cabría esperar —dijo Glory, con el rostro tan tenso y afilado como la punta de un puñal. Annie podía sentir la rabia incandescente que hervía en la Emisaria Suprema ante la mera visión y el sonido de la chica que, sin quererlo, suponía una amenaza para su existencia—. Apártate, Annie. Haz lo que se te ordena.

Annie tragó saliva y se echó el pelo hacia atrás.

—Annie, de verdad —intervino Vivienne, con tono de estar harta de todo aquello—. Esto no está a tu altura, cielo. No está a la altura de ninguna de nosotras. ¿Por qué tengo que desperdiciar mi noche de Halloween en arrastrarme por la mugre para venir a recoger a una mocosa muerta de hambre llena de granos que no sabría distinguir una dedalera de unas huevas de rana?

—Claro que lo sé —replicó Maeve—. Las huevas de rana son las que se parecen a tu cara.

—Muy bien, ya es suficiente —cortó Annie mientras Maeve daba un respingo hacia delante, como si estuviera a punto de salir del corro de brujas. Harmony estiró un brazo para impedir que Vivienne se abalanzara sobre la adolescente.

—Tiene razón, Annie —dijo Harmony en tono de súplica—. Danos a la dichosa chica, ¿quieres? Y así todos podremos irnos a casa. Esto es aburridísimo y voy a perderme el especial de *Bahía Hechizada* por tu culpa. No me he saltado ni un episodio y…

—Callaos las dos ahora mismo, antes de que me muera de vergüenza ajena por vuestra culpa.

Por fin habló Romily, mientras daba un paso lento y medido hacia el corro de brujas. La tensión se palpaba en el aire, a punto de romperse ante la primera descarga de magia que alguien se atreviera a lanzar.

—Ninguna de nosotras quiere que esto acabe así —aseguró, con las manos entrelazadas con cuidado a la espalda—. Pero la realidad es, Annie, que a tu amiguita se la ha identificado como un error importante y desafortunado en el sistema mágico. —Sonrió mientras avanzaba, con una combinación aterradora de elegancia y violencia contenida—. Y a nadie le gustan los errores, ¿verdad?

Annie se obligó a responder con calma, aunque sentía que las chispas bajo su piel se fragmentaban en armas diminutas. Aquellas emociones tan nuevas, crudas y reales seguían siendo difíciles de mantener bajo control.

—A mí sí. —Le temblaban los puños al responder—. Me gusta mucho este error. De hecho, adoro este error.

Maeve le tomó la mano y se la apretó con fuerza.

Romily puso los ojos en blanco.

—Oh, ¿de verdad? —Le dedicó una sonrisa de lástima, con la cabeza ladeada—. ¿Tanto como querías a tu antigua vida? Vamos, Annie. Sabes tan bien como yo que nada va a cambiar, aunque te lances sobre la bomba. La Sortiedad no permite errores como este. ¿Qué pretendes hacer? ¿Derribar todo el sistema? Así es como funcionan las cosas —dijo con énfasis, y soltó una carcajada mientras se encogía de hombros.

—No tiene por qué ser así —replicó Annie, aunque hasta ella tuvo que admitir que su declaración sonaba incierta.

—No seas ridícula. Es mejor para todo el mundo si este problema, por así decirlo … desaparece del mapa. Nos encargaremos de que reciba el trato adecuado. Será como si nada de esto hubiera pasado. Piensa en lo bonita que podría volver a ser tu vida.

Romily se había acercado despacio mientras hablaba y extendió el brazo hacia Annie, a la vez que jugueteaba con un rizo rubio que se había escapado de su trenza.

—Y, solo entre tú y yo, sobre todo ese asunto de haberte «dejado atrás»: sabes que nunca permitiría que eso pasara. Valoro nuestra amistad. Siempre has sido mi favorita.

—Oh, por favor —murmuró Maeve.

—¿No lo echas de menos, Annie? —dijo Romily, con los ojos brillantes—. Nosotras, inseparables, tal como debía ser. Formar parte de algo especial. Tu hermosa y encantadora vida. ¿No echas de menos ser perfecta?

Annie tragó saliva, con los párpados temblorosos. En cierto modo, sí. Lo echaba todo de menos. A Celeste y aquellos pasteles como almohadas de oro hilado. Su casa inmaculada, con cada cosa siempre en el sitio exacto donde la había dejado. Sus horas en la Casa Hécate, refugiada en la biblioteca, en las que se esforzaba por superarse para enorgullecerlos a todos. Todo encajaba con facilidad cuando hacía lo que se esperaba de ella. No había enfrentamientos, ni sentimientos incómodos o difíciles, ni baches en el camino. Y sí, en cierto modo, Annie echaba de menos ser perfecta.

Como si pudiera ver cómo los pensamientos de Annie se deslizaban hacia el pasado, atraídos por su abrazo teñido de rosa, Romily aprovechó su oportunidad. Se abalanzó sobre Maeve y le tiró del pelo sin piedad; consiguió sacarla del corro de brujas con manos ansiosas, y retrocedió a trompicones hasta chocar con Glory, sin soltarla en ningún momento. Con una carcajada de pura malicia, Glory lanzó un rayo de magia al pecho de Maeve y la hizo salir despedida hacia atrás, contra el árbol que tenían a sus espaldas. La adolescente se estrelló contra el tronco con un golpe seco que dejó a Annie con un vacío en el pecho. Se estremeció por el dolor, pero su expresión se transformó enseguida en un gesto feroz al darse cuenta de que estaba atrapada. Las gruesas raíces del árbol se habían enroscado alrededor de sus tobillos, mientras las ramas se anudaban en torno a sus muñecas.

—¡No salgas del círculo, Annie! —logró gritar a duras penas, con la voz tensa por el esfuerzo, mientras Glory echaba la palma de la mano hacia atrás y tensaba las raíces todavía más en torno al cuerpo de la chica. El árbol pareció gemir, reacio a aquel cruel y antinatural aprisionamiento en el que lo estaban obligando a participar; un crujido profundo y chirriante que hizo vibrar el suelo del bosque.

—¡Suéltala! —chilló Annie. Estaba avergonzada de sí misma, furiosa por haber permitido que la promesa de cosas brillantes y hermosas volviera a distraerla. En algún rincón de su mente frenética, oyó a Vivienne resoplar y a Harmony reírse, para después burlarse por turnos.

—Claro, eso seguro que funciona.

—Había que intentarlo, supongo.

Glory levantó la barbilla de Maeve con un dedo para mirarla a los ojos. O al menos lo intentó, ya que Maeve se negó a devolverle la mirada y mantuvo la vista fija en Annie.

—Te pareces mucho a Enid, ¿sabes? —dijo—. Ella también fue un grano en el culo. Con un talento extraño, siempre preparada para cuestionar cómo se hacían las cosas. Pregunta a cualquiera de los otros Emisarios: todos te quieren muerta, igual que a tu madre. Una aberración de lo más antinatural, incluso dentro de la comunidad de brujas y hechiceros.

—Ahí es cuando sabes que la cosa va mal de verdad —terció Harmony, todavía a carcajadas, como si no estuvieran en mitad del caos—. Cuando eres el bicho raro entre todos los bichos raros.

—Pero si tiene suerte, es tan lista como dices y hace lo que se le ordena como una buena mascotita, todavía podría resultarnos útil.

—Glory dejó de mirar a Annie para volverse hacia Maeve—. El siete es un número con más suerte que el seis. Quizá, después de todo, le gustaría recuperar el legado de los Cadmus y unirse a nosotros. ¿Por qué no iba a ansiar probar una pizca de poder inimaginable?

Aquella posibilidad, que en ese momento pendía de forma peligrosa sobre todos ellos, bastó para que Maeve detuviera su forcejeo. Annie casi podía oír los pensamientos que luchaban entre sí en la mente de la chica. Una oportunidad de salvarse. Gente poderosa que reconocía que su magia era especial y que quizá incluso podría potenciarla más. Annie había visto cuánto había crecido la confianza de Maeve durante las semanas que pasaron juntas. No podía culparla si la tentación de obtener más era suficiente para influir en las decisiones de una chica de quince años. La mirada de Maeve se dirigió con decisión hacia Glory. Mantuvo la boca apretada en una línea firme antes de que una sonrisa burlona empezara a asomar en la comisura de sus labios. Annie se quedó paralizada, incapaz casi de mirar mientras su querida niña vendía su alma para encajar, tal como ella misma había hecho.

Pero entonces se fijó en el movimiento de la muñeca izquierda de Maeve, en las chispas como yesca que brillaban en la punta de sus dedos. El árbol cedía despacio, soltando su agarre, seguido de más chasquidos de la magia de la chica. Las ramas se aflojaron y las raíces se deslizaron de nuevo bajo tierra. Glory había sido imprudente al pensar que la naturaleza estaría de su lado, cuando siempre se había sentido tan atraída por Maeve. La magia más pura siempre elegiría proteger a esa muchacha.

—¿No te has enterado? Soy el bicho raro entre todos los bichos raros. —Maeve levantó la barbilla—. Gracias por la oferta, pero por

desgracia prefiero arrancarme la cabeza antes que vivir un solo día como vuestra miserable panda.

Tras decir aquello, Maeve empujó a Glory. Con fuerza, con ambos puños, seguida de una ráfaga de magia dorada y llamas azul brillante. Los haces rebotaron como petardos entre los árboles, que se astillaron entre un remolino de chispas que saltaban en cientos de direcciones por todo el claro. Todo sucedió tan rápido que Annie apenas pudo asimilar lo que ocurría; la escena se le presentaba en fragmentos que no lograba recomponer a tiempo. Vio a Romily lanzarse hacia delante en un intento por evitar que su madre cayera. Pero no fue lo bastante rápida. En su lugar, Glory empujó con saña a Romily hacia la línea de fuego de la magia de Maeve, para usar a su propia hija como escudo, mientras su mano derecha disparaba un cañón de energía contra el pecho de Maeve. El golpe fue tan violento y furioso que toda aquella maniobra pareció imposible, un error de la naturaleza.

Algo se desató dentro de Annie en ese instante y sus poderes parecieron actuar por cuenta propia. Chorros de magia brotaron de sus dedos hacia Glory. Chispas llameantes estallaron por todo el claro, frenéticas, mientras la magia de Annie y Maeve, de Glory y Romily, rebotaba contra los árboles una y otra vez y caía por todas partes en una lluvia resplandeciente.

Vio a Maeve caer al suelo, golpeada por la magia desde todos los frentes, con su pequeño cuerpo encogido sobre sí mismo al pie del tronco del árbol, mientras su cabello oscuro le caía sobre el rostro y se lo ocultaba. Vio a Romily tambalearse, con un tajo rojo que le cruzaba la frente y rasguños en carne viva por todos los brazos, sacudida por completo por la decisión cruel e instintiva de su propia

madre. Sin embargo, se las arregló para lanzar un ataque contra Annie antes de ponerse a cubierto, en un esfuerzo por protegerse donde Glory había fallado. La magia volaba mientras el ataque y la defensa se entrelazaban.

Vio a Karma entrar en acción de un salto; se lanzó desde el corro de brujas directa a la cabeza de Harmony para romper su concentración y anular el ataque mágico que dirigía contra Annie. Harmony salió despedida, solo pudo dar tumbos a ciegas y soltar un alarido.

Vio al padre de Harmony gritar y a los Emisarios vacilar. Se cruzaron miradas furiosas y desconcertadas, sin saber qué hacer a continuación y reacios a ir en contra de las estrictas órdenes que, sin duda, les había dado Glory. En esa duda se hacía evidente que, después de todo, pensaban quedarse con Maeve para su propio beneficio; quizá reconocían su valor tanto como Annie, pero de una forma muy distinta. Al menos, por el momento, estaban ocupados; alzaban los brazos para protegerse de la lluvia de hechizos que rebotaban en todas direcciones mientras intentaban encontrar la manera de centrarse en su objetivo sin alcanzar a los suyos.

Sin importarle ya el incentivo de los amuletos protectores, las ayudas sobrenaturales y todas las promesas de quedarse donde debía, Annie salió disparada del círculo. Nada más importaba. Tenía que llegar hasta Maeve.

En cuanto salió del corro de brujas, unas cuerdas de magia, gruesas y asfixiantes, se enroscaron en torno a sus muñecas con un latigazo punzante y le tiraron de los brazos hacia atrás con fuerza. La sorpresa la pilló desprevenida. ¿De dónde habían salido aquellas extrañas ataduras?

Mientras apartaba a manotazos las ráfagas de magia que volaban por el aire, Glory se acercó a Annie con una mirada fija y siniestra, y una sonrisa que rozaba la locura.

—Tú no eres así, Annie —le siseó, y un escalofrío le recorrió la espalda. Su voz era distinta… o quizá Annie la oía por primera vez tal como era: cruel, implacable. Forcejeó para soltarse, decidida a sacar a Maeve de aquella locura, pero las ataduras la mantenían inmóvil. Los ojos de Glory se entrecerraron al darse cuenta de que, esa vez, Annie no iba a doblegarse a su antojo—. Después de todo lo que he hecho por ti —dijo con un deje de incredulidad, como si no terminara de asumir que había perdido el control sobre ella. Alzó la mano y Annie cerró los ojos con fuerza, preparada para sentir el dolor. Pero se tensó al notar que, en lugar de herirla, aquella mano le acunaba el rostro—. Te conozco, cielo. ¿Qué te ha pasado? —añadió Glory. Sus palabras, suaves y casi maternales, chocaban de lleno con el caos que se desarrollaba a sus espaldas.

Lo único que Annie alcanzaba a sentir era la necesidad desesperada de llegar hasta su niña, hasta Maeve; un sentimiento arrollador por el que estaba dispuesta a darlo todo. Incluso su propia vida, si hacía falta. Supuso que así debía de sentirse una conexión de alma pura con alguien que no fuera su familiar; una amistad, amor o sentimiento de familia genuinos, algo que había surgido de forma inesperada en su vida, como un brote de primavera olvidado y resuelto a sobrevivir a cualquier helada, a cualquier cosa, entregado por completo a su objetivo de seguir adelante. Un tipo de amor que era incomparable. Annie no tenía intención de dejar que ese amor desapareciera de ese mundo ni de ningún otro.

—Tu lugar está con nosotras, Annie —afirmó Glory, mientras su sonrisa se desvanecía—. Nada puede cambiar eso.

Se produjo un leve estremecimiento entre la densidad de los árboles, un escalofrío que recorrió la espalda de Annie. Lo supo antes de que las ramas se apartaran, antes de verlo irrumpir a toda velocidad en el claro.

Annie sonrió.

—Ella ya lo ha hecho. Y él también.



Capítulo 30

DESENVAINA TU ESPADA

Allí estaba Hal: respiraba con dificultad, con los hombros agitados como si hubiera corrido por su vida para llegar hasta ellas. Recorrió con la mirada la escena caótica durante un instante para contemplar la magia fulgurante que volaba entre los árboles, hasta que sus ojos se encontraron con los de Annie. Mage relinchó con desesperación y galopó a su lado mientras Hal levantaba la mano para agarrar la silla, pasaba una pierna por encima y montaba a su leal familiar. Hizo que Mage se levantara sobre sus patas traseras y retrocediera varios pasos. Unos segundos después, una estampida de capas ondeantes y hechizos complejos y furiosos, dirigidos a cada miembro de la Sortiedad, irrumpió con fuerza desde sus espaldas.

Hal tenía una muy buena razón para llegar tarde. No solo había traído consigo a un buen contingente del aquelarre de Selcouth, una multitud de rostros conocidos que salían entre los árboles justo a tiempo y se abrían paso entre los helechos para unirse a la lucha, sino que también parecía estar acompañado por todos los animales que alguna vez habían estado en la Cabaña Arden. A su lado, entre quizá un centenar de criaturas, Annie reconoció a la familia de lobos que había correteado por la pradera semanas atrás; los cachorros

todavía no habían crecido del todo, pero ya mostraban dientes afilados como cuchillas. Ciervos con cornamentas imponentes que golpeaban el suelo con sus pezuñas, listos para lanzarse a la carga a la menor señal de Hal. Un ejército de murciélagos bajaba en picado y se cernía sobre las copas de los árboles, para desorientar a los miembros de la Sortiedad mientras luchaban por mantener la compostura frente al enjambre de alas. Lo que debían de ser unos veinte zorros, al son de un grito de guerra, merodeaban entre las patas de Mage. Y había muchos más: todos aquellos a los que Annie y Maeve habían acogido durante la tormenta, desde tejones, búhos, linces y ardillas rojas hasta armiños, comadrejas, jabalíes y tantos ratones que parecía como si el suelo del bosque estuviera a punto de desmoronarse.

Cada criatura estaba cargada de una energía protectora, y merodeaba alrededor de Hal a la espera de que su brujo favorito diera la señal para lanzarse en su defensa.

—No os hagáis daño, chicos —dijo él con voz ronca. Dedicó su característico saludo con un solo dedo a los Emisarios. La tropa de Hal se abalanzó sobre la Sortiedad, que intentó dar media vuelta y huir, pero se topó con un muro de miembros del aquelarre preparados para la batalla. Lo último que Annie vio antes de volver la mirada hacia Hal fue un par de astas que levantaban la cola de una capa mientras perseguían al padre de Vivienne.

Hal tardó un momento en darse cuenta de lo que le sucedía a Annie: Glory estaba pegada a su espalda, y mantenía inmóviles sus muñecas para bloquear su magia.

—Yo que tú me lo pensaría muy muy bien antes de dar el próximo paso —le dijo con calma a Glory, aunque Annie pudo ver un fuego

tras sus ojos que contrastaba con su habitual serenidad imperturbable. Mage levantó los cascos con un breve titubeo, lo suficiente para hacer vacilar a Glory, y, con un rápido movimiento de muñeca de Hal, un estallido de magia de color bronce impactó directo sobre las ataduras que sujetaban a Annie. Estas se partieron y cayeron al suelo del bosque como grilletes. La chica se alejó tambaleante lo más rápido que pudo mientras sacudía las muñecas con tal fuerza que desprendieron chispas de su propio poder.

—¡Atrapadla! —chilló Glory a los Emisarios, todos ellos enfrascados en sus propias batallas entre el ataque de la magia del aquelarre y el embate de los animales salvajes. Barnaby Morningstar fue el desafortunado que se encontraba más cerca. Annie lo vio abandonar dudoso su propio combate para obedecer la orden de Glory. Corrió hacia ella con la varita extendida en un gesto de amenaza y sonrió con suficiencia cuando su mano se cerró sobre la cola de su capa.

Hal ya había llegado al galope hasta allí.

—Ni se te ocurra.

—¿O qué, salvaje asqueroso? ¿Tu poni me va a atacar? —Barnaby levantó la barbilla puntiaguda mientras lanzaba una explosión mágica. Hal la desvió con facilidad y envió el ataque al suelo mientras giraba el caballo. Se encogió de hombros.

—Si insistes.

Al tensar las riendas con rapidez, Hal hizo que Mage levantara las patas traseras y golpeara a Barnaby con fuerza en el pecho. El hombre se dobló en dos, salió disparado a toda velocidad hacia la oscuridad entre los árboles y desapareció de la vista. Mage resopló satisfecho.

Annie quedó aturdida por la inquietante escena, pero no podía pensar en otra cosa que en Maeve. En algún lugar, entre la refriega de Selcouth contra la Sortiedad, su niña necesitaba ayuda.

Hal hizo girar a Mage de nuevo para galopar por el claro y lanzarse a la pelea, directo hacia Morena, que estaba enzarzada en un forcejeo con un Emisario. Mientras tanto, Vivienne se cruzó en la línea de visión de Annie.

—¡Todo esto es culpa tuya, maldita rubia estúpida! ¡Mira mi vestido! —gritó Vivienne, que al pisotear el barro salpicó aún más su falda. Soltó un gemido y su magia apareció en una maraña tensa entre sus palmas.

—¡Pues llévalo a la tintorería, arpía insoportable! —respondió Annie, sorprendida por la ferocidad que salía de su boca. Sus emociones rugían, más vivas y reales de lo que jamás habría imaginado—. ¿Es que nunca se te ha pasado por la cabeza que hay cosas más importantes?

—¿Más importantes que un Vespertine *vintage*? —chilló Vivienne —. ¡Lo dudo mucho!

—¡Como la amistad, por ejemplo! A tu supuesta amiga y abeja reina esa arpía despiadada que tiene por madre la acaba de echar a los lobos —gritó Annie—. ¡Mírala! ¿Por qué no la estás ayudando?

Con un mohín, Vivienne se giró de mala gana para buscar a Romily entre la multitud frenética de brujas y hechiceros en plena pelea. Por fin la vio: herida y encogida junto al tronco de un árbol, se aferraba a la corteza con ojos aterrados. En medio del caos, Annie sintió una punzada de compasión inesperada al darse cuenta de que Romily, con todo su instinto de supervivencia y su empeño por ser admirada, no era más que el resultado de tener aquellos

padres. Y esa noche, Romily se había topado con la misma dura realidad que Annie conoció una vez: que su propia madre sacrificaría la vida de su hija con tal de seguir al mando adictivo y absorbente de la Sortiedad.

Vivienne lanzó un último gruñido a Annie y luego corrió hacia Romily antes de pasarle un brazo por los hombros para sostenerla mientras esta se tambaleaba y gemía, con las manos apretadas contra el costado donde la magia de Maeve la había golpeado con una ráfaga dolorosa. Juntas parecían tan débiles, tan frágiles y cobardes, que a Annie le resultaron irreconocibles. ¿Cómo había podido admirarlas alguna vez? ¿Cómo pudo temer sus opiniones o anhelar su aprobación superficial y vacía? Sacudió la cabeza para despejar aquel torbellino de ideas y se lanzó de nuevo a la contienda; se abrió paso con furia para llegar hasta Maeve en mitad de la lucha.

—¡Karma, ya basta! —gritó.

La familiar de Annie seguía ocupada en destrozar el recogido de Harmony de la manera más eficiente posible; hundía las garras en el elegante moño mientras Harmony giraba sobre sí misma y agitaba los brazos en el aire. Ante la orden de Annie, Karma se detuvo a mitad de un zarpazo, se limpió con rapidez una oreja y saltó de la cabeza de la chica para correr directa a su lado, muy satisfecha de sí misma. Annie la alzó y le dio un beso rápido pero efusivo en la cabeza.

—Buen trabajo. Estarás a salvo en casa, te quiero —susurró con prisa antes de hacer desaparecer a su familiar de vuelta a la seguridad de la cabaña. Aquel no era lugar para una princesa como

Karma, aunque hubiera librado una gran batalla por la causa de proteger a la niña.

Harmony, cubierta de arañazos, se tambaleó hacia Romily y Vivienne, para aceptar con gratitud sus brazos mientras las tres sollozaban de forma dramática al unísono. Se volvieron hacia Annie, iluminadas por los fuegos artificiales de la magia que implosionaba, con unas miradas idénticas, cargadas de odio. La forma en que se unieron contra ella le resultaba familiar. El trío concentró su magia, apuntó y lanzó sus golpes finales al unísono.

—¡Mira lo que nos has hecho!

—Sabía que siempre serías un problema, lo dije desde el principio.

—¡Basta! —gritó Annie a la vez que levantaba un muro de magia protectora frente a ella como una pantalla, para que los hechizos rebotaran—. No quiero luchar contra vosotras. Hemos pasado demasiadas cosas juntas como para que esto acabe así.

—¡Pero nosotras somos la Sortiedad! Y tú lo acabas de arruinar todo —chilló Vivienne.

—Vosotras siempre sois vuestra única prioridad. ¿Por qué iba a ser distinto ahora? —Annie suspiró, destrozada—. Esta no es vuestra lucha solo porque involucre a vuestros padres. No tenemos por qué repetir sus mismos errores una y otra vez.

Ante aquello, Romily vaciló apenas un instante; la expresión de amarga venganza que había heredado de Glory se suavizó un ápice.

—Rom, por favor —suplicó Annie, en un último intento de que se marcharan por voluntad propia—. Marchaos de aquí. Poneos a salvo. Aún estáis a tiempo de tomar vuestras propias decisiones. Las cosas pueden cambiar.

Romily desvió la mirada, furiosa, pero Annie notó cómo se sonrojaba a pesar de que se negase a mantener el contacto visual. Su antigua amiga se mordía de forma frenética el interior de la mejilla, con una expresión de dolor e incertidumbre que Annie no había visto en ella desde hacía años. Harmony y Vivienne solo esperaban instrucciones, con los ojos muy abiertos y llenas de desesperación, hasta que Romily asintió al fin con el gesto más imperceptible y renuente posible. En un destello brillante, las Cuatro de la Fortuna, en ese momento Tres, se apiñaron entre sollozos sincronizados y desaparecieron mientras una niebla oscura se arremolinaba para llevárselas.

—¡Annie!

De algún modo, en medio de la refriega de magia que rebotaba y poderes que estallaban, Maeve se había puesto de pie de nuevo. Hacía muecas de dolor y se frotaba las costillas donde la magia de Glory la había golpeado, pero había una mirada firme en sus ojos mientras se tambaleaba. Annie intentó correr hacia ella, pero un brazo la rodeó rápido por la cintura y tiró de ella hacia atrás. Era Hal. Reconocería su fuerza y su calidez en cualquier parte.

—¿Qué haces? Déjame ir con ella. —Annie forcejeó para soltarse.

—Es su momento —gritó él cerca de su oído—. Deja que lo arregle por sí misma. Es valiente y se lo merece. Quiere brillar.

—Pero…

—Estamos aquí para ayudarla si falla. Pero no lo hará. Déjala intentarlo.

Annie supo que tenía razón. Todo su cuerpo se relajó contra él y fue como si el mundo se detuviera, como si dejara de girar sobre su eje por completo. Era el momento de Maeve. Sus miradas se

cruzaron, y Annie esperaba que aquel contacto visual le recordara que estaban allí, que aguardaban entre bastidores, junto con todo lo que le había dicho antes de que estallara el caos. «Maeve, eres capaz de brillar más que todas las estrellas del cielo…».

Con sus últimas reservas de fuerza y determinación, Maeve levantó la mano y lanzó el hechizo directo hacia arriba. Annie no entendía qué intentaba hacer. Pero entonces vio que sostenía algo entre los dedos.

Un lápiz rosa. Ese mismo que Annie había encantado con la punta de plata de luz estelar semanas atrás y que la chica había usado para dibujar el retrato de su extraña familia antes de que nadie la reconociera por lo que de verdad era. Annie no podía creer que lo hubiera guardado. La punta plateada centelleó con un brillo mágico y encantador que, incluso en medio del caos, le recordó a Annie a sus cintas rosas especiales en Celeste. Quizá, después de todo, sí le había transmitido algo útil, aunque solo fuera la importancia de un destello fugaz.

Las últimas estrellas que salpicaban el cielo del amanecer se sintieron atraídas hacia ella, al reconocer su magia especial, familiar en su singularidad, belleza y creatividad. La luz plateada de las estrellas se unió al lechoso brillo de la luna matutina en rayos que brillaban sobre la joven. Todo descendió hacia ella para permitirle canalizar su poder y su luz en el lápiz; Maeve movió la muñeca en círculos amplios, y arrastró la luz estelar hacia el campo de batalla para dibujar firmes bucles celestiales alrededor de cada uno de los Emisarios. La luz se solidificó en líneas envolventes, tal como lo había hecho aquella noche en el prado. Antes de que pudieran siquiera comprender lo que ocurría, cada miembro de la Sortiedad

quedó atrapado en una cuerda de plata inquebrantable. Algunos de los Selcouth más valientes, incluido Hal, actuaron de inmediato para reforzar las ataduras.

Pero ni siquiera la luz de las estrellas bastó para retener a Glory. La furia explosiva de sus poderes, fortalecidos de forma antinatural, esa acumulación de brujería venenosa y excesiva tras años de sacrificios peligrosos, permitió que la Emisaria Suprema se liberara. Envió la luz estelar de vuelta contra Annie y el aquelarre para dispersarlos, y luego se volvió hacia la chica, sola. Glory se acercó a ella con pasos agigantados, como un depredador.

—Ya casi está, y apenas he movido un dedo —dijo con calma una vez frente a Maeve, aunque su voz rezumaba veneno—. Ya puedo oler la muerte en ti. De normal, insistiría en hacer esto de la manera correcta para honrar la tradición, para preservar el ritual hasta devolverte al teatro Tempestad. Pero no te queda mucho tiempo, y sería un error desperdiciarlo.

Se alzó sobre Maeve, quien retrocedió tambaleante; gimió de dolor mientras escupía un coágulo de sangre sobre el suelo del bosque.

Glory acercó la mano izquierda a la garganta de la chica y apretó mientras abría la palma derecha para convocar su magia más oscura.

—Tus líneas de vida ya están borrosas, tus vínculos son débiles. Tu magia está lista para que la tome. Quédate quieta, cielo. Haz lo que se te ordena y te prometo que esto no dolerá ni un poco.

—Qué bien. —De alguna manera, Maeve levantó la cabeza—. Porque esto sí que va a doler.

Annie no podía comprender de dónde sacaba fuerzas la joven tras todo lo que había pasado. Pero con un último golpe de su puño, con el lápiz agarrado como si fuera una espada, una oleada de su magia estalló en marañas brillantes. Tan hermosa y luminosa era aquella marea de conjuros que todas las brujas, hechiceros, criaturas y seres mágicos que observaban tuvieron que protegerse los ojos de la luz.

Sorprendida, Glory gritó y retrocedió, cegada por un deslumbrante estallido plateado a escasos centímetros de su rostro. La Emisaria Suprema tropezó hacia atrás, agitando los brazos y dando patadas al aire. Un paso más: en cuanto su bota resbaló sobre la tierra dentro del corro de brujas, el anillo de setas se encendió. Brilló con indignación ante la visitante no deseada que se había atrevido a cruzarlo sin invitación. Un pánico que rompía su habitual compostura se reflejó en el rostro de Glory, por lo normal tan sereno, mientras el círculo la atrapaba. Sus ojos se abrieron con un espanto antinatural al comprender su destino. En un parpadeo, desapareció.

En cuanto el estallido estelar comenzó a apagarse, el aquelarre se lanzó a la acción. Los cuatro Emisarios restantes, sorprendidos por la oleada de magia incendiaria, no tuvieron otra opción que rendirse. La magia de Maeve les había proporcionado unos valiosos segundos que permitieron a Selcouth capturarlos de una vez por todas. Morena inmovilizó a dos de ellos, uno en cada mano, con apenas una leve sonrisa de satisfacción. Hal se lanzó sobre el padre de Vivienne mientras un hechicero delgaducho del aquelarre se encargaba sin esfuerzo de atrapar al cuarto Emisario.

Annie apenas podía creerlo. De verdad lo habían conseguido. Habían ganado. Habían derrocado a los Emisarios y desenmascarado a la Sortiedad, habían tomado el control de una fuerza dominante,

siniestra y manipuladora sin parangón, cuyo secreto susurrado había sido la cadena implacable que había mantenido su vida atada durante tanto tiempo.

—¡Maeve, lo logramos! ¡Lo has conseguido! —chilló Annie mientras giraba sobre sí misma y aplaudía sin poder evitarlo, con un frenesí en la mirada y en la voz que nunca había sentido antes, mientras todo Selcouth estallaba en celebración.

Entonces percibió cómo caía el silencio.

Vio a Maeve quedar lánguida y desplomarse al suelo mientras el último destello de magia se drenaba de su cuerpo joven. Se había vuelto gris, como si se marchitase de un modo que Annie jamás había visto, mientras la última luz de las estrellas, entrelazada con su propia magia natural, se vaciaba del lápiz con un temblor entrecortado y regresaba al cielo.

Como era típico en ella, y la razón por la que Annie la había admirado desde el momento en el que se conocieron, Maeve había entregado hasta la última gota de su ser, tan extraordinario y auténtico, a aquel instante.

Igual que hacía siempre. Por eso Annie la quería. La chica no conocía otra manera de vivir.



Capítulo 31

UN NUEVO HOGAR

Annie tiraba de los hilos sueltos de la colcha de retales, los anudaba en pequeñas trenzas y esperaba. De vez en cuando, las lágrimas le empañaban la vista, pero se negaba a dejarlas caer. Habían pasado horas desde que regresaron a la Cabaña Arden, pero ella no se daría por vencida.

En cuanto Maeve cayó al suelo, Hal corrió hacia ella y la tomó en brazos. La llevó hasta Mage y sostuvo su cuerpo inerte contra el pecho mientras galopaban de vuelta a la cabaña a toda prisa. «Esto es asunto mío», dijo con voz áspera cuando otros intentaron ayudar; después permaneció en silencio durante un buen rato. Antes de partir a toda prisa, Annie se había apresurado a administrarle el brebaje curativo que había metido a última hora entre sus cosas antes de la pelea, con la esperanza de que aquella mezcla sencilla bastara para mantener unidos los pedazos rotos de Maeve por el momento.

El aquelarre envió a toda velocidad a los Emisarios a la Casa Hécate; allí permanecerían bajo llave hasta que se esclarecieran los sucesos que ocultaba aquel secreto tan bien guardado durante tanto

tiempo. La explicación de Annie, breve y llena de lagunas, sobre el sistema de acumulación de magia de la Sortiedad despertó en las hermanas Gowden una mezcla de profunda preocupación y curiosidad. Como Sabias al mando, se encargarían de preparar el caso para el juicio, y sería el conjunto del aquelarre quien decidiera los siguientes pasos. Fuera cual fuese el lugar al que los habían enviado, Annie sabía que no sería, ni de lejos, tan cómodo como a lo que estaban acostumbrados. Romily, Vivienne y Harmony podían dar gracias a sus estrellas de la suerte por haber escapado cuando lo hicieron. Por un momento, Annie se preguntó qué sería de ellas. Se dio cuenta de que no le importaba lo suficiente como para averiguarlo.

El aquelarre los acompañó de vuelta a la cabaña, de modo que la diminuta casa estaba abarrotada hasta los topes de brujas y hechiceros, que curaban heridas y atendían contusiones en un silencio grave y sombrío. Por algún milagro, todos habían salido ilesos, más o menos, de la mayor parte de la lucha… excepto Maeve. Parecía del todo injusto que ella, la más joven y la que más merecía saborear la victoria, hubiera sido la que había dado el paso al frente para recibir el golpe final, sobre todo cuando el aquelarre la había tratado con tan poca atención. Annie estaba furiosa, pero su preocupación por Maeve era el único sentimiento que importaba en ese momento. Quizá por reconocer al fin el sacrificio de la joven, todos los miembros de Selcouth se negaban a marcharse hasta que Hal y Annie estuvieran seguros de que Maeve estaba estable. Morena y Bronwyn pronto tomaron las riendas de la situación y enviaron a quienes podían moverse por el prado a recolectar ingredientes frescos para las pociones curativas. Al menos era un

consuelo saber que las mentes mágicas más brillantes del país trabajaban tras el porche y que varios brebajes de alto nivel burbujeaban en la cocina, lo que inundaba el lugar con un aroma con matices de chocolate con avellanas.

Hal y Annie no se habían apartado del lado de Maeve. Estaban sentados al pie de su cama, doloridos, sucios y agotados, uno a cada lado de la chica. A pesar de su cansancio, Hal estaba inquieto; se levantaba cada pocos minutos para recorrer la habitación, acariciar a Karma, que se había acurrucado sobre el pecho de Maeve bajo las mantas, o murmurar en voz baja al constante desfile de animales que visitaban la ventana. Muchos habían mostrado preocupación por el bienestar de Maeve y traían con cariño un sinfín de regalos. Tras una conversación con una ardilla roja que dejó un pequeño montón de semillas de girasol como gesto de buena voluntad, Hal regresó al lado de Annie y le apretó el hombro con suavidad.

—Siempre he querido experimentar con la magia del tiempo, pero nunca me sentí lo bastante tentada como para correr el riesgo —musitó ella en voz baja—, pero ahora mismo, daría lo que fuera por poder dar marcha atrás y evitar que lanzara aquel encantamiento.

—Vamos, Annie, los dos sabemos que a la chica se le da de maravilla obedecer cuando le dicen lo que tiene que hacer —bromeó Hal, mientras le acariciaba el cabello. Volvió a apretarle con suavidad el hombro, y le rozó el cuello con la yema del pulgar, para depositar después un tierno beso en su coronilla.

Annie se mordió el labio con fuerza. La culpa y la vergüenza que la habían abrumado se habían transformado en un doloroso entumecimiento general desde que vio a Maeve inconsciente en la cama. Apenas podía soportarlo. Hal se sentó a su lado, en el borde

del colchón, y le frotó la rodilla, distraído. Esas caricias pequeñas y tiernas eran lo único que mantenía a raya que se volviera loca por la preocupación. Podía escuchar los murmullos de la cabaña abarrotada fuera, los gritos ocasionales de entusiasmo de la siempre positiva Bronwyn y el tono grave y aburrido del sarcasmo mordaz de Morena.

Annie dejó caer la cabeza con los ojos cerrados y la sacudió con frustración; Hal no dejó de acariciarle la mejilla con el pulgar.

—Solo intentaba hacer felices a todos. Creo que, en el proceso, me he roto el corazón a mí misma.

Por fin, las lágrimas surcaron su rostro, y las pocas que Hal no logró atrapar cayeron sobre la colcha.

—Tu corazón funciona a la perfección. De hecho, es un millón de veces más grande que el de cualquiera que haya conocido. Sientes las cosas con una profundidad, una fuerza y una trascendencia arrolladoras… —le dijo Hal en voz baja—. Annie, entre muchas otras cosas, eso es lo que te hace perfecta. Y lo demás no importa. ¿De acuerdo? —Le dio un beso suave—. La cría no se va a ir a ninguna parte.

—No sé… Si mis piernas funcionaran, saldría corriendo de aquí ahora mismo.

Sus cabezas se giraron hacia la almohada: los ojos de Maeve se habían abierto un momento para cerrarse de golpe al ver aquel beso.

—No puedo creer que haya arriesgado mi vida para salvaros y que lo primero que haga al despertar sea vomitar… ¡por vuestra culpa!

Annie dejó escapar un sonido a medio camino entre un jadeo de sorpresa y un grito de alegría, y rodeó a la chica con los brazos

mientras esta se acomodaba contra las almohadas, sin recordar que era una enorme masa de golpes y heridas. Hal echó la cabeza hacia atrás con alivio y se puso en pie de un salto, con una sonrisa.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Annie ansiosa, el dorso de una mano apoyado en la frente de Maeve, y la otra ocupada en acomodarle las mantas, recolocarle las almohadas detrás de su espalda y pasarle un vaso de agua antes de repetir el ciclo de nuevo.

—Como si me hubiera pasado un camión por encima. O una tonelada de luz estelar, supongo. —Unos cuantos cortes y moratones ya habían brotado como violetas de invierno; parecía agotada, pero el brillo de sus ojos oscuros seguía intacto—. ¿Viste mi hechizo? —preguntó Maeve con una sonrisa débil, para después entrecerrar los ojos ante el resplandor del primer día de noviembre que se colaba por las cortinas.

—No, me lo perdí —dijo Annie con un gesto de decepción—. ¿Puedes repetirlo?

Maeve se quedó boquiabierta.

—Es broma —canturreó Annie, sonriente—. Claro que vi tu hechizo. Estuviste increíble… más que eso. —Maeve parecía más orgullosa de lo que Annie recordaba—. Pero eso no quita que estés metida en setecientos problemas distintos. Tienes que dejar de ocultarme secretos —continuó Annie—. ¿Desde cuándo puedes hacer eso? ¿Y cómo es posible que lo supieras?

Maeve, por supuesto, se limitó a encogerse de hombros.

—Leo mucho. No me subestimes.

Como si pudiera, como si fuera a atreverse alguna vez a hacerlo de nuevo.

—Jamás.

Horas más tarde, después de haber probado más variedades de la poción curativa *Salutaris Medella* de las que cualquier chica debería poder soportar en toda su vida, Maeve se sentía lo bastante fuerte como para pedir que la dejaran levantarse de la cama. No solo estaba un poco más recuperada gracias a la destreza con la que se preparaban los brebajes en la enfermería improvisada, sino que también había oído que un público entusiasta esperaba justo fuera de su habitación para llenarla de elogios y, en general, no dejar de repetir lo maravillosa que era. Annie les había pedido que guardaran silencio y trataran de no exagerar al ver a la joven que había invocado la mismísima luz de las estrellas. Nadie hizo caso a su advertencia.

Con el brazo de Annie como apoyo, Maeve avanzó despacio hasta el salón, donde la recibieron vítores entusiastas y aplausos.

—Hola, extraviada.

Con un vuelo de capa, Morena se plantó frente a Maeve justo cuando esta intentaba hacer una reverencia solemne, a pesar de tener los músculos doloridos y las extremidades llenas de moratones. Annie había hecho aparecer provisiones recién horneadas para reponer las fuerzas de todos, y Morena blandía un lazo de hojaldre con queso casi como si fuera una varita mágica, como si no tuviera muy claro qué debía hacer con él.

—Toma. —Se lo tendió a Hal y dejó caer una lluvia de migas por el suelo—. Deshazte de esto, señor Bancroft. La señorita Cadmus y yo tenemos mucho de qué hablar.

—Morena, ¿puedes darle un momento? Acaba de despertarse —intervino Annie.

—¿Puede venir Annie? —preguntó Maeve. Sus heridas parecían no importarle, pero apretó un poco más su brazo al decirlo.

—Si no queda más remedio.

Con un gesto seco y sutil de la cabeza, Morena les indicó que se adelantaran, y las brujas avanzaron con paso lento, arrastrando los pies y cojeando con cuidado hacia la puerta principal. Antes de que la alcanzaran, alguien volvió a interceptarlas, pero esa vez Annie agradeció la interrupción.

Era Ruby, con un ojo morado impresionante y el brazo sujeto en un cabestrillo.

—Deberíais ver cómo ha quedado el otro —dijo con una sonrisa, pese al labio partido—. Era el padre de Vivienne, y he oído que ahora está en una mazmorra. Pagaría por verlo.

Annie la abrazó con cuidado.

—Te has pasado al otro bando.

—Encajo mucho mejor aquí —contestó Ruby con orgullo—. Fui directa a la Casa Hécate en cuanto aquellas brujas dejaron claro que no era bienvenida y, ya me conoces y sabes lo bocazas que soy, no tardé en soltar unos cuantos secretos y abrir la caja de Pandora —añadió con una mueca burlona—. Cuando llegó la carta de Hal y me enteré de que estabas en apuros, tuve que venir.

—Gracias, Ruby. Eres una buena amiga.

—No fue nada; ha sido el Halloween más emocionante que he tenido en mucho tiempo. La gente de Selcouth es muy acogedora. Me llevará un tiempo acostumbrarme a formar parte de un aquelarre medio normal en lugar de a un club de élite peligroso, pero creo que encajo mucho mejor aquí.

—Tengo que darte la razón. No me malinterpretes, tienen sus defectos —admitió Annie, mientras le venían a la mente demasiados ejemplos como para contarlos con las dos manos—, pero son el lado bueno de la magia —añadió con tono tranquilizador.

—Cierto, ya me he dado cuenta. —Ruby asintió con una ligera mueca de dolor por el hombro—. Acabo de conocer a mi nuevo amigo Rune, que me va a enseñar cómo van las cosas en la vieja Casa Hécate.

Un brujo algo desgarbado, con extremidades largas y gran altura, el mismo que había logrado hacerse con un Emisario por su cuenta, dio un paso decidido hacia ellos cuando Ruby lo presentó. Se apartó un rizo de pelo oscuro que le caía sobre el rostro, que era muy atractivo, y Annie sintió de pronto unas ganas tontas de reír cuando él se quitó las gafas redondas de alambre y le dedicó una sonrisa perezosa.

—Rune Dunstan. Nuevo vigilante de Selcouth. —Estrechó la mano de Hal con entusiasmo—. Un placer conoceros a ambos; he oído cosas fantásticas. Hace tiempo que admiro tu trabajo, Hal. Y, Maeve, claro, lo que hiciste ahí fuera fue algo de veras especial.

—Gracias por haber venido —dijo Hal, un poco desconcertado por tanta interacción humana—. Felicidades por el puesto. Bonito abrigo, colega. Al menos das el perfil.

—Ah, claro. Gracias. —Rune miraba su abrigo negro de cuero algo extrañado—. La verdad es que era algo nuevo que quería probar. No estaba seguro… ¿Crees que me queda bien?

—Está chulo —respondió Hal, con los hombros encogidos y rumbo de vuelta al porche, un poco confundido por haber acabado en una conversación sobre abrigos.

—Es un clásico total para un brujo sofisticado —intervino Annie, deseosa de agradecérselo ella misma—. Elegante sin esfuerzo para otoño e invierno. Te queda genial con tu preciosa estructura ósea. Debería ser tu *look* característico —añadió, con un asentimiento de aprobación—. Luego nos vemos —le dijo a Ruby. Mientras guiaba a Maeve para alejarse, Annie notó cómo una sonrisa satisfecha se dibujaba en las comisuras de los labios de Rune. Incluso le pareció verle levantar el puño en el aire con muchísima discreción.

Tras un par de paradas más para recibir felicitaciones y apretones de manos, Annie y Maeve por fin llegaron al porche con la Bruja Sabia mientras Hal se quedaba atrás para hablar con Rune sobre sus planes de seguridad mágica de cara al futuro. Annie y Maeve ocuparon cada una uno de los sillones de mimbre con vistas al prado. Eso dejó a Morena en el balancín.

—¿Por qué, en este universo o en el siguiente, alguien necesitaría una silla que levita? ¿De verdad es tan aburrida la vida de alguien?

Se sentó rígida en el balancín y dejó que su capa se desplegara tras ella. Se la veía muy insegura, con los ojos algo desorbitados mientras sus pies flotaban apenas por encima del suelo de madera.

—Dejando a un lado estas extrañas decisiones de mobiliario, quería hablar contigo, señorita Cadmus, sobre tu demostración de magia en el bosque. Fue…

—Peligroso, estúpido y, quizá, un problemón de los grandes. Lo sé, siempre me pasa igual —espetó Maeve, acompañado de una mueca mientras se acomodaba. Con un gesto de fastidio, lanzó al suelo un cojín de cuadros que tenía detrás.

—Todo lo contrario —contradijo Morena con rapidez, lo que sobresaltó a Annie y a Maeve al mismo tiempo. Ambas se lanzaron

una mirada confusa de reojo—. De hecho, fue… bastante brillante. Una magia extraordinaria y muy creativa. Las estrellas no se doblegan ante muchos. Espero que consideres trabajar de cerca con Selcouth en el futuro para pulir tus talentos como se merecen.

—¿Perdón? —resopló Maeve.

—No seré yo quien niegue el talento, señorita Cadmus. Como sabe la señorita Wildwood por experiencia propia, valoro a una bruja que no rehúye reconocer su grandeza ni darle un buen uso. De hecho, lo admiro bastante, sobre todo en una bruja que ha completado tan pocos ciclos orbitales como tú.

—Se refiere a los cumpleaños —susurró Annie por lo bajo.

—Señorita Wildwood, esto también te concierne —prosiguió Morena—. Ya sabes que no soy de las que endulzan sus palabras y, para ser sincera, creo que deberías ceder mis tan generosas horas de guía a tu pupila. Sospecho que ella podría aprovechar ese aprendizaje mucho más que tú hoy en día. Sugiero, en su lugar, que sigas tu trabajo en Selcouth en un puesto más permanente y respetado, mientras yo dedico mis atenciones más… formativas… a Maeve.

Annie arqueó las cejas. Aún no había pensado mucho en cómo continuaría su trayectoria en la Casa Hécate, pero sabía que aquello no era más que otra pieza de su antigua vida a la que ya no sentía necesidad de aferrarse, mientras intentaba desprenderse de todas las expectativas y obligaciones que otros le habían impuesto. Sus años de aprendizaje con Morena habían sido agradables, pero la verdadera motivación siempre había sido asegurar un futuro incierto dentro de la Sortiedad.

Aun así, era un cumplido enorme, sobre todo de parte de Morena Gowden, de entre toda la comunidad mágica, que la considerara lo bastante valiosa para un puesto real en el aquelarre. Y la idea de decir que no, de rechazar algo que sabía que a todas luces debería aceptar, le provocaba un nudo en la garganta.

—No, gracias —respondió Maeve con alegría.

—¿Cómo dices? —preguntó Morena; casi parecía que iba a echar chispas ante semejante descaro.

—No, no creo que esta vida en el aquelarre sea para mí… al menos por ahora —se disculpó Maeve—. Sin ofender, seguro que os lo pasáis genial, pero todo esto es un poco… cuadriculado para mi gusto. Y la verdad, me va muy bien explorando mi magia aquí fuera, junto a Annie.

Era justo el empujón que Annie necesitaba oír. Si eso era lo que Maeve también quería, mejor aún; hacía que su decisión fuera mucho más sencilla.

—Maeve tiene razón, Morena. Estoy muy agradecida por las oportunidades que me has brindado. Pero… —vaciló, y se pasó la mano por el pelo para reunir un poco más de confianza— pero creo que estoy lista para dar un paso atrás. Seguiremos siendo parte tradicional del aquelarre, por supuesto, y mantendremos el contacto. Pero estoy lista para que mi vida no esté tan fragmentada en mil ámbitos distintos. Es hora de probar algo diferente por mí misma. Así que no. No, gracias.

Morena soltó un bufido brusco por la nariz. Annie se preparó para sentir su ira. Pero no llegó.

—Como desees.

La tierra no se detuvo. El mundo no se derrumbó. Había dicho que no y eso no la había convertido de inmediato en una persona horrible. Todavía era ella misma y el mundo parecía girar aún. De hecho, quizá era incluso más ella misma gracias a eso.

—El otro asunto que nos ocupa es tu alojamiento. En teoría, sigues bajo la responsabilidad de Selcouth, señorita Cadmus… —comenzó a decir Morena.

—Quiero quedarme aquí y vivir con Annie y Hal —soltó Maeve de repente, antes de empezar a morderse una uña, como si intentara contener aquellas palabras reveladoras y volver a guardarse la confesión. Annie la miró y luego volvió la vista hacia Morena, insegura sobre cuál sería la respuesta adecuada. Morena permaneció en silencio, con los labios fruncidos a la espera de que Annie hablara.

Una vez más, parecía que la única respuesta correcta era la sincera.

—Me encantaría tener a Maeve conmigo —confirmó Annie, en voz baja pero firme, apretando la mano de la chica—. Por favor, considéralo, Morena.

La aludida arqueó una ceja puntiaguda.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado segura de nada en mi vida —confesó Annie—. Pero de esto estoy muy muy segura. El aquelarre no tendrá que preocuparse por ella en absoluto, salvo por asegurarse de que reciba una enseñanza mágica completa. Yo me encargaré del resto. Pagaré todo. Nos mudaremos a mi casa…

—No, no lo haréis —interrumpió Hal con voz ronca, apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados. Salió al porche y cerró

la puerta tras de sí en silencio—. Os quedaréis las dos aquí, conmigo. Si queréis, claro. Ya no parece un hogar sin vosotras para poner mi vida patas arriba todos los días. Y la maldita gata también, por supuesto —refunfuñó Hal. Le lanzó a Annie una pequeña sonrisa de reojo y un asentimiento silencioso que decía todo lo que ella necesitaba oír: que estaba seguro, que hablaba en serio y que no iba a cambiar de opinión.

—Bueno, ¿no es maravilloso? —dijo Morena, antes de que Annie lograra encontrar las palabras para responder—. Me encanta cuando todo queda bien atado con un lazo, aunque quizá uno de un rosa espantoso en este caso —añadió, en dirección a Annie—. Redactaré el papeleo en cuanto regrese a la Casa Hécate.

Morena se levantó para volver con el resto del aquelarre, trastabillando al bajar del balancín, mientras plantaba los pies a salvo en el suelo con una mirada de absoluta incredulidad. Annie estaba casi segura de haberla oído murmurar entre dientes las palabras «idiota» y «muebles estúpidos» dirigidas a Hal.

El hechicero ocupó el lugar de Morena en el balancín y se impulsó con suavidad con las botas. Annie contempló la pradera: el sol de noviembre bañaba en oro la hierba alta. Maeve se despatarró a su lado y Hal se reclinó con los ojos cerrados y el sombrero algo inclinado sobre la cabeza, para soltar después un largo suspiro, mientras estiraba un brazo y rozaba las puntas de los dedos de Annie, solo por el placer de sentirla cerca. Tenía tanto que decirles, tanto que explicar sobre por qué aquel momento significaba tanto para ella… Pero no era el momento de contarles cómo se sentía, sino de dejar que el instante fluyera, de sentirlo pasar como el arroyo que los rodeaba y de acostumbrarse a que aquella calma hermosa

fuera su vida real y auténtica; al menos por el momento. Qué afortunada era por haber encontrado tanta dulzura.

—¿Qué te apetece hacer esta noche, cuando se hayan ido todos? —preguntó Annie a Maeve, mientras le acariciaba el pelo distraída, con cuidado de no rozar los cortes de su cara—. La casa va a quedarse demasiado silenciosa cuando volvamos a estar solo nosotros cuatro.

—Cualquier cosa que no implique salvar a las brujas sería ideal —refunfuñó Hal.

—¿Podríamos ver una película? ¿Ponernos mascarillas? ¿Hornear algo? —preguntó Maeve con esperanza, y se acurrucó contra Annie con los ojos cerrados. Era justo la velada que Annie había planeado para ellas cuando la conoció.

Annie sonrió.

—Podemos hacer eso.



Capítulo 32

SOL DE INVIERNO

El tintineo de la campanilla sobre la puerta de Celeste resonó en el aire. Era una melodía de despedida, suave y melancólica, pero llena de cariño, como lo había sido cada vez que Annie regresaba desde que decidió dejar la panadería. Sin duda había tristeza, esa que acompaña de forma inevitable a cualquier cambio o al comienzo de un nuevo capítulo, incluso uno feliz, pero también una sensación de satisfacción ligera y despreocupada, un sentimiento de paz que equilibraba la balanza como si estuviera pesando harina y azúcar. Ya no era un dolor agudo; se volvió más bien un anhelo nostálgico que le apretaba la mano y le recordaba con ternura que había tomado la decisión correcta.

A veces, la decisión correcta era una liberación: difícil de soltar, pero maravillosa al dejar que flotara, como un globo.

Del mismo modo, resultaba agradable cruzar el umbral de la pastelería Celestial; su nombre ya no figuraba sobre la puerta y el letrero era de un suave tono azul aciano en lugar de rosa. Le agradaba disfrutar de los cimientos que ella misma había construido, sin sentir miedo por la jornada, ni preocuparse por la carga de

trabajo o por esa presión tras los ojos al intentar mantener a flote todo lo que debía priorizar. Saber que era libre y que el lugar pasaba a manos buenas y cariñosas le traía serenidad y ligereza.

Annie había arrastrado a Maeve lejos de su pausa de café y cuaderno de dibujo, pero solo con la promesa irían de la mano de pasteles recién horneados. La vida se había ralentizado de forma considerable, y tenían tiempo de sobra para pasar por allí cuando Maeve no estaba ocupada con sus nuevos amigos, con quienes había conectado de forma rápida y fácil en su nuevo colegio. Pasarse por la panadería significaba que Annie podía recoger las últimas cosas que le quedaban en la trastienda y darles a sus amigas por fin un nuevo comienzo en su propio espacio, algo que le parecía importante. Además, estaba bastante segura de que había al menos dos pares de zapatos, si no más, escondidos en su vestidor, que también era el último lugar donde había visto su chaqueta favorita con ribetes de plumas hacía unos meses.

Tras una conversación emotiva y sincera sobre su decisión de marcharse, que dejó a Annie y a Pari entre lágrimas e incluso obligó a Faye a apartar la mirada para ocultar el temblor de su labio inferior, llegaron a la reconfortante conclusión de que, aunque ellas se harían cargo del contrato de alquiler y convertirían Celeste en algo propio, Annie siempre estaría al otro lado del teléfono. Para aportar ideas creativas o compartir recetas secretas, para la inevitable colección de lazos rosas y pinzas del pelo que parecían aparecer por arte de magia… Y, sobre todo, para mantener una gran amistad. Después de todo, aún tenían una tradición de disfraces de Halloween muy importante que cumplir.

—No puedo creer que me lo haya perdido —se quejó Annie, desolada de verdad por haber roto aquella vieja costumbre, a pesar de tener asuntos algo más urgentes que atender. Se preguntó si Maeve y Hal querrían unirse al grupo de desayuno el año siguiente, aunque sospechaba que ya conocía la respuesta.

—No pasa nada. —Faye escurrió la espuma de su estropajo mientras terminaba de lavar el último plato—. Al final nos disfrazamos de huevos y pan tostado; te habría encantado. Bien, déjame que… —Se quitó los guantes de goma y se dispuso a vaciar la papelera que había debajo del fregadero, justo cuando se oyó un fuerte estruendo.

Maeve había estado trasteando con la cuidadosa colección de tazas de porcelana *vintage*. Tres de ellas cayeron del estante como fichas de dominó. Por suerte, fue lo bastante rápida con su magia como para ralentizar la caída, atrapando una en cada mano antes de que la tercera golpeara el suelo con estrépito y se hiciera añicos.

—Ups.

Por suerte para Maeve, que aún no estaba del todo acostumbrada a ocultar su magia en el mundo no mágico, Faye había tenido la cabeza metida debajo del fregadero todo el tiempo mientras luchaba por sacar la basura.

—Maeve —suspiró Annie desde su asiento favorito junto al ventanal, donde arreglaba un gran ramo de flores blancas de invierno—. Haz algo útil. Saca la basura por tu tía Faye. —Annie le lanzó una margarita y le guiñó un ojo mientras la chica pasaba arrastrando los pies con aire de fastidio. Maeve puso los ojos en blanco con tanta intensidad que casi parecía mirar al infinito, antes

de tomar la bolsa a regañadientes, con el brazo estirado, y salir al callejón adoquinado de atrás.

—¿Sigues convencida de que es la decisión correcta, Annie? Cuesta imaginar este lugar sin ti —dijo Faye, apoyada en la encimera. Estaba escudriñando el rostro de Annie con una mirada inquisitiva para asegurarse de que decía la verdad, ya que sabía que era raro que hablara por sí misma o tomara decisiones que le parecieran de verdad correctas. Siempre había sido capaz de leerla como un libro abierto.

—No —se sinceró Annie, y soltó una risita entrecortada para después sacudir la cabeza con un gesto resignado que hizo que sus rizos rebotaran—, pero ya no estoy segura de que nada sea práctico, sensato o previsible… Y creo que estoy empezando a darme cuenta de que ahí es donde reside la magia: cuando hay un poco de espacio para la espontaneidad y la posibilidad de tropezar con errores felices.

—¿Tú? ¿Espontánea? —preguntó Faye con la cara muy seria.

—Lo sé, ¿verdad? —dijo Annie, emocionada—. ¿Quién lo habría imaginado?

—Bueno, en ese caso —añadió Faye, mientras se limpiaba los dedos en los extremos del trapo que llevaba al hombro—, estamos pensando en hacer una fiesta esta noche. Un poco improvisada, ya sé, pero queríamos celebrar nuestro nuevo proyecto y…

—¿Esta noche? —exclamó Annie—. Vamos, Faye, he dicho «espontánea», no «preparada para una salida social de último minuto y sin planear». No estoy loca.

Faye resopló.

—Entonces, ¿qué vas a hacer en su lugar?

—Maeve tiene deberes, la voy a ayudar con eso. Después estaba pensando en probar una receta nueva que…

—No esta noche, boba. Me refiero a tu vida. Ahora que dejas atrás Celeste, ¿cuál es el siguiente paso?

—Por una vez, no tengo un siguiente paso. —Annie pudo notar el orgullo en su propia voz al confesarlo—. He jugado toda mi vida como si fuera una partida estratégica de ajedrez y estoy agotada. Es hora de probar otra cosa. Lo único que sé es que quiero seguir con la repostería. Hal dice que hay un local minúsculo de alquiler en el pueblo, cerca de su cabaña; todo con pantallas de lámparas florales, tapetes de encaje y cortinas con volantes. Poca afluencia, días tranquilos, paz… —soñó Annie con nostalgia—. En el momento en el que Hal me mencionó el café vacío, algo me revoloteó en el pecho, como una puerta abierta a nuevas posibilidades. Una oportunidad de hornear para otros, pero de nuevo según mis propios términos, con todas las revoluciones bajadas al mínimo. Parecía un sueño. Y posible de verdad.

—Suena perfecto —asintió Faye.

—¡Annie! ¡Annie, mira!

Annie estiró el cuello para ver a qué se debía tanto alboroto o, más bien, qué había roto Maeve por accidente. Pero la chica estaba embriagada de alegría y emoción. Contra el pecho de su sudadera holgada, sostenía a un gatito negro azabache, diminuto hasta parecer imposible, con una mancha pelirroja en la frente con la forma exacta de una media luna perfecta. Su pelaje era tan esponjoso que parecía un pompón del tamaño de la palma de la mano. El gatito soltó un maullido agudo y estridente que sonaba muy satisfecho y se acurrucó aún más contra Maeve.

—¡Estaba junto a los cubos de basura! Me ha maullado tan fuerte que creía que lo había pisado, pero al mirarlo de cerca, creo que solo es un maullón contestón.

Annie se acercó veloz para que pudieran hablar en voz baja.

—¿Te lo puedes creer? Tu familiar es… un pequeño maullón contestón —susurró.

—¿De verdad crees que lo es? —preguntó Maeve con esperanza.

—No me cabe duda. —Annie sonrió y acarició con un dedo la coronilla del gatito—. Las brujas no se tropiezan con gatitos así por casualidad. Es el destino haciendo de las suyas otra vez. Estáis destinados a estar juntos.

—¿Cómo lo llamo? —Maeve frunció el ceño, y extendió la pregunta también a Faye—. ¿Basurilla?

Annie jadeó.

—No puedes llamar «Basurilla» a este gatito adorable, Maeve. Lo prohíbo.

—¿Qué tal Oscuridad, Muerte, Ladrón de almas?

—Qué macabra eres, niña —gritó Faye desde detrás del mostrador, a la vez que negaba con la cabeza.

—Grimm… —murmuró Maeve, y su voz se fue apagando con una aprobación silenciosa.

—Está claro que es tu familiar —intervino Pari con alegría mientras regresaba a la tienda con los brazos cargados de bandejas de sus nuevas galletas de *crumble* de manzana especiadas, que causaban furor en Celeste aquellos días—. Vuestras auras encajan; ambas son de un tono carmesí.

Annie casi se atragantó con su café con leche; el último sorbo se le escapó de la boca y le cayó directo sobre la camiseta mientras su

cerebro se bloqueaba. Aquello no podía estar pasando. Intercambió una mirada de pánico con Maeve. Ambas miraron a Pari con una confusión nerviosa, sin saber cuál debía ser el siguiente paso.

—¿Qué? —preguntó ella con indiferencia, mientras colocaba con sus pinzas las galletas en columnas ordenadas tras el cristal del mostrador—. Todas las brujas necesitan familiares… y el pequeño y astuto Grimm nos ha dejado muy claro a todos esta mañana que es el de Maeve. Es obvio.

Annie balbuceó un ruido extraño e incomprensible.

—Oh, lo sabemos desde que nos contrataste. —Faye se encogió de hombros, como si fuera lo más normal del mundo descubrir la existencia mágica y secreta de Annie en el mundo no mágico—. Pari es… de influencia mágica, por así decirlo, así que olió tu magia entre toda la vainilla a un kilómetro de distancia. Supimos que esos chocolates *éclairs* tuyos eran brujería en el momento en que los vimos. —Se volvió hacia la cafetera y empezó a sacarle brillo al vaporizador—. Perdona por el susto. Es un tema un poco difícil de soltar así como así en una conversación, ¿verdad?

—Ay, hace años que sé que me pasa algo, desde que tenía la edad de Maeve. Parece que, sin querer, hago que las cosas floten… todo el tiempo —mencionó como si nada Pari, mientras agitaba las pinzas —. Es un poco molesto, la verdad. ¿No conocerás algún aquelarre o algo así que pudiera ayudarme?

Mientras Annie y Maeve se quedaban paralizadas en pleno movimiento, Celeste pareció soltar un suspiro de alivio entre sus paredes. Se había acostumbrado a tener a una bruja al mando, sirviendo los dulces más hermosos y hechizantes de todo Londres. El lugar mantendría su aura mágica, como merecía, con la brujería aún

por descubrir de Pari al mando. La campana sobre la puerta atrapó la luz amelocotonada que se colaba por las ventanas mientras empezaba a formarse la fila para la apertura del día, y pareció guiñar un ojo con un toque de magia, satisfecha de sí misma. Todo seguía su curso, como de costumbre.

Las chicas regresaron juntas a la Cabaña Arden aquella tarde con los brazos entrelazados; el hechizo de teletransporte de Annie las dejó justo en el borde del prado. Dos trazos de plata se dibujaban en el cielo como una mancha de tinta metálica derramada; el sol y la luna se hacían compañía. Karma las esperaba y, lo que era más importante, esperaba su cena. Saltó del balancín del porche y corrió hacia ellas en cuanto su torbellino de magia aterrizó en la hierba. Annie se echó a reír al ver su cola, como una nube, balancearse entre el brezo. Noviembre ya estaba resultando ser hermoso de una manera extraordinaria.

Maeve se adelantó con saltitos hacia la cabaña y la bolsa de libros golpeándole el costado; la joven bruja reía mientras perseguía a Karma, con Grimm, su nuevo familiar, acurrucado en los brazos. Mage relinchó al lado de la casa, ya que se sentía mucho más valiente cerca del gato en los últimos tiempos, aunque no le haría ninguna gracia saber que oficialmente los felinos le superaban en número. Annie sintió que el corazón le rebosaba al ver a Hal salir al porche, con las manos en las caderas y el sombrero inclinado sobre los ojos. Al verlas llegar, levantó un brazo y les saludó con una gran sonrisa tímida que parecía incapaz de controlar.

Annie le devolvió el saludo, pero se quedó quieta un segundo para asimilarlo todo. Nunca en su vida había tenido tiempo para pulsar el botón de pausa en esos instantes que merece la pena retener y admirar. Para detenerse y sentir, para apreciar cómo el sol en invierno irradiaba el calor sobre su rostro y alrededor de su cuerpo como si tejiera su propio vestido de oro líquido.

Y lo sintió: cada centímetro de luz de aquel instante. Lo sintió todo, tan majestuoso y hermoso que parecía imposible que aquel momento pudiera llegar a terminar. Era como si toda su vida hubiera debido ser esa fotografía en concreto: los matices naranjas, marrones y rojos oxidados de los árboles bajo un cielo de un azul brillante y audaz. Y un toque imprescindible de rosa de las flores silvestres que trepaban por las vigas del porche como adornos de azúcar, para enmarcar su hogar. Pero todo cambiaría, y eso estaría bien. También daría la bienvenida a lo que viniera después.

Annie se maravilló ante los momentos que con toda probabilidad había perdido, al vivir durante tanto tiempo una vida que nunca fue de verdad suya, y que quizá lamentaría cuando las aguas volvieran a su cauce. Pero al final podía rebosar de una gratitud dorada por los que había encontrado para sí misma.

Por fin, Annie lo sintió. Lo sintió todo: auténtico, alegre y suyo.

Era perfecto.



Agradecimientos

Escribo mi discurso de boda al mismo tiempo que los agradecimientos de *Deshechizada*, así que tengo que asegurarme de dar las gracias a las personas adecuadas en el lugar adecuado. ¡La madre de la novia! ¡Mis damas de honor! ¡El *catering*! Oh, un momento…

Por suerte, a mi marido le toca recibir agradecimientos en ambos casos, por lo que esta parte es fácil. Adam, cuando leas esto ya nos habremos casado en la vida real (en el momento de escribirlo, faltan sesenta y dos días) y estoy deseando empezar juntos nuestro próximo capítulo. Gracias por llevar las riendas cuando la escritura se apodera de mí. Gracias por encargarte del café. Gracias por creer siempre en mí y por tu bondad desbordante. Contigo encontré la verdadera magia.

Tengo muchísima suerte de haber contado con un equipo editorial de ensueño, que trabaja incansablemente entre bambalinas en estos libros. Gracias a Lucy Brem, que sabe extraer a la perfección la chispa de magia de estas historias cuando todavía no son más que una combinación disparatada de chistes malos y sesiones de terapia. Perdón por escribir siempre demasiados diálogos. Estoy muy contenta de que sigamos trabajando juntas en estas brujitas raras.

Contar con mi agente, Maddy Belton, durante la era *Deshechizada* ha sido una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida. Maddy, gracias por todo. Eres mi principal animadora, trabajadora y, a decir verdad, una fuerza imparable, además de aportar recomendaciones maravillosas de pasta: una combinación sencillamente perfecta.

Gracias a Charlotte, de Honey Plum Paper, que ha conseguido (una vez más) crear una cubierta tan espectacular que apenas puedo creer que sea real. Solo puedo asumir que en realidad eres una auténtica bruja, con unos poderes artísticos que dejarían muy impresionada a Maeve. Gracias por tus ideas maravillosas y por un trabajo tan espectacular que captura estas historias a la perfección.

Gracias a todo el equipo de la editorial, que sigue haciéndome llorar con su apoyo y entusiasmo. Me siento extremadamente orgullosa de formar una pequeña parte de todo esto. Chloe Davies, gracias por ser la persona más organizada del mundo y por acoger mis inseguridades con tanto cuidado y comprensión. Gracias a Melissa Bond por tu trabajo meticuloso y tu atención al detalle en ambos libros. A Carol-Anne y al equipo de redes sociales, gracias por el contenido alegre e ingenioso que hizo maravillas con *Reembrujada*. Gracias, Jon, Mairead, Anna y al equipo de derechos: habéis cambiado mi vida y habéis hecho realidad sueños que parecían imposibles.

Gracias a todas las editoriales internacionales que han llevado *Reembrujada* y *Deshechizada* de viaje por el mundo, en tantos idiomas y a tantos países. En especial a Anne Sowards y al equipo de Berkley: gracias por creer en estos libros; me emociono

muchísimo cada vez que llega un email mágico desde el otro lado del charco.

Gracias, mamá, mi lectora de confianza desde el primer borrador y una fuente constante de magia. Las chicas de Wirral, las Thundergirls, Alice, Jenny, Jemma… Escribir sobre mujeres mágicas, chicas poderosas y amistades femeninas un poco caóticas siempre será mi parte favorita, gracias a una vida rodeada de vosotras. Os quiero con toda mi alma, para siempre.

Gracias a Sal y a Stu por todo lo que hacéis por nosotros (repartos de verduras del huerto, visitas al gato, capturas de pájaros en el desván…) y por hacerme sentir tan querida y apoyada durante los últimos diez años. Estoy inmensamente feliz y orgullosa de formar parte de vuestra maravillosa familia.

Flo, mi coautora y familiar felina. Sé que estás furiosa porque no sales en la portada de este libro.

A los London Picklers: gracias por las *baguettes* recién hechas, los crucigramas matutinos y las charlas sobre vocabulario brujeril mientras yo me escabullía para escribir gran parte de este libro durante las vacaciones. Que llenéis nuestra casita (y exprimáis la cafetera al máximo) es una de las alegrías más plenas que puedo sentir. Sois, de verdad, los mejores.

Y, por último, gracias a los lectores, reseñistas y libreros que encontraron *Reembrujada* esperándolos en silencio en una estantería. Os estoy eternamente agradecida. Antes de escribir la primera página, había dejado que mis poderes se apagaran y deseaba recuperarlos con desesperación, pero no tenía ni idea de cuánta magia me estaba esperando. Espero que estos libros sigan recordándoos lo importante que es vuestra propia magia.

Este no es el único universo mágico que

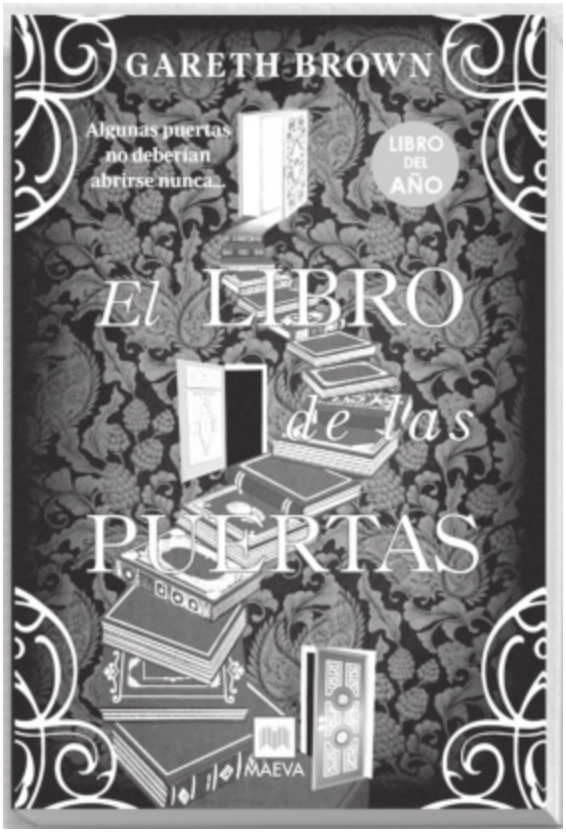
te espera, déjate embrujar entre las páginas de estas novelas



Una novela sobre la fuerza de la magia chispeante y la pasión por los libros

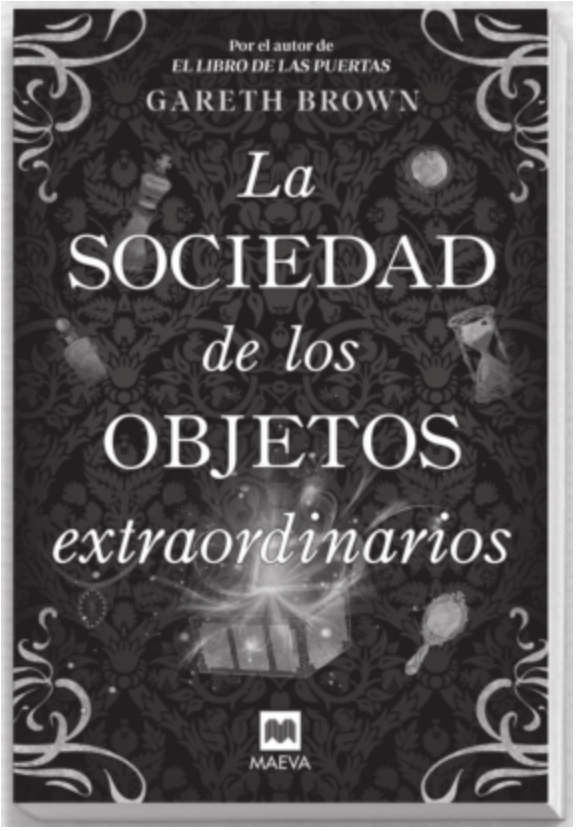
Belladonna Blackthorn no ha perdido su pizca mágica, pero tampoco la ha usado en mucho tiempo. Entre compaginar su trabajo en la librería Lunar Books y ocultar su magia, la joven está agotada. Pero, cuando su cumpleaños le trae una convocatoria del aquelarre y una prueba que examinará su valía como bruja, Belle

se arriesga a perder su magia para siempre. Con el mes de octubre por delante, necesitará toda la ayuda que pueda conseguir para reavivar su chispa antes de que sea demasiado tarde.



Embárcate en un viaje lleno de libros mágicos que conectan universos

Cassie trabaja en una librería de Nueva York. Un día, un cliente le regala un libro misterioso poco antes de morir. Contiene un enigmático mensaje escrito a mano: «Este es el Libro de las puertas. Si lo sostienes en la mano, una puerta será todas las puertas». No tardará en descubrir que otorga el poder especial de viajar en el espacio y el tiempo, y que hay otros libros mágicos que también pueden hacer cosas maravillosas… o terroríficas.



Hay objetos que no deberían existir y otros que no quieren ser encontrados

El mundo de los objetos extraordinarios ha permanecido en silencio durante décadas, pero los miembros de la sociedad que se encarga de proteger estos artículos mágicos se han mantenido alerta todo este tiempo. Cuando se enteran de que ha aparecido un nuevo objeto en Hong Kong, Magda Sparks decide ir a investigar, pero es atacada. Entonces comenzará un peligroso viaje en el que descubrirá que el legado de su propia familia obliga a mantener muchos secretos ocultos.

Título original: *Uncharmed*

MAEVA defiende el copyright©.
El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9791388136542
Conversión a formato digital: www.acatia.es